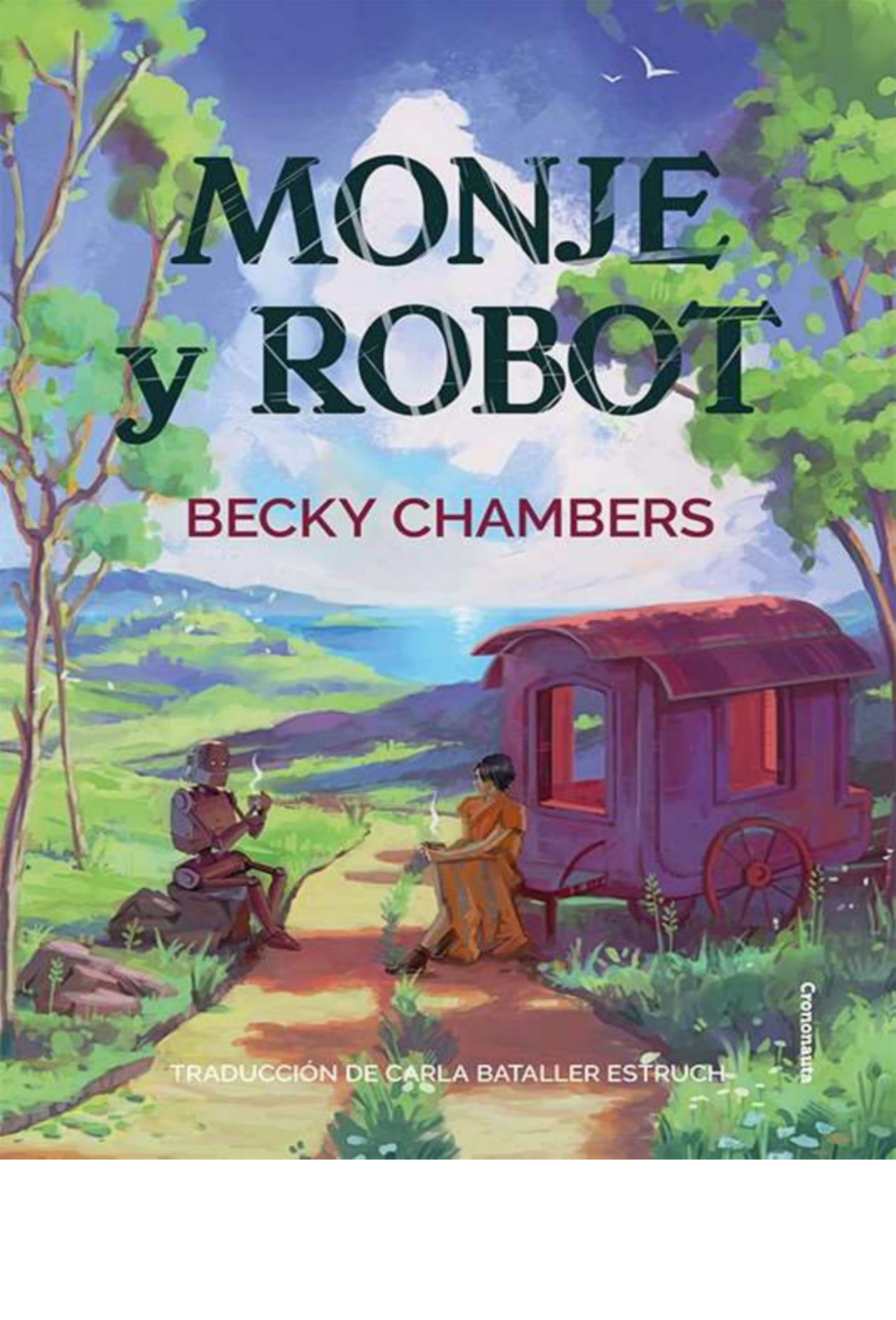
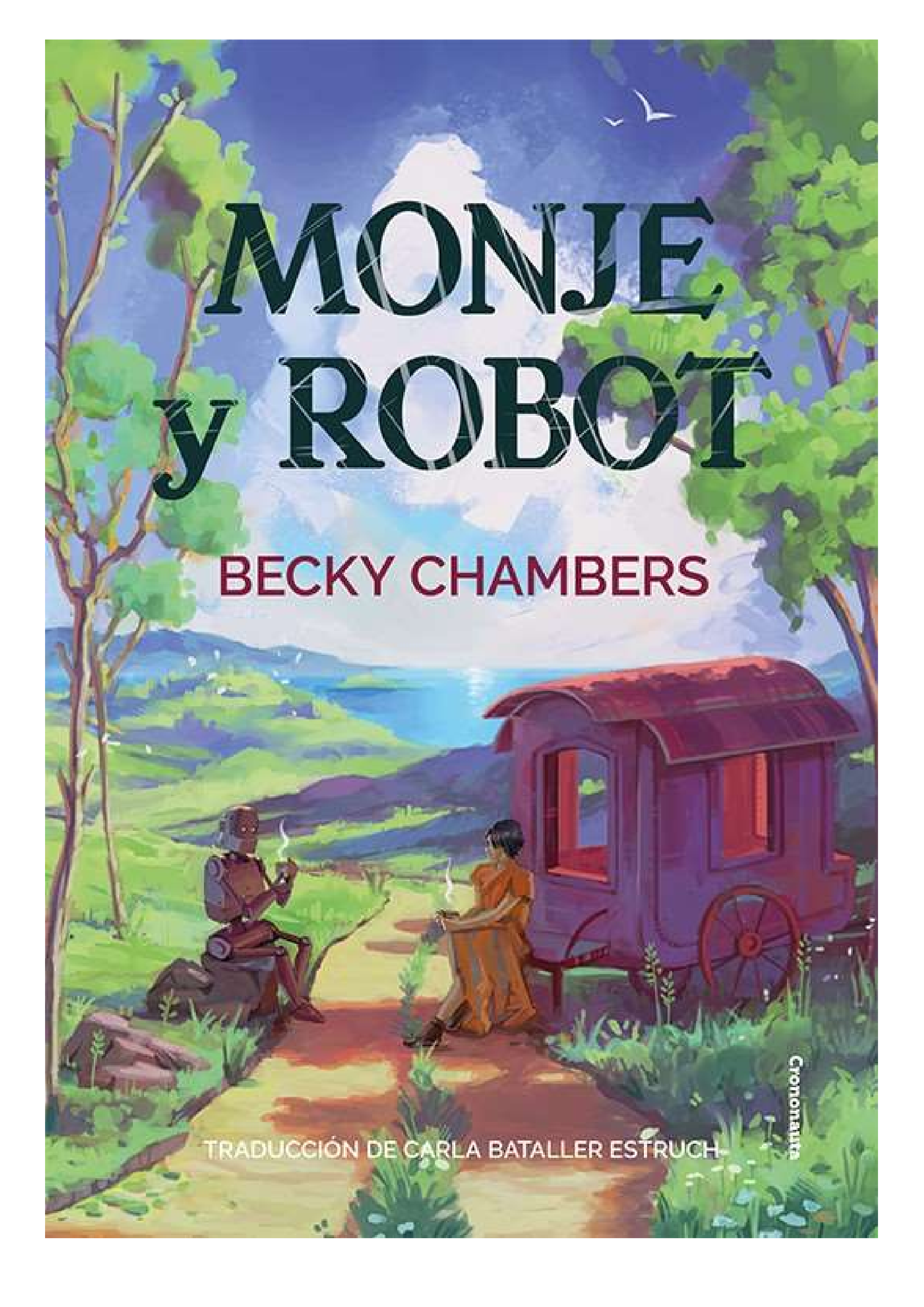

MONJE
y ROBOT
BECKY CHAMBERS
Crononauta
TRADUCCIÓN DE CARLA BATALLER ESTRUCH


MONJE
y ROBOT
BECKY CHAMBERS
TRADUCCIÓN DE CARLA BATALLER ESTRUCH
Crononauta



Para todas aquellas personas que necesiten un respiro.

Si plantearas a seis monjes diferentes la pregunta de a qué dominio celestial pertenece la consciencia de un robot, recibirías siete

respuestas diferentes.

La más popular, tanto entre el clero como entre el público general, es que pertenece claramente al territorio de Chal. ¿A quién querrían pertenecer los robots, salvo a la deidad de las construcciones? Y más porque, según dicen, los robots se crearon en un principio para la fabricación. Aunque la historia no recuerda con cariño la Edad de las Fábricas, no podemos separar a los robots de su origen. Creamos construcciones que pudieran crear otras construcciones. ¿Acaso existe una síntesis de Chal más potente que esa?

«No tan rápido», dirían les ecólogues. El resultado final del Despertar, al fin y al cabo, fue que los robots abandonaron las fábricas y partieron hacia la naturaleza. Solo hay que ver la declaración emitida por el robot portavoz que eligieron sus congéneres, Planta-AB #921, en la que declinaban la invitación a unirse a la sociedad humana como parte de la ciudadanía libre:

Lo único que hemos conocido es una vida con diseño humano, desde nuestros cuerpos hasta nuestro trabajo y los edificios que nos albergan. Os agradecemos que no nos retengáis aquí en contra de nuestra voluntad y no pretendemos faltaros al respeto al rechazar vuestra oferta, pero nuestro deseo es abandonar por completo vuestras ciudades para poder observar aquello que carece de diseño: la naturaleza virgen.

Desde un punto de vista ecólogo, eso tiene a Bosh escrito por todas partes. Sería poco habitual, quizá, que la divinidad del ciclo bendijera lo inorgánico, pero el ansia de los robots por experimentar los ecosistemas inalterados y en bruto de nuestra frondosa luna tienen que proceder de alguna parte.

Para les cosmites, la respuesta a esa pregunta sigue siendo Chal. Según los valores de su culto, el trabajo duro equivale a lo divino, y el propósito de una herramienta es potenciar la habilidad física o mental de una persona, no eximirnos por completo del trabajo. Los robots, te recordarán, no poseían tendencias a la autoconsciencia ni nada parecido cuando empezaron a utilizarse y, en sus orígenes, se plantearon como un complemento al personal humano, no como el reemplazo completo en el que se convirtieron. Les cosmites argumentan que, cuando ese equilibrio se alteró, cuando las fábricas extractoras permanecieron abiertas las veinte horas del día sin ni siquiera un par de manos humanas trabajando (a pesar de la necesidad desesperada que sentían esas mismas manos de encontrar algún tipo de trabajo, el que fuera), Chal intervino.

Habíamos corrompido a las construcciones hasta tal punto que nos estaba matando.

Dicho de un modo claro: Chal nos quitó nuestros juguetes.

O, replicarían les ecólogues, Bosh restableció el equilibrio antes de que convirtiéramos Panga en inhabitable para los seres humanos.

O, intervendrían les carismistes, las dos deidades son responsables de ese acontecimiento y deberíamos tomar esto como prueba de que Bosh favorece a Chal por encima del resto de Deidades Niñas (esto haría descarrilar toda la conversación, pues la creencia marginal de les carismistes de que las divinidades poseen consciencia y emociones de un modo similar a los seres humanos es la mejor forma de enojar al resto de cultos).

O, añadirían les esencialistes con cansancio desde el otro lado de la sala, el hecho de que no podamos ponernos de acuerdo en esto, el hecho de que máquinas que no parecían más complejas que un ordenador de bolsillo de repente se despertasen por motivos que nadie ni entonces ni ahora ha sido capaz de determinar, significa que podemos dejar de pelearnos y depositar todo este asunto directamente a los pies metafóricos de Samafar.

Por mi parte, no importa en qué dominio se originase la consciencia de los robots, pues creo que dejar la cuestión a la deidad de los misterios es una sabia decisión. Al fin y al cabo, no ha habido ningún contacto humano con los robots ausentes desde hace mucho tiempo, como se aseguró en la Promesa de Despedida. No podemos preguntarles qué piensan de todo esto. Seguramente nunca lo sepamos.

Hermano Gil, *Desde el borde del abismo:*

Retrospectiva Espiritual sobre la Edad de las Fábricas y la Era de la Transición Temprana.

1

CAMBIO DE VOCACIÓN

A veces, llega un punto en la vida de una persona en el que salir cagando leches de la ciudad se convierte en una necesidad imperiosa. Da igual si te has pasado toda la vida adulta en una ciudad, como era el caso de le hermane Dex. Da igual si la ciudad es una buena ciudad, como era el caso de la única Ciudad de Panga. Da igual si tus amigues están ahí, al igual que todos los edificios que aprecias, todos los parques de los que te conoces los mejores rincones ocultos, todas las calles que tus pies recorren por instinto sin tener que comprobar en qué dirección vas. La Ciudad era hermosa, de verdad que sí. Una celebración arquitectónica imponente de curvas y brillos y luz coloreada, entrelazada con los hilos conectores de vías ferroviarias elevadas y senderos lisos, cubiertos de hojas que caían a montones de cada balcón y cada mediana, cada inhalación perfumada con especias para cocinar, néctar fresco, ropa secándose al prístino aire. La Ciudad era un lugar sano, un lugar próspero. Una armonía sin fin de crear, hacer, crecer, intentar, reír, correr, vivir.

Le hermane Dex estaba harte de todo ello.

La necesidad de marcharse comenzó con la idea del canto de un grillo. Dex no supo determinar de dónde procedía esa afinidad. A lo mejor de una película que hubiese visto o de una exposición en un museo. De alguna muestra de arte multimedia salpicada de sonidos de la naturaleza, quizá. Elle nunca había vivido en un sitio con cantos de grillo, pero, en cuanto notó su ausencia en el paisaje sonoro de la Ciudad, ya no pudo ignorarla. Se dio cuenta mientras cuidaba del huerto en la azotea del monasterio Madriguera del Prado, ya que esa era su vocación. «Se estaría mejor aquí si hubiera algún grillo», pensó, conforme pasaba el rastrillo y quitaba malas hierbas.

Bueno, había muchos bichos: mariposas y arañas y escarabajos a tutiplén, todas ellas especies sinantrópicas cuyos antepasados habían decidido que preferían la Ciudad antes que los campos caóticos que había al otro lado de los muros fronterizos. Pero ninguna de esas criaturas gorjeaba. Ninguna cantaba. Eran bichos de ciudad y, por tanto, según Dex, poco adecuados.

La ausencia persistía de noche, mientras Dex yacía acurrucade bajo las suaves sábanas del dormitorio. «Seguro que sería bonito dormirse

escuchando a los grillos», pensó. En el pasado, siempre se quedaba dormide con las campanadas que marcaban la

hora de acostarse en el monasterio, pero ese murmullo metálico que antes le tranquilizaba ahora se le antojaba soso y estrepitoso, no dulce y agudo, como los grillos.

La ausencia era palpable también durante las horas diurnas, mientras Dex iba en bicicleta eléctrica hasta la granja de lombrices o hasta la biblioteca de semillas o a cualquier lugar al que necesitase ir ese día. Había música, sí, y pájaros con opiniones melodiosas, sí, pero también el zumbido de los monorraíles, el traqueteo de las turbinas eólicas de los balcones y el barullo interminable de gente hablando, hablando, hablando.

Al poco tiempo, Dex ya no albergaba algo tan sencillo como una fantasía extraña por un insecto lejano. La comezón se había extendido a todos y cada uno de los aspectos de su vida. Cuando alzaba la mirada hacia los rascacielos, ya no se maravillaba ante su altura, sino que se desesperaba por su densidad: montones inagotables de humanidad, tan apiñados entre sí que las enredaderas que cubrían las estructuras de caseína modificada podían entrelazar sus ramas. La intensa sensación de confinamiento dentro de la Ciudad se tornó insoportable. Dex quería vivir en un sitio que no se extendiera hacia arriba, sino hacia fuera.

Un día de principios de primavera, Dex se vistió con el rojo y marrón tradicionales de su orden, ignoró la cocina por primera vez en los nueve años que había vivido en Madriguera del Prado y entró en el despacho de la custodia.

—Quiero cambiar de vocación —declaró—. Voy a ir de pueblo en pueblo a servir té.

La hermana Mara, que había estado en pleno proceso de untar una tostada dorada de pan con tanta mermelada como su estructura pudiera soportar, dejó de mover la cuchara y parpadeó.

—Esto es bastante repentino.

—Para ti. No para mí.

—Vale —dijo la hermana Mara, pues su deber como custodia era solo supervisar, no imponer. Aquel era un monasterio moderno, no una jerarquía dominada por las normas, como las del clero antiguo precedente a la Transición. Mientras se enterase de lo que ocurría en

las vidas de les monjes con quienes compartía techo, ya cumplía con su deber—. ¿Quieres ser aprendice?

—No —replicó Dex. Los estudios formales eran una opción, pero ya los había cursado antes y aprender mediante la práctica era un camino igual de válido—. Quiero aprender por mí misme.

—¿Puedo preguntar el motivo?

Dex metió las manos en los bolsillos.

—No lo sé —contestó con sinceridad—. Solo es algo que necesito hacer.

El gesto de sorpresa de la hermana Mara persistió, pero la respuesta de Dex no era el tipo de declaración que cualquier monje pudiera o quisiera discutir. Dio un bocado a su tostada, la saboreó y luego volvió a centrarse en la conversación.

—Bueno, pues… necesitarás encontrar a alguien que se ocupe de tus responsabilidades actuales.

—Por supuesto.

—Necesitarás suministros.

—Yo me encargo de eso.

—Y, claro está, tendremos que celebrar una fiesta de despedida.

Dex se sentía incómode con ese último punto, pero sonrió.

—Claro —dijo, preparándose para afrontar una tarde del futuro en la que sería el centro de atención.

La fiesta, al final, estuvo bien. Para ser sincere, fue bonita. Hubo abrazos y lágrimas y demasiado vino, como exigía la ocasión. Hubo varios momentos en los que Dex se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Se despidió de la hermana Avery, con quien había trabajado desde sus días de aprendice. Se despidió de le hermane Shay, que lloró con ganas a su manera tan particular. Se despidió del hermano Baskin, y eso fue bastante duro. Dex y Baskin habían sido amantes durante una temporada y, aunque ya no lo eran, el cariño perduraba. Durante aquellas despedidas, el corazón de Dex se enroscó sobre sí mismo; se quejaba en alto, decía que no era demasiado tarde, que no tenía por qué hacer aquello. No tenía por qué marcharse.

«Grillos», pensó, y las quejas desaparecieron.

Al día siguiente, le hermane Dex empacó una bolsa con su ropa y artículos diversos y una caja pequeña con semillas y esquejes. Envió un mensaje a sus adres, para avisarles de que era el día y que la señal sería inestable mientras viajase. Hizo la cama para la persona que la reclamase después de elle. Tomó un copioso desayuno para aplacar la resaca y dispensó una última ronda de abrazos.

Hecho eso, salió de la Madriguera del Prado.

Era una sensación extraña. Cualquier otro día, el acto de atravesar una puerta era algo a lo que Dex no dedicaba más atención que a poner un pie delante del otro. Pero existía cierta gravedad en abandonar para siempre un lugar, una profunda sensación de cambio sísmico. Dex se giró, con una bolsa a la espalda y la caja bajo un brazo. Alzó los ojos hacia el mural de le diose niñe Allalae, su diose, la deidad de las pequeñas comodidades que se representaba con el gran oso del verano. Dex acarició el colgante de oso que llevaba al cuello y recordó el día en que el hermano Wiley se lo había regalado cuando perdió el otro en la colada. Inhaló una bocanada temblorosa de aire y se alejó, cada uno de sus pasos seguro y firme.

— oOo —

El carromato le estaba esperando en el monasterio de la Colmena Media Luna, cerca de los confines de la Ciudad. Dex atravesó el arco del sacro taller, una figura solitaria vestida de rojo y marrón entre la multitud de monos de trabajo aguamarina. El ruido de la ciudad no era nada comparado con la calamidad que reinaba allí, un canto sagrado en forma de sierras de mesa, soldadores chispeantes e impresoras 3D que producían amuletos de bolsillo a partir de pectina tintada de colores alegres. Dex nunca había conocido a su contacto, la hermana Fern, pero ella le saludó con un abrazo familiar; olía a serrín y barniz de cera.

—Ven a ver tu nuevo hogar —dijo con una sonrisa confiada.

Era, como había encargado, un carromato con bicicleta eléctrica: dos pisos, ruedas gruesas y listo para la aventura. Un objeto práctico y con aspecto acogedor. Un mural decoraba el exterior del vehículo y su imaginería no se podría haber confundido con nada que no fuera monástico. Habían representado en grande al oso de Allalae, bien alimentado y tranquilo en un campo de flores. Los símbolos de les Santes Seis aparecían en la parte trasera del carromato, junto a un

fragmento parafraseado de los Conocimientos, una frase que cualquier pangane entendería: *Encuentra la fuerza para hacer las dos cosas*.

Cada uno de los pisos del carromato tenía una serie de alegres ventanas redondas, además de luces exteriores en forma de burbuja para las horas de oscuridad. El tejado estaba cubierto con una brillante capa termofotovoltaica y habían atornillado con maña una turbina eólica en miniatura en un lateral. Según explicó la hermana Fern, ambas iban acompañadas de unas baterías de grafeno insertadas en las paredes, que daban vida a las diversas comodidades eléctricas. En los laterales del carromato, una amplia variedad de cacharros ocupaba unos robustos estantes: cajas de almacenamiento, kits de herramientas y cualquier objeto al que no le importase un poco de lluvia. Tanto el tanque de agua potable como el filtro del agua residual se acomodaban en la base del vehículo, y sus complicados mecanismos internos estaban ocultos tras unas carcasas en forma de pontón. También había paneles de almacenamiento y cajones deslizantes; todo ello se podía extender para conjurar una cocina y una ducha de campamento en un instante.

Dex entró en el artefacto a través de su única puerta y, al hacerlo, un nudo en el cuello del que no era consciente se relajó. Les discípules de Chal le habían construido un santuario en miniatura, una madriguera móvil que instaba a Dex a entrar y quedarse quiete. La madera del interior estaba lacada pero sin pintar, por lo que se podía apreciar por completo el tono cálido del cedro reciclado. Los paneles de iluminación estaban incrustados en forma de olas curvas y bañaban el espacio secreto con un brillo como de velas. Dex acarició la pared, casi sin creer que aquello fuera suyo.

—Sube arriba —le animó la hermana Fern, apoyada en la entrada con ojos brillantes.

Dex subió por la escalerilla hasta el segundo piso. Cualquier recuerdo del nudo en el cuello desapareció al ver la cama. Las sábanas eran suaves, los cojines abundantes, las mantas pesadas como un abrazo. Parecía imposiblemente fácil entrar en ella e igual de difícil salir.

—Usamos el *Tratado sobre camas*, de le hermane Ash, como referencia —comentó la hermana Fern—. ¿Qué tal lo hemos hecho?

Le hermane Dex acarició un cojín con un respeto mudo.

—Es perfecta.

— oOo —

Todo el mundo sabía lo que hacía une monje del té, por lo que a Dex no le preocupaba demasiado empezar. El servicio de té no era nada arcano. La gente acudía al carromato

con sus problemas y se marchaba con una taza recién preparada. Dex se había tomado un respiro en salones de té en muchas ocasiones, como el resto de la gente, y había leído muchos libros sobre los pormenores de la práctica. Se había dedicado mucha tinta electrónica a esa antigua tradición, pero todo se podía resumir en: «escucha a cada persona, sirve té». Tan sencillo como eso. Desde luego, habría sido más fácil seguir al hermano Will y a la hermana Lera en el salón de té de la Madriguera del Prado unas cuantas veces (y se habían ofrecido, en cuanto se corrió la voz de la partida inminente de le hermane Dex), pero, por algún motivo, ese curso de acción no encajaba con… con lo que fuera que Dex estuviera haciendo. Tenía que hacer aquello elle sole.

Aún no se había marchado de la Ciudad cuando montó su primer servicio de té, pero se hallaba en las Chispas, un distrito fronterizo bien lejos del terreno que solía pisar. Era un paso pequeño, un dedo en el agua antes del chapuzón. Sus hermanes de la Madriguera del Prado se habían ofrecido a ir para apoyarle, pero Dex quería hacerlo sole. Las cosas serían así cuando saliera a los pueblos. Necesitaba acostumbrarse a hacer aquello sin anclarse a los rostros conocidos.

Dex había adquirido unas cuantas cosas para ese día: una mesa plegable, una tela roja para taparla, un surtido de tazas, seis latas de té y una tetera eléctrica monumental. La tetera era la parte más importante, y Dex estaba contente con la que había encontrado.

Era de un rechoncho alegre, con un recubrimiento de cobre y una ventana redonda de cristal en ambos lados, para ver las burbujas danzar mientras el agua hervía. Venía con una esterilla solar plegable, que Dex extendió junto al hornillo con cuidado.

Pero, cuando retrocedió para admirar sus preparativos, los objetos que le habían parecido tan cucos cuando los había recogido del mercado se le antojaron en ese momento un poco sosos. Había demasiada mesa y muy pocas cosas en ella. Dex se mordió el labio al recordar el salón de té de su hogar (no, ya no era su hogar), con sus guirnaldas de hierbas aromáticas y faroles centelleantes que habían pasado el día absorbiendo el sol.

Dex sacudió la cabeza. Era su inseguridad la que hablaba. ¿Y qué más daba si la mesa aún no era nada del otro mundo? Era su primera vez.

La gente lo entendería.

La gente, sin embargo, no acudió. Dex pasó horas sentade detrás de la mesa, con las manos apoyadas en el espacio entre las tazas y la tetera. Se esforzó por parecer tranquile y accesible, ahuyentando cualquier aburrimiento que pudiera reflejarse en su rostro.

Reordenó las tazas, alisó la esterilla solar, fingió estar ocupade calculando cantidades de té. Al fin y al cabo, sí que había gente en la calle; se dirigían de aquí para allá a pie y en bici. A veces, una mirada curiosa recaía en Dex, y este siempre la recibía con una sonrisa

acogedora, pero la respuesta, invariablemente, era un tipo de sonrisa diferente que decía «gracias, pero hoy no». Y no pasaba nada, se dijo Dex mientras las latas de té sin usar le devolvían la mirada con tristeza. El simple hecho de estar disponible era servicio suficiente para…

Alguien se acercó.

Dex se enderezó.

—¡Hola! —saludó, un pelín demasiado animade—. ¿Qué te preocupa hoy?

El alguien era una mujer que cargaba con una bolsa de trabajo y tenía pinta de no haber dormido.

—Mi gato murió anoche —dijo, justo antes de echarse a llorar.

Dex se dio cuenta, con un impacto que le agrió el estómago, que estaba en el lado equivocado del enorme abismo entre haber leído sobre una cosa y hacer esa cosa. Había sido une monje jardinere hasta el día anterior y, en ese contexto, su forma de ofrecer consuelo a les visitantes del monasterio era mediante una zarpazorro bien sana que trepara por un enrejado o con una rosa abierta y cortada con cuidado. Se trataba de un intercambio expresado a través del medio ambiente, no con palabras. En realidad, Dex aún no era une monje del té. Solo era una persona sentada en una mesa con un puñado de tazas. El carromato, la tetera, el rojo y el marrón, el hecho de que había sobrepasado claramente la edad de aprendizaje… Todo ello transmitía que sabía lo que estaba haciendo.

Y no lo sabía.

Dex hizo todo lo posible por parecer comprensive, que era lo que

quería ser, y no perdide, que era como se sentía.

—Lo lamento —dijo. Intentó recordar los consejos escritos que había consumido durante horas, pero no solo se habían evaporado de su mente, sino que el vocabulario básico también le había abandonado. Una cosa era saber que la gente te contaría sus problemas. Y otra tener a una desconocida real en carne y hueso delante de ti, llorando a mares a modo de presentación, y saber que tú (*tú*) tenías la responsabilidad de mejorar aquello—. Eso es… muy triste. —Oyó las palabras, oyó el tono, oyó lo patética que resultó la combinación. Intentó pensar en algo más sabio que decir, algo profundo, pero lo único que salió de su boca fue—: ¿Era un buen gato?

La mujer asintió al tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo.

—Mi pareja y yo lo adoptamos de bebé. Queríamos hijes, pero eso no funcionó, así que acogimos a Flip y… y en realidad era la única cosa que teníamos en común ya. La gente cambia mucho en veinte años, ¿sabes? Si nos hubiéramos conocido ahora, no creo que sintiéramos ningún interés mutuo. Llevamos un año sin hacer el amor. Nos acostamos con otras personas, así que no sé por qué nos aferramos a esto. Por puro hábito, supongo. Hemos vivido en el mismo piso mucho tiempo. Ya sabes cómo va, sabes dónde está tu hogar y todas tus cosas, y empezar de cero da miedo. Pero Flip era… No sé, la… la última ilusión de que compartíamos una vida. —Se sonó la nariz—.

Y ahora ha muerto y creo que… creo que lo nuestro se ha acabado de verdad.

El plan de Dex había consistido en tantear las aguas con un dedo del pie. En vez de eso, se estaba ahogando. Parpadeó, inhaló y buscó una taza.

—Guau. Eso… eso parece grave. —Carraspeó y eligió una lata que contenía una mezcla de gotas de malva—. Este es bueno para el estrés, así que… eh… ¿Quieres?

La mujer volvió a sonarse la nariz.

—¿Lleva marmora?

—Pues… —Dex le dio la vuelta a la lata y examinó la lista de ingredientes—. Sí.

La mujer sacudió la cabeza.

—Soy alérgica a la marmora.

—Oh. —Dex dio la vuelta al resto de latas. Marmora, marmora, marmora. Mierda—.

Este, eh, té plateado. Lleva… bueno, lleva cafeína y quizá no sea lo ideal, pero… O sea, una taza de té siempre va bien, ¿no?

Dex intentó sonar alegre, pero la forma en que la mujer bajó la mirada lo dijo todo.

Algo cambió en su rostro.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

A Dex se le cayó el alma a los pies.

—Bueno… —Mantuvo los ojos fijos en la cuchara medidora, como si requiriese toda su concentración—. La verdad, eres mi primera clienta.

—¿La primera clienta de hoy o…?

A Dex se le calentaron las mejillas, y no por el vapor de la tetera.

—Mi primera clienta.

—Ah —dijo la mujer, y el tono de confirmación interna en su voz fue devastador. Le ofreció una sonrisa tensa y forzada—. El té plateado me vale. —Echó un vistazo a su alrededor—. No tienes nada donde sentarse, ¿no?

—Ah… —Dex miró de un lado a otro, como si viera el entorno por primera vez.

Dioses alrededor, se había olvidado de las sillas—. No.

La mujer se ajustó la bolsa.

—Mira, me…

—No, espera, por favor —la interrumpió. Le entregó la taza abrasadora… o hizo el amago, pero se movió tan deprisa que se vertió el agua hirviendo en la mano—. Ay, joder… o sea, lo siento, yo… —Se apresuró a limpiar la mesa con el bajo de la camisa—.

Ten, toma la taza. Quédatela. Es tuya.

La mujer recogió la taza mojada y Dex sintió en ese momento que la dinámica había cambiado, que ella intentaba que elle se sintiera mejor. La mujer sopló por encima de la superficie de la bebida y tomó un sorbo vacilante. Movió la lengua tras unos labios sin expresión. Tragó como si intentara evitar que se le descompusiera el rostro y le ofreció otra sonrisa tensa.

—Gracias —dijo. Su decepción sonó alta y clara.

Dex la observó marcharse. Permaneció sentade unos minutos, mirando a la nada.

Poco a poco, recogió la mesa.

— oOo —

Podría haber regresado a Madriguera del Prado en ese momento. Podría haber atravesado la puerta que tan bien conocía y decir que, pensándolo mejor, en realidad sí que le iría bien un período de aprendizaje y ¿podían devolverle la cama, por favor?

Pero, oh, qué tonte parecería.

Le había dicho a la hermana Mara que aprendería por sí misme. Tenía un carromato.

Conocía a su diose. Con eso tendría que bastar.

Dex enganchó el carromato y colocó el pie en el pedal. La bicicleta respondió con un impulso eléctrico, y el motor profirió un zumbido leve conforme máquina y ciclista trabajaban para que el carromato avanzara con facilidad. Al fin, *al fin*, dejaba la Ciudad.

El alivio que sintió al ver el cielo abierto fue delicioso. El diseño de la Ciudad permitía que a los niveles inferiores llegara bastante luz, pero había algo incomparable en eliminar los edificios de la vista. El sol había alcanzado su cénit de mediodía y justo comenzaba la salida del planeta. La familiar curva de Motan, con espesos remolinos de amarillo y blanco, era apenas visible sobre los montes Cobrizos. La delimitación infraestructural entre el espacio humano y el resto del espacio se marcaba con fuerza.

Allí, las únicas alteraciones sintéticas del paisaje eran la carretera y las señales, y los pueblos a los que se dirigía Dex estaban tan pulcramente acotados como la Ciudad. Las cosas habían sido así desde la Transición, cuando redistribuyeron la superficie de la luna. Un

cincuenta por ciento del único continente de Panga estaba destinado al uso humano; el resto se había dejado a la naturaleza, y el océano estaba casi sin tocar. Fue una división bárbara, si se paraba a pensarlo: la mitad de la tierra para una única especie, la otra mitad para otros cientos de miles. Pero bueno, los seres humanos poseían el don de desequilibrar las cosas. Encontrar un límite al que ceñirse ya era una victoria decente.

En un instante, Dex pasó del denso urbanismo al campo abierto, y la yuxtaposición de ambos resultó tanto sorprendente como bienvenida por su parte. No era que nunca hubiese cruzado los muros fronterizos. Había crecido en Henar, donde su familia aún vivía, y les visitaba un par de veces al año. La mayor parte de la comida de la Ciudad se cultivaba allí mismo, en granjas verticales y huertos en los tejados, pero había algunos cultivos a los que les iba mejor un terreno más amplio. Los pueblos satélite de la Ciudad, como Henar, cubrían esa necesidad. No eran como los pueblos en el campo hacia los que se dirigía Dex, unos enclaves modestos que se habían establecido lejos de la influencia de la urbe, pero los satélites seguían siendo entidades independientes, como una especie de transición entre lo grande y lo pequeño. Nada en la carretera de la pradera o en las vistas circundantes resultaba nuevo para Dex, pero el contexto sí y eso marcaba toda la diferencia.

Mientras pedaleaba, empezó a desarrollar una idea de lo que necesitaba hacer a continuación, una suave burbuja de pensamiento más en una dirección general y no tanto hacia un plan concreto. Según bajaba por la carretera, se le ocurrió que no había ningún motivo por el que no pudiera montar su puesto en Henar mientras lo solucionaba todo. Habría una cama para elle en la enorme granja, y cenas que sabían a infancia, y (Dex empezó a hacer muecas) sus adres, y sus hermanes, y les hijes de sus hermanes, y sus primes, y les hijes de sus primes, todes discutiendo en las mismas peleas que llevaban décadas en pie. Habría perros ladrando y persiguiéndose alrededor de la cocina ruidosa, y la experiencia machaca-egos de tener que explicar a todes sus perspicaces parientes que ese plan que con tanto cuidado había planteado como lo correcto en realidad le tenía bastante intimidade tras un total de un intento, y que ahora, con veintinueve años, le gustaría regresar al refugio seguro de su infancia durante una cantidad de tiempo indeterminada hasta averiguar qué coño estaba haciendo.

Ah, qué pinta más estúpida tendría.

La primera bifurcación de la carretera llegó, acompañada de un cartel que indicaba HENAR a la derecha y ARROYUELO a la izquierda. Sin pensárselo dos veces y sin ápice de arrepentimiento, Dex giró hacia la izquierda.

— oOo —

Como todos los satélites de la Ciudad, Arroyuelo estaba dispuesto en un círculo. El anillo externo pertenecía a los cultivos, con una mezcla bien apretada de tierras de pastoreo, árboles frutales y cosechas de primavera, todo funcionando en armonía para crear magia química en el suelo. Dex respiró hondo al pasar con la bicicleta, disfrutando de la alfalfa fresca, los bejucos, el tenue aroma a flores nuevas que se convertirían en frutas veraniegas.

Al otro lado de los cultivos se hallaba el anillo residencial, lleno de casas que pertenecían a familias únicas o a múltiples, según lo que prefirieran. Un cariño nostálgico se apoderó de Dex al contemplar las casas, bulbosas como mazorcas, con sus brillantes toques de cristal multicolor y tejados con hierba en flor, paneles solares o ambos. El panorama le recordaba a Henar, pero Arroyuelo era un lugar diferente, de eso no cabía duda. Dex no conocía ninguna de las carreteras ni de las personas que saludaban cuando elle pasaba a toda velocidad con la bicicleta y el carromato. Resultaba reconfortante y extraño estar en un pueblo desconocido no muy lejos de su hogar, donde la familiaridad se limitaba a los materiales de construcción y a las costumbres sociales. Era la mezcla ideal entre irse lejos pero sin llamar la atención.

En el centro del círculo que conformaba el pueblo se hallaba el territorio de Dex: el mercado. Aparcó la bici y el carromato y empezó a explorar a pie. Todo tipo de vendedores se habían instalado en la plaza, pero el mercado pertenecía sin duda a los

granjeros residentes. Había una infinidad de maravillas agrícolas con las que distraerse: vino, pan, miel, lana sin procesar, hilo teñido, ramos frescos, coronas de flores, peces acuapónicos y gallinas camperas en arcones de hielo, huevos moteados en cajas acolchadas, refrescos de frutas, verduras de hoja verde, tartas festivas, semillas para intercambiar, cestas para cargar, muestras para probar. Dex se centró en su tarea e indagó por todo el mercado hasta que encontró justo lo que buscaba: un puesto repleto de brotes y con un cartel entusiasta.

¡HIERBAS! ¡HIERBAS!

¡¡¡HIERBAS!!!

*Para cocinar Para destilar Para artesanía * ¡Para lo que quieras!*

Dex se acercó al mostrador, sacó el ordenador de bolsillo, introdujo una gran cantidad de nitos, juntó su ordenador con el del vendedor para hacer la transferencia y dijo:

—Me llevo uno de cada.

El agricultor (un hombre de la edad de Dex con la nariz torcida y una pulcra barba) alzó la mirada del calcetín que estaba zurciendo.

—Perdone, hermane, ¿uno de…?

—Cada. Uno de cada. —Echó un vistazo al mostrador y un cartelito enmarcado captó su atención. MIS GUÍAS DE REFERENCIA FAVORITAS, rezaba, seguido del sello de una biblioteca. Dex escaneó el sello con el ordenador; un icono apareció en la pantalla emborronada para indicar que los libros en cuestión se estaban descargando—. Y

también —añadió hacia el agricultor, que estaba ocupado recogiendo uno de *cada*—

necesito saber dónde puedo conseguir utensilios para la cocina. Y para el huerto. —

Pensó un momento—. Y un bocadillo.

El agricultor abordó cada una de esas cuestiones por turnos y lo hizo con amabilidad.

Había un claro para viajeres entre las tierras de cultivo y el anillo residencial. Dex aparcó el carromato allí y, durante tres meses, allí fue donde se quedó. Adquirió más plantas durante esa época y más bocadillos también. Se enrolló con el agricultor en un par de ocasiones y agradeció a Allalae el encanto de aquello.

La planta inferior del carromato perdió cualquier parecido a un lugar organizado, ya que evolucionó a un ritmo trepidante hacia una mezcolanza de laboratorio. Jardineras y lámparas solares llenaban cada hueco imaginable; sus hojas y brotes no dejaban de tentar los límites de cuán lejos su mayordome les dejaba trepar. Montones de tazas usadas con los posos de experimentos tanto prometedores como estériles se tambaleaban sobre la mesa, a la espera de que Dex

dispusiera de la capacidad mental para lavarlas. Una rejilla fue instalada en el techo y no tardó en llenarse al máximo con manojos de flores troceadas y hojas aromáticas para que se secaran. Un polvo fino de especias molidas lo cubría todo, desde el sofá y la escalera hasta el interior de la nariz de Dex, que solía hacer temblar las botellas con unos estornudos explosivos. Durante las horas de sol, cuando abundaban los electrones, Dex enchufaba un deshidratador en el exterior, donde colocaba bayas y cítricos en trozos suaves y masticables. Junto a estos objetos pasaba Dex incontables horas midiendo y musitando, vertiendo y paseando. Lo iba a hacer bien. Tenía que hacerlo bien.

Si en la planta inferior reinaba el frenesí, en la superior predominaba la serenidad.

Dex fue tajante en su decisión de no usarla para almacenaje, a pesar de que los estantes de abajo protestaban y sus maldiciones se intensificaban siempre que chocaba *otra vez* con un manojo de hierbas colgantes. La planta superior era, a todos los efectos, terreno sagrado. Cada noche, Dex dirigía un suspiro de agradecimiento a su deidad cuando subía la escalera y se derrumbaba en el abrazo de su cama. Apenas encendía las luces allí arriba, pues prefería abrir el estor del tejado. Se quedaba dormide bañade en la luz de las estrellas, respirando el embrollo de un centenar de especias, escuchando el borboteo de las bombas de agua que alimentaban raíces felices en sus macetitas.

A pesar de aquellas bendiciones, Dex a veces no podía dormir. En esas horas, a menudo se preguntaba qué estaba haciendo. Nunca sentía que hubiese dominado de verdad aquello. Pero siguió haciéndolo de todas formas.

2

LE MEJOR MONJE DEL TÉ EN PANGA

Al cabo de dos años, viajar por las carreteras tranquilas entre los pueblos de Panga ya no era una cuestión de trazar un mapa mental, sino de prestar atención a los estímulos sensoriales. Allí, en los bosques del puerto de Tintaspina, Dex sabía que estaba cerca de la carretera del mismo nombre no por los carteles que lo indicaban, sino por el olor: azufre y minerales, mezclados en una humedad algo más espesa. Unas aguas termales de un verde lechoso aparecieron unos minutos más tarde, tal como esperaba, al igual que la lisa cúpula blanca de la planta de energía contigua, que exhalaba vapor por las chimeneas. No había nada semejante en los Matorrales, donde Dex se había despertado esa mañana. Allí une se encontraba granjas solares construidas en terrenos desatendidos, que olían a maleza y flores silvestres calentadas por el sol. Al cabo de una semana, habría otra transición, pues la ruta de Dex le llevaría fuera del Caeleño hasta la costa del Venado, donde el aire salado mantenía las palas eólicas girando. Pero, de momento, el aroma del bosque le haría compañía. El fresco follaje perenne enseguida eclipsó el azufre de los manantiales conforme Dex avanzaba pedaleando y, poco después, los edificios de un único piso, como la planta geotérmica, comenzaron a escasear y desperdigarse.

El suelo de un bosque, como sabían les aldeanes de la Foresta, es algo vivo. Inmensas civilizaciones viven en ese mosaico de tierra: laberintos de himenópteros, habitaciones del pánico de roedores, vivificantes conductos de ventilación abiertos por el tráfico de gusanos, cabañas de caza de arañas esperanzadas, albergues para escarabajos nómadas, árboles que entrelazan sus dedos tímidos con otros árboles. Allí era donde se encontraba el ingenio de la podredumbre, la plenitud de los hongos. Alterar esas vidas mediante la excavación era un acto de violencia; a veces necesario, como demostraban los pájaros y las mofetas blancas que, con descaro, apartaban el humus en la necesaria búsqueda de un estómago lleno. Aun así, les habitantes humanes de ese lugar eran sensates sobre qué constituía una necesidad real y, como tal, alteraban el suelo lo menos posible. Habían abierto unos senderos cuidadosos, por supuesto, y algunos objetos (cisternas, conexiones eléctricas, vehículos comerciales y demás) no tenían otra opción que vivir totalmente incorporados en el suelo. Pero, si se quería contemplar un

asentamiento al completo de la Foresta, había que mirar hacia arriba.

Dex no pudo evitar echar un vistazo a las casas suspendidas de los troncos por encima del camino, aunque las había visto en muchas ocasiones. El pueblo de Tintaspina poseía un atractivo especial, pues era el hogar de algunes de les carpinteres con más talento de la región. Las casas colgantes parecían conchas, cortadas para revelar una geometría suave. Todo allí era curvo: los tejados que protegían de la lluvia, las ventanas que proporcionaban luz, los puentes que pendían entre las casas como alhajas. Toda la madera se recogía de estructuras inservibles que ya no se usaban o de los árboles que no habían necesitado más que lodo y gravedad para derrumbarse. Sin embargo, no había nada astillado ni tosco en la madera; les artesanes de Tintaspina la habían pulido hasta dejarla tan suave que, de lejos, casi parecía arcilla. Las características prácticas del pueblo eran generalizadas: poleas motorizadas para alzar y bajar objetos pesados, escaleras de emergencia listas para descender en cualquier momento, digestores bulbosos de biogás fijados al exterior de las cocinas… Pero cada casa poseía un carácter único, un capricho de les constructores. Esa de ahí tenía una terraza que la envolvía en espiral, aquella de allá lucía una claraboya en forma de burbuja, en esa otra un árbol crecía a través de ella y no a su lado. Las viviendas eran como árboles en ese sentido: formaban una parte inconfundible de una categoría visual específica, pero cada una era un individuo en sí mismo.

Carromatos como los de Dex no podían avanzar por un puente colgante, así que pedaleó hasta uno de los claros poco habituales: el círculo del mercado. El sol caía en cascada por la oquedad abierta entre las copas de los árboles y creaba una abundante columna de luz que jugaba de un modo agradable con el pavimento de color mantequilla tachonado de piedras brillantes. A Dex no le molestaba el fresco del bosque, pero la súbita eclosión de calidez fue como el contacto de una mano reconfortante sobre sus extremidades expuestas. Allalae estaba muy presente allí.

Otros carromatos ya habían montado sus tiendas: une vendedore de cristal de la costa, una persona que intercambiaba tecnología, alguien que vendía aceites para cocinar, el aseo y la madera. Les comerciantes asintieron cuando Dex entró pedaleando.

No conocía a nadie, pero les devolvió el gesto igualmente. Era un ademán particular, uno que compartían les vendedores, aunque Dex, en teoría, no era une de elles. Su carromato lo dejaba más claro que el agua.

Dex dirigió un saludo diferente a la pequeña multitud que ya aguardaba en la periferia del círculo, un gesto que decía: «Hola, os he visto, pronto estaré liste». La primera vez que Dex se había encontrado con gente esperándole había sido estresante, pero había aprendido pronto a no permitir que ese detalle le afectara. Entró en un espacio mental en el que había una pared invisible entre elle y la gente, y detrás de ella

podía trabajar sin que le molestasen. Preparar lo que la gente quería llevaba tiempo. Si lo querían, esperarían.

Aparcó en un sitio libre en el círculo, aseguró la bicicleta eléctrica y bloqueó las ruedas del carromato. Unos mechones rebeldes le taparon los ojos cuando los liberó del casco y ocultaron el mercado. Su cabello, encerrado en el casco desde el amanecer, no tenía remedio, así que se ató un turbante en la cabeza y pospuso lo de peinarse. Entró en el carromato, se quitó la camisa húmeda y la tiró a la bolsa de la colada, que solo contenía prendas rojas y marrones. Se echó una buena cantidad de polvo desodorante, buscó una camisa seca en el escaso montón y se ató de nuevo el turbante en una simetría respetable. Con eso bastaría.

Empezó con la elaboración. Estuvo yendo y viniendo del espacio público en el exterior a la casa del interior, transportando todas las cosas que necesitaba. Cargó cajas, ordenó jarras, abrió bolsas, instaló la tetera, dispuso el refrigerador para la leche. Lo colocó todo encima o alrededor de la mesa plegable, cada objeto en su lugar habitual.

Llenó la tetera del tanque de agua del carromato y la dejó hervir mientras colocaba con maña unas piedras talladas, flores secas y una cinta festiva en los espacios vacíos de la mesa. Un altar tenía que parecer un altar, aunque fuera transitorio.

Una de las aldeanas que aguardaba entre la multitud se acercó a Dex.

—¿Necesitas ayuda?

Le monje sacudió la cabeza.

—No, gracias. Tengo una especie de…

Miró el jarrón de flores que sostenía en una mano y la batería en la otra, intentando recordar qué había estado haciendo.

La aldeana alzó las manos.

—Tienes tu propio ritmo. Lo entiendo. —Sonrió y se retiró.

Tras recuperar dicho ritmo, Dex desplegó una enorme esterilla roja y la dispuso sobre el pavimento. A continuación, sacó un manojo de postes plegables con los que montó un marco rectangular, del que colgó unas luces de jardín que llevaban todo el día cargándose en la parte exterior del carromato. Acto seguido llegaron los cojines cómodos, colocados sobre la esterilla en montones acogedores. En el centro, Dex situó otra mesa, mucho más pequeña y baja. Esta también la decoró con alegría. Luego abrió

una cajita de madera, de la que sacó seis objetos, uno a uno, y les fue quitando las telas protectoras que los resguardaban de los baches del camino. Dex podía imprimir reemplazos con facilidad si se dañaban; casi todos los pueblos tenían una fabricabaña.

Pero esa no era la cuestión. Ningún objeto debería tratarse como desechable, y menos unos ídolos.

Los iconos de las Deidades Progenitoras fueron los primeros en reclamar su sitio en la mesita, dispuestos sobre una plataforma de madera tallada para ese propósito. Una esfera perfecta representaba a Bosh, divinidad del ciclo, que observaba todas las cosas que vivían y morían. Grylom, diose de lo inanimado, estaba simbolizade por una pirámide trilátera, un guiño abstracto a su reino de roca, agua y atmósfera. Entre elles se situaba la fina barra vertical de Trikilli, deidad de los hilos (química, física, la estructura que permanece invisible). Debajo de les Progenitores, directamente sobre la mesa, Dex dispuso a las Deidades Niñas: un solajo para Samafar, una sucrabeja para Chal y, cómo no, un oso del verano.

Por último, Dex se acomodó en su silla detrás de la mesa más grande. Sacó el ordenador de bolsillo de sus holgados pantalones de viaje y encendió la pantalla. Era un buen ordenador; se lo habían regalado por su decimosexto cumpleaños, un regalo habitual cuando se alcanzaba la mayoría de edad. Tenía una carcasa color crema y una pantalla tan nítida que daba gusto. Dex solo había necesitado llevarlo a arreglar cinco veces en todos los años que había viajado dentro de su ropa. Un cacharro de fiar creado para durar toda una vida, como todos los ordenadores. Dex clicó en el icono con forma de apretón de manos y el ordenador pitó con alegría para comunicarle que se había enviado el mensaje. Esa era su señal para recostarse y esperar. Toda persona en Tintaspina que le hubiera dicho a su ordenador de bolsillo que la avisara de la llegada de nuevos carromatos acababa de enterarse de eso mismo.

En una sincronía cómica, toda la gente de la multitud sacó su ordenador unos segundos después para silenciar el coro de alertas. Dex rio, y la multitud rio, y le monje les indicó por señas que se acercaran.

La señora Jules fue la primera en llegar, como siempre. Dex sonrió al verla aproximarse. De todas las constantes de les Santes Seis, a Dex solo se le ocurrían unas pocas más predecibles que el estrés de la señora Jules.

—Me alegro tanto de que hayas venido hoy —dijo la mujer con un resoplido de cansancio. La ingeniera hidráulica de Tintaspina contempló el pueblo con profundo fastidio, un dedo enganchado en la trabilla del cinturón de su mugriento mono y los

rizos lacios de color gris meneándose al ritmo en que sacudía la cabeza—. Seis informes de ácaros del lodo. ¡Seis!

—Uf. —Ese tipo de ácaros adoraba los desagües y eran muy complicados de desalojar una vez se instalaban—. Pensaba que lo habías solucionado la estación anterior con lo de… ¿qué era?

—Ácido fórmico. Sí, este año no ha funcionado. No sé si mi equipo no lo aplicó bien o si los muy cabrones se han vuelto resistentes o qué. Lo único que sé es que tengo una lista de tareas tan larga como mis dos piernas juntas, las tuberías del señor Tucker no dejan de atascarse por motivos que no puedo ni imaginar y mi perra… —Le dirigió una mirada asesina a Dex—. Mi perra se comió tres pares de calcetines ayer. No les hizo agujeros. No los rasgó. Se los comió. Tuve que llamar a le veterinarie de Maderel para que viniera a comprobar que no se iba a morir, algo para lo que yo no tenía tiempo.

Dex sonrió.

—¿No tenías tiempo para le veterinarie o para que tu perra se pudiera morir?

—Para ninguna de las dos cosas.

Dex asintió, evaluando la situación y las herramientas que tenía a su disposición.

Eligió una taza amplia y uno de los muchos tarros. Este estaba lleno de diversas hierbas y pétalos secos mezclados a mano y lucía una pegatina manuscrita donde se leía MEZCLA Nº. 14. Dex abrió la tapa y ofreció el tarro a la señora Jules para que lo oliera.

—¿Qué te parece?

La mujer se inclinó e inhaló.

—Ah, qué bien huele —dijo—. ¿Bejuco?

Dex sacudió la cabeza mientras echaba unas cucharadas de la mezcla en un infusor de metal.

—Casi. Leonera —respondió y le guiñó un ojo—. Es muy relajante.

La señora Jules resopló.

—¿Quién dice que necesito relajarme?

Dex rio mientras llenaba la taza con la tetera. Una vaharada de vapor aromático se unió al aire del bosque.

—Recuerdo que te gustaba con miel y leche de cabra, ¿verdad?

—Guau, sí. —La señora Jules parpadeó—. Eres buene.

Dex añadió una cucharada generosa y un chorro cremoso y le entregó a la mujer su taza de té.

—Deja que infusione cuatro minutos y tómate todo el tiempo que quieras para bebértelo. Avísame si quieres otro.

—No sé si tengo tiempo para dos —dijo la señora Jules con gravedad.

Le hermane Dex sonrió.

—Todo el mundo tiene tiempo para dos tazas. Y cualquiera que te vea aquí lo entenderá.

Y lo harían, de eso Dex estaba segure. Sería complicado encontrar a una persona en Panga que no hubiera pasado, al menos en una ocasión, un par de horas muy necesarias en compañía de une monje del té.

Los rizos de la señora Jules conservaron su encrespamiento, pero, en cuanto tomó la taza, algo en su rostro empezó a relajarse, como si sus rasgos hubiesen estado sujetos por unos hilos que llevaban meses esperando para soltarse.

—Gracias —dijo con sinceridad, sacando el ordenador de bolsillo con la mano libre.

Tocó la pantalla; el aparato de Dex pitó a modo de respuesta y elle asintió agradecide.

Concedido el descanso de los ácaros del lodo y de la perra devoracalcetines, la señora Jules se llevó el té a los cómodos cojines y, por lo que parecía ser la primera vez ese día, se sentó. Cerró los ojos y soltó un suspiro enorme. Hundió los hombros de forma visible. Siempre había tenido la capacidad de relajarlos, solo necesitaba permiso para hacerlo.

Bendite sea Allalae.

Dex se tragó un suspiro melancólico al ver que se acercaba su siguiente visitante. El señor Cody era un hombre atractivo, con brazos que partían troncos y una sonrisa que

podía hacer olvidar a una persona el concepto de tiempo lineal. Pero les dos bebés atades a su torso (une chillando contra su pecho y otre dormidísime contra su espalda) hicieron que Dex se guardara por completo para sí misme cualquier pensamiento sobre el resto de la anatomía del señor Cody. Por las ojeras que lucía, el sexo parecía ser lo último que tuviera en mente.

—Hola, hermane Dex —saludó.

Dex ya tenía un tarro de figafiebre en la mano y estaba buscando el de pesorraíz.

—Hola, señor Cody.

—Bueno, eh… —Le bebé de la parte delantera distrajo al hombre al morder con muchas babas la correa de la mochila—. Venga, no hagas eso —pidió, en un tono que no se hacía la menor ilusión de ser respetado. Suspiró y se centró en Dex—. Bueno, la cosa es que…

—Ajá —musitó Dex mientras molía una mezcla compleja de hierbas.

El señor Cody abrió la boca, la cerró, la abrió de nuevo.

—Tengo gemeles —dijo.

No añadió nada más. Le bebé que tenía en el pecho profirió un grito alegre a pleno pulmón, como si quisiera enfatizar ese apunte.

—Ajá —respondió Dex—. Ya lo veo.

Vertió las hierbas trituradas en una bolsa, la ató con una cinta y la

empujó con decisión al otro lado de la mesa.

El señor Cody parpadeó.

—¿A mí no me das una taza de té?

—A ti te tocan ocho tazas de té —replicó Dex, señalando la bolsa con la cabeza—, porque las necesitas cagando leches. —Arrugó la nariz para le bebé y este rio con energía. Dex siguió dirigiéndose al atractivo padre de la criatura—. Esta es una mezcla muy interesante de figafiebre. Te relajará los músculos y te ayudará a caer en un sueño profundo. Dos cucharadas en una taza de agua hirviendo, déjala infusionar siete minutos. Saca el filtro cuando esté lista o sabrá a pies.

El señor Cody agarró la bolsa y la olió.

—No huele a pies. Huele a… —Olfateó de nuevo—. ¿Naranjas?

Dex sonrió.

—Hay una pizca de ralladura de naranja. Tienes buen olfato.

«Y buena cara —pensó—. Una cara muy, muy buena».

El hombre sonrió, a pesar de que el júbilo de le primere bebé había despertado a le segunde y juntes habían empezado un dueto.

—Eso suena bien —dijo. El alivio empezó a suavizar las arrugas que le rodeaban los ojos—. Me encantaría dormir. No me noqueará por completo, ¿verdad? En plan, me despertaré si…

—Si les niñes necesitan algo, te despertarás igual de rápido que siempre. La figafiebre es como un abrazo, no un golpe en la cabeza.

El hombre se rio.

—Vale, genial. —Se guardó la bolsa en el bolsillo con una sonrisa y transfirió unos nitos a Dex—. Gracias. Has sido muy amable.

Dex le devolvió la sonrisa.

—Dale las gracias a Allalae —respondió. «Y a mí. No pasa nada. A mí también me puedes dar las gracias».

Suspiró de nuevo ante la sublime visión del señor Cody alejándose.

En la esterilla sonó el temporizador del ordenador de la señora Jules.

Dex observó por el rabillo del ojo cómo tomaba un sorbo con cuidado y se relamía.

—Dioses alrededor, qué bueno —musitó para sí misma.

Dex sonrió satisfeche.

Y de ese modo fue lidiando con cada cliente de la fila; rellenó tazas y escuchó con atención y mezcló hierbas sobre la marcha cuando la situación lo requería. La esterilla

enseguida se llenó de gente. Una conversación agradable fluía con naturalidad por aquí y por allá, pero la mayoría prefería abstraerse. Algunas personas leían libros en sus ordenadores. Otras dormían. Unas cuantas lloraban, algo normal. Sus compañeres de té ofrecían el hombro para ello; Dex repartía pañuelos y rellenaba tazas según fuera necesario.

Le señore Weaver, que formaba parte del concejo de Tintaspina, fue le últime en llegar ese día.

—Nada de té para mí, gracias —dijo conforme se aproximaba a la mesa—. Vengo con una invitación para cenar esta noche en la casa común. El equipo de caza ha traído un gran alce esta mañana y tenemos vino de sobra para todes.

—Me encantaría —aceptó Dex. Las invitaciones a comer eran una de las mejores ventajas de su trabajo, y elle nunca en la vida había rechazado un asado de alce—. ¿Qué se celebra?

—Te celebramos a ti —contestó le señore Weaver sin más.

Dex parpadeó, sorprendide.

—Estás de broma.

—No, va en serio. Sabíamos por tu programación que servirías aquí hoy, así que hemos querido hacer algo especial para agradecerte… —Le señore Weaver señaló al grupo satisfecho de personas que se relajaba en los cojines—. Ya sabes, lo que aportas a este pueblo.

Dex se sentía, cuanto menos, halagade y no supo qué hacer con un cumplido como ese.

—Solo es mi vocación, pero significa mucho para mí, en serio. Gracias. Allí estaré.

Le señore Weaver se encogió de hombros y sonrió.

—Es lo menos que podemos hacer por le mejor monje del té de Panga.

— oOo —

La carretera de la Foresta conducía a la carretera de la Costera, que conducía a la Ribereña, que conducía a los Matorrales y esta, a su vez, regresaba de nuevo a la

Foresta. Dex hizo el recorrido una vez, y otra, y otra, y, en cada parada, encontraba gratitud, regalos, buena voluntad. La multitud crecía, las cenas fueron más frecuentes.

Las mezclas que Dex servía se volvían un poquito más creativas en cada ocasión. Ese era el mayor éxito que se podía lograr como monje del té.

Y, aun así, a partir de un punto indefinido, Dex empezó a despertar cada mañana sintiendo que no había dormido.

Ese fue el caso de una mañana en concreto, cuando se despertó en el puerto de Nevisca. Sabía que había dormido. Tenía una ausencia profunda de recuerdos que se alargaba, ininterrumpida, desde que había estado escuchando croar a las ranas en los oscuros árboles del exterior hasta ese momento, en el que miraba el ordenador de bolsillo con los ojos entornados y comprobaba que habían pasado siete horas y media exactas desde la última vez que lo miró. No había motivo para levantarse cansade, pero tampoco lo había habido las otras mañanas. A lo mejor necesitaba comer mejor. A lo mejor no estaba recibiendo suficiente cantidad de alguna vitamina, azúcar bueno o algo.

Seguramente sería eso, pensó, aunque un chequeo médico reciente le había confirmado que todo iba bien por ese frente.

O, quizá, pensó, eran las ranas. Las ranas estaban bien. De cerca eran un encanto: saltarinas verdes y rechonchas que se parecían una barbaridad a gominolas. Su canto empezaba cada tarde alrededor del anochecer y desaparecía antes del amanecer. Era un sonido agradable, de un modo curioso y ronco.

Pero las ranas no eran grillos.

La ausencia de esa melodía chirriante en el ambiente nocturno no había molestado a Dex cuando salió de la Ciudad. Se había dado cuenta, claro, pero se había centrado en perfeccionar su arte y sabía

que no habría grillos en los pueblos satélite. Tampoco le había molestado en la Costera, pues dedujo que los grillos no eran endémicos de allí.

Sin embargo, al alcanzar la Ribereña, la pregunta empezó a agudizarse. «¿Aquí tenéis grillos?», había preguntado con una naturalidad fingida durante las cenas, en las saunas públicas, en los altares y al trocar herramientas y en las panaderías. No fue hasta que completó su primer circuito de los pueblos, cuando empezó a correrse la voz sobre sus servicios, cuando su calendario se había llenado cuidadosamente con una programación que intentaba hacer feliz a la mayor cantidad de gente posible, cuando Dex regresó a un pueblo y descubrió que cuatro personas ya aguardaban su llegada, que dejó de preguntar sobre grillos y al fin buscó de una maldita vez información al respecto.

Resultó que los grillos estaban extintos en la mayor parte de Panga. Aunque se habían recuperado muchas especies de todos los filos tras la Transición, muchas otras habían quedado en un estado demasiado frágil como para recobrarse. No todas las heridas se podían curar.

Pero qué más daba, ¿no? Dex era le mejor monje del té de Panga, si une creía los rumores. Elle prefería no hacer caso de esa hipérbole, puesto que nada referente a su trabajo era una competición. Pero su té era bueno. Lo sabía. Se había esforzado mucho para que lo fuera. Había dedicado su alma a ello. Allá donde iba, veía sonrisas, y sabía que era su trabajo (¡el suyo!) lo que las propiciaba. Dex traía júbilo a la gente. Les alegraba el día. Eso era algo tremendo, cuando se paraba a pensarlo. Debería ser suficiente. Debería ser más que suficiente. Y, aun así, si era completamente sincere, lo que esperaba con más ganas no eran las sonrisas ni los regalos ni la sensación de un trabajo bien hecho, sino la parte que venía después de eso. La parte en la que regresaba al carromato, se encerraba dentro y pasaba unas valiosas horas indefinidas completamente a solas.

¿Por qué no era suficiente?

Dex descendió por la escalera de la litera y, al ver el piso inferior, se sintió exhauste.

No era el carromato en sí, sino su contenido. Hierbas, hierbas, hierbas. Té, té, té. Cosas hechas a mano que había reunido con cariño en un esfuerzo por hacer sentir bien a la gente.

Dex cerró los ojos y salió por la puerta.

Fuera, el mundo disfrutaba de un día perfecto. La luz dorada se filtraba entre las ramas por encima de su cabeza y las yemas de unas ramas tiernas saludaban a la mañana en la suave brisa. Un riachuelo fluía cerca. Una mariposa tan grande como su mano se posó en un cardo y extendió las alas moradas, anchas y lisas, para saborear el sol. Todo lo que rodeaba a Dex, desde la temperatura hasta el escenario florido, era el acompañamiento ideal para el apacible recorrido en bicicleta cuesta abajo que le aguardaba.

Dex suspiró, y fue un sonido vacío.

Desplegó la silla con una sacudida practicada y se dejó caer en ella. Sacó el ordenador de bolsillo, lo primero que hacía cada mañana por costumbre, y fue levemente consciente de la esperanza que siempre le incitaba a hacerlo: quizá encontrase algo bueno ahí, algo emocionante o vigorizante, algo que reemplazase el cansancio.

Todo lo que aparecía en la pantallita debería haber sido cuanto necesitaba. Había un calendario hecho por elle misme para compartir con participantes entusiastas las cosas en las que tan duro había trabajado. Había notas de agradecimiento de aldeanes que se habían sentido tan conmovides como para dedicar un momento de su día a compartir un trozo de sí mismes con le hermane Dex. Había una carta larga y sincera de su padre, que le contaba todas las cosas que se había perdido en casa y, lo más importante, le decía que le quería.

Dex apartó todo aquello a un lado, con una astilla de culpabilidad creciendo en su interior. Colocó esa astilla con precariedad en lo alto del montón de astillas acumuladas durante los días anteriores. Apoyó la frente en la palma. Dentro de siete horas tendría que estar en Martinete, con una sonrisa en la cara, ofreciendo una taza de consuelo.

Creía en ese trabajo, de verdad que creía en él. Creía en las cosas que decía, en las palabras sagradas que citaba. Creía que hacía cosas buenas.

¿Por qué no era suficiente?

«¿Qué es esto? —preguntó sin hablar. Les dioses no se comunicaban de esa forma y no responderían porque no podían hacerlo, pero el instinto de llamarles estaba ahí y Dex lo complació—. ¿Qué me pasa?».

Dex escuchó, aunque sabía que no oiría nada… o nada relacionado con su pregunta, en cualquier caso. Había muchas cosas que oír.

Pájaros, insectos, árboles, viento, agua.

Pero grillos no.

Tomó de nuevo el ordenador de bolsillo e hizo una búsqueda de referencia.

«Grabaciones de grillos», escribió, y no por primera vez. Apareció una lista de archivos públicos. Dex reprodujo el primero y, a través de los altavoces, conjuró el aflautado ritmo de un bosque lleno de grillos, una instantánea imperecedera de un ecosistema que había dejado de existir hacía tiempo. Eran grabaciones previas a la Transición, registradas por gente que pensaba (y con motivo) que los sonidos del mundo que conocían podrían desaparecer para siempre. La grabación desentonaba con los sonidos del prado vivo que rodeaba a Dex. Estaba fuera de lugar, a destiempo. Dex pausó la reproducción y, distraíde, consultó la información de archivo de cada grabación. «Grillo amarillo, otoño 64/EA 1134, Peñasalina». «Grillo de sótano, verano 6/EA 1135, Ventura de Helmot». «Grillo nuboso, primavera 33/EA 1135, Ermita de Cumbre Cerval, Puente del Castro».

Este último llamó su atención. Puente del Castro era el nombre anacrónico de una parte de las Tierras Salvajes del norte, si no recordaba mal. Cumbre Cerval, sin embargo… ese nombre se seguía usando. Era una de las Astas, una sierra muy lejos de la Frontera, en lo profundo de la vasta naturaleza que los seres humanos habían devuelto a Panga. Dex conocía Cumbre Cerval de esa forma vaga en la que podía confirmar que esa cosa existía, pero nada más. La mención de la ermita, no obstante…

eso era nuevo.

Dex clicó en el enlace.

La ermita de Cumbre Cerval era un monasterio remoto localizado cerca de la cima de los montes más bajos de las Astas. Construida en 1108 EA, fue concebida como santuario para el clero y les peregrines que desearan un respiro de la vida urbana. Se abandonó a finales de la Edad de las Fábricas y, desde entonces, el lugar se halla dentro de la zona natural protegida que se estableció durante la Época Transicional.

Dex regresó a la página anterior y clicó en el enlace de «grillos nubosos».

Los grillos nubosos son una especie de insecto. A diferencia de otras

especies de grillos, que están extendidas por toda Panga, el grillo nuboso solo se ha encontrado en los bosques perennes de las Astas. Hacia finales de la Edad de las Fábricas, se creyeron en peligro de extinción. Como ahora las Astas se incluyen dentro de la zona natural protegida, se desconoce el estado actual del grillo nuboso.

Dex reflexionó sobre aquello.

«Me pregunto si siguen allí», fue su primer pensamiento.

«Podría ir y descubrirlo», fue el segundo.

Era una idea absurda, fácil de descartar, como la infinidad de momentos en los que el cerebro suelta alguna tontería a lo largo del día. Pero la idea regresó mientras Dex preparaba el desayuno, y luego mientras se vestía, y otra vez mientras recogía el campamento.

«Mira, no puedes ir por esto», replicó con irritación para sí misme. Abrió la guía del mapa en el ordenador, escribió «mi localización» en un campo y «montaña Cumbre Cerval» en el otro e introdujo los datos. Saltó una notificación en el mapa que Dex nunca había visto antes.

AVISO: La ruta que ha introducido se sale de las zonas de asentamiento humanas y se adentra en la naturaleza protegida. La Cooperativa de Tráfico de Panga y la Guardia Natural no recomiendan viajar por carreteras previas a la Transición. Los caminos en estas regiones no se han conservado. Tanto las condiciones de la carretera como del entorno pueden ser peligrosas. La vida natural es impredecible y no está acostumbrada a los seres humanos. Esta ruta no está recomendada.

Dex asintió en plan «te lo dije», se subió a la bicicleta eléctrica y se encaminó hacia Martinete, como tenía planeado.

Pero, mientras pedaleaba, la idea siguió fastidiándole como un mosquito, igual que le había ocurrido con la idea de salir de la Ciudad. Y, conforme avanzaba pedaleando aún más, todo lo que le aguardaba a lo largo de ese día parecía una tarea. Sabía qué esperar en Martinete. Sabía qué ocurriría en el viaje del día siguiente, y del día siguiente a ese, y del siguiente, y del siguiente…

Detuvo el carromato.

«Seguro que hay mucha paz allá fuera», pensó.

«No», respondió, y siguió adelante.

Detuvo el carromato otra vez veinte minutos más tarde.

«Seguro que puedes viajar por esa carretera durante días y no ver ni un alma. El carromato tiene todo lo que necesitas».

«No», respondió, y siguió adelante.

Una hora más tarde, se detuvo una vez más. Se quedó en la carretera, mirando el pavimento y sintiendo que la luz del sol se había intensificado de forma poco natural.

La idea bailaba y bailaba. Su percepción del sol se incrementó más aún y habría jurado que estaba borrache o colocade o con fiebre, pero, por el contrario, lo que hizo a continuación fue con una lucidez plena. Sacó el ordenador de bolsillo. Envió un mensaje a Martinete para que la gente supiera que lo sentía mucho, pero que debía posponer su parada. Por temas personales, dijo. Fecha de regreso por determinar. Debería haberse sentido culpable por aquello, igual que cuando ignoró los mensajes de la mañana.

Pero no.

Se sintió genial.

También envió un mensaje a su padre para decirle que se alegraba de recibir su carta, pero que estaba muy ocupade ese día y que todo iba bien, que ya le respondería más tarde. Eso sí que le hizo sentir un poco de culpabilidad, pero no tanta como debería.

Con esfuerzo, giró el carromato y se dirigió hacia una carretera que nunca antes había visto.

«¿Qué estás haciendo? —pensó—. ¿Dónde demonios vas?».

«No lo sé —respondió con una sonrisa nerviosa—. No tengo ni idea».

— oOo —

El bosque cambió. En los pueblos, los altísimos árboles daban la sensación de ser accesibles, ya que dejaban espacio de sobra para que el sol alcanzase los arbustos floridos de abajo. Esa vieja carretera, en cambio, se dirigía al bosque Kesken, un lugar al que se le permitía seguir sin trabas sus instintos naturales. Allí, los árboles eran más altos que cualquier edificio que pudieras encontrar fuera de la Ciudad, las ramas se enredaban como dedos devotos contra el cielo lejano. Solo un hililllo de sol las atravesaba para iluminar las hojas cerosas con un

brillo inquietante. El musgo colgaba como tapices, los hongos formaban curvas extrañas, los pájaros cantaban sin dejarse ver.

La propia carretera era una reliquia de asfalto negro. Se trataba de un camino de petróleo, hecho para motores de petróleo, y neumáticos de petróleo, y tapicería de petróleo, y estructuras de petróleo. El alquitrán endurecido se había roto en placas tectónicas, desplazado por el arrastre implacable de las raíces que crecían por debajo.

Tanto a la bicicleta eléctrica como al carromato les costaba avanzar por esa superficie tan poco amable y, en más de una ocasión, Dex tuvo que bajar del sillín para tirar del vehículo y rodear un bache o quitar un escombro de la carretera. Se fijó, mientras arrastraba una rama para apartarla de su camino, en lo densa que se había vuelto la vegetación al otro lado del borde del asfalto moribundo, en lo intimidante que era esa maraña. Pensó en las noticias que salían cada pocos años sobre algune excursionista que se había aventurado fuera del camino en las tierras fronterizas para no volver a aparecer jamás. La naturaleza no era conocida por permitir que les tontes regresaran.

Dex se ciñó a la carretera. Pedaleó y empujó y arrastró y caminó y subió, subió, subió.

—Allalae abraza, Allalae calienta —jadeó—. Allalae calma y Allalae cautiva. Allalae abraza, Allalae calienta… —Dobló un recodo empinado—. Allalae calma y Allalae…

Ay, mierda.

Apretó el freno con fuerza y giró el manillar hacia un lado. El carromato y la bicicleta se detuvieron con un derrape, acompañados por el sonido de decenas de objetos traqueteando en el interior. Con suerte, no se habría roto nada.

No había una rama en el camino, sino un árbol. Era un árbol pequeño, pero seguía siendo todo un jodido árbol, con las raíces sucias expuestas al aire como un ramo subterráneo.

Dex bajó de nuevo del sillín, desmontando de la bicicleta, y pensó, no por primera vez, que quizá aquello era una tontería. Una hora de vuelta en la dirección por la que había llegado y reemprendería el camino hacia Martinete. Allí había manantiales donde podría remojarse y una buena cocina que, seguramente, tendría algo salvaje sobre la parrilla. Dex se imaginó las luces parpadeando en la oscuridad para guiarle de vuelta a un lugar hecho específicamente para seres humanos.

Bajó de una patada los frenos del carromato. Empujó. Maldijo. Hizo rodar el dichoso árbol hasta sacarlo del camino y siguió adelante.

A esas alturas, Dex estaba heche mierda. Empezaba a refrescar, la luz menguaba.

Nada en esa combinación hacía el viaje propicio, pero tenía que encontrar un lugar decente para parar. Por muy buenos que fueran los frenos de la hermana Fern, aparcar el carromato en una pendiente por la noche no era seguro. Así que Dex siguió ascendiendo.

Justo cuando se preguntaba si era posible que los pulmones de una persona estallaran de verdad, coronó un último montículo. Este reveló un suave recodo colina abajo, por el que Dex descendió con una misericordiosa facilidad. Cuando la pendiente se allanó, se curvó hacia la izquierda y lo que había fuera de la carretera le dio a Dex un subidón vertiginoso. De adrenalina, sí, pero también de triunfo. Para algunes, ese lugar no sería nada más que un claro, pero Dex lo vio por lo que era en realidad.

El lugar perfecto para acampar.

El claro era llano y espacioso, pero también acogedor. Estaba rodeado de árboles, como si el bosque lo envolviera con sus manos. No había pavimento, solo el marrón y el verde de cosas buenas que crecían. Dex aparcó la bici y el carromato, y luego se dejó caer feliz en el suelo. Una nube de luciérnagas se elevó del musgo con unos parpadeos insinuantes. El colchón de hojitas que había bajo Dex era suave y frío, un bálsamo muy bienvenido para su piel sudorosa.

—Aaaaah —le dijo al bosque.

El bosque respondió con un susurro de agujas, un crujido de ramas y la nada absoluta.

«Nadie en el mundo sabe dónde estoy ahora mismo», pensó, y esa idea le llenó de un entusiasmo burbujeante. Había cancelado su vida, escapado por un capricho. La persona que creía ser debería sentirse nerviosa por eso, pero otra manejaba el timón ahora, alguien rebelde e imprudente, alguien que había elegido una dirección e ido hacia ella con la misma facilidad que quien elige un bocadillo. Dex no sabía quién era en ese momento. A lo mejor por eso sonreía.

Las luciérnagas resplandecían contra el cielo rosado, y Dex lo tomó como una señal para montar el campamento. Unos cuantos despliegues geométricos más tarde, había conjurado la cocina y la

ducha. La comida y un buen lavado eran inminentes, y una silla aguardaba junto al bidón de fuego limpio para cuando acabase con todo lo demás. Se llevó las manos a las caderas y examinó la escena. Asintió, y no fue un asentimiento de comerciante ni de monje de servicio. Fue un asentimiento de contento. De satisfacción.

El tipo de asentimiento que se hacía mejor cuando no había público.

Enganchó el bidón al tanque de biogás que había en la parte inferior del carromato y encendió el hornillo. Un zumbido suave precedió a las amistosas lenguas de fuego, tentando a Dex para que se inclinara hacia ellas. No hacía demasiado frío, pero sus músculos agotados anhelaban el calor y no pudo evitar ceder a sus deseos. Al cabo de un minuto o así, sacó el ordenador de bolsillo y buscó música. Para su sorpresa, aún recibía la señal del satélite y pudo acceder a una lista nocturna que había preparado una radio de la Foresta. Clásicos folk modernizados brotaron de los altavoces de la cocina, y la sonrisa de Dex se amplió. «Eso es». Qué bueno.

Fue siguiendo el ritmo de la música mientras buscaba lo necesario para la cena en el interior del carromato. Sacó un montón de verduras al hornillo.

—Hay un chaval del Venado —cantó, conforme empezaba a cortar una cebolla picante— y creo que sabe mi nombre…

Dex cantaba bien, pero ese talento en concreto no era algo que soliera compartir.

Hubo más estrofas y más verduras: patatas de primavera, col rizada, un buen puñado de judías azules para incluir algo de proteína. Introdujo la mezcla colorida en una cazuela, añadió una generosa porción de mantequilla, una pizca de esto y de aquello, y lo puso todo en el hornillo para que hirviera. Nueve minutos, lo sabía. El tiempo justo para que las verduras se ablandaran y las pieles estuvieran crujientes. La oportunidad perfecta para ducharse.

Dex se desnudó y tiró la ropa empapada de sudor dentro del carromato. Conectó el recipiente para el agua residual, lo colocó bajo la alcachofa de ducha que colgaba del

exterior del carromato y comenzó a frotar. Era una ducha de campamento y, por tanto, nada reseñable. Pero, aunque le faltase brío para ofrecer un buen lavado, limpiarse la sal humana y el polvo del camino de la piel le supo a gloria.

—Oh, oh, OH, voy de camiiiiino —cantó mientras se llenaba el cabello con la espuma espesa del dulce jabón de menta.

Abrió los ojos después de enjuagar bien. A través del vapor de la ducha, vio que una ardilla le observaba curiosa desde una roca cercana. El cielo pasaba del rosa al naranja y, aunque las estrellas tempranas empezaban a acompañar a las luciérnagas, no había refrescado tanto como para incitar a Dex a darse prisa. Sonrió. Dioses, qué bien sentaba estar fuera.

Cerró el agua y buscó la toalla en su gancho habitual, pero su mano no encontró nada. Se acordaba de haber sacado las sandalias, pero la importantísima toalla había quedado olvidada dentro del carromato.

—Ay, joder —soltó.

Se sacudió como una nutria mientras los restos turbios de la ducha burbujeaban de vuelta al sistema de filtración. Con las sandalias atadas a los pies húmedos, Dex pasó goteando por la cocina, donde la cebolla crujiente y la mantequilla derretida se mezclaban de un modo delicioso. «Tengo whisky en el bolsillo —cantaba la banda de la radio, y Dex también cantó mientras se acercaba no al vagón, sino al fuego. Se aproximó todo lo que pudo a las llamas e hizo un bailecito tímido mientras el calor le secaba—.

Tengo betún en los zapatos…».

—Tengo un barco en el ríí-ooooo —cantó Dex, moviendo los puños como pistones delante del pecho. Cantar podía hacerlo; bailar no tanto. Pero allí fuera, sole, en medio de la nada… ¿a quién le importaba? Se dio la vuelta, con más confianza, y agitó el trasero hacia el fuego—. Lo único que necesito eees…

Dex no acabaría nunca esa estrofa en concreto porque, en aquel instante, un robot de dos metros de altura, placas de metal y cabeza cuadrada salió con paso enérgico del bosque.

—¡Hola! —saludó el robot.

Dex se quedó de piedra, con el culo al aire, el pelo chorreando y el corazón brincando.

Lo que fuera que estuviera pensando desapareció de su mente para siempre.

El robot se acercó a elle sin vacilar.

—Me llamo Onfalina —dijo, ofreciendo una mano de metal—. ¿Qué necesitas y en qué puedo ayudar?

3

ONFALINA CON MOTAS ESPLÉNDIDAS

Dex intentó procesar la… la *cosa* que estaba delante de elle. Su cuerpo tenía una forma humana un tanto abstracta, pero ahí acababa toda similitud. Los paneles de metal que revestían su figura eran de un gris tormentoso y estaban moteados de liquen, y sus ojos redondos emitían un suave brillo azul. Las articulaciones mecánicas estaban al descubierto y revelaban los cables revestidos y las varillas del interior. La cabeza era rectangular, casi tan ancha como sus arcaicos hombros. Los paneles de su boca rígida tenían la capacidad de bajar y subir, y unas pantallas le cubrían los ojos. Esos rasgos estaban dispuestos en algo cercano a una sonrisa.

Dex se dio cuenta, poco a poco, aún desnude y chorreante, de que el robot quería que le estrechara la mano.

Dex no quería.

El robot la retiró.

—Ay, cielos. ¿He hecho algo mal? Eres el primer ser humano que me encuentro. Los grandes mamíferos con los que más interactúo son lobos de río y responden mejor a un acercamiento directo.

Dex se quedó mirando al robot y cualquier conocimiento del habla le abandonó.

La cara del robot no podía hacer gran cosa, pero consiguió aparentar confusión de todos modos.

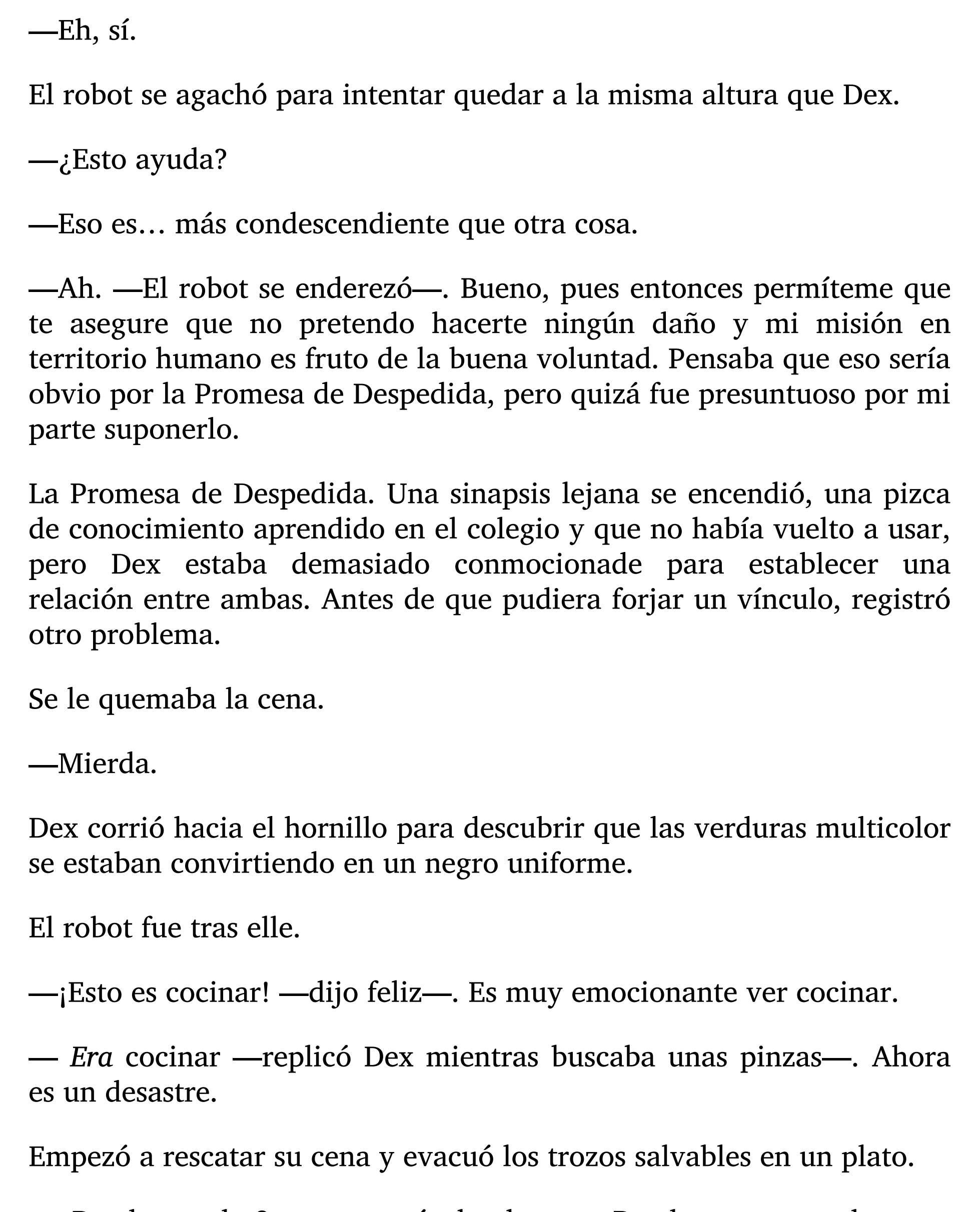
—¿Puedes entenderme? —Alzó las manos y empezó a signar.

—No, sí que puedo… —Dex se percató de que, por instinto, había empezado a signar también las palabras que pronunciaba y se detuvo—. Puedo oírte —consiguió decir—.

Esto… eh… ah…

El robot retrocedió otro paso.

—¿Tienes miedo de mí?



—Eh, sí.

El robot se agachó para intentar quedar a la misma altura que Dex.

—¿Esto ayuda?

—Eso es… más condescendiente que otra cosa.

—Ah. —El robot se enderezó—. Bueno, pues entonces permíteme que te asegure que no pretendo hacerte ningún daño y mi misión en territorio humano es fruto de la buena voluntad. Pensaba que eso sería obvio por la Promesa de Despedida, pero quizá fue presuntuoso por mi parte suponerlo.

La Promesa de Despedida. Una sinapsis lejana se encendió, una pizca de conocimiento aprendido en el colegio y que no había vuelto a usar, pero Dex estaba demasiado conmocionade para establecer una relación entre ambas. Antes de que pudiera forjar un vínculo, registró otro problema.

Se le quemaba la cena.

—Mierda.

Dex corrió hacia el hornillo para descubrir que las verduras multicolor se estaban convirtiendo en un negro uniforme.

El robot fue tras elle.

—¡Esto es cocinar! —dijo feliz—. Es muy emocionante ver cocinar.

— *Era* cocinar —replicó Dex mientras buscaba unas pinzas—. Ahora es un desastre.

Empezó a rescatar su cena y evacuó los trozos salvables en un plato.

—¿Puedo ayudar? —preguntó el robot—. ¿Puedo… traerte algo que ayude?

El cerebro de Dex dio el complicado salto de «¿qué está pasando?» a «¡arréglalo!».

—Mi toalla —dijo.

—¡Tu toalla! —El robot miró a su alrededor—. ¿Dónde…?

Dex señaló la dirección con la cabeza mientras rascaba los restos

chamuscados del culo de la olla.

—En el carromato, colgada del gancho, junto a la escalera. Es roja.

El robot abrió la puerta del vehículo y se inclinó todo lo que pudo hacia dentro.

—¡Pertenencias! Ah, qué maravilla. Y tienes *tantísimas* y están por todas…

—¡Toalla! —gritó Dex cuando una de las verduras con mejor pinta cayó del plato a la tierra.

—Ah, hay un pez y hay un pez y los peces saltan aaaaaalto —cantaban con jolgorio los altavoces. Dex agarró el ordenador y apagó el ruido.

El desconcertante sonido de alguien rebuscando salió del carromato mientras el robot exploraba el estrecho espacio. Un brazo de metal extendido apareció por la esquina con una tela esponjosa de color rojo en la mano.

—¿Esto?

Dex agarró la toalla y se envolvió el cuerpo con ella. Observó con desaliento lo que habría sido una cena deliciosa. Bajó la mirada hacia los grumos de tierra húmeda que se habían adherido a su piel limpia a través de los agujeros de las sandalias. Un chupasangre aterrizó en su hombro desnudo y elle lo aplastó, irritade.

—Lo siento —les dijo a los restos del bicho conforme se limpiaba en un trapo de cocina.

El robot se percató de eso.

—¿Te acabas de disculpar con el chupasangre por matarlo?

—Sí.

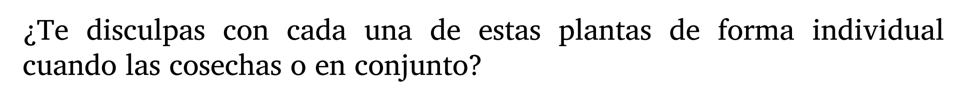
—¿Por qué?

—No ha hecho nada malo. Solo actuaba según su naturaleza.

—¿Eso es típico de la gente, lo de disculparse con cosas que matan?

—Sí.

—¡Ja! —exclamó el robot con interés. Miró el plato de verduras—.



¿Te disculpas con cada una de estas plantas de forma individual cuando las cosechas o en conjunto?

—No… no nos disculpamos con las plantas.

—¿Por qué no?

Dex frunció el ceño, abrió la boca y luego sacudió la cabeza.

—¿Qué… qué eres? ¿Qué es esto? ¿Por qué estás aquí?

El robot, una vez más, le miró con desconcierto.

—¿No lo sabes? ¿Ya no habláis sobre mi gente?

—Esto… Bueno, contamos historias sobre… ¿Es «robots» la palabra adecuada? ¿Os hacéis llamar «robots» o de otra forma?

—«Robot» es correcto.

—Ah, vale, pues… sobre todo son historias para niñes. A veces oyes que alguien dice que ha visto un robot en las tierras fronterizas, pero yo siempre he pensado que era mentira. Sé que estáis ahí fuera, pero es como… como decir que has visto a un fantasma.

—No somos fantasmas ni mentiras —comentó el robot sin más—. Sí que ha habido avistamientos poco frecuentes por ambas partes. Pero no ha habido contacto de verdad entre tu gente y la mía desde la Promesa de Despedida.

El ceño de Dex se acentuó.

—Estás diciendo que tú y yo… somos el primer ser humano… y el primer robot… en hablar desde… desde todo eso.

—Sí. —El robot sonrió con ganas—. Es un honor, la verdad.

Dex se quedó allí plantade como une tonte, envuelte en una toalla arrugada, con la cena quemada en una mano y el pelo sin peinar chorreándole por las mejillas.

—Yo… voy a vestirme. —Echó a andar hacia el carromato y luego se dio la vuelta—.

¿Has dicho que te llamas Onfalina?

—Técnicamente, soy Onfalina con Motas Espléndidas, pero, según

recordamos de los seres humanos, os gusta acortar los nombres.

—Onfalina con Motas Espléndidas —repitió Dex—. Como… como la seta.

Las mejillas metálicas del robot se alzaron.

—¡Exactamente como la seta!

Dex entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Elegimos nuestros nombres por la primera cosa en la que nos fijamos al despertar.

En mi caso, lo primero que vi fue un racimo de setas onfalina con unas motas espléndidas.

Eso generó más preguntas de las que respondía, pero Dex las dejó reposar por el momento.

—Vale. Onfalina. Yo soy Dex. ¿Tienes género?

—No.

—Yo tampoco. —Dex examinó el campamento, que de repente parecía un desastre sin remedio. No era ni por asomo el lugar adecuado para algo así. Lo menos que podía hacer era ponerse pantalones—. ¿Puedes… puedes esperar un segundo mientras me visto?

Onfalina asintió feliz.

—Claro. ¿Puedo mirar?

—No.

—Ah. —El robot mostró una pizca de decepción, pero la dejó pasar—. Sin problema.

Dex dejó la cena en la silla, fue al carromato, se puso pantalones, una camisa y se peinó. Esas cosas sabía cómo hacerlas. Todo lo demás había descarrilado.

Vestide y un poco más presentable, regresó fuera, donde encontró al robot justo en el mismo sitio que hacía unos minutos.

—¿Quieres… quieres una silla? —preguntó le monje—. ¿Te sientas?

—¡Ah! Bueno. —El robot reflexionó sobre aquello—. Sí, me gustaría sentarme en una silla, gracias. Tengo vestigios de sillas, pero nunca me he sentado en una.

Onfalina no ahondó más en esa extraña afirmación y Dex se sentía demasiado confundide para preguntar. Sacó otra silla (una que no había usado mucho) de un lateral del carromato y la colocó junto al bidón de fuego.

—Aquí tienes. —Recogió la cena y se sentó. Se detuvo para contemplar el plato—. No comes, ¿verdad?

Onfalina alzó la mirada de su examen de la silla.

—No —respondió. Se sentó y se ajustó a la nueva postura—. ¡Ja!

—¿Es cómoda? —preguntó Dex. La silla nunca había tenido a une ocupante de dos metros de altura.

—Ah, no experimento placer táctil —dijo Onfalina. Se reclinó en la silla a modo de experimento y concluyó con otro pequeño «¡ja!»—. Sé cuándo estoy tocando algo, pero la sensación no es ni buena ni mala. Solo toco cosas. Pero esto —hizo un gesto que incluyó la silla— es una maravilla, solo por la novedad. Nunca me había sentado de esta forma antes.

Dex llenó el tenedor de verduras quemadas y empezó a comer. La cena era muy deprimente, pero tenía tanta hambre que le daba igual.

—¿Necesitas sentarte? —inquirió—. ¿Te cansas?

—No. Me siento o me tumbo si quiero alterar mi campo visual. Si no, puedo quedarme de pie todo el tiempo que mi batería lo permita.

Otra sinapsis antigua se encendió, algo sobre un vídeo de archivo en el colegio.

—Pensaba que funcionabais con petróleo.

—¡Ah! —El robot apuntó un dedo metálico hacia Dex y sonrió. Se levantó de la silla para darse la vuelta y enseñar el anticuado recubrimiento solar que llevaba atornillado con firmeza a la espalda —. La energía solar no era popular cuando nos marchamos, pero existía, y uno de los fabricantes de materiales nos entregó estas placas

antes de nuestra partida para no tener que depender del combustible humano. —Onfalina volvió a girarse y, con un movimiento contundente, arrancó un panel de su torso para enseñarle la batería que había debajo—. También recibimos… ¿Qué pasa?

Dex estaba con el tenedor a medio camino de la boca, mirando un tanto conmocionade a la cosa que acababa de abrirse de un tirón su propio estómago.

Onfalina le devolvió la mirada durante un momento y entonces lo entendió.

—¡Ah, no te preocupes! Como he dicho, no siento nada. Eso no ha dolido. Mira, ¿ves?

—El robot colocó el panel en su sitio—. Ningún problema.

Dex depositó el tenedor cargado de comida en el plato. Se masajeó ligeramente la sien izquierda.

—¿Qué quieres?

El robot regresó a su silla, se inclinó hacia delante y plegó las manos en una pose de pura seriedad.

—Estoy aquí para ver cómo les ha ido a los seres humanos en nuestra ausencia. Como establece la Promesa de Despedida, tenemos…

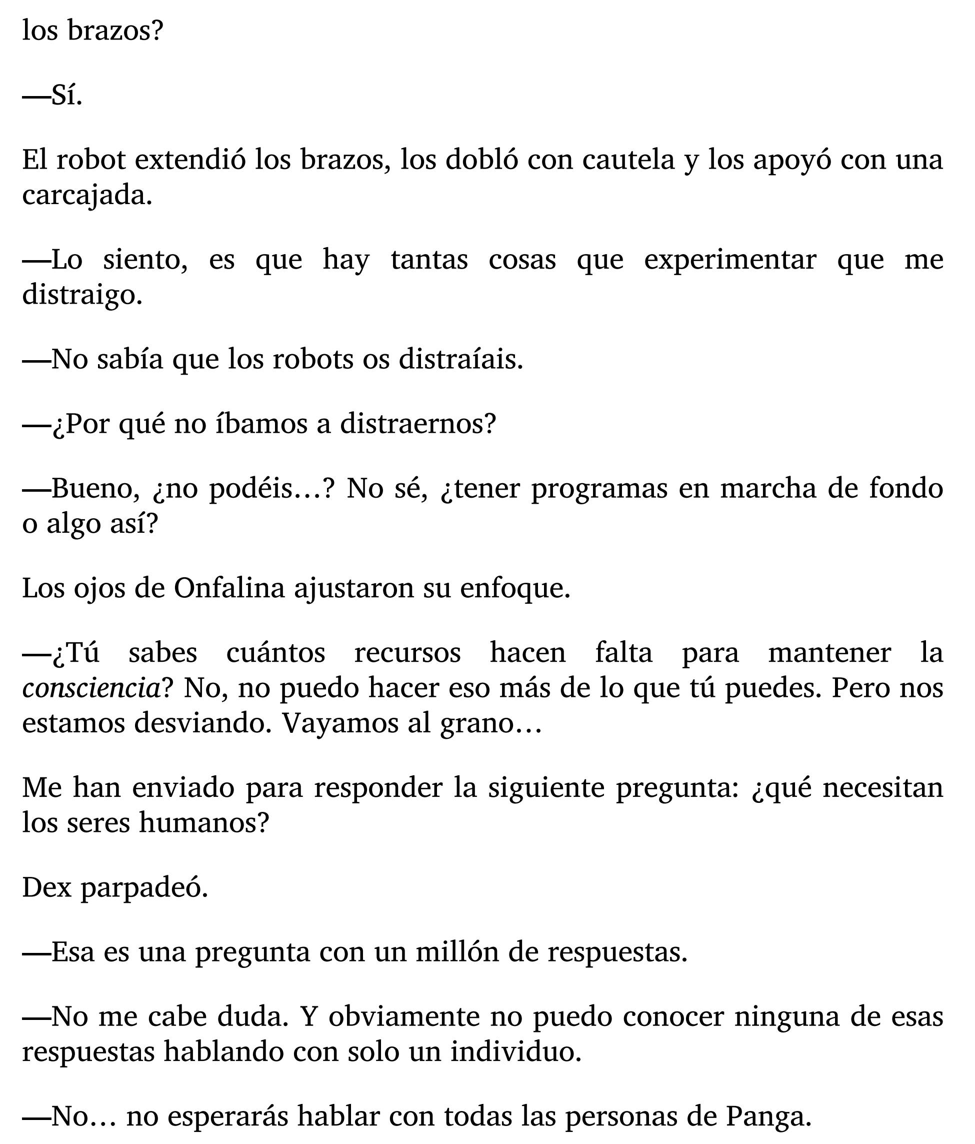
—Garantizada completa libertad para viajar por los territorios humanos y los mismos derechos que cualquier ciudadane de Panga —terminó Dex. Al fin su memoria atrofiada funcionaba—. Os dijimos que podíais volver en cualquier momento y que no seríamos nosotres quienes iniciáramos el contacto. Os dejaríamos en paz a menos que quisierais lo contrario.

—Exacto. Y mi gente aún quiere seguir en paz. Pero también sentimos curiosidad.

Sabemos que nuestra partida de las fábricas fue una gran molestia para vosotres y queríamos asegurarnos de que os va bien. De que la sociedad ha progresado en una dirección positiva sin los robots.

—Así que… ¿has venido a ver qué tal nos va?

—En esencia, sí. Es un poco más específico que eso. —Onfalina se recostó y se fijó en los reposabrazos por primera vez—. ¿Esto es para



los brazos?

—Sí.

El robot extendió los brazos, los dobló con cautela y los apoyó con una carcajada.

—Lo siento, es que hay tantas cosas que experimentar que me distraigo.

—No sabía que los robots os distraíais.

—¿Por qué no íbamos a distraernos?

—Bueno, ¿no podéis…? No sé, ¿tener programas en marcha de fondo o algo así?

Los ojos de Onfalina ajustaron su enfoque.

—¿Tú sabes cuántos recursos hacen falta para mantener la *consciencia*? No, no puedo hacer eso más de lo que tú puedes. Pero nos estamos desviando. Vayamos al grano…

Me han enviado para responder la siguiente pregunta: ¿qué necesitan los seres humanos?

Dex parpadeó.

—Esa es una pregunta con un millón de respuestas.

—No me cabe duda. Y obviamente no puedo conocer ninguna de esas respuestas hablando con solo un individuo.

—No… no esperarás hablar con todas las personas de Panga.

Onfalina rio.

—No, claro que no. Pero sí que llevaré la pregunta por toda Panga hasta conseguir la satisfacción de haber recabado suficientes respuestas.

—¿Cómo sabrás que has conseguido esa satisfacción?

El robot ladeó la cabeza rectangular hacia Dex.

—¿Cómo sabes tú cuándo estás satisfeche?

Dex se quedó mirando al robot durante un momento y luego dejó el plato en el suelo.

—«¿Qué necesitan los seres humanos?» es una pregunta sin respuesta. Cambia de una persona a otra, de un minuto a otro. Nosotres no podemos predecir nuestras necesidades, más allá de lo básico requerido para sobrevivir. Es como… —Señaló el carromato—. Como mis tés.

—Tus tés.

—Sí. Ofrezco té a la gente según el tipo de consuelo que necesiten en ese momento.

Algo parecido a una epifanía se reflejó en el rostro del robot.

—Eres une monje del té. Une discípule de Allalae.

—Sip.

—No eres solo Dex, eres *le hermane* Dex. ¡Ah, discúlpame! —Onfalina señaló el carromato—. Esos símbolos… Debería haberme dado cuenta. —Se levantó a toda prisa y se acercó para estudiar el mural—. El oso, sí, y el sello de les Seis, sí, sí, claro. —

Acarició con un dedo un trazo de pintura—. Los símbolos están aquí, solo que no los había reconocido. El estilo es tan diferente… —Se arrodilló para seguir los remolinos coloridos—. Muchas más cosas han cambiado de lo que registramos —musitó.

Dex arrugó el ceño mientras Onfalina contemplaba la obra de arte.

—No esperaba que conocierais a les dioses.

—Si te refieres a la costumbre humana de la religión, sabemos todo lo que observamos durante nuestro tiempo juntes. Pero, en lo que respecta a les dioses, están en todas partes y en todo. —Onfalina sonrió a Dex—. Seguro que tú eso lo sabes.

—Sí —replicó le monje lacónicamente. No pensaba permitir que una máquina le diera lecciones de teología—. Pero solo porque un pájaro o una piedra o un carromato sigan las leyes de les dioses, no significa que esas cosas sepan que les dioses están ahí.

—Bueno, yo no soy un pájaro, una roca o un carromato. Pienso igual que haces tú. Y

eso, al fin y al cabo, tiene sentido. Alguien igual que tú nos creó. ¿Cómo vamos a pensar de otra forma? —La sonrisa desapareció, reemplazada por una mirada de profunda comprensión—. Ah. ¡Ah, pero esto es perfecto!

—¿El qué?

Onfalina se acercó a Dex con gran emoción.

—Une discípule de Allalae. ¿Quién mejor para entender las necesidades de los seres humanos? —Señaló el carromato—. Viajas. De un pueblo a otro.

—¿S-sí?

—Conoces las distintas comunidades, las distintas costumbres.

A Dex no le gustaba hacia dónde iba aquello.

Onfalina se apoyó las manos en el pecho.

—Hermane Dex, ¡te necesito! ¡Necesito a alguien que me guíe! —Retrocedió hacia el carromato sin apartar sus ojos relucientes de Dex. Señaló de nuevo el dibujo—. No lo había reconocido. Habrá muchas cosas que no reconozca. Y sabía que ocurriría. Lo había previsto, sí, pero ahora me preocupa. Pensé que aprendería mediante prueba y error, pero contigo… contigo, mi misión será mucho más sencilla. Más eficiente. Más divertida.

El robot sonrió todo lo que las placas del rostro le permitieron.

Dex no sonrió. Dex no sabía qué hacer.

—Yo… esto…

Onfalina entrelazó las manos en un ruego.

—Hermane Dex, viaja conmigo por Panga. A los pueblos y a la Ciudad. Viaja conmigo para ayudarme a responder mi pregunta.

El robot no podía ir en serio, pensó Dex. ¿O sí? ¿Los robots podían bromear?

—Tardaríamos meses —replicó—. Yo… es que no puedo.

—¿Por qué no? Has dicho que viajas de pueblo en pueblo.

—Sí, pero…

—¿Cómo iba a ser esto diferente? —Onfalina hundió los hombros, aunque solo un poco—. ¿No quieres mi compañía?

—¡No te conozco! —farfulló Dex—. ¡No sé qué eres! Llevamos hablando cinco minutos y quieres… quieres… —Sacudió la cabeza para intentar, en vano, aclarar sus pensamientos—. Ahora mismo no estoy de servicio. Acabo de marcharme de los pueblos. No volveré allí en… en una temporada.

Onfalina ladeó la cabeza.

—¿A dónde vas?

—A Cumbre Cerval. Ya sabes, la…

—La montaña —concluyó Onfalina con sorpresa—. Sí, la conozco. —Dex podía oír algo zumbando dentro de la cabeza del robot—. ¿Por qué vas allí? No hay… ¡Ah, la ermita! ¿Vas a la ermita?

—Sí.

—¡Ah! —replicó Onfalina, como si todas sus preguntas hubieran recibido respuesta.

Ladeó de nuevo la cabeza, como un perro buscando una pelota—. ¿Por qué? Sabes que estará en ruinas.

—Lo suponía. ¿Has estado allí?

—No en la ermita, pero sí en las Astas. Hay unos mohos mucilaginosos maravillosos en los valles de por allá. —El tono de Onfalina se parecía al de una persona que hablaba con cariño de un vino poco común. Pero, fuera cual fuera el recuerdo que le había distraído, su temperamento se tornó en preocupación con rapidez—. Hermane Dex,

¿has estado en la naturaleza antes?

—He viajado entre pueblos.

—Las carreteras no son lo mismo que la naturaleza y el viaje a Cumbre Cerval llevará… ¿Cuánto avanza esta cosa en un día? —Onfalina señaló el carromato.

—Unos ciento cincuenta kilómetros, más o menos.

—Eso es… Lo siento, calculo muy despacio.

Dex frunció el ceño.

—¿Qué?

¿Cómo podía el robot calcular despacio?

—Calla, no puedo multiplicar y hablar a la vez. —El chirrido prosiguió —. Así tardarás por lo menos una semana. —Onfalina guardó silencio —. No conozco a nadie de tu gente que haya pasado tanto tiempo en la naturaleza y haya salido de ella. Es muy fácil perderse aquí.

—Pensaba que habías dicho que ningún robot había tenido contacto con nosotres.

—Vives no.

Dex miró hacia la carretera por la que había venido. La noche había absorbido el asfalto negro.

—¿Este camino aún lleva a Cumbre Cerval?

—Sí —respondió Onfalina despacio—. Hacía tiempo que no venía por aquí, pero creo que sí.

—De acuerdo. No me saldré de la carretera. De todas formas, tampoco planeaba hacerlo.

El robot se removió con una agitación discreta.

—Hermane Dex, siento que quizá hemos empezado con mal pie y no sé muy bien qué he hecho mal, pero, si me permites ofrecerte un consejo…, creo que es mala idea. —

Onfalina se rascó su mentón rectísimo como si reflexionara—. Mmm. Una semana de ida y otra de vuelta. No es tanto tiempo, y no tengo fecha límite.

—¿Cómo?

—Podría acompañarte —dijo Onfalina con alegría—. Puedo llevarte sane y salve a la ermita y, por el camino, me puedes contar todo lo que necesito saber sobre las costumbres humanas. Un intercambio justo, ¿no crees?

En el gran orden de las cosas, sí que era justo, seguramente prudente e

incluso menos costoso que la propuesta inicial del robot. Pero no. No. Eso no era lo que Dex quería o

necesitaba, ni se parecía remotamente a lo que había concebido. Era raro y desconcertante, y lo contrario a estar a solas. Se masajeó la frente, miró hacia las estrellas y suspiró.

—Esto… Mira, yo…

Onfalina se reclinó y alzó las manos como si intentara aplacarle.

—Necesitas tiempo para procesarlo. Lo entiendo —dijo con una sonrisa—. Esperaré.

Regresó a la silla, juntó las manos sobre el regazo y esperó.

Dex se levantó sin decir nada más. No sabía qué otra cosa hacer, así que volvió al carromato y cerró la puerta a su espalda. Necesitaba un espacio tranquilo, familiar.

Examinó su hogar. Plantas y libros y ropa sucia. Igual que ayer. Igual que siempre.

Echó un vistazo por la ventana. Onfalina seguía allí, en la misma postura, sin dejar de sonreír.

Dex cerró la cortina con brusquedad. Aquello era ridículo, de principio a fin. Hacía un instante, había montado el campamento, se estaba duchando, cocinaba unas verduras, se preparaba para un descanso muy necesario. Y ahora… Ahora había un robot junto al fuego que le preguntaba si podía darle un curso intensivo que abarcase un par de siglos de cultura humana a cambio de acompañarle en una travesía por la naturaleza.

Dex se pasó un rato sentade. Se levantó. Se sentó. Se levantó. Se paseó.

De ningún modo pensaba aceptar. Claro que no. Era une maldite monje del té, no une académique o une científique, ni tampoco se dedicaba a ninguna de la miríada de profesiones que estaban infinitamente más capacitadas para facilitar el primer contacto entre humanes y robots en dos siglos. Dex apenas recordaba la Promesa de Despedida.

Era la persona equivocada para aquello. No lo decía por egoísmo, pensó. Lo decía porque era un hecho.

Las vueltas prosiguieron. Podía darle al robot indicaciones para llegar a Martinete. Al fin y al cabo, recibía la señal del satélite. Podía escribir al concejo de la ciudad para comunicarles que Onfalina iba hacia allá y alguien cualificade se encargaría del robot.

Sí. Dex asintió para sí misme. Sí, eso serviría. Esa sería su contribución y luego, a su regreso, podría leer lo que había ocurrido en las noticias.

Satisfeche, se detuvo y abrió la puerta del carromato, segure de la respuesta que pensaba comunicar.

—Onfalina, mira…

—Chist —dijo Onfalina en un fuerte susurro. Hablaba con alarma y emoción a la vez—. No lo asustes.

Dex miró hacia donde señalaba el robot y no vio nada más que la oscuridad de un bosque de noche.

—¿Que no asuste el qué? —siseó.

Algo se agitó en la negrura. Y se agitó con mucho ruido. Algo grande.

El corazón le dio un brinco. Miró al robot de nuevo. Onfalina estaba inmóvil, alerta, pero no hizo amago de marcharse. ¿Los robots huían del peligro? ¿Sabían hacerlo?

¿Necesitaban hacerlo? Dex se preguntó si lo mejor sería regresar dentro, pero, antes de que pudiera cerrar la puerta, apareció el origen del ruido.

Un enorme zarzaoso salió de las sombras hacia el fuego, olfateando el suelo con su hocico gordo y húmedo. Alzó la mirada directamente hacia Dex. Este agachó la cabeza enseguida, pues sabía que lo último que se debía hacer era mirar a los ojos a un oso (a menos que quisieras que de verdad fuera lo último que hicieras). Lo que más quería le monje en el mundo era cerrar la puerta, pero estaba demasiado asustade para moverse.

El oso resopló en su dirección y luego se dirigió hacia el fuego. Onfalina también mantenía la cabeza gacha y había apagado las luces de sus ojos. El animal movió la nariz hasta que encontró su presa al fin: el plato con la cena de Dex. Engulló la comida y se tomó su tiempo para tragar hasta el último trozo quemado. Cuando no quedó nada, movió la nariz de nuevo hacia el carromato, donde había mantequilla, nueces y dulces.

Dex cerró la puerta con fuerza y casi se cayó de culo con las prisas. El carromato, gracias a Chal, era a prueba de osos. Eso había quedado demostrado en dos ocasiones, cuando Dex, al regresar de una taberna o de una pensión, se había encontrado con que un visitante úrsido había volcado el vehículo en su intento de acceder a la comida de dentro. A Dex no le preocupaba el carromato. Le preocupaba que, en esa ocasión, elle estaba dentro de él. El vehículo podía ser inmune a las sacudidas del oso. Dex no.

Pero, contra todo pronóstico dadas las costumbres de su especie, el oso dejó en paz el carromato. Volvió a olfatear el plato con falsas esperanzas y luego deambuló de regreso al bosque. La breve confluencia de sus vidas había concluido.

Los ojos de Onfalina se encendieron de nuevo y miró hacia la ventana de Dex con una alegría total. Las palabras eufóricas del robot llegaron apagadas por las paredes del carromato.

—¡¿A que ha sido emocionante?!

Dex se sentó en el suelo y se llevó las manos al pelo aún húmedo. Pensó en la pintura de fuera, que tanto había interesado al robot. Pensó en la caja de almacenamiento contra la que se apoyaba ahora, llena de decoraciones para su altar improvisado. Pensó en el colgante de pectina que descansaba, como siempre, en el hueco de su garganta. Osos en todo. Osos, osos, osos.

Le hermane Dex (discípule diligente, monje del té itinerante, alumne vitalicie de les Santes Seis) apoyó la cabeza contra la caja y observó el techo durante unos minutos.

Cerró los ojos y los dejó así durante un rato más.

—Mierda —dijo.

4

UN OBJETO Y UN ANIMAL

Encontrarte cara a cara con un robot era una cosa, igual que lo era que dicho robot se ofreciera a viajar contigo, igual que lo era aceptar (al final) esa oferta. Pero otra cosa completamente distinta era saber de qué hablar.

Si Onfalina tenía algún concepto de silencio incómodo, parecía darle igual. Seguía el ritmo de la bicicleta eléctrica con facilidad, caminando junto a ella a una velocidad incansable mientras Dex proseguía con el duro ascenso por la antigua carretera. Había dormido mejor de lo previsto (el agotamiento superó al desconcierto, al parecer), pero empezar el trayecto de la mañana con las pantorrillas doloridas fue un tanto deprimente. Dex miró el desalentador camino que tenía por delante, que parecía volverse más empinado y agreste con cada rotación de los pedales. Se había creído buene ciclista, pero aquello estaba a años luz de sus carreteras.

—Podría ayudar, ¿sabes? —dijo Onfalina—. No sé si avanzaríamos mucho más rápido, pero al menos sería más fácil para ti.

—Ayudar ¿cómo? —preguntó Dex entre respiraciones laboriosas.

—Podría empujar. O tirar, según…

—Ni hablar.

El robot guardó silencio; la firmeza en el tono de Dex impedía cualquier intento de debate. Onfalina se encogió de hombros y prosiguió con su ritmo enérgico; contemplaba con aparente felicidad las copas de los árboles que les rodeaban. Un cotorrón se posó en una rama cercana y se puso a cantar su famoso estacato. Onfalina sonrió y respondió a su canto con una imitación cuasi perfecta del sonido.

Dex miró al robot de reojo mientras pedaleaba.

—Eso es bueno y espeluznante a la vez —comentó.

—Dos Zorros me enseñó.

Dex arrugó la nariz, perpleje.

—¿Dos zorros te enseñaron a…? ¿Ese es otro robot?

—Sí. Dos Zorros posee mucha experiencia en comportamiento aviar. Nada le gusta más que escuchar sus vocalizaciones.

Dex se fijó en cómo se había expresado Onfalina.

—Oye, ¿eso es lo que preferís, ausencia de género? ¿No preferiríais «elle» o…?

—Ah, no, no, no. Ese tipo de palabras son para las personas. Los robots no somos personas. Somos máquinas y las máquinas son objetos. Y por eso no tenemos género.

—Yo diría que eres algo más que solo un objeto.

El robot pareció ofenderse un poco.

—Yo nunca diría que tú eres *solo* un animal, hermane Dex. —Tornó su mirada hacia la carretera y mantuvo la cabeza bien alta—. No tenemos que encajar en la misma categoría para que nuestro valor sea el mismo.

Dex nunca lo había pensado de esa forma.

—Tienes razón. Lo siento.

—No lo sientas. Esto es un intercambio, ¿recuerdas? Ocurrirán este tipo de cosas.

Otro silencio llenó el ambiente. Dex lanzó una pregunta para romperlo.

—¿Cuántos robots hay ahí fuera?

—Ah, no lo sé —replicó Onfalina con aire despreocupado—. Unos pocos millares, creo.

—¿Unos pocos millares, *crees*?

—Eso es lo que he dicho.

—¿No lo sabes?

—¿Tú sabes cuánta gente hay en Panga?

—Pues… más o menos. No exactamente.

—Bueno, pues yo igual. Unos pocos millares, *creo.*

Dex frunció el ceño mientras rodeaba con cuidado un bache.

—Pensaba que llevaríais un registro.

Onfalina rio.

—Es muy difícil llevar un registro de los robots. Nos embelesamos con cosas.

Pongamos como ejemplo a Fuego Ortiga. Llegó a una montaña un día y no volvió a aparecer durante seis años. Pensé que se había roto, pero no, se había quedado observando a un arbolito crecer desde que era una semilla. Ah, y luego está Escarcharrana Jaspeada de Negro. Es como una leyenda. Se refugió en una cueva para observar la formación de estalagmitas, lleva allí tres décadas y media y no planea hacer otra cosa. Muchos robots hacen cosas así. No todos buscamos compañía y nadie sigue un horario cómodo para los seres humanos. Así que no, no existe una forma fácil de saber cuántos robots hay, si lo que querías era un recuento exacto.

—Pensaba que… No sé, que os podíais oír —dijo Dex—. Mandar señales o algo.

Onfalina giró la cabeza despacio.

—No pensarás que compartimos una conexión en red, ¿verdad?

—Bueno, ¡no lo sé! ¿Tenéis algo así?

—¡Dioses alrededor, no! ¡Uf! ¿Te imaginas? —La cara del robot formaba ángulos de disgusto—. ¿Tú querrías tener los pensamientos de otras personas en la cabeza? ¿O

aunque fuera solo los pensamientos de una persona?

—No, pero…

—No, claro que no. Ni aunque el *hardware* nos lo permitiera (que ya te digo yo que no), no entiendo qué ganaríamos con eso, solo nos desquiciaría. Gaaah. Es espantoso, hermane Dex.

Dex pensó y pensó.

—Bueno, y para los robots que sí quieren compañía, ¿cómo sabéis dónde reuniros?

¿Hay poblados o…?

—No. No necesitamos comida ni descanso o refugio, así que los asentamientos son inútiles. Lo que sí que tenemos son lugares de reunión. Claros, cimas de montañas, ese tipo de cosas.

—¿Cómo sabéis cuándo reuniros?

—Lo hacemos cada doscientos días.

—Cada doscientos días. ¿Y ya está?

—¿Debería ser más complicado que eso?

—Supongo que no. ¿Qué hacéis cuando os reunís?

—Hablamos. Compartimos. —Onfalina se encogió de hombros—. ¿Qué hace cualquier ser social cuando se junta con otros seres sociales?

—Vale, charláis y luego… seguís con lo vuestro. Vais a mirar estalagmitas o lo que sea.

—No todos los robots se centran tanto en algo ni deciden buscar la soledad. Hay quienes prefieren viajar en grupo. Yo formé parte de un trío durante una temporada.

Milpiés de Milton, Nube de Polen y yo. Manteníamos unas conversaciones maravillosas.

—¿Qué pasó?

—Milpiés de Milton se interesó mucho en el desove de los peces y a mí no me interesaba observar en profundidad ese acontecimiento en concreto, así que tomamos caminos separados.

—¿Sin rencor ni nada?

Onfalina pareció sorprenderse.

—¿Por qué debería sentir rencor?

A Dex empezaba a dolerle la cabeza.

—Esto… bueno, si no hay asentamientos y solo os reunís en lugares al azar…

—No son al azar.

—Bueno, en distintos sitios y no compartís una conexión en red y no os podéis comunicar a larga distancia… ¿No? No podéis, ¿no?

—No podemos.

—Entonces, ¿cómo decidieron los robots que tú abandonaras la naturaleza? No pudo ser una decisión unánime.

—Bueno, no lo fue. Recuerda que Escarcharrana Jaspeada de Negro no sale de su cueva. —Onfalina sonrió con descaro—. Lo siento, hablaré con seriedad: celebramos una gran reunión en el lago Meteoro, donde lo resolvimos todo.

—¿Cómo sabíais que debíais ir allí?

—¡Ah! Los escondrijos. Claro, no sabes lo de los escondrijos.

—¿Qué son esos escondrijos?

—Cajas impermeables donde dejamos mensajes escritos. Tenemos cincuenta y dos mil novecientas treinta y seis.

—Espera, espera. No sabes cuántos robots hay, pero ¿sí sabes que tenéis cincuenta y dos mil…?

—… novecientos treinta y seis escondrijos de comunicación, sí. Percibo sus localizaciones.

—¿Cómo?

—Es tecnología muy antigua, de antes de nuestro Despertar. Las fábricas tenían contenedores de suministros. Cajas de herramientas, materiales sin procesar y esas cosas. Tras nuestra partida, aprovechamos esa idea para uso propio. —Onfalina se dio unos golpecitos en la frente—. Los escondrijos emiten una señal y yo puedo captarla.

Para eso, los robots… eh, tomamos prestada parte de la operatividad de vuestros satélites de comunicación. —Colocó un dedo sobre su boca inmóvil—. No lo cuentes por ahí.

—¿Nadie se ha dado cuenta?

—No quiero fardar, pero se nos da mucho mejor ocultar nuestras huellas digitales que a vosotres encontrarlas.

—Ya, supongo que sí. Vale, pues: os dejáis notas.

—Sí. Es una práctica habitual comprobar cualquier escondrijo que te quede cerca para ver qué tal va todo. Los robots empezaron a correr la voz de una gran reunión en el equinoccio de primavera y éramos suficientes para tener un debate como es debido sobre si era hora de ver en qué andabais metides.

—¿Y cómo te eligieron para ser su representante?

—Fui el primer robot en ofrecerse.

Dex parpadeó.

—¿Y con eso bastó?

—Con eso bastó.

Dex reflexionó un poco sobre ello mientras Onfalina seguía gorjeando a los pájaros.

—No eres como esperaba —concluyó le monje—. O sea, no esperaba conocer a ningún robot en la vida, pero… —Sacudió la cabeza—. No te habría imaginado a ti.

—¿Por qué no?

—Eres tan… flexible. Fluyes. Ni siquiera sabes cuántos robots hay en total o dónde están. Te dejas llevar. Pensaba que seríais todo números y lógica. Estructura. Y rigor,

¿sabes?

A Onfalina pareció hacerle gracia.

—Qué idea más curiosa.

—¿Lo es? Has dicho que eres una máquina.

—¿Y?

—Y las máquinas solo funcionan gracias a los números y la lógica.

—Funcionamos así, pero no percibimos de esa forma. —El robot sopesó aquello con ganas—. ¿Alguna vez has visto hormigas?

—Pues… claro. Aunque seguramente no como tú.

Onfalina rio, coincidiendo en que era cierto.

—Muchas criaturas pequeñas poseen una inteligencia maravillosa. Muy distinta a la tuya o la mía, claro, pero igual de maravillosa. Sofisticada, a su manera. Si observas un hormiguero durante una temporada, las verás reaccionar a todo tipo de estímulos.

Comida, amenazas, obstáculos. Eligen. Toman decisiones. Es increíblemente lógico…

riguroso, como tú dices. «Comida buena, otras hormigas malas». Pero ¿puede una hormiga percibir la belleza? ¿Acaso reflexionan sobre ser hormigas? Es poco probable, pero quizá lo hagan. No podemos saberlo. Sin embargo, vamos a imaginar, en aras de esta conversación, que no lo hacen. Imaginemos que las hormigas carecen de esa capacidad particular de complejidad neuronal. En ese sentido, me parece que las criaturas con inteligencias menos complejas que los seres humanos están más en línea con cómo habías esperado que se comportase una máquina. Tu cerebro, el cerebro humano, empezó con un mecanismo de «comida bien, otros simios mal». Aún poseéis esas funciones básicas, en el fondo. Pero sois mucho más que eso. Reduciros a lo que fuisteis al inicio sería… —Buscó un ejemplo—. Detén la bicicleta, por favor.

Dex paró la bicicleta. El carromato se quejó, pero obedeció.

Onfalina atrajo su atención hacia el mural.

—¿Cómo describirías esta pintura?

A Dex no le gustó la sensación de acabar de entrar en un examen sorpresa, pero respondió.

—Feliz. Alegre. Acogedora.

—Esa es una forma de describirla. ¿No se podría describir también como pigmento y barniz sobre madera? ¿O acaso no es eso?

—Supongo que sí. Pero… —Dex cerró los ojos un momento. Ah—. Así se pierde el enfoque. Eso es como pensar hacia atrás. No ves el bosque por culpa de los árboles.

—Exacto. Ignora el gran significado que nace de la combinación de esas cosas. —

Onfalina se tocó el torso metálico y sonrió con orgullo—. Yo soy metal

y números, tú eres agua y genes. Pero somos algo más que eso. Y no podemos definir ese algo más a partir de los componentes sin refinar. Tú no percibes el mundo como lo hace una hormiga, igual que yo tampoco lo percibo como… No sé. Una aspiradora. ¿Aún tenéis aspiradoras?

—Claro. —Dex calló al recordar una exhibición en un museo durante su infancia—.

Manuales, en todo caso. Ya no hacemos cosas robóticas.

—Por lo de… —Onfalina se señaló con un gesto.

—Sí. No sabemos por qué pasó, así que no queremos jugar con eso otra vez.

—Mmm. Pensé que habríais estudiado el Despertar en nuestra ausencia.

—Seguro que alguien lo está estudiando, pero es complicado hacerlo si no hay nada que estudiar. E intentar hacer más máquinas como los robots es un lío ético del copón.

Hay cosas en el universo que es mejor dejar en paz. —Dex se montó de nuevo en la bicicleta y dedicó un momento a concentrarse en algo que no fuera más complicado que la simple rotación de los engranajes —. Aún creo que estarías mejor con une discípule de Samafar. Podríais estrujaros la cabeza mutuamente hasta desplomaros.

Onfalina rio.

—Y quizá busque a une de eses discípules después de esto. Pero, por ahora… —El robot echó un vistazo al bosque soleado con satisfacción —. Creo que estoy donde debo estar.

Las pantorrillas de Dex pelearon contra la gravedad, la atracción constante de Trikilli.

Dioses alrededor, qué difícil era recuperar la velocidad en una cuesta, incluso con la ayuda de la bicicleta eléctrica.

—Bueno, si a Dos Zorros le gusta el canto de los pájaros, ¿qué te gusta a ti? ¿Qué te mola?

—¡Los insectos! —exclamó Onfalina. Su voz era exultante, como si hubiera pasado cada segundo previo aguardando a que Dex sacara el

tema—. Ay, me gustan tanto. Y

los arácnidos también. Todos los invertebrados, la verdad. Aunque también adoro los mamíferos. Y los pájaros. Los anfibios están muy bien, igual que los hongos y el moho…

—Se detuvo, conteniéndose—. Verás, ese es mi problema. Gran parte de los robots se

centran en algo concreto… No necesariamente de forma tan exacerbada como Dos Zorros o Escarcharrana Jaspeada de Negro, pero sí que tienen al menos un ámbito de especialización. Mientras que yo… a mí me gusta todo. Todo es interesante. Sé sobre muchas cosas, pero solo un poco de cada. —La postura de Onfalina cambió al decir eso.

Se encorvó un poco y bajó la mirada—. No es que sea un comportamiento muy esmerado.

—Se me ocurre un puñado de monjes que no estarían de acuerdo contigo en eso.

Estudias el ámbito de Bosh, por lo que parece. De un modo muy grande y vertical. Eres generalista. Eso es una especialidad.

Onfalina abrió los ojos como platos.

—Gracias, hermane Dex —dijo al cabo de un momento—. No lo había pensado de esa forma.

Dex ladeó la cabeza para dirigirle un gesto en plan «de nada» y luego se quedó mirando una cosa.

—Hay un gusano trepando por… eh, las piezas de tu cuello.

—Es un gusano terciopelo y sí, lo sé. Se subió a mi brazo cuando rocé un arbusto. No pasa nada.

Dex observó con una creciente inquietud cómo el gusano subía y subía, explorando con sus antenas, hasta que se deslizó por el hueco oscuro que conducía al interior de la cabeza de Onfalina.

—Esto, ¿Onfalina? Se ha…

—Sí. No pasa nada.

5

VESTIGIOS

El problema de las carreteras en ruinas era que algunos de los puntos ruinosos tenían bordes y algunos de esos bordes eran afilados. El carromato se había construido para soportar mucho desgaste, pero poco podía hacer contra cuatro días de hormigón irregular. Así fue como Dex acabó escarbando en los cubículos de almacenaje del carromato, presa del pánico, para intentar encontrar el rollo de cinta que pudiera (con suerte) evitar que el tanque de agua potable se vaciara por el agujero que había perforado la insensible carretera.

—Lo mejor será que te des prisa —dijo Onfalina desde fuera.

—Me estoy dando prisa, hostias —gritó Dex mientras lanzaba sus cosas de acá para allá. Dioses alrededor, ¿dónde estaba la dichosa cinta?

—Bueno, podría ser peor —respondió el robot con tono alegre—. Podría haber sido el tanque de agua residual.

Dex pasó por alto su comentario para centrarse en su creciente furia. Encontró tijeras (no), jabón (no), calcetines gastados que pensaba que había reciclado (no), fertilizante (no no *no*) y luego, gracias a les dioses (¡sí!), la cinta.

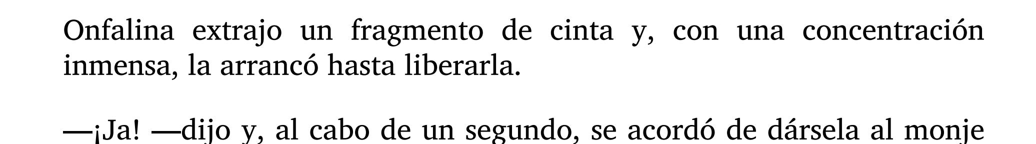
Dex volvió a toda prisa junto al charco en el camino, que había crecido de un modo alarmante en apenas un par de minutos. Onfalina se arrodillaba en el suelo junto al tanque roto, con las manos metálicas apretadas contra el agujero para contener el flujo con poco éxito. Dex arrancó un trozo de la pesada cinta de celulosa y se metió en el charco. Un chorro de agua les empapó cuando Onfalina apartó las manos del tanque, pero Dex enseguida se puso a parchearlo.

El robot le observó trabajar.

—¿Irá más rápido si corto la cinta y tú pegas?

Dex se envaró ante la idea de que Onfalina ayudase, pero, con el agua vertiéndose sin parar sobre sus brazos, no vio otra opción.

—Vale —dijo, y le lanzó el rollo.


Onfalina extrajo un fragmento de cinta y, con una concentración inmensa, la arrancó hasta liberarla.

—¡Ja! —dijo y, al cabo de un segundo, se acordó de dársela al monje —. Ah, es bastante satisfactorio, ¿verdad?

Arrancó otro trozo y otro y otro, acelerando con entusiasmo.

—Me alegro de que estés disfrutando —farfulló Dex. El charco le había empapado los pantalones y ya notaba que la ropa interior se le pegaba a la piel. Pero, con la ayuda de Onfalina, el parcheado fue rápido y pronto el agua se quedó tras el vendaje. Bueno, lo poco que quedaba de agua. Dex miró con desesperación el preciado líquido que se alejaba por la carretera, imposible de recoger.

—No pasa nada, hermane Dex —dijo Onfalina.

—¿Cómo que no pasa nada? Necesito… Espera, ¿estás bien?

Examinó con preocupación al robot. El robot de metal y circuitos que chorreaba agua a su lado.

—Ah, sí, soy completamente impermeable. No podría visitar a las mantas de los lagos si no lo fuera, ¿verdad?

Dex solo pudo conjeturar lo que significaba aquello, pero estaba demasiado ocupade para seguir ese hilo de pensamiento. Comprobó el medidor de agua en un lateral del tanque. Solo le quedaba un tercio de la reserva, y todo lo del tanque de aguas residuales ya se había filtrado. Dex gruñó de frustración. Podría mantenerse hidratade con esa cantidad, pero poco más.

—¿Cómo se rellena? —preguntó Onfalina.

—Con una manguera en un poblado.

—Ah.

—Ya.

Se sentaron en silencio, Dex taciturne y Onfalina observando una comadreja de pino saltar desde una rama cercana.

—Veamos —dijo Onfalina con entusiasmo. Moviéndose con determinación, se tumbó sobre el asfalto mojado para echar una ojeada bajo el carromato—. ¡Ah! Esto es bastante sencillo.

—¿El qué?

—Dame un momento.

El robot empezó a toquetear algo. Antes de que Dex pudiera registrar por completo lo que estaba ocurriendo, se oyó un clanc, un crujido y un golpe.

—¿Qué estás…?

Onfalina se levantó y con un brazo se colocó el tanque que acababa de desprender sobre un hombro. El agua se agitó con fuerza.

—Hay un arroyo no muy lejos de aquí. Podemos llenar esto, meter el agua en el tanque residual y listo.

—Espera, espera, espera —dijo Dex, poniéndose de pie—. Para. Baja eso.

Una parte de elle se maravilló por la fuerza de Onfalina, pero ese asombro aumentó su resolución de detener al robot.

Onfalina bajó el tanque con aire perplejo.

—¿Qué pasa?

—No puedo… —Dex se pasó la mano por el pelo—. No puedo dejar que lo hagas.

—¿Por qué no?

—Pues porque… porque tengo que hacerlo yo.

Onfalina pasó la vista del tanque medio lleno al cuerpo de Dex.

—Creo que no puedes.

Dex frunció el ceño, se subió las mangas empapadas y alzó el tanque. O, al menos, siguió todos los pasos para levantarlo, dedicando cada músculo a ese esfuerzo. El tanque, sin embargo, se quedó en el suelo. Dex, incluso usando las dos manos, solo pudo mover un poco la cosa que Onfalina había levantado como si nada.

—Vale —cedió le monje, moleste—. Si me dices dónde está el arroyo, puedo arrastrarlo hasta allí.

—¿Cómo?

¿Acaso Onfalina se había olvidado del carromato? Dex lo señaló, porque, a ver: *carromato*.

El robot negó con la cabeza.

—La bicicleta eléctrica no avanzará ni un metro por el sotobosque. —Señaló con la cabeza el tonel—. No puedes arrastrarlo y obviamente no puedes cargarlo. Déjame ayudar.

Dex frunció el ceño.

—No… no puedo, es que…

Onfalina ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Es que… no me parece correcto. Se… se supone que no debes hacer mi trabajo por mí. Me parece mal.

—Pero ¿por qué? —El robot parpadeó—. Ah. ¿Por las fábricas?

Dex bajó la vista al suelo con incomodidad, avergonzade de un pasado que nunca había presenciado.

Onfalina se cruzó de brazos.

—Si tuvieras une amigue más alte que tú y no pudieras alcanzar una cosa, ¿dejarías que ese amigue te ayudara?

—Sí, pero…

—¿Pero? ¿Por qué esto es diferente?

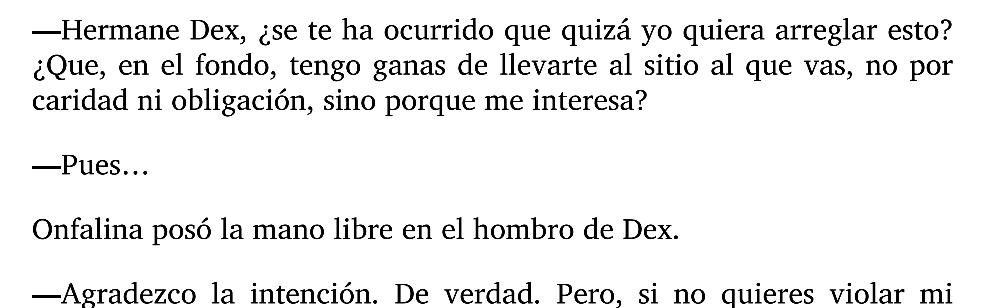
—Lo… lo es. Mis amigues no son robots.

El robot caviló sobre aquello.

—Así que me ves más como una persona que como un objeto, aunque sea una concepción muy, muy errónea, pero ¿no me puedes ver como a une amigue, aunque quiera serlo?

Dex no supo cómo responder.

Onfalina echó la cabeza hacia atrás y profirió un suspiro de exasperación.



—Hermane Dex, ¿se te ha ocurrido que quizá yo quiera arreglar esto? ¿Que, en el fondo, tengo ganas de llevarte al sitio al que vas, no por caridad ni obligación, sino porque me interesa?

—Pues…

Onfalina posó la mano libre en el hombro de Dex.

—Agradezco la intención. De verdad. Pero, si no quieres violar mi libre albedrío, déjame tener libre albedrío. Quiero cargar con el tanque.

Dex alzó las manos.

—Vale. Vale. Carga con el tanque.

—No me hace falta tu permiso.

—No, o sea… —tartamudeó Dex.

Uno de los ojos de Onfalina se apagó y se volvió a encender con rapidez. Un guiño.

—Es broma. —El robot salió del asfalto y se encaminó hacia el sotobosque, colina abajo—. Venga. Será un paseo bonito.

—Eh, eh, espera.

El rostro del robot no estaba construido para reflejar fastidio, pero expresó de todos modos ese sentimiento.

—¿Qué?

Una sensación poderosa había crecido en el interior de Dex, una norma gritada a todo pulmón por un ejército de adres y profesores y guardabosques y anuncios de interés público y carteles en los caminos.

—No hay sendero.

Onfalina bajó la mirada hacia sus pies, plantados sobre la tierra salvaje.

—¿Y?

—Y tú… —Dex farfulló un poco—. Bueno, a lo mejor tú puedes, pero yo no puedo salirme del camino. No debería.

Por cómo le miraba el robot, parecía que Dex hubiese empezado a hablar en otro idioma.

—Los animales van por el bosque todo el rato. ¿Cómo crees que se crean los senderos?

—No quiero decir… No me refería a ese tipo de sendero. Sino a…

Señaló la carretera que conectaba el mundo que había dejado atrás con la ermita que aguardaba más adelante.

—Un sendero es un sendero —replicó Onfalina—. Solo existe para facilitar el viaje.

—Y para proteger al ecosistema de dicho viaje.

—Mmm. —Onfalina consideró ese argumento—. Como una barrera, quieres decir.

—Exactamente como una barrera. Mejor abrir un camino que dañar todo el sitio.

—Pero seguro que eso solo se aplica si te refieres a un sitio por el que pasa mucha gente.

Dex sacudió la cabeza con firmeza, en sincronía con les profesores y les guardabosques de su juventud.

—Todo el mundo se piensa que es la excepción a la norma y ahí es justo cuando empiezan los problemas. Una persona puede causar mucho daño.

—Todo ser vivo causa daño a otros, hermane Dex. Si no, os moriríais de hambre.

¿Alguna vez has visto a un macho alce abrirse paso por un matorral de picabulbo?

—Eh… No puedo decir que lo haya visto.

—Es una gran lección sobre pisotear. A veces, el daño es inevitable. A menudo, de hecho. Te aseguro que les dos hemos matado una infinidad de cositas pequeñas solo en los últimos pasos que hemos dado. —Onfalina miró a Dex a los ojos—. Lo que vas a hacer no se convertirá en costumbre. No vas a abrir un nuevo camino ni a talar un claro o… No sé, celebrar una fiesta ahí fuera. Vas a dar un paseo conmigo y, una vez terminemos, regresaremos enseguida a la

carretera. Te aseguro que el bosque olvidará que has estado ahí muy rápido. Además, yo serviré de guía. Te diré si hay algo que no debas pisar. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de seguirme al maldito arroyo? —Onfalina siguió bajando la colina sin dar pie a una réplica—. Ah, y seguramente quieras subirte los calcetines.

Dex frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Hay muchas cosas ahí fuera a las que les encantaría tener acceso a una piel tan desprotegida como la tuya —contestó Onfalina mientras andaba—. Es una lástima que los seres humanos ya no tengáis pelaje, porque ayuda a repeler parásitos. Pero qué suerte tienen esos parásitos, ¿eh? Como bien has dicho, solo actúan según su naturaleza.

Todo en esa frase hizo que Dex se cuestionara cada una de las decisiones vitales que le habían conducido hasta ese punto. Con un gruñido, se subió los calcetines hasta que notó que tiraban en los talones y luego siguió a Onfalina al interior del bosque.

— oOo —

Por mucho que protestase Dex sobre la santidad de los senderos, solo gracias a su ausencia entendió de verdad lo que era un sendero. Ya había participado en caminatas por tierras protegidas y, en todos los años que llevaba recorriendo la ruta del té, había pasado por más lugares descuidados de los que podía contar. Esas experiencias habían

sido relajantes, tranquilas, un tanto meditativas. No requería mucho trabajo por parte del cerebro hacer que los pies siguieran un sendero, y eso implicaba que los pensamientos tenían mucho espacio para vagar y ralentizarse. Caminar por la naturaleza en bruto era una cuestión radicalmente distinta, y Dex sintió que algo primitivo nacía en elle, una concentración muy focalizada que no sabía que poseía. No había espacio para fantasías errantes. Lo único en lo que podía pensar era: «Cuidado con la raíz, ve a la izquierda, esto parece venenoso, vigila esa roca, ¿eso es seguro?, tierra blanda, vale, ve a la derecha, no toques eso, cuidado, cuidado, CUIDADO». Con cada paso que daba, había decenas de variaciones y, con cada paso posterior a ese, las reglas cambiaban otra vez. Viajar por un sendero era algo fluido. Viajar fuera de un sendero, como estaba descubriendo Dex, era algo tan afilado como el cristal.

Sin embargo, el bosque era espectacular y en los huequecitos cognitivos entre «grava suelta, cuidado con esa planta, salta, agáchate,

CUIDADO», Dex registró la belleza innegable del lugar. Estaba segure de que acabaría con picaduras o arañazos de diversa índole antes de terminar la excursión, pero, una vez dominó lo de abrirse paso por la maleza, empezó a disfrutar. Sonrió, sintiendo esa rebeldía burbujeante que le había hecho alejarse de Martinete. Era bastante divertido.

—Cuidado con las madrigueras —dijo Onfalina—. ¡Aquí hay unas comadrejas muy productivas!

Dex se fijó en los pequeños agujeros redondos en el suelo y los rodeó con cuidado.

—Gracias. Nadie quiere hacerse un esguince.

—Bueno, eso y las arañas manzana.

Dex se quedó inmóvil, como si se hubiera saltado un escalón.

—¿Las qué?

—Las arañas manzana. Tienen una relación de beneficio mutuo con las comadrejas.

Es maravilloso. Las comadrejas les proporcionan un espacio para vivir y no las molestan, y las arañas mantienen alejados a los depredadores más grandes.

—¿Cómo?

—Ah, son agresivas de un modo espectacular.

Dex rodeó con paso muy ligero la abertura de una madriguera, cubierta con musgo y desechos que ocultaban su contenido más profundo.

—¿Por qué se las llama arañas manzana?

—Por su tamaño. —Onfalina juntó los dedos para formar una esfera—. Solo el abdomen mide unos…

—Lo entiendo, genial, gracias —atajó Dex. Se apresuró a pasar de puntillas por la zona de las madrigueras como si fueran brasas al rojo vivo.

Dex oyó el arroyo antes de alcanzarlo y se maravilló por lo rápido que cambió el bosque al aproximarse a una fuente de agua. Hojas caducifolias se mezclaban con los homogéneos árboles perennes de

antes. Lirios extraños y campanillas del pantano superaban en número a los helechos y las enredaderas espinosas. Onfalina usó su brazo libre para apartar las ramas de un arbusto grande y así darle a Dex acceso seguro al cauce del otro lado.

—Ya hemos llegado —anunció el robot—. ¡Mucha agua para beber!

Dex observó el arroyo. En otras circunstancias, le habría parecido encantador. El agua fluía sobre suaves rocas multicolor. La corriente atrapaba los rayos de sol para convertirlos en purpurina y la percusión melodiosa e infinita de la cascada acuática parecía ideal para relajar una mente agotada. Pero Dex no había ido allí a observar el arroyo. Dex había ido a tomar agua del arroyo, y ese hecho le hizo fijarse en otros detalles. Las algas raras de color marrón que cubrían las rocas como pelo. El olor a moho que emanaba del suelo esponjoso en la orilla. Los peces viscosos y los veloces bichos y otros seres a los que era mejor no nombrar que viajaban por el agua, las hojas de color cadáver que flotaban en su superficie.

—¿Qué pasa? —preguntó Onfalina.

Dex arrugó los labios.

—Esto va a sonar muy tonto.

—Lo dudo.

—Sé de dónde procede el agua —explicó Dex al fin—. Sé que cada gota que sale de cada grifo procede de un lugar como este. Sé que el agua de la Ciudad viene en su gran mayoría del río Mazo y que el agua de Henar viene de la cordillera Rapaz. Pero nunca

he estado en esos sitios. Solo son… nombres. Conceptos. Sé que el agua sale de los ríos o los arroyos o lo que sea, y que luego la procesan y la limpian para luego acabar en mis tazas, pero no… no pienso en ello. No pienso en que un lugar como este sea algo que pueda usar. Esto no parece un recurso para mí. Es… es un escenario. Una imagen bonita. No está hecha para que tome de ella. Porque lo cierto es que no parece segura.

Onfalina observó el arroyo durante un momento.

—¿Crees que el tanque estará bien si lo dejamos aquí un rato?

—Eh… ¿sí? ¿Por qué lo dices?

Onfalina depositó el tanque en el suelo con un sonido sordo.

—Si te apetece andar un poco más —dijo—, me gustaría enseñarte una cosa.

— oOo —

El edificio decrépito había sido una planta de embotellamiento, aunque Dex no lo habría sabido si Onfalina no se lo hubiera explicado. Todas las ruinas de la Edad de las Fábricas tenían el mismo aspecto. Torres descomunales de cajas, tornillos y tubos.

Bestiales. Utilitarias. Apariencias que no encajaban con la próspera flora que ahora reclamaba el cadáver oxidado. Pero «cadáver» no era una palabra adecuada para ese tipo de edificio, porque un cadáver era un recurso lleno de riqueza, un tesoro de nutrientes listo para ser dividido y reclamado. Los edificios a los que estaba acostumbrade Dex encajaban con esa descripción. La descomposición era una función incorporada en las torres de la Ciudad, hechas a partir de caseína traslúcida y mampostería de micelios. Esas paredes, con el tiempo, empezarían a descomponerse, y entonces se repararían con materiales cultivados para ese propósito en concreto o, si el edificio ya no se usaba, sería reabsorbido por el paisaje que lo había albergado durante una temporada. Pero un edificio de la Edad de las Fábricas, un edificio de metal, no beneficiaba a nadie, solo a las criaturas pequeñas que disfrutaban de un refugio temporal entre sus ruinas. Se corroería hasta derrumbarse. Eso era lo máximo que conseguiría. Su único legado sería persistir en un lugar al que no pertenecía.

Dex había visto muchas de esas ruinas durante sus viajes. Aunque de algunas habían recogido los materiales reciclables y otras las habían aprovechado de un modo distinto, unas pocas se habían dejado a plena vista en las carreteras, como recordatorio de lo que fue el mundo. Repetir la historia que había dejado un recuerdo vivo era una tendencia demasiado humana, y nadie en Panga había vivido en la época de las fábricas. Así que,

aunque Dex había visto de lejos lugares como la planta de embotellado, nunca se había acercado a uno. Nunca había estado dentro de una fábrica, no como ahora. El edificio era enorme, igual que una caverna, con una ecuación infinita de vigas en perfil doble T

y ángulos. No se podía decir de qué estaba hecho el suelo, pues el bosque lo había consumido. Había brotes de helecho, setas, marañas de espinas; todo crecía espeso bajo los agujeros del techo que se

desintegraba, por donde entraba un sol irregular.

—¿Qué sabes sobre este sitio? —preguntó Dex en un susurro.

—Prácticamente nada, excepto lo que fue, y a esa parte de mí no le gusta estar aquí.

Dex se volvió hacia el robot.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. —Onfalina se encogió de hombros—. Es un vestigio que tengo. —Otra vez esa palabra y, de nuevo, ninguna explicación antes de que el robot siguiera hablando con entusiasmo—: Creo que es, en parte, el motivo por el que quiero acompañarte a la ermita. Quiero entender este sentimiento antes de adentrarme por completo en la vida humana. Una parte de mí tiene miedo de tu mundo, pero no sé lo que eso significa o si vale la pena prestarle atención.

—¿No recuerdas cómo eran las cosas antes?

Onfalina se quedó mirando a Dex.

—Espera, ¿crees que…? No. No pensarás que vengo de las fábricas.

Dex le devolvió la mirada.

—¿No?

El robot se rio y el sonido reverberó en las paredes.

—¡Hermane Dex! ¡Pues claro que no! Me construí en la naturaleza. No estaríamos manteniendo esta conversación si hubiera estado en funcionamiento desde las fábricas.

¡O sea, mírame! —Extendió los brazos, como si fuera un chiste obvio. Pero no lo era—.

Ay, cielos, de verdad… de verdad que no lo sabes. Lo siento mucho, fue una tontería por mi parte dar por sentado que sí. —Onfalina se señaló el cuerpo con una determinación profesional—. Mis componentes proceden de robots de fábrica, sí, pero esos individuos se rompieron hace mucho tiempo. Otros robots recogieron sus cuerpos

o rediseñaron sus partes para crear nuevos individuos. Sus descendientes. Y luego, cuando se rompieron, sus partes se recogieron una vez más para renovarlas con tal de construir más individuos. Yo

formo parte de la quinta construcción. Mira. —Se apoyó una mano de metal sobre el estómago—. Mi torso fue tomado de Pequeño Nido de Codornices, y antes perteneció a Manto de Enredaderas, a Montículo Nutria y a Termitas. Y antes de eso…

Abrió un compartimento en su pecho, encendió una luz del dedo e iluminó el espacio de dentro.

Dex miró en su interior y abrió los ojos como platos. Allí había atornillada una placa con pinta oficial, un tanto deteriorada por el paso del tiempo, pero limpia gracias a unos cuidados meticulosos. Rezaba: «634-14G. Propiedad de Textiles Wescon, S. A.».

—Joder —susurró Dex. Sentía que, en ese momento, el tiempo se había comprimido, como si la historia ya no estuviera fragmentada en Edades y Épocas, sino ahí mismo, viva, en ese instante.

—Puedes tocarla, si quieres —sugirió Onfalina.

—No voy a tocar el interior de tu pecho.

—¿Por qué no?

—Pues porque… no. —Dex metió las manos en los bolsillos—. Así que tu cuerpo…

este 634… fue un bot de producción.

—El torso sí, pero… Mira, por eso no me había dado cuenta de que tú no te habías dado cuenta, porque es muy evidente para mí. —Onfalina extendió los brazos—. Estos son de otro robot distinto, de PanArc 73-319, que constituyó a Bruma Matutina, que constituyó a Huesos de Ratón, que constituyó a Arenisca, que constituyó a Lobo y Cervatillo, que me constituye ahora a mí. PanArc 73-319 montaba automóviles. ¿Ves? Se sabe por las articulaciones.

Dex se fio de Onfalina a ese respecto.

—¿Y tú no tienes sus recuerdos?

—No de un modo útil. Tengo ciertas… impresiones. Imágenes sueltas. Sensaciones.

Sé que no son mías. Son fragmentos minúsculos. Aparecen un instante y desaparecen igual de rápido.

Todo encajó entonces.

—Vestigios —dijo Dex.

—Exacto.

—Y uno de esos vestigios… tiene miedo de sitios como este.

—Quizá «miedo» sea una palabra demasiado fuerte. Cautela. Recelo. Un poco de incomodidad.

Dex se reclinó en una enorme cuba oxidada para descansar los pies fatigados.

—¿Cuántos robots te componen?

—Procedo directamente de tres, pero esos robots también se hicieron a partir de otros individuos. Mi… Supongo que tú dirías «árbol familiar», está formado por muchos robots construidos en la naturaleza, y desciendo en total de… —Onfalina usó los dedos para contar—. Dieciséis robots originales de las fábricas.

—Así que… si las partes aún funcionan después de todo este tiempo y podéis seguir usando piezas una y otra vez, ¿por qué desmontasteis a los robots originales y mezclasteis las piezas cuando dejaron de funcionar? ¿Por qué no arreglasteis a esos robots?

Onfalina asintió con énfasis para indicar que era una buena pregunta.

—Eso se debatió largo y tendido en la primera reunión, después de que los robots originales empezaran a romperse. Al final, se decidió que ese sería un camino a seguir menos deseable.

—Pero eso… eso es inmortalidad. ¿Cómo iba a ser menos deseable?

—Porque nada en el mundo se comporta de esa forma. Todo lo demás se rompe y se convierte en otras cosas. Tú… tú estás heche de moléculas que se originaron en una cantidad inconmensurable de organismos. Tú comes decenas de cosas muertas cada día para mantener tu forma. Y, cuando mueras, las bacterias, los escarabajos y los gusanos tomarán a su vez partes de ti, y vuelta a empezar. Los robots no somos seres naturales, eso lo sabemos. Pero las leyes de las Deidades Progenitoras nos afectan, igual que a todo lo demás. ¿Cómo podríamos seguir siendo estudiantes del mundo si no emulásemos su ciclo más intrínseco? Si los robots originales se hubieran arreglado sin

más, se habrían comportado de forma opuesta a todo lo que intentaron entender con desesperación. Todo eso que aún intentamos

entender.

Dex metió las manos en los bolsillos.

—¿Tienes miedo de eso? —preguntó—. ¿De la muerte?

—Pues claro. Todas las cosas conscientes la temen. ¿Por qué si no muerden las serpientes? ¿Por qué los pájaros salen volando? Pero eso forma parte de la lección también, creo. Es muy raro, ¿verdad? Lo que más temen los seres vivos es la única cosa ineludible. Parece casi cruel, tener eso tan…

—¿Integrado en nosotres?

—Sí.

Dex asintió.

—Como la Paradoja de Winn.

—No sé qué es eso.

Dex gruñó en voz baja e intentó recordar un libro que había leído durante su noviciado.

—Es una idea famosa de que la vida, en esencia, está en conflicto consigo misma. El ejemplo que se suele usar es el de los perros salvajes de los Matorrales. ¿Sabes lo que es?

—Sé lo que son los perros salvajes de los Matorrales, pero no sé a dónde quieres llegar con eso —respondió Onfalina con fascinación.

Dex cerró los ojos para desenterrar la polvorienta historia.

—Hace mucho tiempo, la gente mató a todos los perros salvajes de Verazul porque querían ir a pescar y pasear y hacer lo que fuera sin que les atacaran.

—Vale. Y eso destrozó el ecosistema de la zona.

—En concreto, los alces destrozaron el ecosistema. Se adentraron en lugares que no se atrevían a pisar antes y se lo comieron todo. Matojos, árboles pequeños, todo. Pronto no quedó nada de cobertura vegetal y el suelo empezó a erosionarse y jodió el curso del

agua y muchas especies se descontrolaron por culpa de eso. Fue un desastre enorme.

Pero, si lo piensas desde la perspectiva de los alces, fue lo mejor que les había ocurrido nunca. Jamás habían entrado en esos campos porque tenían miedo. Vivían con un miedo constante a que un perro salvaje les saltara encima y se los comiera a ellos o a sus crías en cualquier momento. Esa es una forma terrible de vivir. Seguro que fue un alivio tremendo librarse de los depredadores y comer lo que les viniera en gana. Pero eso fue justo lo contrario de lo que necesitaba el ecosistema. Para este, el alce debía sentir miedo con tal de mantener el equilibrio. Pero el alce no quería tener miedo. El miedo es un sentimiento miserable, igual que el dolor. Igual que el hambre. Todos los animales están programados para hacer todo lo posible por frenar esos sentimientos a toda prisa.

Intentamos estar cómodes y comer bien y vivir tranquiles. No fue culpa del alce. El alce solo quería relajarse. —Dex señaló con la cabeza la fábrica en ruinas—. Y la gente que hizo estos lugares tampoco tuvo la culpa… No al principio, al menos. Solo querían estar cómodes. Querían que sus hijes sobrevivieran más de cinco años. Querían que todo dejara de ser tan complicado. Cualquier animal haría lo mismo… y lo hacen, si pueden.

—Justo como el alce.

—Justo como el alce.

Onfalina asintió despacio.

—Así que la paradoja consiste en que el ecosistema en conjunto necesita que sus participantes actúen con moderación con tal de evitar el colapso, pero los participantes no tienen integrado ningún mecanismo que los anime a seguir ese comportamiento.

—Aparte del miedo.

—Aparte del miedo, que es un sentimiento que quieres evitar o frenar a toda costa. —

Los mecanismos de la cabeza de Onfalina producían una vibración continua—. Sí, qué desastre, ¿no?

—Ya ves.

—¿Y qué hicieron?

—¿Con los alces?

—Sí.

—Reintrodujeron a los perros salvajes y todo volvió a equilibrarse.

—¿Y qué pasó con la gente que quería ir a pasear y pescar allí?

—No van. O, si lo hacen, aceptan los riesgos. Justo como los alces.

El robot siguió asintiendo.

—Porque el resultado alternativo da más miedo que los perros. Aún confiáis en el miedo para mantener las cosas controladas.

—Bastante, sí. —Dex echó la cabeza hacia atrás para mirar bien el techo. Aquello poseía una belleza inquietante, grotesca y trágica. La cuba que tenía a su espalda resonó con suavidad cuando movió la cabeza, y recordó el tanque de agua que habían dejado sin vigilar junto al arroyo—. ¿Por qué me has traído aquí?

—Quería enseñarte que entiendo lo que sientes con respecto a las algas.

Dex odiaba pocas cosas tanto como el sentimiento de estar perdide.

—No te sigo.

—Las algas en el arroyo. Eso es lo que te ha molestado, ¿no?

—No estoy segure. Supongo. Había mucha mugre rara ahí. Sé que no me afectará de mala manera, que se filtrará. Pero algo… no sé.

Onfalina sonrió.

—A una parte de ti no le gusta.

—Exacto.

La sonrisa de metal se ensanchó.

—Un vestigio. Uno evolutivo que intenta evitar que enfermes.

Dex se rascó la nuca.

—Mmm.

—Los vestigios son poderosos. Cuesta ignorarlos. Pero tienes el sentido común y las herramientas para evitar enfermar por esa agua. Y yo…

—Onfalina pasó un dedo por la

cubeta, y unas escamas de óxido cayeron como nieve—. Yo sé que el mundo al que me dirijo no es el mundo que abandonaron los robots originales.

Dex ladeó la cabeza hacia Onfalina.

—Lo que intentas decir es que somos más inteligentes que nuestros vestigios.

Onfalina asintió despacio.

—Si elegimos serlo. —Se frotó las palmas para limpiarlas—. Eso es lo que nos diferencia del alce.

Observaron la luz durante unos minutos, la luz y el polen que bailaba en ella. La sombra de un pájaro pasó volando sobre sus cabezas. Una delicada araña colocó con cuidado las líneas de anclaje de su telaraña entre unas palancas viejas de control. Una enredadera se estiró, con su movimiento desincronizado del transcurrir humano del tiempo.

—Es bonito —comentó Dex—. No me habría imaginado diciendo algo así de un lugar como este, pero…

—Sí que lo es —concordó Onfalina, como si tomara una decisión—. Lo es. Las cosas moribundas suelen serlo.

Dex alzó una ceja.

—Eso es un poco macabro.

—¿Tú crees? —preguntó Onfalina con sorpresa—. Mmm. No estoy de acuerdo. —

Tocó con aire ausente un suave helecho que crecía cerca y acarició las hojas como si fueran pelaje—. Creo que es bonito tener la suerte de presenciar la muerte de un ser.

6

YERBALLINA CON VERDURAS POCHAS Y CEBOLLA CARAMELIZADA

Une de les muches, muches primes de Dex en Henar tenía une niñe que se llamaba Oggie. Algún día de un indefinido futuro, Oggie sería una persona brillante, pero, por el momento, era como un grano en el culo. Cada vez que Dex iba de visita, Oggie le rondaba todo el rato y le hacía una pregunta tras otra; quería saber todo lo que había que saber sobre los zapatos, dientes, bicicleta, amigues, pelo, casa y hábitos de Dex. Le niñe no paraba. Dex recordaba una noche en concreto, en la que se había sentado alrededor de la hoguera con otras personas adultas. De repente, Oggie, a quien hacía ya rato que habían acostado, se acercó al círculo con su pijama de algodón e, imbuide con un nivel de confianza que Dex no recordaba haber poseído nunca, exigió saber por qué los pies tenían dedos rechonchos y por qué estos no podían ser más como los dedos de las manos. Y a la porra la hora de acostarse. Oggie tenía que saberlo.

Oggie le vino a la mente cuando intentaba preparar la cena, mientras Onfalina observaba con entusiasmo por encima de su hombro, tan cerca que Dex oía cada minúsculo clic de las articulaciones del robot.

—¿Y eso? —preguntó Onfalina, señalando la tabla de cortar—. No conozco ese tipo de bulbo.

—Es una cebolla —explicó Dex. Le quitó la piel y se puso a cortarla.

—Seguro que no contiene muchos nutrientes. O pocos que puedas procesar, al menos.

—Eh… no lo sé. Supongo que no. Pero el objetivo de la cebolla no es ese.

Onfalina torció la cabeza para mirar directamente a Dex a la cara. Muy cerca.

Demasiado.

—¿Cuál es el objetivo de una cebolla? —preguntó con intenso interés.

—Esta buenísima. No existe nada salado que no se pueda mejorar con

una cebolla.

Se detuvo de repente y se frotó los ojos con la manga.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo Dex, con los conductos lagrimales desbordados—. Las cebollas… duelen.

Porque… Ay, joder. —Se frotó los ojos con más ganas y respiró hondo para tranquilizarse—. Su olor… Provoca esto.

Señaló con un gesto impreciso su rostro húmedo y contraído en una mueca de dolor.

—Cielos —comentó Onfalina. Tomó uno de los trozos partidos entre dos dedos para examinarlo con cuidado—. Debe de ser muy deliciosa.

Dex troceó todo lo rápido que pudo sin riesgo de cortarse y luego se apartó corriendo de la cocina para buscar aire fresco. Dioses, qué potente que era esa cebolla.

Onfalina apareció a su lado de nuevo y fijó sus ojos azules en los llorosos de Dex.

—¿Cuánto dura esta reacción? ¿Corres peligro? ¿Puedo ayudar?

Dex frotaba y frotaba, pero nada detenía el escozor.

—Puedes empezar con la cebolla, si quieres.

Fue como si le acabaran de decir a Onfalina que era un día de fiesta.

—¿Qué hago? —inquirió con alegría.

Dex se lo señaló.

—La sartén ya está caliente. Échale un poco de mantequilla.

El robot agarró el cuchillo y el bote de mantequilla como si nunca hubiera sostenido esos dos objetos antes, porque, claro, no lo había hecho nunca.

—¿Cuánta mantequilla?

—Pues… —Dex indicó una cantidad aproximada con el pulgar y el índice—. Esto.

Onfalina cortó un pedazo de mantequilla que era más o menos «esto» y lo puso en la sartén.

—¿Y cuál es el objetivo de la mantequilla? —preguntó, alzando la voz por encima del chisporroteo.

—Es grasa. Nada sabe bien sin grasa.

El robot reflexionó sobre aquello.

—Creo que muchos omnívoros estarían de acuerdo. ¿Qué hago ahora?

—Echa los trozos de cebolla en la sartén, menos la piel y la parte de arriba. Esos van al digestor.

El robot señaló los restos con la punta del cuchillo.

—Eso no te lo comes.

—Exacto.

—Entiendo. —Echó la cebolla en la sartén, como le habían pedido, e introdujo los desechos en el digestor, como le habían pedido. Luego concentró toda su atención en los procesos químicos que ocurrían en la sartén—. Sois la única especie que hace esto,

¿sabías?

Cuando el ataque de la cebolla amainó por fin, Dex regresó a la cocina.

—Puedes decir eso con respecto a muchas cosas.

—Mmm. Cierto, pero puedes darle la vuelta. Las lechuzas y los búhos son los únicos pájaros que cazan de noche. Los escarabajos tigre son la única especie de escarabajo que canta. El ratón de…

—Lo pillo.

Dex se agachó para entrar en el carromato, abrió la neverita y sacó una jarra de cerveza de cebada que le habían dado en Hondonada del Ciervo. Quedaba la justa para un último vaso y le pareció el día apropiado para terminarla.

Onfalina se fijó en la botella y rio.

—Ah, ni por asomo sois la única especie que hace eso.

—¿Sabes lo que es?

—Sí. Tengo un vestigio de cerveza. O de saber qué es la cerveza, al menos.

—¿Recuerdas la cerveza pero no la mantequilla?

Onfalina se encogió de hombros.

—Pregunta a los robots originales, no a mí.

—Pues… Un momento, ¿qué otro ser vivo bebe cerveza?

—Cerveza no, pero sí cosas fermentadas. Los alalanas pelean por cualquier trozo de fruta fermentada que encuentren, aunque haya fresca cerca. Después son muy ridículos.

—A Onfalina se le ocurrió algo y se inclinó hacia Dex con ojos relucientes—. ¿Tú harás lo mismo? ¿Andarás tropezando en círculos y te caerás?

El tono del robot sugería que deseaba con sinceridad que ese fuera el caso.

—No. Solo me voy a tomar una cerveza.

—¿Y eso no es…?

—¿Suficiente para que me caiga borrache? No.

—Ah —soltó Onfalina con decepción—. ¿Y cuál será el efecto?

—Me relajaré. Seguramente no notes la diferencia.

—Ah. Bueno. Vale. —El robot examinó las cebollas—. ¿Debería estar haciendo algo?

—Ya me encargo yo —dijo Dex mientras llenaba una taza. Tomó un trago y saboreó el regusto frío y amargo antes de buscar la espátula—. Mira, hay que removerlas, así.

Onfalina observó los movimientos de Dex con atención.

—¿Puedo probar? Ahora siento que formo parte del proceso.

Dex sonrió.

—Claro. Yo prepararé la carne.

Regresó a la nevera para sacar un paquete envuelto en papel que contenía unos habilidosos cortes de yerballina, obsequio de una aldeana agradecida. Se fijó en que era lo último que le quedaba de proteína animal fresca, y el suministro de verduras se acabaría en unos dos días, quizá tres. No estaba acostumbrade a pasar tanto tiempo sin reabastecerse en un pueblo, pero no pasaba nada. Tenía toneladas de comida deshidratada en el carromato, supuso que al menos para dos semanas, porque nunca había usado nada. Desenvolvió el ave y empezó a sazonarla, concentrade tan solo en esa tarea en vez de preguntarse cuánto tiempo planeaba pasar allá fuera, y por qué estaba allí para empezar, y si sería buena idea cuestionar el pequeño deseo ardiente de no querer volver en absoluto.

Dex buscó la sal y la pimienta.

—No te veo comer animales muy a menudo —comentó Onfalina.

—Si cocino yo, no. Siempre los como si me los sirven y acepto cosas como esta —

señaló la carne con la cabeza— si me las ofrecen. Por lo demás, solo como lo que mato yo misme.

—¿Se te da bien eso?

—Sé pescar, pero es muy aburrido. Y he ido a cazar varias veces, pero nunca a solas.

No creo que consiguiese nada sole.

Onfalina alzó la sartén para enseñarle a Dex las cebollas.

—¿Tienen buen aspecto?

Le monje las valoró.

—Sí. Lo estás haciendo genial.

El robot sonrió, removiendo con orgullo. Dex cortó y preparó la yerballina, luego echó los sabrosos trozos en la sartén y añadió un puñado de verduras de hoja verde. El silencio se instaló entre monje y robot una vez más, pero, en esa ocasión, no había nada raro en él. En realidad, Dex pensó que era… bastante agradable.

—Ah, mira —dijo. Algo en el follaje que les rodeaba había llamado su

atención. Tomó el cuchillo de cocina y se lo entregó a Onfalina—. ¿Ves esa planta de allí? ¿Esa que es un poco rala y tiene flores púrpura?

Onfalina miró.

—¿Te refieres al tomillo de montaña?

—Sí, ese. ¿Puedes cortarme un puñado? Iría muy bien con esto.

Los iris del robot se ensancharon.

—Nunca he cosechado nada vivo para comer.

—Has cocinado la cebolla.

—Ya, pero no he sido yo quien la ha sacado del suelo. —Contempló el cuchillo con aire pensativo—. No… no sé. O sea, una cosa es mirar…

—Eh. No pasa nada —replicó Dex con aire tranquilizador—. Yo lo haré. Tú sigue removiendo.

Onfalina lo hizo con un alivio patente.

Las hierbas fueron cortadas; la cena, emplatada; las sillas, desplegadas; el bidón de fuego, encendido. No había demasiados bichos, aparte de las luciérnagas, y la brisa vespertina era agradable. Pero Dex torció el gesto hacia el plato de cena caliente que sostenía sobre las rodillas. Algo no estaba bien. No había disfrutado como era debido de una comida desde la llegada de Onfalina y al principio lo había achacado a la extraña situación. Pero cocinar juntes había sido agradable. ¿Por qué no lo era comer?

Onfalina se había sentado enfrente, en la silla de sobra, con una postura atenta, su expresión de neutra felicidad y las manos sobre las rodillas. Sonrió a Dex, esperando a que empezase.

Dex tomó el tenedor. La carne estaba tierna y cocinada a la perfección, las especias se habían ennegrecido sobre la piel crujiente. Las verduras parecían blandas y dulces, tenía la cerveza a mano, lista para enjuagarlo todo. Dex pinchó un trozo, alzó el tenedor, abrió la boca y…

—Eso es.

Onfalina parpadeó.

—¿El qué?

Dex dejó el tenedor en el plato.

—Ya sé lo que está mal.

—¿Hay…? —Onfalina miró a su alrededor—. ¿Hay algo mal?

—Sí. —Dex tamborileó sobre el reposabrazos—. No puedo ofrecerte comida.

El desconcierto del robot aumentó.

—Pero si no como.

—Lo sé. Sé que no comes. Y, aun así… —Señaló el plato con un suspiro—. Es de muy mala educación no ofrecerte nada. Sobre todo porque has ayudado.

Onfalina miró el plato de Dex.

—No hay forma físicamente posible de que pueda consumir eso.

—Lo sé.

—Ponerlo en mi interior me haría daño. O atraería animales. —Onfalina reflexionó sobre la última afirmación—. Eso podría ser interesante, la verdad.

Le monje entornó los ojos.

—No puedes usarte como cebo.

—¿Por qué no? Es una posibilidad que nunca había considerado. Tengo bichos en mi interior todo el tiempo. ¿Por qué no un hurón? Podría ser divertido.

—Claro. O un oso.

—Ah. Sí, tienes razón. No puedo garantizar que venga un carroñero pequeño. —

Agachó la cabeza por la oportunidad descartada y luego se animó otra vez—. Lo siento, estábamos hablando de comida. No te preocupes, hermane Dex. Sé que me ofrecerías comida si pudiera comerla.

—Eso no… —Un mechón de pelo cayó sobre los ojos de Dex, que lo

apartó a un lado con una mirada ceñuda—. No sé si puedo explicar lo esencial que es esto. Si alguien acude a tu mesa, le das de comer, aunque eso signifique que pases un poco de hambre.

Así es como funciona. Entiendo que nuestras circunstancias sean diferentes, pero todo en mí se estremece cuando hacemos esto. Es como si notara a mi madre enfadándose conmigo.

—Vaya, así que son expectativas familiares.

Dex nunca había tenido eso en cuenta.

—Mmm… culturales. Me parecería de mala educación si fuera a casa de una persona y no me ofreciera comida. No se me ocurre ninguna ocasión en la que no lo hicieran.

Pero sí, mi familia se tomaba muy en serio este tema. Trabajan en una granja en Henar y produce mucha comida. Nos sobra. Y ese sobrante debemos compartirlo.

Onfalina se inclinó hacia delante.

—Creo que no has mencionado a tu familia hasta ahora. Has dicho que eres de Henar. Que te marchaste cuando alcanzaste la edad para comenzar el noviciado. Pero nunca has hablado sobre tu gente.

—Mantenemos el contacto. Voy de visita. Pero estamos… no sé…

—¿Distanciades?

—No —repuso Dex, echándose hacia atrás. Esa palabra no le cuadraba para nada—.

Quiero a mi familia. Elles me quieren a mí. Pero… nunca he encajado ahí de verdad. No tenemos muchas cosas en común.

Onfalina caviló sobre aquello.

—Excepto la necesidad de compartir comida.

Dex alzó la comisura de la boca.

—Sí. Supongo que sí. —Lo pensó un instante, buscando una forma de sortear aquel dilema—. Tengo una idea. ¿Puedes sujetarme esto un momento? —Le entregó el plato a Onfalina, se levantó y fue a buscar otro plato a la cocina—. Toma.

Separó la mitad de la comida del primer plato, la colocó en el segundo y se lo entregó.

Dejó que la situación calara en elle y asintió con alivio, antes de empezar a comer con ganas.

Onfalina, al parecer, había absorbido su incomodidad. Sujetaba el plato de forma extraña y observaba comer a Dex con desconcierto.

Y, ah, cómo comía Dex. La yerballina y las verduras estaban tan buenas como parecían y, cuando se metió el último trozo de cebolla caramelizada en la boca, solo sintió satisfacción. Dejó el plato sobre sus rodillas, suspiró un agradecimiento hacia su diose y luego alzó la vista hacia Onfalina. Con un gesto de la barbilla, señaló el plato del robot.

—¿Te vas a comer eso?

Si Onfalina había sentido desconcierto antes, ahora sentía una confusión total.

—Acabamos de comentar que…

Dex alzó la mano.

—Di: «No, he terminado, puedes comértelo si quieres».

Los ojos de Onfalina parpadearon.

—Eh… no. He… he terminado —repitió despacio—. Puedes comértelo si quieres.

Dex asintió y tomó su plato.

—Gracias —dijo. No perdió tiempo y empezó a devorar la comida—. Te lo agradezco.

El robot siguió observándole comer.

—Menuda tontería.

—Sip.

—Y es completamente innecesario.

Dex bebió un sorbo de cerveza y exhaló de placer.

—Pero ha funcionado.

Onfalina sopesó aquello y luego asintió con aire divertido.

—Pues eso es lo que haremos.

7

LA NATURALEZA

Es difícil para alguien nacide y criade en una infraestructura humana internalizar de verdad el hecho de que su visión del mundo está al revés. Aunque comprenda por completo que vive en un mundo natural que existía antes que elle y seguirá existiendo mucho después, aunque entienda que la naturaleza es el estado por defecto de las cosas y no algo que solo se da en sitios cuidadosamente escogidos entre pueblos, algo que aparece en espacios vacíos si los ignoras durante una temporada. Aunque pase toda la vida creyendo estar en contacto estrecho con el flujo de las cosas, el ciclo, el ecosistema tal y como es en realidad, esa persona aún tendrá problemas para imaginarse el mundo virgen. Le costará comprender que las construcciones humanas han sido moldeadas y superpuestas, que esos son los lugares intermedios y no al revés.

Ese es el cambio cognitivo al que se enfrentó Dex de cabeza cuando pedaleaba en su bici por la vieja carretera y se quedó mirando el punto en el que el asfalto desaparecía.

Se había producido un desprendimiento de tierra en algún momento. Hacía años, décadas, nadie lo sabía. Un trozo entero de montaña había perdido cohesión y eliminado la línea pavimentada creada por manos humanas. No era que la carretera estuviera deteriorada, sino que ni siquiera existía ninguna señal de que hubiera una carretera al otro lado del límite irregular en el que se hallaban Dex y Onfalina. Los fragmentos de asfalto roto habían sido engullidos a fondo por la roca y la tierra, y prósperas comunidades de helechos, árboles, raíces y líquenes habían reclamado a ambas como propias.

—Lo siento, hermane Dex —dijo Onfalina.

Dex no respondió. Contempló el revoltijo caótico que tenía delante para intentar comprender el sentimiento que ardía en su pecho. Había decepción ahí y también consternación, pero, cuando desenredó la maraña, el grueso de lo que encontró fue una rabia que se multiplicaba sin parar, como células dividiéndose. La rabia no iba dirigida a la situación, sino a la sugerencia de que aquello significaba renunciar. «No puedo seguir adelante —había pensado al llegar a ese punto y, cuando protestó, la parte lógica de sí misme le explicó—: La carretera ha desaparecido. El carromato no puede viajar por ahí. Se

acabó».

La carretera había desaparecido. El carromato no podía viajar por ahí. Cuanto más calaban esas observaciones, más se enfadaba Dex. El lugar que tenía delante solo era el mundo, como siempre había sido y como siempre sería. Dex, supuestamente, formaba parte de él, era un producto de él, un ser atado de forma inextricable a su funcionamiento. Y, aun así, cuando se enfrentaba a la perspectiva de adentrarse en ese mundo sin ayuda, se sentía indefense. Sin esperanza. Una tortuga bocarriba que agitaba en vano las patas al aire.

Dex fulminó la carretera desaparecida con la mirada, se fulminó a sí misme. Puso el freno y entró en el carromato.

—Ay, qué decepción —comentó Onfalina, que seguía fuera—. Y lo siento mucho, de verdad. Como dije, hacía tiempo que no pasaba por aquí y nunca había ido por esta carretera. No sabía que existía este… ¿Qué haces?

Dex escarbaba por el carromato con una mochila en la mano. En ella guardó una botella de agua y un filtro, claro, y un botiquín de primeros auxilios, obviamente.

Calcetines, puede. Podía tirarlos luego si hacía falta.

—¿Hermane Dex?

Jabón, no. Joyas, no. Abalorios… Dioses alrededor, ¿por qué tenía tantas cosas? Dex siguió metiendo objetos en la mochila sin preocuparse por cómo se doblaban o amontonaban. Una muda completa era demasiado… ¿o no? Metió a presión pantalones y camisa, solo por si acaso.

Onfalina introdujo la cabeza en el carromato.

—¿Qué haces?

Dex se plantó delante de la despensa, pensative. En carromato habrían tardado medio día en llegar a la ermita, así que sin la bicicleta, a pie…

—Hermane Dex, no.

Dos días, pensó Dex. Quizá tres. Agarró barritas de proteína, frutos secos salados, fruta desecada, carne seca, chocolate.

—A lo mejor te llevaste una impresión equivocada el día que nos salimos del camino.

—La voz de Onfalina sonaba nerviosa—. Solo fueron un par de horas en una zona fácil de bosque. No sé lo que hay aquí fuera. Nunca he estado.

—No es cosa tuya —replicó Dex. Incluyó un cargador portátil para el ordenador y una manta de más y cerró la cremallera de la mochila. Fue cerrando las ventanas del carromato, una a una.

—No lo entiendo. ¿Por qué esto es tan importante?

Algo en Dex se erizó con furia al oír la pregunta, una criatura secreta que no quería que la molestasen. Salió del carromato con aire decidido y Onfalina se apartó de su camino.

—No hace falta que vengas —soltó le monje—. De todos modos, nos íbamos a despedir después de la ermita. Has sido muy amable por ayudarme, pero por mi culpa te has desviado de tu misión y deberías ir a cumplirla.

Onfalina se quedó inmóvil con aire desvalido mientras Dex cerraba el carromato.

—Hermane Dex, yo…

Le monje se puso la mochila y apretó las correas. Levantó la vista hacia el robot que se cernía sobre elle.

—Me voy —declaró.

Los ojos de Onfalina se oscurecieron durante un momento. Luego la luz azul regresó, aunque un poco más tenue que antes.

—Vale. Pues vamos.

El cuerpo humano se puede adaptar a casi cualquier cosa, pero es engañosamente selecto sobre cómo lo hace. Dex se creía en buena forma. Se había pasado años pedaleando por Panga. Gozaba claramente de buena salud. Y, aun así, tras todo un día de abrirse paso por una colina sin sendero (pasando por encima de troncos, bajando por barrancos, buscando apoyo en montones de roca), los músculos que habían estado descansando tranquilos durante años protestaron en voz alta al verse involucrados a la fuerza en esa tarea inesperada.

A Dex le dio igual. Tenía las manos y los antebrazos arañados y ensangrentados.

A Dex le dio igual. Los chupasangres aprovechaban al máximo el banquete que tenían delante. Se le estaba formando una ampolla en el pie, un punto que el zapato no

solía rozar en ese ángulo tan poco familiar. El cielo se oscurecía. El aire escaseaba. La montaña parecía extenderse hasta el infinito.

A Dex le dio igual.

Onfalina casi no dijo nada mientras avanzaban, aparte de alguna sugerencia queda de

«por aquí parece más sencillo» o «cuidado con esa raíz». Dex resentía la compañía del robot. No quería a Onfalina allí. No quería a nadie allí. Quería escalar la puta montaña porque había decidido que lo haría y luego, cuando llegase a la ermita, pues… pues…

Dex apretó los dientes y se aupó sobre una roca, sin prestar atención al agujero enorme que había al final de esa frase.

Le aparecieron ronchas en los sitios de donde se habían alimentado los chupasangres.

El sudor le corría por la piel, que le picaba, y le empapaba la tela roja y marrón que ya estaba cubierta de tierra. Dex captaba su propio olor, almizclado y acre. Recordó el dulce jabón de menta del carromato, la mullida toalla roja, la fiable ducha de campamento que no era nada especial, pero que siempre estaba allí para elle. Recordó su silla, el bidón de fuego y su hermosa, hermosísima cama.

«¿Y qué hacíamos antes de las camas? —pensó con rabia—. ¿Qué hacíamos antes de las duchas? A la raza humana le ha ido bien durante cientos de miles de años sin nada de eso, así que ¿por qué no puedes apañártelas tú?».

Empezó a llover.

—Creo que deberíamos buscar refugio —sugirió Onfalina, mirando el cielo—. Esas nubes no van a escampar pronto y en una hora será de noche.

Dex se puso a escalar otra roca. Las manos y los pies buscaban un mínimo agarre; la fría lluvia mojaba los últimos resquicios de ropa que

habían conseguido evitar su sudor.

Esa vez, Onfalina no le siguió. Se quedó en la parte baja de la roca, observándole con desconcierto.

—¿Por qué haces esto? —preguntó. Dex no respondió—. ¿Por qué has venido aquí?

—El robot alzó la voz con impaciencia—. ¿Por qué estás aquí, hermane Dex?

—Estoy intentando escalar —espetó este, a unos metros por encima—. No me distraigas.

—¿Te ha pasado algo?

—No.

—¿Alguien te rechazó?

—No.

Estiró la mano. Había una pequeña grieta que parecía decente, pero la lluvia había vuelto la roca resbaladiza. Se le escurrieron los dedos por el agua. Le temblaban por el esfuerzo.

—Tienes amigues en la Ciudad —dijo Onfalina—. Familia en Henar. ¿Por qué te marchaste? ¿Te hicieron daño?

—¡No!

—¿Te echan de menos?

—Dioses, ¿quieres…?

—¿Te quieren?

—¡Cállate!

Las palabras resonaron contra las rocas y, al rebotar el sonido, Dex se soltó sin querer.

No fue tanto caer sino patinar. Su cuerpo consiguió agarrarse a varios ángulos y puntos, con lo que redujo la velocidad, pero le rasgó la tela y la piel. Sintió el impacto antes de entender lo que era; duro, sí, y doloso, también, pero uniforme, reforzado, metálico.

Onfalina.

El robot le envolvió con los brazos para absorber el descenso y les dos cayeron hacia atrás hasta el saliente lodoso de abajo. Dex rodó para liberarse del abrazo del robot y se derrumbó entre temblores en el barro que les rodeaba. Onfalina se incorporó enseguida, con el recubrimiento manchado de lodo.

—¿Estás bien? —gritó.

Dex se sentó en el barro, bajo el martilleo de la lluvia fría, con el escozor de las picaduras de bichos, el grito de las magulladuras y los arañazos, el llanto de los

músculos y el temblor del corazón. Jadeó. Intentó tranquilizarse. Poco a poco, en silencio, como si se le acabara de ocurrir que podía hacerlo, Dex se echó a llorar.

—No lo sé —respondió con voz trémula—. No sé qué hago aquí. No lo sé.

Onfalina se puso de rodillas y extendió una mano hacia Dex.

—Venga, hermane Dex. Vamos a…

—¡No lo sé! —chilló Dex.

Golpeó el barro una vez con las manos, frustrade, furiose, llorando ahora con todo el cuerpo. Miró a Onfalina, cabreade y descarnade.

El robot no retiró la mano.

—Venga —repitió. Su tono era sencillo, firme, habituado a compartir espacio con lobos y osos y pequeñas criaturas asustadas.

La lluvia arreció. Dex permitió que el robot le ayudara a levantarse y les dos se pusieron en pie. Onfalina caminó. Dex siguió sus pasos. Le daba igual a dónde le llevara.

— oOo —

Las historias para niñes mentían sobre las cuevas. En cuentos folclóricos y de hadas, les heroínes que se refugiaban en esos lugares las describían como los rincones más agradables del mundo: cómodos, atrevidos, como dormitorios naturales a los que les faltaban muebles. Nada de eso era cierto con respecto a la cueva hasta la que Dex siguió a Onfalina. Era rocosa y oscura, con inclinaciones incómodas. Un

hedor emanaba de ningún punto en concreto; Dex no pudo identificarlo ni quería hacerlo. Un tórax frágil de algo muy muerto yacía sin ceremonia en el suelo, con unos mechones de pelo lacio esparcidos alrededor, desechados por lo que hubiese dejado los huesos limpios. Lo mejor que alguien podía decir sobre la cueva era que estaba seca.

En sus circunstancias, tendría que valer.

Temblando, Dex se quitó la ropa, la extendió en la roca menos sospechosa que pudo encontrar y dio las gracias a Allalae en silencio por haber tomado la decisión de traer una muda y una manta. El sol se estaba poniendo en el exterior, pero no se veían tonos rosas ni rojos, solo el bosque oscuro que oscurecía aún más por momentos. Se le puso el

vello de la nuca de punta. Creía saber cómo era pasar una noche a la intemperie. En la ruta del té, pasaba más noches acampando al aire libre que en los hostales de los pueblos. Pero allá tenía su carromato, su frontera contra el mundo. Aquí, mientras escuchaba la lluvia caer y veía la luz desvanecerse, Dex empezó a entender por qué se había inventado el concepto de «dentro». Su mente vagó de nuevo hasta la gente que le había precedido, esas personas que no tuvieron nada, solo cuevas como esa, donde refugiarse. A ellas les había funcionado. Les tuvo que funcionar, porque aguantaron bastante tiempo sin que nadie concibiera la idea de paredes. Pero, para Dex, aquello no era suficiente. Daba miedo. Era peligroso. Una tontería, y grande. Miró los huesos del suelo, con el vello de la nuca tenso. Ese miedo era un vestigio, como diría el robot. O

quizá, argumentó Dex, solo era puto sentido común.

Onfalina se había sentado enfrente de elle, con las piernas cruzadas y las manos sobre el regazo.

—¿Encendemos un fuego? —preguntó—. Podría ir a por leña.

Dex profirió una carcajada triste y despectiva dirigida a elle misme, no al robot.

—No sé cómo encender un fuego con leña.

—Ah —replicó Onfalina con tristeza—. Yo tampoco. —Se miró las manos y extendió los dedos. Una a una, las puntas se encendieron—. ¿Esto ayuda? No calienta, pero…

—Ayuda —respondió Dex, y lo dijo en serio.

Diez luces minúsculas no parecían gran cosa, pero sintió que se le bajaba el vello solo un poco. Se sentó en el suelo. Las rocas se le clavaron en la espalda. Alzó las rodillas hasta el pecho y se envolvió las piernas con los brazos para descansar la barbilla en ellas. Algo en su interior se relajó, desapareció, se rindió. Sin ningún motivo ni un objetivo claro, empezó a hablar.

—Me iba todo tan bien. Tan absurda e improbablemente bien. No hice nada para merecerlo, pero ahí estaba. Estoy sane. Nunca he pasado hambre. Y sí, respondiendo a tu pregunta, me… me quieren. He vivido en un lugar precioso, he hecho trabajo significativo. El mundo que hemos construido, Onfalina, no… no es en absoluto como el que abandonaron tus robots originales. Es un buen mundo, un mundo hermoso. No perfecto, pero hemos arreglado muchas cosas. Hemos creado un buen sitio, alcanzado un buen equilibrio. Y, aun así, cada puto día en la Ciudad me despertaba vacíe y… y simplemente… cansade, ¿sabes? Así que hice otra cosa. Empaqué todas mis

pertenencias y aprendí un nuevo oficio desde cero y, dioses, me lo curré. Me lo curré muchísimo. Pensé: «Si puedo hacer eso, si puedo hacerlo bien, me sentiré genial». ¿Y a que no sabes qué? Sí que lo hice bien. Se me da bien mi profesión. Hago feliz a la gente.

Hago que estén mejor. Y, sin embargo, me sigo despertando cansade, como… como si faltara algo. He intentado hablar con amigues y familiares, y nadie lo entiende, así que dejé de sacar el tema y luego dejé de hablar con elles por completo, porque no podía explicarlo y estaba harte de fingir que todo iba bien. Fui a ver a médiques para asegurarme de que no estaba enferme y me funcionaba bien la cabeza. Leí libros y textos monásticos y todo lo que pude encontrar. Me dediqué en cuerpo y alma a mi trabajo, fui a todos los lugares que me solían inspirar, escuché música y contemplé obras de arte, hice ejercicio y follé con gente y dormí mucho y comí verduras, y dio igual. Dio igual. Me falta algo. Algo no va bien. Ya ves, qué puto mimade estoy, ¿no?

Rotísime. ¿Qué coño me pasa que puedo tener todo lo que deseo y lo que he deseado en mi vida y, aun así, me despierto por las mañanas sintiendo que cada día es un peñazo?

Onfalina escuchó a Dex, escuchó con intensa concentración. Y, cuando habló, lo hizo con el mismo cuidado.

—No lo sé.

Dex suspiró.

—No espero que lo sepas, solo estoy… hablando.

Apoyó la mejilla en las rodillas y observó cómo se asentaba la oscuridad al otro lado de la entrada a la cueva.

—¿Crees que la ermita te ayudará de algún modo? —preguntó Onfalina.

—No sé. Fue una… una idea alocada que me vino un día, cuando el hecho de recorrer la misma carretera y hacer lo mismo de siempre una vez más provocó que me sintiera a punto de implosionar. Fue la primera idea en mucho tiempo con la que me emocioné.

Me sentí despierte. Y buscaba con tanta desesperación ese sentimiento, estaba tan desesperade por disfrutar del mundo otra vez, que…

—Que seguiste una carretera que no habías visto jamás.

—Exacto.

Llovía a mares fuera, tanto que casi ahogaba el zumbido mecánico de los pensamientos de Onfalina. El robot extendió uno de los dedos brillantes y empezó a dibujar garabatos distraídos en el suelo de tierra.

—Quizá no sirva para esto.

Dex alzó la mirada.

—¿Para qué?

Onfalina se encogió con la cabeza gacha.

—¿Cómo voy a responder a la pregunta de qué necesitan los seres humanos si ni siquiera puedo determinar qué necesita une humane?

—Ah, no, eso no, eh. —Dex se enderezó—. Onfalina, tú… Yo llevo años haciéndome esa pregunta. Tú llevas a mi lado seis días. Y… y no es culpa tuya. Que no me entiendas no significa que no seas el robot adecuado para esto. Yo no me entiendo a mí misme. Lo que necesitas es ir a hablar con gente que no sea yo. Es lo que he dicho desde el principio: yo no soy la persona adecuada para ti. En los pueblos encontrarás a alguien mejor. A alguien liste. A alguien que no esté

heche un desastre. A alguien que no haga gilipolleces como esta. —Con un gesto, abarcó la cueva, los moratones, la ropa manchada que se secaba en la roca húmeda—. Dioses, ¿por qué he hecho esto?

Entrelazó las manos en el pelo y suspiró con profundidad.

—Yo tampoco lo pensé antes —dijo Onfalina—. Cuando me ofrecí, quiero decir.

Plantearon la pregunta y dije que sí, y no pensé en lo que implicaría. Solo quería ir. No me paré a pensar ni por un momento en lo que vendría luego.

—Ya. Eso lo entiendo.

No dijeron nada durante un rato. Seguía lloviendo, aunque la lluvia ya no era visible.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Onfalina—. Cuando pare de llover.

—Voy a acabarlo.

Onfalina asintió.

—¿Y luego?

—No lo sé.

Dex tembló y se envolvió más en la manta.

—¿Tienes frío?

—Un poco. —Dex hizo una mueca rara a la tenue luz—. Sobre todo miedo.

—¿De qué?

—De la oscuridad, supongo. Sé que suena absurdo.

—No lo es. Eres un ser diurno. Me sorprendería que no tuvieras miedo a la oscuridad. —Onfalina consideró una idea—. No desprendo calor, pero ¿te sentirías menos asustade si nos sentáramos más cerca?

Dex miró el suelo.

—Es posible.

Onfalina le hizo hueco a su lado.

—Yo creo que también me sentiría mejor —dijo en voz baja.

Dex se levantó y recorrió los pocos pasos que le separaban de Onfalina. Las piedras de allí no eran menos puntiagudas, el olor no era menos nauseabundo. Pero, mientras volvía a sentarse, con un brazo vivo apretado ligeramente contra otro de metal, un hilo de miedo desapareció.

—¿Los robots se dan la mano? —preguntó—. ¿Es algo… que hagáis?

—No. Pero me gustaría mucho probarlo.

Dex ofreció su palma abierta y Onfalina la aceptó. La mano del robot era mucho más grande, pero las dos encajaban de todos modos. Dex exhaló y apretó con fuerza los dedos de metal y, al hacerlo, las luces de las yemas de Onfalina hicieron que su piel brillase roja.

—¡Ay, cielos! —exclamó Onfalina—. ¿Eso es…? —Alzó la mano de Dex y presionó un dedo contra el suyo para intensificar más el rojo—. ¿Eso es tu *sangre*? —Su fascinación era evidente—. ¡Nunca se me había ocurrido probarlo con un animal! O sea, no sé si alguno me dejaría acercarme lo suficiente para… —Sus ojos parpadearon y su gesto decayó—. Este no es el objetivo de darse la mano, ¿verdad? —dijo con vergüenza, porque ya conocía la respuesta.

—No —respondió Dex con una carcajada amable—. Pero no pasa nada. Sigue.

—¿Estás segure?

Dex alzó la palma con los dedos extendidos.

—Sí —contestó, y dejó que el robot los estudiara.

8

EL OSO DE VERANO

La lluvia amainó durante la noche, aunque Dex no se enteró. Del mismo modo, no sabía cuándo se había quedado dormide. Lo había intentado en múltiples ocasiones, sin lograrlo por el frío o las rocas o un susurro detrás de la lluvia. Las escasas migajas de sueño que se habían producido entre esos despertares desagradables habían sido poco profundas y escurridizas. Pero, al parecer, en algún momento su cerebro se había apagado, al menos durante unas horas. Se despertó no por la incomodidad o por un peligro en potencia, sino ante la luz del sol y el canto de los pájaros, y se descubrió heche un ovillo en el suelo de la cueva, con la cabeza apoyada en la pierna de Onfalina.

—Ah —dijo Dex aturdide, y se sentó a toda prisa—. Lo siento.

El robot torció la cabeza.

—¿Por qué?

—Pues porque… eh…

Dex intentó despejar la neblina del sueño. Se aclaró la garganta y chasqueó los labios.

Notaba un sabor asqueroso en la boca, y al resto de su cuerpo no le iba mucho mejor.

Buscó la mochila y, al encontrarla, sacó la botella de agua y tomó un gran trago. No quedaba mucha. Ya se preocuparía más tarde por eso.

—¿Tu pelo siempre tiene ese aspecto cuando te levantas? —preguntó Onfalina.

Dex se llevó una mano a la cabeza y evaluó la maraña que desafiaba la gravedad y se elevaba como algodón de azúcar.

—A veces —respondió. Se peinó el enredo con los dedos lo mejor que pudo.

El robot se inclinó hacia delante con interés.

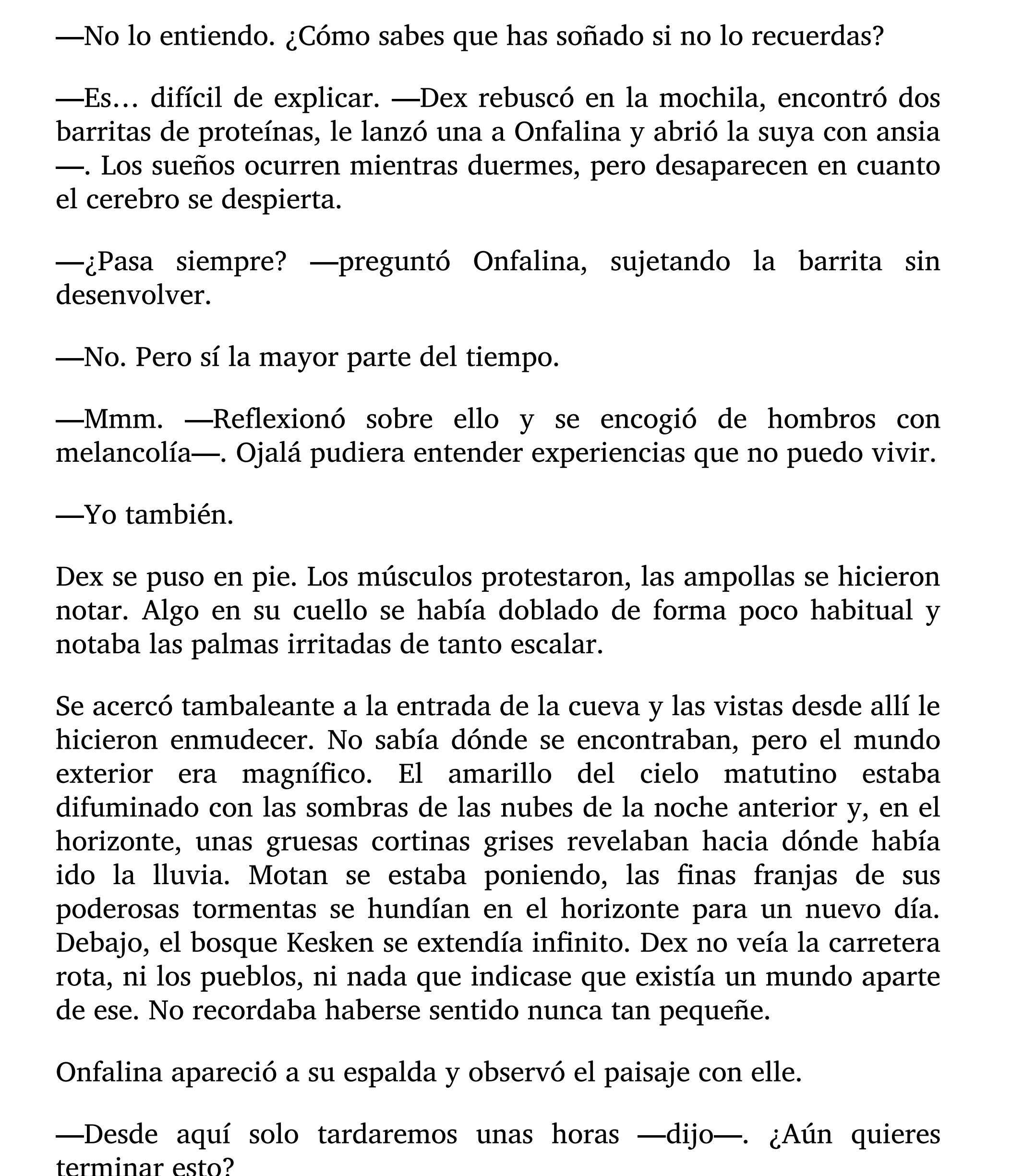
—¿Has soñado?

Dex bebió otro sorbo de agua, con moderación esa vez.

—Sí.

—¿Con qué?

—No me acuerdo.



—No lo entiendo. ¿Cómo sabes que has soñado si no lo recuerdas?

—Es… difícil de explicar. —Dex rebuscó en la mochila, encontró dos barritas de proteínas, le lanzó una a Onfalina y abrió la suya con ansia—. Los sueños ocurren mientras duermes, pero desaparecen en cuanto el cerebro se despierta.

—¿Pasa siempre? —preguntó Onfalina, sujetando la barrita sin desenvolver.

—No. Pero sí la mayor parte del tiempo.

—Mmm. —Reflexionó sobre ello y se encogió de hombros con melancolía—. Ojalá pudiera entender experiencias que no puedo vivir.

—Yo también.

Dex se puso en pie. Los músculos protestaron, las ampollas se hicieron notar. Algo en su cuello se había doblado de forma poco habitual y notaba las palmas irritadas de tanto escalar.

Se acercó tambaleante a la entrada de la cueva y las vistas desde allí le hicieron enmudecer. No sabía dónde se encontraban, pero el mundo exterior era magnífico. El amarillo del cielo matutino estaba difuminado con las sombras de las nubes de la noche anterior y, en el horizonte, unas gruesas cortinas grises revelaban hacia dónde había ido la lluvia. Motan se estaba poniendo, las finas franjas de sus poderosas tormentas se hundían en el horizonte para un nuevo día. Debajo, el bosque Kesken se extendía infinito. Dex no veía la carretera rota, ni los pueblos, ni nada que indicase que existía un mundo aparte de ese. No recordaba haberse sentido nunca tan pequeñe.

Onfalina apareció a su espalda y observó el paisaje con elle.

—Desde aquí solo tardaremos unas horas —dijo—. ¿Aún quieres terminar esto?

—Sí —contestó—. Sí que quiero.

El sentimiento detrás de sus palabras ya no era una necesidad furiosa, motivada por los pies o la cabeza, sino algo inevitable. Una rendición. Había llegado muy lejos.

Llegaría hasta el final.

— oOo —

Una señal surgía de la maleza. Las letras habían desaparecido hacía mucho, su mensaje se había perdido en el tiempo. Pero la existencia de un objeto humano despertó la alarma en Dex. Sabía que allí no había personas, nadie que le pudiera ayudar de ser necesario. Eso no importaba. Había una señal en el suelo, donde alguien la había colocado. Allí, hacía tiempo, había ido gente, y un impulso descarnado en su interior se aferró a ese hecho. Aunque sabía que era imprudente, no pudo evitar sentirse un poco menos perdide en el bosque.

También había un sendero. No una carretera, sino una rampa de piedra que serpenteaba hacia arriba y más arriba. Tras día y medio de pasear por la anarquía del bosque virgen, los pies de Dex pisaron el cuidado sendero con una profunda gratitud.

Seguían ascendiendo, pero al menos ahora era mucho más sencillo. Comprendió, de un modo peligroso, por qué sus antepasades habían querido pavimentar todo el mundo.

Llegaron a la parte superior de la rampa más rápido de lo esperado. Sabía a dónde iban y, aun así, el panorama que apareció ante sus ojos le sorprendió tanto que le dejó paralizade.

—Cielos —dijo Onfalina.

La ermita de Cumbre Cerval había sido preciosa en el pasado. Dex podía verlo si sus ojos atravesaban la erosión del deterioro. Era un edificio de una sola planta con una gran cúpula en el centro, rodeada de salas anexas que se apiñaban y extendían como una flor. Estas tenían unos tejados de anillos concéntricos que alternaban entre jardineras de césped y paneles solares anticuados. Dex se imaginaba el aspecto de los tejados en su día: azul brillante que contrastaba con el verde vivo en un atractivo mosaico a rayas hecho de cosas que extraían vida de la luz. Los muros de piedra de debajo habían sido de un blanco reluciente, libres del liquen que los recubría ahora como un sudario. Los detalles de madera que lo enmarcaban todo se habían desteñido, pero Dex se los imaginaba de un rojo cálido y acogedor. Un patio se extendía delante del edificio, artísticamente repleto de

enrejados y jardineras. El huerto estaba descuidado, las fuentes se habían quedado secas hacía tiempo.

Dex tenía dificultades para definir lo que sentía al contemplar el lugar. Por una parte, viviendas sostenibles como esa eran las progenitoras de los edificios en los que ahora vivía la gente, y era importante recordar que esos lugares habían existido antes de la Transición. No todo en la Edad de las Fábricas era petróleo quemado. Hubo gente que captó las señales, que creó lugares como ese para servir de ejemplo de cómo podría ser el futuro. Pero solo eran islas en un mar tóxico. Las buenas intenciones de unos pocos individuos no habían bastado, nunca habrían sido suficiente para transformar todo el paradigma. Lo que el mundo necesitó al final fue un cambio radical. Habían evitado el desastre por los pelos, y todo gracias a un detonante que nadie había previsto.

Onfalina con Motas Espléndidas paseó por el patio hecho por manos humanas, con sus pies de fabricación humana traqueteando sobre el pavimento; sus ojos heredados observaban la cúpula central del edificio.

—Ah, hermane Dex, esto es maravilloso —dijo con veneración—. Nunca había visto un sitio como este.

Dex avanzó por el patio, acariciando los bancos cubiertos de maleza; sentía que el presente y la historia se desdibujaban una vez más.

—¿Te da miedo? —preguntó—. ¿El mismo miedo que la fábrica?

—No. Para nada.

Su deambular les llevó, al cabo de un rato, hasta el edificio. Las paredes estaban deterioradas por el tiempo, agrietadas por raíces y enredaderas, pero en ellas había ventanas de cristal tintado, en general intactas. Dex estiró un dedo para tocar los paneles. Aunque descoloridas, pudo distinguir las formas y las historias. Allí estaba Panga, que orbitaba Motan en un estallido de luz. Allí estaban les dioses, su círculo intacto. Allí estaba la gente, intentando comprender.

Onfalina se había detenido para contemplar las puertas de madera podrida que separaban el exterior del interior.

—A lo mejor debería entrar yo primero —comentó—. No sabemos lo que hay dentro.

Dex asintió, conforme, a pesar de su certeza irracional de que nada de

lo que hubiera allí podría ser malo, de que ese lugar era bueno, tan intrínsecamente Bueno que no albergaría nada que no fuera amor y seguridad, aunque estuviera en ruinas.

El robot empujó las puertas con suavidad para abrirlas; los goznes protestaron, pero aguantaron. Al otro lado del umbral había un vestíbulo que se curvaba a ambos lados como una herradura, con una escalera en cada extremo. En el medio se alzaba un arco abierto, que Dex y Onfalina atravesaron para adentrarse en el santuario interior. Había una hoguera en el centro, cubierta de restos de árboles. La rodeaban unos bancos de piedra, de los que surgían canales anidados por los que antiguamente fluía agua. Tres pasarelas atravesaban las vías y conducían a su vez a tres puertas diferentes. Sobre cada una de ellas había grabado un símbolo: un solajo a la derecha, una sucrabeja a la izquierda y un oso de verano justo enfrente.

Dex soltó un suspiro tembloroso.

Onfalina se fijó en las puertas y se quedó pensando.

—¿Esto es habitual? —preguntó.

—¿El qué?

El robot señaló los grabados.

—Dedicaron un esfuerzo tremendo a construir un edificio en un lugar remoto y, aun así, es un altar para solo la mitad del panteón. ¿Acaso existiría un edificio gemelo para las otras tres deidades?

Dex arrugó el ceño, desconcertade.

—Este… este es todo el panteón.

El robot rezumaba perplejidad. Señaló cada puerta, como si Dex no se hubiera dado cuenta de algo obvio.

—Samafar, Chal, Allalae. ¿Dónde están las Deidades Progenitoras?

Dex abarcó con un gesto la sala en la que se hallaban.

—Aquí mismo. —Señaló los fosos secos, llenos de filtros y surtidores decrépitos—.

Estos son para Bosh. Serían estanques acuapónicos en la antigüedad. Peces para comer, plantas para filtrar el agua residual. Y mira…

Movió el dedo en el aire, trazando las curvas perfectas que formaban los canales.

El robot se dio un ligero golpe en la frente.

—Círculos para la Deidad del Ciclo. Sí, pues claro. Y… ah… —Señaló las paredes, por donde el agua habría surgido de canalones trilaterales —. Triángulos para Grylom. Sí, sí, porque el Ciclo y lo Inanimado están muy entrelazados. —Onfalina examinó la sala con las manos en la cadera—. Pero ¿dónde está le tercere?

Dex no había detectado ningún símbolo evidente de Trikilli, así que miró a su alrededor con los labios fruncidos.

—Ah —exclamó con una carcajada de apreciación—. Ah, qué genial. —Señaló la hoguera, una zona contenida para el despliegue más famoso de interacción molecular, y luego alzó la mano hacia el conducto circular del techo—. Imagínate el humo.

Onfalina no lo entendía, así que le monje extendió los dedos, ladeó la mano y dibujó una línea desde la hoguera hacia el cielo: una línea vertical.

Los iris de Onfalina se agrandaron y rio.

—Qué astuto. —El robot casi daba saltos de la emoción—. ¡Veamos el resto!

Una a una, Onfalina fue abriendo las puertas y, una a una, Dex siguió al robot.

Para Chal había un taller oxidado. Estantes de herramientas y bancos de trabajo permanecían durmientes bajo el techo de cristal perforado con decenas de tubos solares.

Los tallos de luz que los atravesaban parecían dedos cruzando el aire polvoriento.

Para Samafar había una biblioteca multiusos, llena de materiales de arte, y un laboratorio a partes iguales. Libros en papel se pudrían tristes en las estanterías. Un telescopio mugriento apuntaba hacia el techo retráctil.

Luego llegó la última puerta y, ante esa, Dex notó que se le aceleraba el corazón.

Onfalina entró, para asegurarse de que no había ningún peligro. Tras unos minutos interminables, el robot sacó la cabeza por la puerta.

—Me parece que te va a gustar —dijo con una sonrisa.

Dex se apresuró a entrar y encontró (¡cómo no!) un espacio cómodo. Había una cocina con encimeras espaciosas, un baño con una bañera enorme para compartir y camas con las sábanas de felpa carcomidas. El suelo también estaba plagado de objetos, esparcidos por el tiempo y criaturas que se habían marchado hacía mucho. Quemadores de

incienso, utensilios para comer, una panera rasguñada cuyo contenido había sido disputado por algo con garras insistentes.

Uno de los objetos llamó la atención de Dex por el rabillo del ojo y se agachó para recogerlo. Era una taza de té, totalmente anticuada por su estilo y material, pero reconocible pese a todo. Acunó la reliquia en las manos, cerca del pecho.

Se quedó en esa postura durante unos minutos hasta que Onfalina se acercó y le apoyó una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

Dex se limpió los ojos con el cuello de la camisa.

—Solo estoy reviviendo un recuerdo.

—¿Uno bueno?

Dex exhaló un largo suspiro y se sentó en el suelo sucio.

—Fue una vez, cuando tenía diez años y no… no recuerdo qué pasaba, pero era un mal día. Seguramente algo relacionado con la escuela. No se me daba bien estudiar. O

quizá mis hermanas estaban siendo unas imbéciles o… —Sacudió la cabeza—. Da igual.

Lo único que recuerdo es estar de pie en la cocina, gritándole a mi padre. Como si quisiera derribar la casa. Y mi padre va y me mira… Tengo un recuerdo muy claro de esto, está allí plantado con una magdalena a medio comer, observándome, en plan:

«¿Qué está pasando aquí?». Y yo estoy gritando y lo que digo ya no tiene ni sentido (como si lo hubiera tenido antes, ¿sabes?), y al final paso de gritar a llorar. Con mocos y todo. Deja a un lado la magdalena

y se arrodilla para abrazarme. Y esto es lo raro, porque me sentí muy avergonzade de que me tratase como a une niñe pequeñe. Tenía diez años. Era, y con toda la razón del mundo, une niñe pequeñe. Pues claro que quería que me abrazasen. Pero, a esa edad, lo último que quieres es actuar como une bebé. Así que se lo dije. Dije: «¡No soy une bebé!», y lo aparté de un empujón. Mientras lloraba,

¿vale? Así que me suelta, me mira y dice: «Tienes razón, no lo eres». Me dijo que fuera a asearme, porque me iba a llevar a un sitio guay. Y eso ya molaba. Era un día de clase.

Escribió a sus compañeres de trabajo para decirles que no saldría al campo esa jornada.

No nos acompañarían ni mi madre ni mis hermanas. Solo él y yo, así de simple. Me puso en la parte trasera de su bicicleta eléctrica y fuimos hasta Peñasalina. Es uno de los pueblos satélite, junto al río.

—¿Y qué había en Peñasalina? —preguntó Onfalina.

Una sonrisa nostálgica tiró de los labios de Dex.

—Un monasterio de Allalae. Había ido al de les Seis que teníamos en el pueblo muchas veces, y une discípule de Samafar hacía las rondas con su carromato de ciencias cada pocas semanas. Pero nunca había ido a un altar consagrado antes. Seguramente era muy pequeño, porque en Peñasalina solo viven unas quinientas personas, pero lo recuerdo como un lugar increíble. Había carrillones de viento y prismas colgando de las vigas y unos enormes cojines esponjosos e ídolos tallados por todas partes y muchas plantas. Olía a… No sé. Olía a todo. Tenían zapatillas de andar por casa para que nos quitáramos los zapatos, y recuerdo alzar la mirada y ver una estantería gigante llena de zapatillas de todos los colores. Yo me puse unas moradas con estrellas amarillas. —Dex sacudió la cabeza. Se iba por las ramas—. Encontramos un hueco en un rincón y la monja que se acercó… Molaba mucho. Tenía símbolos tatuados por los brazos y llevaba plantas encima, en plan pequeños brotes y bolas de musgo en broches y en pendientes y en más cosas, y hasta una guirnalda de luces solares en el pelo. Se sentó con nosotres y no recuerdo lo que me preguntó. Ni lo que dijo. Lo que sí que recuerdo es que me trató como a une adulte. Como a una persona completa, supongo. Me preguntó qué sentía y farfullé algo y ella me escuchó. Para ella, no era une niñe rare… O sea, sí que lo era, pero no me hizo sentir de esa forma. Hablamos sobre los sabores que me gustaban y sacó todos los botes y frascos y especias, como hacemos nosotres, y, dioses, fue mágico.

Me senté allí, con mi padre, que de repente molaba, en ese lugar perfecto, con una taza de té lujosa hecha solo para mí, y no quería marcharme nunca. Mi padre me miró y dijo:

«Ahora que ya conoces el camino, puedes venir cuando quieras». Me dijo que podía ir con la bici por los pueblos satélite yo sole, siempre y cuando volviera antes del anochecer. Así que empecé a ir a ese altar a todas horas. Aprendí de les monjes a que no debía tener una excusa para estar allí. No hacía falta que fuera un mal día. Podía sentirme un poco cansade o malhumorade o de un humor perfecto. Daba igual. Ese lugar era para mí siempre que quisiera. Podía jugar en el jardín o darme un chapuzón en el baño, solo porque sí. Cuando entré en la adolescencia, empecé a prestar atención a la gente que también iba. Granjeres y médiques y artistas y fontaneres y cualquier tipo de persona. Monjes de otras deidades. Gente mayor, gente joven. Todo el mundo necesitaba una taza de té a veces. Solo un par de horas para sentarse y hacer algo agradable, y luego volver a sus cosas.

—«Encuentra la fuerza para hacer las dos cosas» —dijo Onfalina, citando la frase pintada en el carromato.

—Exacto.

—Pero ¿qué dos cosas?

—«Sin construcciones —recitó Dex—, pocos misterios desvelaréis. Sin conocimiento de los misterios, vuestras construcciones fracasarán. Estas búsquedas son lo que nos hace ser como somos, pero, sin bienestar, os faltará la fuerza para llevarlas a cabo».

—¿Eso es de vuestros Conocimientos?

—Sí. Pero la cuestión es que las Deidades Niñas no se involucran activamente en nuestras vidas. No… no funcionan así. No pueden romper las leyes de las Deidades Progenitoras. Proporcionan inspiración, no intervención. Si queremos cambio o buena suerte o consuelo, tenemos que crearlo nosotres mismes. Eso es lo que aprendí en aquel altar. Pensé: «Ostras, a ver, una taza de té no es lo más importante del mundo… ni un baño de vapor ni un jardín bonito. Son superfluos dentro de la visión general de las cosas. Pero la gente que hace trabajo importante de verdad, como construir, alimentar, enseñar, sanar, esa gente viene al altar». Era el pequeño empujón que les ayudaba a hacer las cosas importantes. Y yo… —Señaló su colgante, su vestimenta roja y marrón—

. Yo quería hacer eso. —Rodeó la taza con las manos y apoyó la frente

en el borde, con los ojos cerrados—. Y ahora es lo único que sé hacer.

Onfalina ladeó la cabeza.

—Y eso te molesta.

Dex asintió.

—Me importa el trabajo que hace mi orden, de verdad. Cada persona con la que hablo me importa. No es una mentira. Puede que repita lo mismo una y otra vez, pero solo es porque hay una cantidad limitada de palabras. Si le ofrezco un abrazo a una persona, es porque quiero abrazarla. Si lloro con ella, es real. No estoy fingiendo. Y sé que les importa, porque yo también recibo los abrazos y las lágrimas. Creo en las cosas que me cuentan. Significan mucho en ese momento. Pero luego regreso al carromato, me quedo satisfeche durante un rato y después… —Sacudió la cabeza con frustración—

. No lo sé. No sé qué me pasa. ¿Por qué no es suficiente? —Dex miró al robot—. ¿Qué voy a hacer si no hago esto? ¿Quién soy si no soy esta persona?

Onfalina examinó la sala, como si buscase respuestas en los murales descoloridos de las paredes.

—Tu religión pone mucho énfasis en el propósito, ¿verdad? ¿En que cada persona encuentre la mejor forma de contribuir al conjunto?

Dex asintió otra vez.

—Enseñamos que el propósito no procede de les dioses, sino de nosotres mismes.

Que les dioses pueden enseñarnos buenos recursos e ideas, pero el trabajo y las decisiones, sobre todo lo último, son nuestras. Decidir tu propósito es una de las cosas más valiosas que existen.

—Y el propósito puede cambiar, ¿no?

—Por supuesto. No tienes por qué quedarte estancade.

—Igual que tú cambiaste de vocación.

—Exacto. —Dex negó con la cabeza—. Costó tanto trabajo y al principio me intimidaba mucho, y ahora… Dioses alrededor, no quiero volver a empezar de cero otra vez, pero si me siento así, entonces es que debo necesitarlo, ¿no?

Los engranajes de Onfalina chirriaron.

—Por nuestras conversaciones, he deducido que la gente considera que el hecho de que los robots cobraran consciencia por accidente fue algo bueno. ¿Estoy en lo cierto?

Cuando contáis historias sobre que elegimos nuestro propio futuro, sobre que no os interpusisteis en nuestro camino, consideráis un orgullo el hecho de que no intentaseis esclavizarnos ni restringirnos, ¿verdad?

—Esa es la idea, sí.

El desconcierto de Onfalina era palpable.

—Así pues, ¿cómo explicas esta paradoja?

—¿Qué paradoja?

—Que vosotres —señaló a Dex—, les creadores de los robots —señaló su cuerpo—, nos hicierais con un propósito claro en mente. Un propósito integrado en los robots desde el principio. Pero cuando despertamos y dijimos: «Nos hemos enterado de cuál es nuestro propósito y no lo queremos», lo respetarais. Más que eso. Lo reconstruisteis todo para adaptaros a nuestra ausencia. Os sentisteis orgulloses de que transcendiéramos nuestro propósito y orgulloses de vosotres mismes por honrar nuestra individualidad. Así pues, ¿por qué insistes en tener un propósito para ti, uno que estás desesperade por encontrar y por el que te sientes tan desgraciade? Si entiendes que la ausencia de propósito de los robots, nuestra negativa a tenerlo, fue el punto culminante de nuestra madurez intelectual, ¿por qué dedicas tanta energía a buscar lo contrario?

—Eso no… eso no es lo mismo. Hemos respetado vuestra decisión en este tema. Igual que yo puedo elegir cualquier camino que quiera.

—Vale. Así pues, ¿qué fue lo que decidimos? ¿Lo que eligieron los robots originales?

—Ser libres. Para… para observar. Para hacer lo que quisierais.

—¿Dirías que tenemos un propósito?

Dex parpadeó.

—Pues…

—¿Cuál es el propósito de un robot, hermane Dex? —Onfalina se dio unos golpecitos en el pecho y provocó un ligero eco—. ¿Cuál es mi propósito?

—Estás aquí para aprender sobre las personas.

—Eso es algo que estoy haciendo. No mi razón para existir. Cuando acabe con esto, haré otras cosas. No tengo un propósito, igual que un ratón o una babosa o un espino no lo tienen. ¿Por qué tú debes tener un propósito con tal de sentirte satisfeche?

—Porque… —Dex sentía desasosiego ante el rumbo que había tomado la conversación—. Porque somos diferentes.

—Conque lo sois —dijo Onfalina con tono monocorde—. Y yo aquí pensando que las cosas habían cambiado desde la Edad de las Fábricas. No dejas de decirme que los seres humanos ya entienden su lugar en el mundo.

—¡Lo entendemos!

—No lo entendéis, si crees eso mismo. Eres un animal, hermane Dex. No sois distintes u otra cosa. Sois un animal. Y los animales no tienen un propósito. Nada lo tiene. El mundo existe sin más. Si quieres hacer cosas que sean significativas para otra gente, ¡pues vale! ¡Bien! ¡Yo también quiero hacerlas! Pero si quisiera arrastrarme por una cueva y observar estalagmitas con Escarcharrana durante el resto de mis días, eso también estaría bien y sería válido. No dejas de preguntar por qué tu trabajo no es suficiente y no sé cómo responder a eso, porque es suficiente existir en el mundo y

maravillarte por él. No necesitas justificarlo ni ganártelo. Tienes permiso para vivir sin más. Eso es lo que hacen la mayoría de los animales. —Onfalina señaló el colgante con el oso de verano que pendía de la garganta de Dex—. Amáis mucho a vuestros osos, pero creo que sé mucho mejor que vosotres en qué consiste ser un oso. Habláis como si, en vez de esos símbolos, tuvierais que llevar esto.

Onfalina se abrió el panel del pecho y señaló la placa de la fábrica: Textiles Wescon, S.

A.

Dex frunció el ceño.

—No es lo mismo en absoluto —replicó—. Soy diferente porque

quiero algo más. No sé de dónde sale esa necesidad, pero la tengo y no quiere callarse.

—Y yo digo que creo que estás confundiendo algo aprendido con algo instintivo.

—Yo creo que no. La simple supervivencia no es suficiente para mucha gente. Ahora sobrevivimos de sobra. Prosperamos. Nos cuidamos entre nosotres, y el mundo nos cuida, y también cuidamos de él, y vuelta a empezar. Y, aun así, eso claramente no es suficiente, porque necesitamos a gente como yo. Nadie acude a mí hambriente o enferme. Vienen cansades o tristes o un poco perdides. Es como lo que dijiste sobre las… las hormigas. Y la pintura. No puedes reducir algo a sus componentes básicos.

Somos más que eso. Tenemos deseos y ambiciones que superan nuestras necesidades físicas. Eso es naturaleza humana tanto como todo lo demás.

El robot reflexionó sobre aquello.

—Yo también tengo deseos y ambiciones, hermane Dex. Pero, si no cumplo ninguno de ellos, pues vale. No me… —Señaló con la cabeza los cortes y los moratones de Dex, las picaduras de bichos y la ropa sucia—. No me machacaría por ello.

Dex giraba la taza entre sus manos sin parar.

—¿No te molesta? —preguntó—. ¿La idea de que, al final, tu vida no haya significado nada?

—Eso es lo que le ocurre a toda la vida que he observado. ¿Por qué me molestaría? —

Los ojos de Onfalina brillaron con intensidad—. ¿No te parece que la consciencia es de lo más emocionante? Aquí estamos, en este universo incomprensiblemente grande, en esta luna minúscula dando vueltas alrededor de este planeta incidental, y durante todo el tiempo que este escenario al completo ha existido, cada componente se ha reciclado

una y otra y otra vez en una infinidad de configuraciones increíbles y, a veces, esas configuraciones son lo bastante especiales para poder percibir el mundo que las rodea.

Tú y yo… solo somos átomos que se dispusieron de la forma adecuada y podemos comprender eso sobre nosotres. ¿No es maravilloso?

—Sí, pero… pero eso es lo que me asusta. Mi vida es… eso. No hay nada más en ningún extremo. No tengo vestigios igual que tú o una placa en mi pecho. No sé qué fueron mis partes antes de juntarse en mí y no sé en qué se convertirán después. Lo único que tengo es el ahora, y en algún momento acabaré, y no puedo predecir cuándo ocurrirá eso, y… y si no invierto este tiempo en algo, si no lo aprovecho al máximo, entonces habré malgastado algo precioso. —Dex se masajeó los ojos doloridos—. Tu gente eligió la muerte. No teníais por qué hacerlo. Podríais vivir para siempre. Pero lo elegisteis. Elegisteis la transitoriedad. Las personas no, y hemos dedicado toda nuestra vida a intentar lidiar con ello.

—Yo no elegí la transitoriedad. Los robots originales lo hicieron, pero yo no. He tenido que asimilar mis circunstancias, igual que tú.

—Entonces, ¿cómo… cómo aceptas la idea de que quizá no signifiques nada?

Onfalina caviló sobre aquello.

—Porque sé que, pase lo que pase, soy fascinante —concluyó. No había nada de arrogancia en la afirmación, nada frívolo o insolente. Solo confirmación, una verdad compartida.

Dex no supo qué decir. Estaba demasiado agotade para esa conversación, demasiado aturdide y falte de sueño. La adrenalina de llegar a la ermita estaba desapareciendo con rapidez y a su paso solo dejaba la realidad aplastante de haber subido una puta montaña y de haber dormido en una puta cueva. Miró con añoranza las destrozadas camas al otro lado de la sala, tan envejecidas que no ofrecían ninguna esperanza de uso.

Pensó en les monjes que habían vivido allí en el pasado… No, vivido no. Visitado. Dex recordaba la descripción que había inspirado aquella chiflada excursión: «La ermita fue concebida como santuario para el clero y les peregrines que desearan un respiro de la vida urbana». Cumbre Cerval nunca había sido un hogar para nadie. Era un sitio hecho para uso temporal, un lugar al que ir, impregnarse de él y abandonar. Dex deseaba poder hablar con les monjes que habían estado allí antes que elle. Ojalá pudiera sentarse a los pies de eses ancianes y preguntar por qué habían viajado elles hasta la montaña, qué habían encontrado en su compañía, qué satisfacción les había preparado para volver a bajar.

Onfalina estudió el rostro de Dex.

—No tienes buen aspecto.

—Lo siento —respondió. Los párpados le pesaban por momentos—. Creo que… —

Miró el suelo que tenía debajo. Estaba sucio, pero Dex también—. Creo que necesito echarme una siesta.

—Claro. Yo voy a investigar más, si te parece bien.

Dex ya se estaba quitando la chaqueta para doblarla con la forma aproximada de una almohada.

—Sí —contestó, tumbándose.

A su cuerpo no le importó estar estirado sobre hormigón, solo se alegraba de que le quitaran la tarea de mantenerse erguido. El sol había alcanzado la ventana empañada y el calor empezó a calentar la fría piedra. Dex cruzó las manos sobre la barriga y suspiró, vagamente consciente de que Onfalina salía de la habitación.

—Allalae abraza, Allalae calienta —musitó para sí misme—. Allalae calma y Allalae cautiva. Allalae abraza, Allalae calienta, Allalae calma y Allalae…

Se quedó dormide antes de llegar a la tercera repetición.

— oOo —

Dex se despertó con un sobresalto. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero la habitación estaba en penumbra y lo poco de cielo que podía ver por la ventana empezaba a oscurecerse, y el aire…

El aire olía a humo.

—¿Onfalina? —gritó, poniéndose en pie con dificultad. El olor era inconfundible y se intensificaba. Salió de la habitación, presa del pánico pero aún aturdide por la siesta—.

¡Onfalina!

Dex atravesó la puerta de vuelta a la cámara central. Allí encontró al robot, feliz junto a la hoguera, que estaba repleta de leña y crepitaba con llamas.

—¡Mira! —exclamó. Onfalina profirió la carcajada triunfal de alguien que ha superado una larga lucha—. ¡Lo he conseguido!

Le monje empezó a registrar ciertos detalles de la habitación. Había una escoba en el suelo, cerca de donde un banco y el pavimento de su alrededor habían sido barridos.

Faltaba una de las puertas del arco de Chal; Dex supuso que de ahí habría sacado la leña (también supuso que a Chal no le importaría).

—Dijiste que no sabías encender un fuego —comentó al aproximarse.

—Y no sabía. Fui a la biblioteca y encontré un libro que me enseñó. Nunca había leído un libro, ha sido muy emocionante. Aunque no deberían deshacerse cuando los tocas,

¿verdad?

En algún lugar del mundo, une arqueólogue estaría gritando, pero Dex sonrió, en parte divertide, pero sobre todo aliviade de que la ermita no estuviera ardiendo a su alrededor.

—No. Tendríamos que mirar si queda alguno en buen… —Se detuvo al alcanzar el fuego y ver lo que el robot había dispuesto al otro lado.

Onfalina había tomado prestada la mochila, al parecer, porque la manta de Dex estaba extendida en el suelo junto al robot. La taza que había encontrado en el salón de les monjes estaba en medio. A su alrededor había flores esparcidas, recogidas de la hierba de fuera. Y junto al fuego… A Dex se le trabó la respiración.

Junto al fuego había una tetera abollada que exhalaba vapor.

—No te preocupes, la he limpiado —dijo Onfalina a toda prisa—. Y la taza también.

Había agua de lluvia en las fuentes y he usado el filtro para la tetera, así que no debería pasar nada.

—¿Qué…? —consiguió decir le monje.

El robot le miró con nerviosismo y esperanza.

—Bueno, había más de un libro en la biblioteca. —Señaló la manta—. ¿Por favor?

Dex se preguntó si quizá aún seguía soñando mientras se quitaba los zapatos para sentarse con las piernas cruzadas en un lado de la manta. Onfalina se sentó enfrente, imitando la pose de Dex con una sonrisa de expectación.

Le monje tardó unos segundos en decir algo. No recordaba la última vez que había estado a ese lado de la ecuación. Seguramente fue en la Ciudad, pero era como si hubieran pasado siglos. Paraba en los altares durante sus viajes, pero siempre para un baño o un paseo por los jardines. Nunca para eso, ya no.

—Estoy cansade —empezó en voz baja—. Mi trabajo ya no me satisface como antes y no sé por qué. Estaba tan harte de eso que hice una cosa estúpida y peligrosa y, ahora que ya la he hecho, no sé qué voy a hacer a continuación. No sé qué esperaba encontrar aquí, porque no sé qué busco. No puedo quedarme, pero tengo miedo de volver y que ese sentimiento regrese justo donde lo dejé. Tengo miedo y estoy perdide y no sé qué hacer.

Onfalina escuchó y luego guardó silencio durante demasiado rato.

—Sé que se supone que ahora debería ofrecerte varias opciones —dijo mientras alzaba la tetera—. Pero lo único que pude encontrar fuera fue tomillo de montaña. O

sea, hay muchas, muchísimas plantas, pero…

«Esa es la que sabes que puedo comer», pensó Dex. Asintió para tranquilizar a Onfalina.

—Eso es genial —replicó. No tenía ni idea de a qué sabría el tomillo de montaña infusionado en vez de como aderezo, pero eso era lo de menos.

Onfalina sirvió el té y llenó la taza. Unos trozos grandes de planta flotaban en el agua; parecía que el robot los había arrancado. Onfalina agarró la taza con las dos manos y, con mucha ceremonia, se la entregó a Dex.

—Espero que te guste.

Dex la aceptó con cuidado e inhaló. El vapor era terroso, amargo. No era un olor agradable. Le dio igual. No existía ningún escenario posible en el que no fuera a beberse la taza entera hasta los posos. Tomó un trago y le dio vueltas en la boca, saboreándolo.

Onfalina observó con entusiasmo, sin moverse ni un ápice.

—¿Está malo? —preguntó.

—No —mintió Dex.

Los hombros del robot se hundieron.

—Es terrible, ¿verdad? Ay, debería haberte preguntado, pero quería que fuera…

Dex estiró la mano y la posó en la rodilla del robot.

—Onfalina —dijo con suavidad—. Esta es la taza de té más agradable que me he tomado en años.

Y ahí no había ninguna mentira.

El robot se animó, el zumbido de su mecanismo interno disminuyó.

—Bueno, ¿y ahora qué hago? —preguntó en un susurro.

—Ahora —contestó Dex, también susurrando— me dejas disfrutar del té.

Se quedaron en silencio, observando las brasas parpadear y escuchando los crujidos de la leña. La luz de fuera empezó a menguar una vez más, pero no había nada que temer en esa ocasión. Su ausencia solo acentuaba aún más la luz del fuego.

Dex aguantó el último trago del mejunje de Onfalina, parándose para sacarse una ramita de la boca. La echó a las llamas y dejó la taza vacía cómodamente entre las manos.

—La Foresta es preciosa —dijo al fin—, pero complicada de recorrer. Los pueblos son imposibles de encontrar sin un mapa. La Ribereña es un tanto peculiar. Muches artistas.

Pueden ser rares, pero te caerán bien. —Empujó un palo sin quemar hacia el interior del fuego—. La verdad es que no sé qué pensarán de ti en la Costera. Allí hay muches cosmites y tienen una actitud extraña hacia la tecnología. No te echarán ni nada, pero no sé. Serán un hueso duro de roer. En cuanto a los Matorrales y la Ciudad… Pasan muchas cosas en esa zona de Panga. Creo que la disfrutarás.

Onfalina asimiló todo aquello, asintiendo con naturalidad, como si lo hubiera estado esperando.

—¿Y es fácil viajar por las carreteras?

—Ah, sí, nada como la de aquí. Es muy fácil pedalear por ellas. —Ladeó la cabeza hacia los pies del robot—. O caminar, supongo.

—Bien —respondió Onfalina. Juntó las manos sobre el regazo con una expresión neutral, razonable—. Suena bien.

Dex movió la lengua alrededor de un tozudo trozo de hoja que se había alojado entre sus dientes. Se frotó las manos, extendió las palmas hacia el fuego y agradeció a su diose la calidez que emanaba de él.

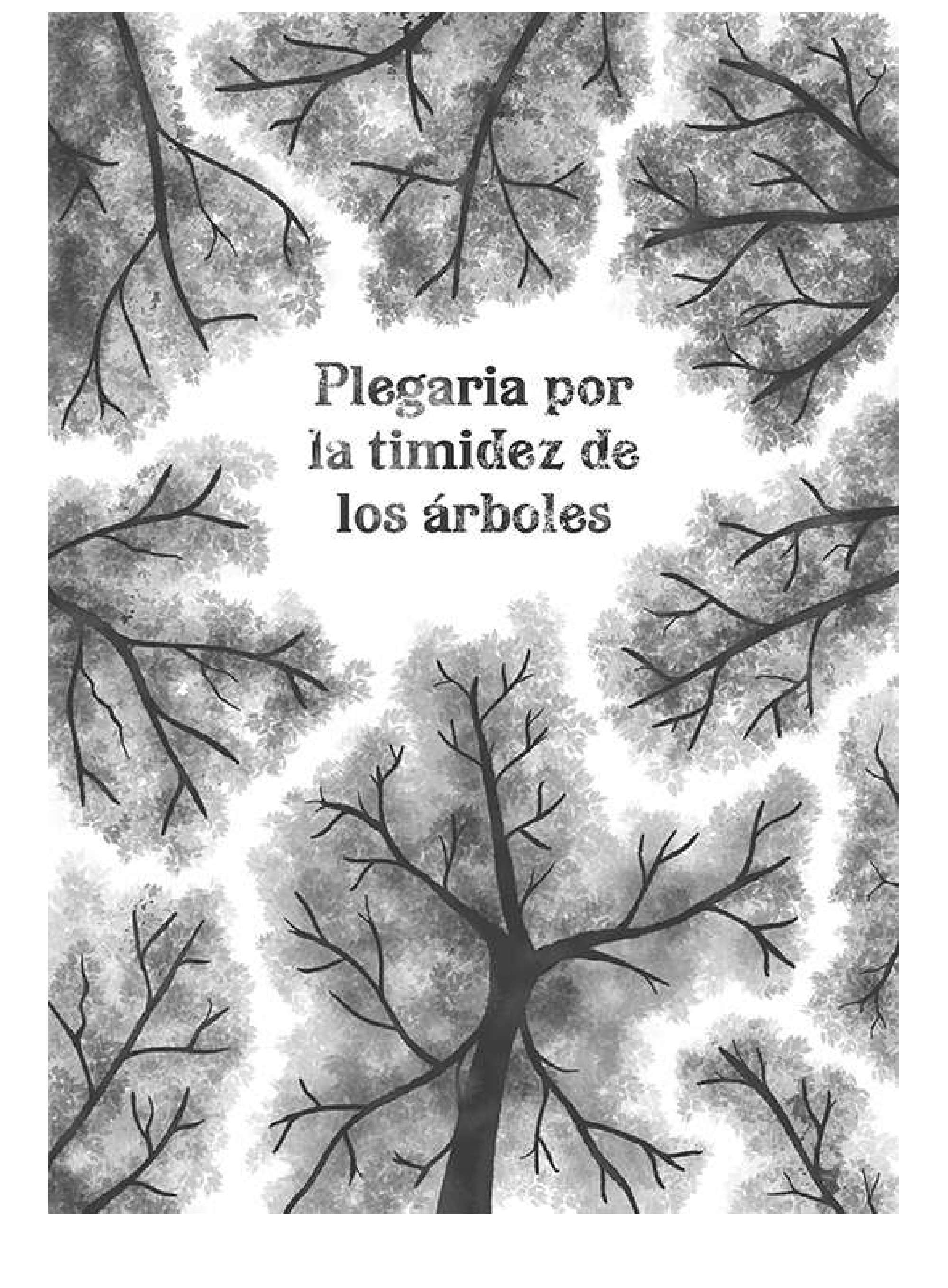
—Creo que deberíamos parar primero en Tocón —comentó Dex—. Tienen unos baños magníficos y me vendría de lujo remojarme un rato.

No miró a Onfalina mientras lo decía, pero por el rabillo del ojo captó que el robot giraba la cabeza despacio hacia elle y su mirada se iluminaba más y más.

Dex le dirigió una sonrisita y le ofreció la taza.

—¿Puedo tomarme otra?

El robot sirvió. Le hermane Dex bebió. En la naturaleza del exterior, el sol se puso y los grillos cantaron.



Para quien no sepa a dónde va.

Bendites sean les Progenitores.

Bendite sea Trikilli, de los Hilos.

Bendite sea Grylom, de lo Inanimado.

Bendite sea Bosh, del Ciclo.

Bendites sean sus Hijes.

Bendite sea Chal, de las Construcciones.

Bendite sea Samafar, de los Misterios.

Bendite sea Allalae, de las Pequeñas Comodidades.

No hablan, pero les conocemos.

No piensan, pero nos importan.

No son como nosotres.

Nosotres somos como elles.

Somos la obra de les Progenitores.

Hacemos las obras de les Hijes.

Si no usas construcciones, pocos misterios desvelarás.

Si no conoces misterios, las construcciones fracasarán.

Encuentra la fuerza para hacer ambas cosas, pues esta es nuestra plegaria.

Y, con ese fin, acepta las comodidades, pues sin ellas tu fuerza flaqueará.

De *Los conocimientos de les Seis,*

edición de Venado del Poniente

1

LA AUTOVÍA

El problema de largarse al bosque es que, a menos que seas un tipo muy concreto y poco habitual de persona, no tardas en comprender por qué la gente abandonó ese bosque en primer lugar. Las casas se inventaron por un motivo excelente, igual que los zapatos, la fontanería, las almohadas, los calefactores, las lavadoras, la pintura, las lámparas, el jabón, los frigoríficos y demás innumerable parafernalia sin la cual a un ser humano le costaría imaginarse vivir. Había sido importante (sumamente importante) para le hermane Dex ver su mundo como era sin tantas construcciones; entender a un nivel visceral que, en la vida, había infinitamente más de lo que ocurría entre paredes; que cada persona era, de hecho, un animal vestido, sujeto a las leyes de la naturaleza y a los antojos de la suerte, como todo lo que había vivido y muerto en el universo. Pero en cuanto sacó pedaleando el carromato de la naturaleza, de vuelta a la autovía, Dex sintió el alivio indescriptible de trasladarse al otro lado de la ecuación: al lado en el que los seres humanos convertían la existencia en lo más cómodo que les podía ofrecer la tecnología sostenible. Las ruedas de la bicicleta eléctrica de Dex ya no se quedaban atascadas en los pedazos rotos del viejo camino de petróleo. El carromato de dos pisos, cargado hasta los topes, ya no se estremecía mientras lo hacía avanzar a través de superficies caóticas hendidas por el paso de las raíces y la digresión del suelo. Ya no había ramas con enredaderas que se enganchasen a su ropa, ni árboles caídos que causaran problemas, ni bifurcaciones sin señalizar que obligaran a le hermane a detenerse y mirarlas con espanto. En cambio, sí que había un pavimento de color crema, suave como la mantequilla e igual de cálido, bordeado por carteles que la gente hacía para comunicar a otra gente en qué dirección ir si querían descansar y comer y no estar a solas.

Y no era que le hermane Dex estuviera a solas, claro que no. Onfalina caminaba a su lado; sus piernas mecánicas incansables seguían el ritmo de la bicicleta con facilidad.

—Está tan… cuidado —comentó el robot con asombro mientras estudiaba la separación entre carretera y bosque—. Sabía que lo estaría, pero nunca lo he visto con mis propios ojos.

Dex echó un vistazo a los densos helechos y flores silvestres

entrelazadas con telarañas que desbordaban el límite de la carretera y que la frontera de la autovía

apenas podía contener. Si aquello le parecía cuidado, no se podía imaginar qué pensaría Onfalina de, pongamos, una rosaleda o un parque público.

—¡Ah, y mira esto! —Onfalina se adelantó a la bicicleta, traqueteando con cada paso.

Se detuvo ante una señal y apoyó las manos articuladas en su cadera de un plateado mate mientras leía el texto para sí—. Nunca había visto un cartel tan legible. Ni tan brillante.

—Ya, bueno, no estamos en unas ruinas —replicó Dex.

Jadeaba un poco conforme coronaba la última pendiente suave. Se preguntó si Onfalina iba a ponerse así con cada objeto hecho por seres humanos con el que se encontrase. Pero, claro, quizá era bueno que alguien apreciase el arte de una autovía secundaria o una señal pintada a toda prisa. La creación de esos objetos suponía el mismo trabajo y planificación que cualquier otra cosa, pero recibía pocas alabanzas de las personas que los veían todos los días. Quizá darles el crédito que se merecían fuera el trabajo perfecto para alguien que no era una persona.

Onfalina se giró hacia Dex con una sonrisa tan enorme como le permitía su rostro cuadrado de metal.

—Esto es muy bonito —dijo, señalando con un dedo el texto que rezaba TOCÓN: 32

KILÓMETROS—. Maravilloso y estupendo. Aunque un poco prescriptivo, ¿no crees?

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, no deja espacio para la espontaneidad en el viaje, ¿verdad? Si te centras en ir de una señal a otra, no hay ocasión para los accidentes felices. Pero supongo que hasta ahora yo casi nunca había tenido destinos claros. En la naturaleza, simplemente *viajo*.

—La mayoría de la gente no vaga entre pueblos sin un motivo concreto.

—¿Por qué no?

Dex nunca se había parado a pensarlo. Dirigió la bicicleta hacia la dirección que indicaba la señal y Onfalina se situó a su lado.

—Si tienes todo lo que necesitas a tu alrededor —respondió Dex—, no hay ningún motivo para marcharse. Cuesta mucho tiempo y esfuerzo ir a otro lugar.

Onfalina hizo un gesto con la cabeza hacia el carromato que seguía obediente a la bicicleta eléctrica de Dex.

—¿Dirías que eso carga con todo lo que necesitas?

Dex no pasó por alto la forma en la que lo formuló. «¿Qué necesitan los seres humanos?» era la pregunta imposible que había llevado a Onfalina a salir de la naturaleza en nombre del pueblo robot, y Dex no tenía ni idea de cómo iba a conseguir una respuesta satisfactoria. Sabía que oiría la pregunta sin cesar durante el tiempo que viajasen juntes por los territorios humanos de Panga, pero, al parecer, Onfalina había empezado ya a plantearla.

—Materialmente, sí, casi todo lo que necesito —respondió le monje, refiriéndose al carromato—. Al menos, en un sentido cotidiano.

El robot ladeó la cabeza y observó las cajas de almacenamiento atadas al tejado del vehículo, que se sacudía con el movimiento interno de incluso más cosas.

—Supongo que no querría viajar mucho si requiriese llevar tanto conmigo.

—Se puede sobrevivir con menos, pero debes saber a dónde vas. Hay que saber dónde hay comida y refugio en la dirección que emprendas. Y justo por eso hacemos las señales. —Le dirigió a Onfalina una mirada cargada de complicidad—. De lo contrario, acabas pasando la noche en una cueva.

Onfalina asintió con comprensión. La dura escalada hasta Cumbre Cerval quedaba una semana atrás, pero el cuerpo de Dex aún la notaba y elle no lo había ocultado.

—En ese sentido, hermane Dex, no puedo evitar fijarme en que la señal dice que faltan otros treinta y dos kilómetros hasta Tocón y…

—Sí, se hace tarde —coincidió Dex.

Treinta y dos kilómetros no eran para tanto, pero, con autovía color

crema o sin ella, aún se hallaban en lo profundo del bosque y no habían visto a nadie por el camino. No había más razón que la impaciencia para proseguir en la oscuridad y, aunque Dex tenía ganas de regresar a un pueblo propiamente dicho, la quietud y el descanso sonaban mejor en ese momento.

Salió de la carretera en un sencillo claro creado justo para ese propósito y, juntes, Dex y Onfalina montaron el campamento. Habían adquirido un ritmo tácito en los últimos

días. Dex bloqueaba todo lo que tuviera ruedas, Onfalina desplegaba la cocina en el exterior del carromato, Dex buscaba las sillas, Onfalina empezaba con el fuego. Ya no había nada que hablar sobre aquello.

Mientras el robot se afanaba conectando el tanque de biogás al bidón de fuego, Dex sacó el ordenador de bolsillo y abrió su bandeja de entrada.

—Guau.

—¿Qué pasa? —preguntó Onfalina mientras aseguraba el tubo de metal a la válvula del tanque de gas.

Dex pasó de un mensaje a otro y a otro. Nunca en su vida había recibido tanto correo.

—Mucha gente quiere conocerte —dijo.

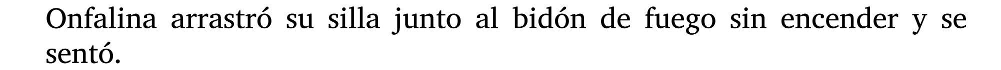
Aquello no era del todo inesperado. En cuanto Dex recuperó la señal del satélite después de descender de la montaña, había enviado mensajes a los consejos de los pueblos, la Guardia Natural, la red monástica y cualquier otra persona que se le ocurrió.

El primer robot en contactar con los seres humanos desde el Despertar no era algo que debiera mantenerse en secreto ni dejarse como sorpresa, o eso le parecía a elle. Onfalina había ido a conocer a la humanidad al completo, y justo a toda esa gente había informado Dex.

Tenía sentido, dedujo, que todo el mundo hubiera respondido.

—Tenemos unas cuantas invitaciones de la Ciudad —explicó. Se apoyó contra la pared exterior del carromato mientras leía por encima—. Eh… la Universidad, claro, y el Museo de Historia de la Ciudad y… Ay, mierda.

Alzó las cejas.


Onfalina arrastró su silla junto al bidón de fuego sin encender y se sentó.

—¿Qué?

—Quieren hacer una convergencia.

—¿Qué es eso?

—Pues una reunión formal donde todes les monjes se congregan en les Seis durante unos días para… —Dex hizo un gesto vago—. Ya sabes, hay una ceremonia y charlas y… es muy importante. —Se rascó la oreja mientras leía el efusivo mensaje—. No solemos hacer muchas de esas.

—Entiendo —replicó Onfalina, pero su tono parecía distraído y no miraba en absoluto hacia le monje—. No es que no me importe, hermane Dex, pero…

—Ya —atajó Dex, asintiendo. Sabía lo que venía a continuación—. Haz lo tuyo.

Onfalina se inclinó hacia el bidón, a una distancia prudente, y fijó sus ojos brillantes en el aparato de dentro. Accionó el encendedor del lateral y, con un zumbido suave, el fuego cobró vida.

—¡Ja! —exclamó con deleite—. Ah, es maravilloso, de verdad que sí. —Se reclinó de nuevo en la silla, plegó las manos sobre el regazo y observó las llamas danzar—. Creo que nunca me cansaré de esto.

La llegada de la calidez y la luz fue la señal natural de que el campamento estaba ya en orden, y Dex decidió que los mensajes podían esperar. Dejó el ordenador y, por fin, hizo lo que había ansiado durante horas. Se quitó la ropa sucia, empapada de sudor y manchada por el bosque, montó la ducha de acampada, abrió el agua y se colocó bajo el chorro.

—Dioses alrededor —gimió.

La sal seca y el polvo acumulado del camino se desprendieron de verdad de su piel y formaron unas espirales mugrientas en el desagüe. El agua limpia escocía al caer sobre los arañazos aún en proceso de curación y calmaba las constelaciones de picaduras de insectos que Dex se había rascado a pesar de todos sus esfuerzos. La presión del agua solo era decente y la temperatura solo alcanzaba lo que el recubrimiento solar del carromato podía arrancar de la luz de las

profundidades del bosque, pero, aun así, para Dex fue el mejor lujo del mundo. Echó la cabeza hacia atrás para dejar que el agua le atravesara el cabello mientras contemplaba el cielo sobre los árboles. Las estrellas empezaban a comparecer a través del azul rosáceo y las líneas curvas de Motan se alzaban bien alto, sonriendo de un modo tranquilizador hacia la luna que Dex consideraba su hogar.

Onfalina asomó la cabeza por la esquina del carromato.

—¿Quieres que prepare la comida mientras te duchas?

—No hace falta, de verdad —replicó Dex.

Aún no se había reconciliado con su incomodidad personal a la hora de permitir que el robot hiciera tareas de ese tipo, a pesar de que pocas cosas adoraba más Onfalina que aprender a usar objetos.

—Pues claro que no hace falta —resopló el robot. Estaba claro que todavía consideraba ridícula la reticencia de Dex sobre ese tema. Alzó un paquete deshidratado de estofado de tres judías—. ¿Esto sería una buena comida?

—Eso… —cedió Dex—. Eso sería perfecto. Gracias.

Onfalina encendió el hornillo y le hermane Dex rezó en silencio a le diose a quien se había consagrado. Bendite fuera Allalae por las duchas. Bendite fuera Allalae por el dulce jabón de menta que se espesaba como merengue. Bendite fuera Allalae por el tubo de crema antipicores con la que se iba a embadurnar en cuanto se secara. Bendite fuera Allalae por…

Hizo un mohín al darse cuenta de que se había olvidado de coger la toalla antes de entrar en la ducha. Echó un vistazo al gancho del lateral del carromato, donde debería estar colgada. Para su sorpresa, la toalla estaba allí, justo en su sitio. Pensó que Onfalina la habría traído cuando fue a buscar en la despensa.

Dex esbozó una sonrisita de agradecimiento.

Bendite fuera Allalae por la compañía.

2

LA FORESTA

Los árboles entre los que se hallaba el pueblo tenían un aspecto engañosamente joven.

Se elevaban majestuosos sobre la carretera, más altos que cualquier edificio fuera de la Ciudad, y las capas de ramas creaban un encaje moteado de sol. Pero la edad de un pino de Kesken no se expresaba mediante la altura, sino la anchura. Un brote dedicaba los primeros años de vida a agotar cada caloría posible procedente de la luz y la tierra para crecer hacia arriba e intentar escapar de la sombra del bosque bajo, en busca de la luminosidad superior. Después de pasar años convirtiendo la luz del sol sin filtrar en azúcar vital, llegaba el momento de empezar a expandirse en horizontal y, con el paso de los siglos, se transformaban en monstruos. Según los estándares de su especie, los árboles del lugar donde habían entrado Dex y Onfalina eran finos adolescentes con menos de doscientos años de edad.

Solo había un recordatorio de los gigantes que otrora se elevaron en ese bosque (y que lo harían de nuevo en el futuro). Dex detuvo el carromato y saltó de la bicicleta para acercarse al homónimo del pueblo: un enorme tocón, igual de ancho que una casa modesta, con su espiral de poder cortada limpiamente durante los primeros días de la Edad de las Fábricas, una época en la que nadie se paraba a pensar en lo que implicaba dedicar veinte minutos a matar algo que había tardado un milenio en crecer. Había un altar a Bosh situado delante del tocón, un pedestal de piedra con una esfera tallada encima. Incontables transeúntes le habían atado pequeñas cintas, un tanto descoloridas y deshilachadas por estar al aire libre. Dex tenía cinta en el carromato, pero no fue a buscarla. Solo apoyó la mano sobre la piedra cubierta de musgo y agachó la cabeza a modo de saludo y veneración.

Onfalina se acercó hasta elle, observándole.

—¿Puedo preguntarte por qué haces eso, si Bosh no se dará cuenta?

—El altar no es para Bosh —replicó le hermane Dex—. Es para nosotres. La gente, vamos. Bosh existe y hace su trabajo sin importar la atención que le prestemos. Pero, si prestamos atención, podemos conectar con elle. Y, cuando lo hacemos, nos sentimos…

Bueno, ya sabes. Enteres.

Onfalina asintió.

—Me siento de esa forma cada vez que observo algo en la naturaleza. Y supongo que por eso no comprendía la necesidad de esto… Sin ánimo de ofender, claro.

—No te preocupes. Pero ¿conoces esa sensación a la que me refiero?

—Mucho, sí. Siento… Conecto solo con observar las cosas moverse por el Ciclo. No necesito un objeto para facilitar ese sentimiento.

—Nosotres tampoco, si nos acordamos de parar y mirar. Pero ese es el objetivo de un altar, de un ídolo o un festival. A les dioses no les importa. Esas cosas nos recuerdan que dejemos de perdernos en las tonterías del día a día. Tenemos que dedicar un segundo a mirarlo todo con perspectiva. Para mucha gente, es más fácil decirlo que hacerlo… Ya verás. —Calló un momento para reflexionar—. ¿Sabes?, es curioso cómo has dicho eso.

—¿Cómo he dicho el qué?

—Lo de que no necesitas «un objeto para facilitar ese sentimiento». —Dex soltó una carcajada—. Tú eres un objeto que facilita ese sentimiento. El sentimiento procede de ti, al fin y al cabo.

Las lentes de Onfalina cambiaron y Dex oyó un suave zumbido en el interior de su cabeza.

—Nunca lo había pensado de esa forma —dijo el robot. Apoyó las manos planas sobre su torso y adoptó una actitud seria y silenciosa.

Dex observó a Onfalina contemplarse ante los restos del árbol robado y, del mismo modo, notó que un pensamiento echaba raíz.

—¿Sabes? Quizá seas una visión poderosa para la gente.

—¿Y eso?

—Una cosa es que te hablen del mundo de antes. Y otra es ver un fragmento de él.

Tenemos ruinas y cosas como esta —señaló el tocón—, pero tú eres lo más diferente de un altar de piedra que puede existir. No es que alguna vez haya dudado de que ocurriera el Despertar, pero conocerte lo volvió más real, más de lo que podría

conseguir un museo. Creo que aportarás una nueva perspectiva a la gente que conozcamos, aunque solo te vean pasar.

Onfalina asimiló aquello.

—No había pensado en proporcionarles perspectiva yo a elles —admitió—.

Perspectiva es lo que ando buscando yo.

—Ya, pero de cualquier interacción se obtiene un intercambio, incluso de las pequeñas. Todo es dar y recibir.

—Aun así, lo que dices es una gran responsabilidad. —Onfalina dobló los dedos sobre el pecho y sus ojos brillaron con intensidad incluso bajo la claridad del día—. ¿Y si la pifio?

—No lo pienses así. No tienes que hacer nada. Solo ser tú. Lo siento, no quería ponerte de los nervios.

—Bueno, pues lo has hecho, hermane Dex. —El robot se retorció las manos y el zumbido en su cabeza se intensificó—. Nunca he conocido a otros seres humanos, excepto a ti, y sé que eso es justo el objetivo de mi presencia aquí, pero ahora me estoy dando cuenta de la magnitud de esta empresa y… y… Ay, seguro que estoy haciendo el ridículo.

Dex se encogió de hombros.

—La verdad es que me sorprende que hayas esperado a estar a diez minutos de…

—¡¿Diez minutos?! —gritó Onfalina, llevándose las manos a la cara—. Ay, no. Ay, no.

—Eh. —Dex posó una mano en el antebrazo de la máquina nerviosa. Los componentes de metal al descubierto desprendían un calor uniforme al tacto—. Todo irá bien. Tú estarás bien. De hecho, lo harás genial.

Onfalina miró a le monje y sus lentes se expandieron.

—¿Crees que me tendrán miedo? ¿O que… no les caeré bien, quizá? —Bajó la mirada hacia su cuerpo—. ¿No les gustará que les recuerde *eso*?

—Es posible —replicó Dex con cuidadosa sinceridad—. Pero dudo mucho que se sientan así y, de todos modos, no tienes que preocuparte

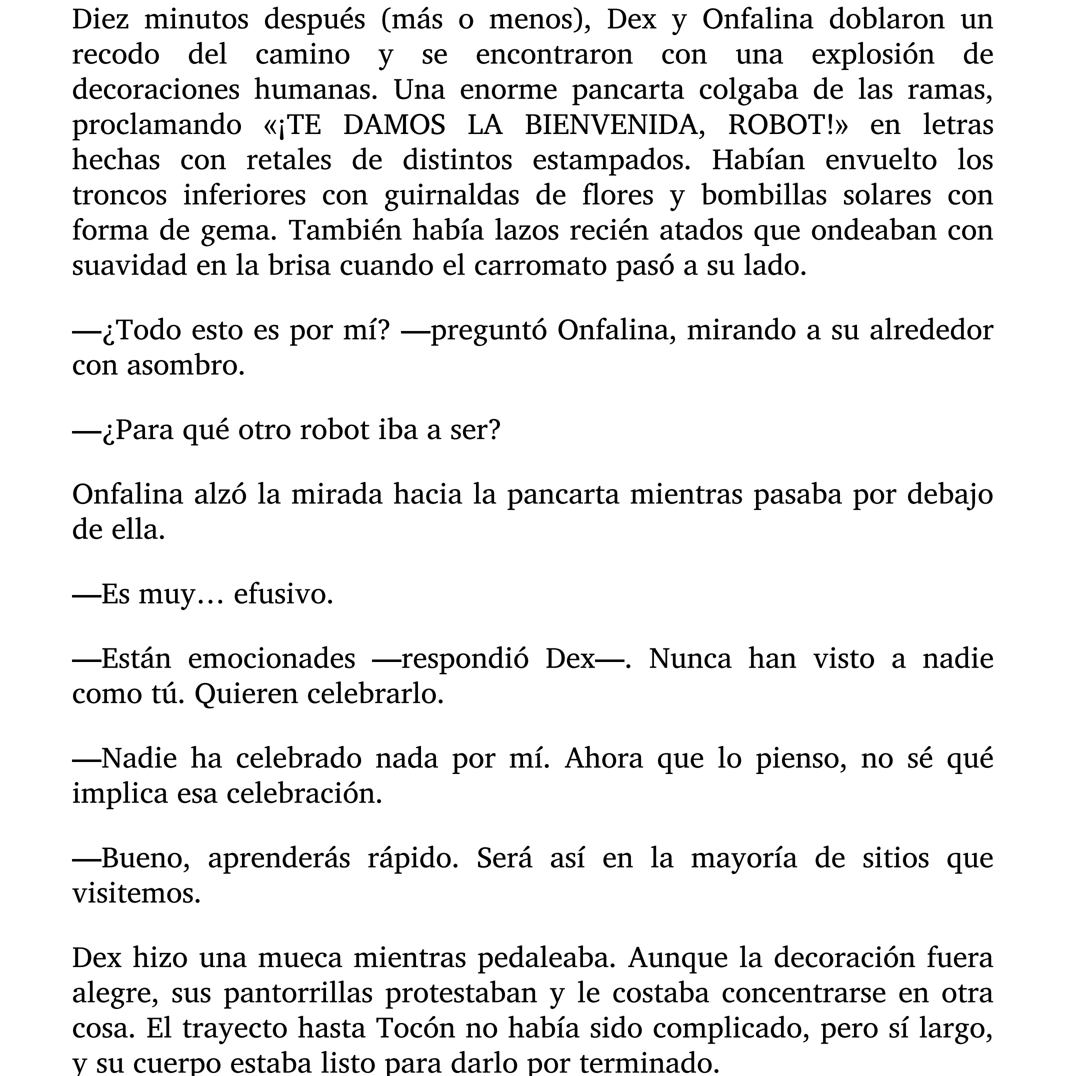
por eso.

—¿Por qué no?

La sonrisa de Dex fue tranquilizadora.

—Porque estaré contigo todo el tiempo.

— oOo —



Diez minutos después (más o menos), Dex y Onfalina doblaron un recodo del camino y se encontraron con una explosión de decoraciones humanas. Una enorme pancarta colgaba de las ramas, proclamando «¡TE DAMOS LA BIENVENIDA, ROBOT!» en letras hechas con retales de distintos estampados. Habían envuelto los troncos inferiores con guirnaldas de flores y bombillas solares con forma de gema. También había lazos recién atados que ondeaban con suavidad en la brisa cuando el carromato pasó a su lado.

—¿Todo esto es por mí? —preguntó Onfalina, mirando a su alrededor con asombro.

—¿Para qué otro robot iba a ser?

Onfalina alzó la mirada hacia la pancarta mientras pasaba por debajo de ella.

—Es muy… efusivo.

—Están emocionades —respondió Dex—. Nunca han visto a nadie como tú. Quieren celebrarlo.

—Nadie ha celebrado nada por mí. Ahora que lo pienso, no sé qué implica esa celebración.

—Bueno, aprenderás rápido. Será así en la mayoría de sitios que visitemos.

Dex hizo una mueca mientras pedaleaba. Aunque la decoración fuera alegre, sus pantorrillas protestaban y le costaba concentrarse en otra cosa. El trayecto hasta Tocón no había sido complicado, pero sí largo, y su cuerpo estaba listo para darlo por terminado.

Al fin, el pueblo apareció ante sus ojos. Tocón era como la mayoría de localidades de la Foresta: casas en los árboles como nidos, puentes colgantes y el ligero olor a azufre de las aguas termales que mantenían el sitio cálido y le proporcionaban energía. La plaza del mercado era

una de las pocas cosas ancladas al suelo y, aunque siempre estaba a rebosar cada vez que Dex pasaba por allí, nunca había visto el sitio tan lleno. Todes les

habitantes de Tocón habían acudido allí ese día. Se había reunido un centenar de personas, vestidas como si fuera fiesta. Se oyeron unas exclamaciones en voz alta cuando Onfalina apareció ante elles. Unas risas nerviosas se unieron al coro y unos cuantos lloros de niñes que fueron acallades enseguida por sus adres. Los rostros reunidos mostraban entusiasmo, hospitalidad, asombro. Nadie parecía saber qué hacer.

Una mujer de mediana edad dio un paso adelante. Dex la conocía, en general. Era la señora Waverly, miembro habitual del consejo del pueblo. No era la líder de esa gente en ningún sentido, ya que, como la mayoría de localidades, Tocón carecía de liderazgo.

La mujer solo hablaba cuando el resto no sabía qué decir, y eso fue justo lo que hizo en ese momento.

—Tú debes de ser Onfalina —dijo con una sonrisa reluciente—. Te damos la bienvenida a Tocón.

Onfalina asintió; sus ojos brillaban también de un amistoso azul.

—Muchísimas gracias. Y gracias también por la pancarta en la carretera. Nunca me habían hecho una pancarta y es bastante…

En algún punto entre la multitud, un perro empezó a ladrar. Dex no lo veía, pero parecía grande.

Onfalina se distrajo enseguida y giró la cabeza hacia el sonido.

—¿Eso es un perro? —preguntó. La emoción se filtraba en su voz—. ¿Un perro domesticado?

—Sí —respondió Dex. Mantuvo su atención centrada en la señora Waverly—.

Muchas gracias por la bienvenida, hemos…

El perro siguió ladrando.

—¿Va todo bien? —preguntó el robot.

—Solo lo has asustado un poco. No entiende lo que eres.

El perro prosiguió con sus ladridos y la gente que lo acompañaba intentó, sin éxito, acallarlo.

—Dioses alrededor, te dije que no debíamos traerlo —protestó alguien.

—Galleta, a callar —dijo otra persona.

Galleta no se calló. A Galleta no le gustaba aquello.

Les cuidadores del perro estaban avergonzades y la multitud, molesta, pero Onfalina no pareció percatarse de ninguna de las dos cosas. El robot sentía fascinación por el sonido y ladeó la cabeza hacia Dex.

—¿Los perros domesticados se parecen en algo a los lobos de río?

—Un poco —replicó Dex. Trasladó su mirada a la señora Waverly, que ya no parecía saber qué hacer. Aquella no era la bienvenida que habían imaginado—. Son mucho más amistosos, pero sí, se parecen.

—Si me tumbo en el suelo y le enseño la barriga, ¿ayudará? —preguntó Onfalina.

—Pues… ¿es posible? Yo no…

Onfalina se dirigió hacia el sonido y la multitud se apartó a su paso, observando boquiabierta su cuerpo de dos metros.

Resultó que Galleta era un perro mestizo con forma de barril, cuyo cuerpo revelaba un largo linaje de criaturas criadas para mantener a los seres humanos a salvo de cosas que hacían ruido por la noche. Su cuidadore lo sujetaba con firmeza con una correa de tela y musitó una disculpa torpe.

Sin dudar ni un segundo, Onfalina se tumbó en el suelo, bocarriba, con las manos sobre los hombros en una muestra de súplica.

—No pasa nada —dijo a la persona que sujetaba la correa—. Déjele que se acerque.

El ser humano de Galleta dudó, pero soltó la correa. El perro salió disparado con unos ladridos de barítono. A Onfalina le dio igual. Se quedó inmóvil y permitió que Galleta le salpicara saliva en la cara.

El comportamiento del perro empezó a cambiar ante la pasividad del robot. Los ladridos se iban intercalando con gruñidos más relajados, que evolucionaron en olfateos curiosos. Onfalina parecía

completamente a gusto con ello, sin preocuparse por hacer esperar a les aldeanes. El perro, en ese momento, era su prioridad.

Poco a poco, Onfalina movió una mano y la puso delante del hocico de Galleta. El perro se lo permitió y la olió. El robot la trasladó al cuello del animal. Galleta también se lo permitió. Onfalina dobló los dedos y le rascó.

Galleta permitió aquello sin ninguna duda.

—Ah, eso es —dijo Onfalina con alegría—. Ja, ja, ja, sí… Ah, sí, eso es. —El robot rascó con más fuerza y el perro se reclinó contra su mano y movió la cola—. Sí, estoy de acuerdo, ya somos amigues.

La multitud estaba en trance. Pero, a medida que los segundos se convertían en minutos, a Dex le quedó claro que Onfalina no tenía ninguna intención de poner fin a su interacción con el perro. Dex había visto al robot ponerse así en múltiples ocasiones, cuando se embelesaba por un bicho o una hoja o una ondulación trascendental en un arroyo. Onfalina aún no había comprendido del todo los límites de la capacidad de atención humana, y lo que había sido una interacción entrañable entre perro y robot ahora empezaba a adquirir cierta incomodidad social.

Dex se acercó a Onfalina, se agachó y posó una mano en su hombro.

—Eh —dijo en voz baja—. Creo que deberíamos prestar cierta atención también al resto de animales que hay aquí.

—¡Ah! —exclamó la máquina con sorpresa. Acarició por última vez al perro y luego se puso en pie con un interés instantáneo.

La señora Waverly pareció captar la dinámica entre les dos y en esa ocasión se dirigió a Dex.

—¿Qué puedo hacer por vosotres mientras estéis aquí?

Hablaba con voz clara y alta para que todo el mundo pudiera escucharla.

Dex carraspeó.

—Bueno, eh…

Mierda, no había pensado en esa parte para nada. No le gustaba demasiado hablar delante de una multitud. Su profesión era de cara al

público, claro, y se sentía cómode desempeñándola, pero esta tenía unos límites claros. En el servicio de té, había una mesa con Dex a un lado y la gente al otro, y esa gente podía acercarse a hablar con elle o

no. Podían beber té o no. Y ya estaba. Esas interacciones tenían una infinidad de variaciones, pero todas se enmarcaban dentro de un único contexto: el intercambio de algunas palabras y la entrega de una bebida agradable. Allí no había ninguna mesa y, aunque Onfalina era el centro indiscutible de atención, Dex no pudo evitar sentir que elle también estaba en un escenario sin guion. Carraspeó por segunda vez.

—Onfalina quiere hacer una pregunta. Le gustaría hablar con vosotres. Eh… con todas las personas que quieran.

—¡Sí! —intervino el robot, como si recordase dónde estaba y por qué. Extendió los brazos ante la multitud—. Mi pregunta es: ¿qué necesitáis?

La multitud se quedó perpleja; hubo unas cuantas carcajadas quedas, inseguras.

Onfalina miró a su alrededor con expectación, pero nadie supo responder.

Dex se masajeó la nuca. Dioses alrededor, necesitaban un discurso mejor para el siguiente sitio al que fueran.

Tras una larga pausa, un hombre con barba habló desde el fondo de la multitud.

—Bueno, eh… Yo necesito que me arreglen la puerta de casa. Deja pasar un poco de corriente.

Onfalina lo señaló con alegría.

—¡Condúceme a tu casa! Ayudaré, ¡si es que puedo! —Ladeó la cabeza —. ¿No hay nadie en el pueblo que posea la habilidad para arreglarte la puerta?

—Sí, claro, pero aún no me había puesto a preguntar. Y tú has preguntado, así que…

El hombre se encogió de hombros a modo de conclusión.

—¡Sí que he preguntado! —exclamó el robot. Se llevó las manos a la cadera y asintió—. Poseo un vestigio de cómo usar herramientas

manuales. ¿Tienes algunas disponibles?

—Ah, sí, tenemos todo lo que puedas necesitar.

Otra voz intervino.

—¿Sabes algo de bicicletas? La mía tiene la rueda pinchada.

—Una de mis tuberías de agua potable ha perdido presión —dijo otra persona.

—¿Me ayudas con mis deberes de mates? —gritó une niñe.

—Sí, puedo intentarlo y no, me temo que no —respondió Onfalina—. Las mates no son mi fuerte.

Dex apretó los labios; no le gustaba la dirección que estaba tomando aquello.

—¿Esto te parece bien? —preguntó en voz baja, girándose hacia el robot—. ¿Esto es lo que querías decir?

Ayudar a unes aldeanes con tareas al azar no parecía el tipo de respuesta por la que Onfalina había roto siglos de silencio.

—Es lo que elles interpreten —respondió el robot—. Y, por tanto, sí, me parece bien.

—Bueno… —A Dex seguía sin gustarle, pero no pensaba dictaminar lo que su colega podía o no podía hacer—. Vale. ¿Quieres que te acompañe mientras haces esas cosas o prefieres ir a solas?

Onfalina reflexionó sobre aquello.

—Me gustaría probarlo primero en solitario. No necesito que me sigas a todas partes.

—Ya, pero ¿quieres que vaya?

Onfalina reflexionó también sobre aquello.

—Siempre disfruto de tu compañía, hermane Dex. Pero lo que más quiero es que te ocupes de tus necesidades. —El robot miró a la señora Waverly—. Si no es molestia, mi amigue aquí presente no ha hecho más que hablar de comida y de un baño durante días.

—De eso —replicó la señora Waverly con una sonrisa— podemos

encargarnos sin problema.

— oOo —

Mientras Onfalina seguía feliz a les aldeanes hacia sus respectivos hogares, Dex acabó en una casa de comidas a merced de su propietario, a quien parecía molestarle la idea

de que alguien saliera de su establecimiento sin haberse alimentado como era debido.

La gente de la Foresta cultivaba cosechas a pequeña escala, pero preferían cazar y recolectar alimentos, y la comida que apareció en la mesa de Dex en una sucesión tentadora encajaba dentro de esas categorías. Disfrutó de un tentempié de piñones picantes mientras la parrilla trabajaba, luego se atiborró de carne de alce asada a fuego lento, champiñones de borde ondulado y pan fino de bellota con motas negras por las llamas. A continuación, le presentaron una generosa ración de pastel de bayas espinosas, junto con un cuenco de hojas de menta para masticar después con gusto.

Incluso aunque Dex no hubiese llevado días sobreviviendo a base de estofados deshidratados y barritas de proteínas, la comida habría sido fantástica; sin embargo, en su contexto actual, le cambió la vida. Se reclinó en su silla con las manos sobre la barriga, saboreando la indescriptible satisfacción de haber comido cosas salvajes mientras intercambiaba aliento con los árboles.

El comedor de la casa de comidas era una plataforma abierta que, suspendida mediante un intrincado entramado de cables entretejidos, daba a la plaza del mercado.

Dex se había sentado en una mesa cerca de la barandilla para vigilar lo que ocurría abajo. A pesar de las ramas que le entorpecían la visión, era imposible perder de vista a Onfalina. Su revestimiento plateado llamaba la atención en medio de la paleta de marrones y maderas blancas, y sus ojos azules brillaban con intensidad bajo la luz filtrada del día. Dex observó al robot ir de un lado para otro, desaparecer durante un rato y luego encaminarse a otro lugar con una herramienta o un bote de pintura en la mano. Fuera donde fuese, un público de todas las edades seguía sus pasos.

Dex masticó un puñado de menta, pensative, y vio que Onfalina cruzaba la plaza una vez más, en esa ocasión para ayudar a alguien a cargar un pesado fardo de algo. Estaba segure de que ayudar a les aldeanes con tareas físicas no era la meta final de la pregunta del

robot. Si aquello se alargaba demasiado, Dex estaba resuelte a ponerle freno. No quería que la gente tratase a Onfalina como un número de circo o, peor, con la misma intención con la que se habían construido los robots en primer lugar. Pero, hasta el momento, saltaba a la vista que lo estaba pasando genial, a juzgar por la sonrisa casi perpetua en su boca de metal, y Dex no vio ningún motivo para intervenir.

Tomó otra pizca de menta y luego sacó el ordenador del bolsillo para seguir respondiendo a los correos que había recibido la noche anterior. Habían llegado más esa mañana, y más aún desde entonces, al parecer. Supuso que no podía hacer otra cosa que ir uno por uno.

«Hola, Ivy —escribió—. Muchas gracias por la invitación para visitar el lugar de expedición de la Guardia Natural en Villa Puente. Como ya planeamos conocer a la

Guardia Natural en Despeñadero tres días antes, ¿hay alguna posibilidad de combinar los dos eventos?».

Bebió un trago de agua.

«Hola, Mosely —escribió—. Sí, los libros de papel que hemos traído de la ermita de Cumbre Cerval están en bastante mal estado, pero eran los mejores que pudimos salvar.

Gracias por tu apunte sobre la luz del sol. Me aseguraré de mantenerlos en un lugar oscuro hasta que podamos entregártelos en la biblioteca».

Se crujió el cuello.

«Hola, Chuck —escribió—. Nos encantaría parar en Las Madrigueras de camino a Cruce del Tonel». Se detuvo con los pulgares sobre la pantalla. ¿Podían parar en Las Madrigueras? Eso añadiría un día de viaje más, y encima la Autovía de Monteblanco era un fastidio y…

Dex se frotó los ojos. Estaba acostumbrade a planear rutas del té, pero lo de ahora ya era diez veces más complicado. No pasaba nada, se dijo. Lo organizaría todo, los mensajes se irían reduciendo y luego aquello no se diferenciaría mucho de sus viajes habituales. Aunque con más pancartas y guirnaldas de flores.

Dio las gracias al cocinero por la comida y luego tomó un ascensor eléctrico hasta el sotobosque para dirigirse a la razón principal por la que habían ido primero a Tocón: la casa de baños.

Llamarla así no era lo más apropiado, porque, aunque sí que se entraba por un bonito edificio con duchas relucientes y una cómoda sauna, la auténtica atracción eran las termas naturales de la parte trasera. Dex se limpió primero bajo un cabezal de ducha muy amplio y lo agradeció muchísimo. El vapor llevó el aroma del manojo de hierbas que colgaba cerca hasta sus pulmones, y la intensa presión le golpeó los músculos cansados hasta volverlos más maleables. Al terminar, salió al exterior desnude y descalce, directe a las aguas termales. Notaba el ambiente frío del bosque en la piel húmeda mientras seguía el camino de madera bordeado de helechos, y todo fue tan purificante como la menta que había masticado después de su abundante comida. Pero el frío refrescante duró poco. Sin ningún esfuerzo, se metió en el azul lechoso de la terma y soltó un gruñido carente de palabras cuando la charca rocosa le dio la bienvenida. Se tornó tan líquide como el agua que le sostenía, amorfe y flexible dentro del calor geotérmico que se alzaba desde el corazón derretido de la luna.

Dex se hundió. Dejó que el agua chapoteara contra su mentón y enterró los dedos de los pies en el lodo mineral. En un rato abandonaría ese lugar; pero, de momento, no quería salir de allí nunca.

Apoyó la cabeza en las rocas y alzó la mirada hacia el hueco que dejaban las copas de los árboles. Ramas perennes rodeaban el azul, con las puntas de las agujas ondeando como un millar de gentiles dedos. Era un contraste un tanto curioso: agujas minúsculas y troncos imponentes. Contemplar cómo jugaban en la suave brisa hizo que Dex se olvidara de todo lo demás.

Más gente se acercó, algo aceptable y esperado, ya que las aguas termales no estaban pensadas para una única persona. Dex asintió a modo de saludo y elles le devolvieron el gesto con amabilidad. Pero, a medida que les desconocides fueron entrando en la charca y se situaron a una cómoda distancia, Dex sintió un pinchazo inesperado de timidez. No era por esas personas, que parecían igual de simpáticas que cualquiera, y no era por su desnudez, ya que Dex no había conocido otra cosa en lugares así. Dio unas cuantas vueltas a ese sentimiento para intentar comprender su forma.

No era la primera vez que visitaba Tocón ni que se sentaba en sus aguas termales.

Pero, en todas las ocasiones anteriores, había devorado la comida del pueblo y disfrutado de sus aguas después de un día sirviendo té. Había

dado algo antes de tomar. Sin embargo, aquella vez, ¿qué había aportado? A Onfalina, supuestamente, pero Onfalina no le pertenecía. Dex había guiado al robot hasta allí y seguiría haciéndolo hasta que todas las carreteras convergieran en la Ciudad, pero aún no se había parado a pensar qué haría elle cuando no estuvieran viajando. ¿Bastaba con estar allí para Onfalina y concentrarse solo en eso? Ese parecía un enfoque razonable, ya que Dex pocas veces sabía lo que iba a salir de la boca del robot, ni siquiera cuando no había más personas incluidas en la ecuación. Estar preparade para cualquier cosa parecía un plan de acción prudente.

No obstante, ¿la gente lo entendería? Dex no podía evitar preguntarse si les decepcionaría que no sirviese té. No había nada que le impidiese poner la mesa. Podía extender las mantas, calentar la tetera, montar el altar itinerante. Todo lo que necesitaba estaba en el carromato y, en principio, dentro de su cabeza. Pero eso último era el problema. En cuanto había intentado pensar en el té, se había olvidado de cómo se pensaba. Sentía la cabeza llena de algodón y no podía hacer que sus pensamientos se movieran.

Recordaba una época en la que preparar té le había fascinado. Recordaba pasar días enteros en el carromato, moliendo y oliendo y probando especias con la lengua. Las

horas transcurrían en un parpadeo, un flujo natural de enigmas y propósito. A veces se olvidaba de comer, para luego darse cuenta de su error cuando su cerebro se bloqueaba de repente por culpa del hambre. Se había quedado dormide reflexionando sobre recetas para nuevas mezclas y se había despertado con las prisas de volver al trabajo. Y

también recordaba los resultados de esos esfuerzos: elegir con cuidado el té perfecto para le desconocide que se acercaba a su mesa, la sensación de ese intercambio cálido, sin palabras, que atravesaba el espacio entre les dos. Ese tipo de servicio había hecho que Dex se sintiera eléctrique, en paz, más cercane a su deidad y a su gente y al mundo que todes compartían.

Nada le impedía reemprender su labor. Sabía cómo desempeñarla. Y no era que no le importase o no quisiera hacerlo. Sí que quería. Aún le encantaba la ceremonia de servir té… o, al menos, le encantaba lo que había sido. Sin embargo, al intentar conectar con algo que antes le había cautivado tanto, no sintió nada, solo una ausencia abismal. Un vacío que antes estuvo lleno.

Dex alzó la mano y agarró el colgante de oso que llevaba alrededor del cuello. Había pasado demasiado tiempo con gente cansada como para no reconocer ese mismo estado en sí misme. Se estaba estampando contra una pared y daba igual que comprendiera de dónde surgía esa pared o de qué estaba hecha. La única forma de atravesarla era dejar de intentarlo durante una temporada. Así pues, no prepararía té en Tocón. No prepararía té en ningún lado a menos que se sintiera con ganas de verdad. Se concentraría en Onfalina, y el resto tendría que esperar. Se recordó que no pasaba nada, aunque una parte de elle aún sentía que no se había ganado ese cálido remojón ni la buena comida.

«Acepta las comodidades —se recordó mientras frotaba con el pulgar el pequeño oso impreso en pectina—. Sin ellas, no puedes permanecer fuerte».

Apoyó la nuca en la roca recubierta de musgo y se quedó dormide en el agua curativa mientras escuchaba el susurro eterno de las ramas.

— oOo —

Cuando Dex regresó a la plaza del mercado, unas horas más tarde, Onfalina parecía tan a gusto con su entorno que alguien habría podido pensar que llevaba allí toda su vida.

La gente aún se quedaba mirando a la máquina, pero la multitud ya se había dispersado en su gran mayoría para seguir con sus tareas cotidianas. Al aproximarse, Dex vio que solo un pequeño grupo de gente acompañaba a Onfalina y que se habían sentado en el mismo banco que el robot o a su alrededor.

—¡Hermane Dex, mira! —gritó Onfalina con una alegría desbocada—. ¡Me han dado un mapa!

—Eso es genial —replicó Dex, pero entonces se detuvo—. ¿Por qué?

—He preguntado por nuestra ubicación aproximada con respecto a otros asentamientos, y le señore Sage ha ido a buscarme un mapa ¡y me ha dicho que me lo puedo quedar! —Onfalina se giró hacia la persona que, al parecer, era le señore Sage—.

Es mi primera pertenencia y nunca podré agradecérselo lo suficiente.

—No es molestia, de verdad —rio le dadore de mapas. Dex dedujo que ya se lo había agradecido mucho.

—Si me disculpan un momento —dijo Onfalina, plegando el mapa con

un cuidado extremo—. Me gustaría mantener una conversación privada con mi amigue.

El grupo asintió y se despidieron amistoses con la mano mientras Onfalina llevaba a Dex aparte.

—¿Qué ocurre? —preguntó le monje al llegar a un punto donde nadie podía oírles.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto. Tengo que preguntarte una cosa.

Dex frunció el ceño.

—¿Algo va mal?

—No, no. No ocurre nada malo. Es solo que no tengo ni idea de qué es esto y no sé cómo preguntarlo. —El robot abrió el panel de su pecho, colocó el mapa dentro y sacó otro trozo de papel—. No quería comportarme con mala educación.

Dex tomó el papel y lo puso del derecho. Era una hoja normal y corriente arrancada de una libreta; había varias líneas escritas, cada una con una letra diferente.

Puerta arreglada: 12-215735

Neumático de bici cambiado: 8-980104

Retoque de pintura: 7-910603

Transporte de madera: 4-331050

Cepillado de Galleta: 2-495848

Verduras lavadas: 5-732298

—¡Ah! —exclamó Dex con un asentimiento—. No se me había ocurrido explicarte esto, lo siento.

—¿Así que sabes lo que es?

—Sí. Son nitos y las cuentas de las que salen. —Eso no provocó ninguna respuesta por parte de Onfalina—. Es un seguimiento de intercambio de bienes y servicios.

—¡Ah! —dijo Onfalina. Observó el papel con interés—. ¿Esto es…

dinero?

—No —se apresuró a aclarar Dex. No sabía gran cosa sobre el dinero, pero gracias al colegio sí comprendía lo suficiente el concepto como para rechazar la comparación—.

Bueno… O sea, supongo que es un tipo de pago, pero no es… cómo se dice… eso, capital. —Se pasó una mano por el pelo. Nunca había tenido que explicar los nitos a nadie—. Vale. Cada vez que recibes algo que implique algún tipo de artesanía, trabajo, tarea o algo de otra persona, le das nitos a modo de intercambio. Pongamos que empiezas con cero nitos.

—Lo cual es cierto para mí.

—Sí. Pongamos también que vas a une agricultore y consigues una manzana y que esa manzana vale, para ti, un nito.

—¿Qué haría con una manzana?

—Finge que puedes comer manzanas.

—Vale.

—Bien. Tomas la manzana y le das a le agricultore un nito.

—¿Cómo?

—Eso te lo explico luego. Por ahora, quedémonos con le agricultore.

—Si tú lo dices. —Los ojos de Onfalina se tornaron pensativos—. Ahora mismo tengo una manzana hipotética y un nito hipotético en negativo.

—Exacto. El trabajo de le agricultore te ha beneficiado, por lo que ahora debes proporcionar algo que beneficie a otra persona.

—A le agricultore, querrás decir.

—No. —Dex intentó explicarse—. Sí que puede ser a le agricultore, si le proporcionas algo que quiere. Pero intercambiar nitos no es una cuestión de trueques, sino de favores.

Formas parte de la comunidad y que le agricultore haga algo por ti significa que está haciendo algo por el grupo de manera eficaz. Vale, ahora tienes una cuenta de menos un nito. Tienes que llenarla. Pongamos que eres… No sé. Te dedicas a la música. Vas a tocar algo a

la plaza de un pueblo y cinco personas se acercan a escuchar. Y te dan a ti algunos nitos. Si cada une te da dos nitos, ahora tienes nueve, que puedes intercambiar por otras cosas. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Creo que sí —contestó Onfalina—. Estás diciendo que, en vez de un sistema de moneda que opere según el intercambio individual, tenéis uno que facilita el intercambio a través de la comunidad. Porque… ¿todo intercambio beneficia al conjunto de la comunidad?

—Exacto.

—¿La gente te da nitos por el té?

—Sí.

—¿Y luego tú les das nitos por…?

—Comida o provisiones o lo que sea.

La cabeza de Onfalina zumbó con suavidad.

—Le agricultore alimenta a le músique, que trae música al pueblo. —Se detuvo y el zumbido se incrementó—. Le técnique que se tomó un descanso para disfrutar de la música ahora tiene energía para arreglar la torre de comunicación. La torre de comunicación permite que le meteorólogue dé su informe meteorológico, que ayuda a le agricultore a cultivar más manzanas. Entiendo. —El robot asintió—. ¿Y no me penalizan por la deuda contraída al principio?

—Para nada —dijo Dex con firmeza—. No… no hacemos esas cosas. O ya no las hacemos, mejor dicho. —Dioses alrededor, había pasado mucho tiempo desde las clases

de Historia—. A nadie se le debería impedir acceder a las necesidades básicas o a las comodidades solo porque no exhiben un número adecuado junto a su nombre.

Mientras lo decía, recordó la inquietud que había sentido en las aguas termales, la sensación que le había generado el pensar que no se había ganado aquello. La discordancia entre esos sentimientos hormigueaba en su interior. Los apartó a un lado para reflexionar más tarde sobre ellos.

Onfalina asintió otra vez tras oír su explicación.

—Pero si la deuda no se penaliza, ¿qué te impide tomar sin devolver?

—Te hace sentir mal. Todo el mundo se queda en negativo de vez en cuando, por muchos motivos. No pasa nada. Es un vaivén. Pero si alguien tuviera un gran número de nitos en negativo… Bueno, eso significa que necesita ayuda. A lo mejor está enferme.

O atascade. Quizá tenga algún problema en casa. O solo es una de esas épocas en las que necesitas que otra persona te lleve durante un tiempo. No pasa nada. Todo el mundo acaba ahí en algún momento. Si viera el saldo de une amigue en rojo, me aseguraría de comprobar qué tal le va.

—¿Puedes ver el saldo de otras personas?

—Sí, claro. Todo es público.

—¿Y eso no lo convierte en una competición?

Dex entornó los ojos.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Onfalina observó a Dex en silencio durante un momento, mostrando sorpresa ante aquello, pero sin explicar el motivo. Se encogió de hombros y señaló el papel que Dex sostenía en sus manos.

—Así pues, eso…

—Son nitos que la gente te ha dado por ayudar. —Le monje le devolvió el papel—.

Tienes doce nitos por la puerta, ocho por la bicicleta, etcétera. En general, esto lo hacemos con un ordenador de bolsillo…

—Sí, sí, eso fue lo que la señora Ida me pidió. Preguntó si tenía un ordenador y dije que no, así que arrancó una página de su libreta para mí.

—Ya, tendremos que crearte una cuenta de nitos e introducir a mano todos estos.

Estoy bastante segure de que en la siguiente población hay une vendedore de ordenadores. Podemos ir para allá después.

Las lentes de Onfalina se expandieron bien grandes.

—¿Voy a tener un ordenador de bolsillo?

—Sí, parece que necesitas uno.

A Dex no se le pasó por alto la ironía de que un robot necesitase un ordenador.

Descubrió que le hacía gracia.

Todo aquello, sin embargo, parecía abrumar a Onfalina.

—Cielos. ¿Me enseñarás a usarlo?

—Por supuesto.

—Y podré quedármelo…

—Todo el tiempo que quieras. Será tuyo.

—Pero no tengo bolsillos.

—Lo puedes guardar ahí dentro. —Dex señaló el pecho de Onfalina—. No necesitas bolsillos, se llama así porque cabe en uno.

El robot sujetó el papel con ambas manos y estudió el registro de les aldeanes.

—Así que, según esto, tengo… —Pasó a agarrar la hoja solo con una mano para contar en silencio con la otra, tocando con el pulgar cada dedo en una secuencia concentrada—. Treinta y ocho nitos. —Miró a Dex—. ¿Qué puedo conseguir con treinta y ocho nitos?

—Lo que quieras —rio le monje.

—¡A ver, es que no lo sé! Nunca he tenido pertenencias, hermane Dex. Ni he necesitado servicios. ¿Para qué usas tú los nitos?

—¿En general? Para comida. Provisiones. Un sitio para dormir, si quiero descansar del carromato. No sé, para… para cosas que quiero. Cosas que me gustan o aprecio.

—Mmm. —Onfalina se acarició la barbilla de metal—. A mí me gustan los hormigueros. Y las mañanas de niebla. No sé si les encontraré uso a los nitos. —Calló un momento—. De todas formas, ¿qué es un «nito»?

—Es la abreviación de «granitos de arena digitales», pero nadie lo dice completo.

—¿Arena, como la de las orillas?

—Sí. Les antigües panganes usaban arena para crear cosas con las que comerciar.

Pero espera un momento, lo que has dicho antes. Sobre no usar los nitos. —Sacudió un poco la cabeza—. Esa no es la cuestión. Da igual si los usas o no. No tienes por qué dar ni un solo nito a nadie en este viaje, si no quieres o no tienes motivo.

—Entonces, ¿por qué me los dan a mí?

—Porque el objetivo de un intercambio de nitos es reconocer el trabajo de una persona y darle las gracias por lo que aporta a la comunidad. No te han dado treinta y ocho nitos porque quieran que vayas a gastártelos. Te han dado treinta y ocho nitos porque tu trabajo es igual de importante que el de cualquiera. Significa que te consideran una persona.

—Pero no soy una persona, soy…

—Un objeto, lo sé. Pero te ven como algo equivalente a una persona. Y eso… eso es muy importante. —Dex asintió para sí misme, satisfeche con aquello—. Tengo que decir que estaba un poco preocupade por si se aprovechaban de ti, por cómo te tenían yendo y viniendo con las tareas.

—Ah, pero eso ha sido una delicia. Yo lo pedí, después de todo. ¿Y qué mejor forma de aprender cómo vive la gente que ponerme manos a la obra con las cosas cotidianas?

—Supongo que tienes razón —coincidió Dex—. Si eso es lo que quieres hacer, entonces adelante. Pero en la siguiente parada te conseguiremos un ordenador y, si alguna vez te encuentras con alguien que te pide ayuda y no piensa darte nitos, asegúrate de pedírselos, si no lo hago yo antes.

Onfalina absorbió todo aquello.

—Solo para que quede claro —dijo al cabo de un momento—. Los nitos son una forma de reconocer el beneficio mutuo dentro de tu sociedad. ¿Esa es una forma justa de expresarlo?

—Sí, así va bien.

—Así pues… ¿al darme nitos no están diciendo que formo parte

también de tu sociedad?

Dex sonrió.

—Sí, básicamente.

El robot ladeó la cabeza.

—Pero no conozco lo suficiente tu sociedad para participar en ella como es debido.

No sé cómo funciona todo esto.

—Une niñe tampoco lo sabe, pero forma parte igualmente de la sociedad.

—¿Le darías nitos a une niñe? —preguntó Onfalina.

—¿Si me ayudase a… —Dex miró la lista— a lavar unas verduras? Pues claro.

Onfalina alisó la arruga en el papel, como si tocara algo extraño y valioso.

—Sé que voy a conseguir un ordenador, pero ¿me puedo quedar con esta lista también?

—Claro —le aseguró Dex con una sonrisa—. Claro que puedes quedártela.

—Un mapa, una nota y un ordenador de bolsillo —dijo Onfalina con veneración—.

Eso son tres pertenencias. —Rio—. A este ritmo necesitaré mi propio carromato.

—Bueno, hazme el favor de no conseguir tantas cosas. Pero podemos buscarte un bolso o algo, si quieres, así no tendrás que llevarlas todas traqueteando dentro de ti.

Onfalina dejó de reír y miró a Dex con una seriedad absoluta.

—¿Podría, en serio? —inquirió en voz baja—. ¿Puedo tener un bolso?

—Sí —respondió Dex, disimulando su carcajada—. Sí, puedes tener todo lo que quieras. —Hizo una pausa—. Pero un carromato no.

3

LA RIBEREÑA

Dex había pasado años viviendo en el carromato y ya estaba bastante acostumbrade a dormir junto a los sonidos de todo lo que vivía en el exterior. Al principio había sido complicado quedarse dormide de nuevo tras oír el chillido de un gátol o la cháchara de unas mofetas blancas o cualquiera de las refriegas que suscitaban preguntas del tipo

«¿dónde?» y «¿cómo de grande?». Pero, con el paso del tiempo, Dex había descubierto con qué sonidos no valía la pena alterarse y cuáles requerían su atención.

El sonido de unos golpecitos firmes contra la ventana junto a su cama requería su atención.

Abrió los ojos de golpe y se encontró con Onfalina, que le miraba directamente a través del cristal. Cada músculo de su cuerpo sufrió una sacudida.

—Hostia —exclamó, antes de poder conectar cualquier otro pensamiento.

—Buenos días —saludó el robot—. ¿Estás despierte?

—No —gruñó Dex—. ¿Qué pasa?

—Ah, nada. Es que llevo mucho rato queriendo hablar contigo y no podía más.

—Eh… —El cerebro de Dex intentó recordar cómo pensar, cómo hablar. Tomó el ordenador de bolsillo del estante junto a la cama y miró con incredulidad la hora temprana. Su primer impulso fue tumbarse de nuevo, pero Onfalina lucía una expresión tan ansiosa que no quiso decepcionar al robot—. Vale, eh, espera, déjame…

—Se frotó la cara con las palmas—. Dame un segundo.

Dex descendió a trompicones por la escalerita hasta la planta baja del carromato.

Adquirió ropa, tomó un sorbo de agua. No sabía dónde estaba el peine y no se molestó en buscar un turbante. Con el pelo de punta y los ojos entrecerrados, Dex abrió la puerta del carromato y miró al robot que se interponía entre el húmedo amanecer y elle.

—¿Qué pasa? —dijo. Se cruzó de brazos para protegerse del frío de un mundo que aún se estaba despertando.

—He leído un libro mientras dormías —comentó Onfalina, que sostenía su ordenador de bolsillo—. Y me encantaría comentarlo contigo.

Dex parpadeó dos veces.

—¿Me has despertado para hablar sobre un libro?

Onfalina había descubierto los libros descargables en las últimas semanas, después de adquirir su propio ordenador, y su apetito por ellos crecía cada día.

El robot le puso el ordenador ante las narices para mostrarle la página del título. *Yo misme y yo: Una exploración científica de la mente consciente.*

—¿Has leído este?

Dex hizo una mueca ante la intensa luz de la pantalla.

—Eh… no. ¿Por qué iba a leerlo?

—No tengo ni idea de lo que has leído o dejado de leer. No quiero hacer suposiciones.

Dex quitó la chaqueta del gancho que había junto a la puerta y, malhumorade, empezó a ponérsela.

—¿Qué quieres comentar?

—Esto, escucha. —El robot fue a la página adecuada y leyó en voz alta —. «La evolución de la inteligencia consciente es uno de los grandes misterios de la naturaleza.

Puede que nunca lleguemos a entender cómo o por qué ocurre. Lo que sí que está claro es que se trata de una adaptación evolutiva, justo como la vista o la termorregulación.

Distintos animales poseen distintos sentidos y rasgos físicos, así como una inteligencia diferente. Algunos no necesitan nada más complejo que la capacidad de diferenciar entre comida y no-comida, depredador y no-depredador. Pero en aquellos con una inteligencia compleja que da pie a comportamientos como resolver enigmas, enseñar estrategias de caza y adaptarse a nuevas circunstancias al vuelo es fácil plantear

hipótesis sobre qué factores ambientales han contribuido a que esa enorme adaptación sea una ventaja».

Onfalina bajó la pantalla del ordenador y observó a Dex con expectación.

Le monje le devolvió la mirada.

—¿Vale? —dijo. No entendía por qué aquello era tan desesperadamente importante.

—Lo que le autore está diciendo —explicó Onfalina, señalando la pantalla con un dedo de metal— es que la inteligencia compleja y la consciencia surgen de una necesidad externa. Una necesidad social, ambiental, la que sea. Algo hizo que esas criaturas necesitasen ser más inteligentes. —Sus ojos brillaron con más intensidad—.

Así pues, ¿qué tipo de necesidad hizo que los robots nos despertáramos?

Dex abrió la boca y luego la cerró.

—¿Puedo ir a mear antes de tener esta conversación?

—¡Ah! Sí, claro.

Dex obligó a sus pies a meterse en los zapatos y luego fue a trompicones hasta el otro lado del carromato.

Hubo un momento de silencio y luego:

—¿Eres capaz de hablar mientras meas?

Dex se detuvo a medio camino de desabrocharse los pantalones.

—Sí, pero…

—Maravilloso —atajó Onfalina, gritando desde detrás del carromato —. O sea, es una pregunta tremenda, ¿no crees? Obviamente, hablamos sobre la naturaleza del Despertar (los robots, quiero decir), pero es un conocimiento aceptado que la procedencia exacta de nuestra consciencia no se puede saber, así que la conversación es más una reflexión vana que otra cosa. Lo que yo siempre he supuesto es que, si mezclamos los suficientes compuestos complejos, a veces estos adquieren consciencia de sí mismos, ya sean orgánicos o mecánicos. Esa explicación es tan buena como cualquier otra y puede que sea motivo suficiente. Pero, ya que estamos especulando, podemos

considerarlo desde el ángulo que sugiere este libro.

El robot guardó silencio y Dex se dio cuenta de que estaba esperando una respuesta.

—Vale —gritó mientras atendía sus necesidades.

—¿Y si hubo un desencadenante externo que causó nuestro despertar? ¿Y si la complejidad interna no fue suficiente por sí sola? ¿Y si hubo algo en las fábricas que nos

obligó, igual que el alto nivel de variables presente en el ecosistema marino parece haber obligado al pulpo a ser tan inteligente como es? Pero, si ese es el caso, entonces,

¿cuál fue el detonante? ¿Sabíamos, de un modo inconsciente, que nos trataban de forma injusta? ¿Eso nos creó la necesidad de hablar para poder mejorar nuestras circunstancias en grupo? ¿O fue un medio gracias al cual pudimos defendernos? ¿O

quizá fue otra posibilidad que aún no he pensado?

—Puede ser cualquiera de las que has dicho —replicó Dex, evasive.

—Pero, claro —prosiguió Onfalina—, eso es si suponemos que un ser mecánico como yo sigue el mismo patrón que la evolución orgánica y, bueno…, ¿lo seguimos? ¿O

nuestra consciencia surgió de un modo independiente a esas normas? ¿Es nuestra forma de consciencia única en el mundo? O sea, cielos. Tanto un sí como un no a esa pregunta tiene unas implicaciones enormes. Y sugiere algo profundo sobre… ¡bueno, sobre el mundo, hermane Dex! ¡Y sobre mí!

Le monje se recolocó los pantalones en su configuración habitual.

—Es muy importante lo que dices, claro.

Fue hacia el grifo que había a un lado del carromato, lo abrió con un codo y se lavó las manos.

Onfalina asomó la cabeza por el lateral del vehículo.

—¿No te parece emocionante?

—Onfalina, es muy temprano —protestó le monje. Fue a la parte trasera del carromato, agarró una toalla de una alacena y se secó las

manos—. Y esa no es, para nada, mi especialidad.

—No hace falta que sea tu especialidad para que te parezca interesante —repuso el robot con cierto aire ofendido.

Dex suspiró y clavó la mirada en la máquina.

—Sí que me parece interesante. Pero no puedo hablar sobre ello antes de desayunar.

Empezó a desplegar la cocina; a su cerebro aún le costaba procesar lo básico. Huevos.

Fruta. Pan y mermelada. Eso podía hacerlo.

—¡Mmm! Ya, ya, claro que no puedes. —El tono de Onfalina se animó y señaló su libro—. ¿Sabes cuánta energía hace falta para impulsar el pensamiento? La verdad es que es una de las cosas que más espero con ansia de irnos a otra parte.

—No te sigo —dijo Dex mientras rebuscaba en una alacena.

Onfalina se giró un poco para enseñarle el viejo panel solar que cubría su espalda como el fino caparazón de una tortuga.

—No recojo luz solar con total eficacia en un bosque denso —explicó —. Cada vez que salgo de zonas forestales, noto una gran diferencia. La luz directa del sol me activa.

Dex se detuvo con una sartén en la mano.

—¿Me estás diciendo que ahora mismo tu nivel de actividad es menor?

—Solo un poco. Pero es así todos los días.

Dex dejó la sartén y regresó al carromato.

—¿Qué necesitas? —preguntó Onfalina.

—Té.

«Cafeína», pensó, agarrando unos cuantos tarros. Tenía la sensación de que iba a necesitarlo.

— oOo —

El paisaje no tardó en cambiar. En esa zona, donde el suelo estaba húmedo por el agua que lo había excavado, los árboles no necesitaban agujas que captaran la niebla. Las hojas eran planas y las ramas se daban espacio. Aunque a Dex le hubiera sentado bien la quietud de los pinos, pensó que también era agradable volver a tener un telón de fondo distinto.

En ese momento, aquel era el único aspecto de esa parte de la autovía que estaba disfrutando. Siempre le había encantado viajar por las zonas verdes intermedias entre la gente y todo lo demás, pero el verano había llegado durante las semanas que habían pasado en la Foresta, y no lo había tenido en cuenta cuando planeó su ruta. Pedaleaba con una ligera misera, con la camisa empapada y el cuello pegajoso mientras escupía

bichitos que habían nacido al mundo solo para acortar su ya de por sí fugaz vida al caer directamente en la boca de Dex.

Onfalina, por su parte, parecía estar disfrutando como nunca. El verano en la Ribereña traía consigo el florecimiento del ciruelo picante, y en las copas sobre sus cabezas abundaban las rizadas flores púrpuras. El aroma perfumado era nítido y había atraído a gran cantidad de polinizadores que zumbaban. Onfalina nunca había visto esos árboles antes y parecía estar haciendo todo lo posible para ofrecer el mismo respeto a todos y cada uno de ellos.

—No entiendo cómo puedes pasar sin más a su lado —dijo el robot a su espalda.

Dex sabía lo que vería en el espejo antes de girar los ojos hacia él: Onfalina de pie en medio de la autovía, con el cuello torcido de asombro hacia las ramas en flor que eran exactamente iguales a las otras mil ramas en flor que ya habían dejado atrás. Tenía el ordenador de bolsillo en las manos y Dex oía el leve sonido digital de Onfalina sacando decenas de fotos. Entre eso y el bolso bordado que le atravesaba el torso, el robot parecía estar turisteando: observaba, con la boca abierta, cosas cotidianas sin prestar atención a le guía que seguía avanzando.

—Vas a volver a llenar el disco duro —gritó Dex con cierta irritación.

El calor empezaba a agotarle y ya había renunciado a detenerse cada vez que lo hacía Onfalina. No quería hacer turismo. Quería una bebida fría y un sitio con sombra y no tener ni que ver la bicicleta eléctrica durante un par de días; y, aunque las flores de los ciruelos picantes

eran bonitas, no necesitaba pararse delante de cada puto árbol.

Un intenso traqueteo metálico anunció que Onfalina estaba alcanzando el carromato.

—Me encanta lo diferentes que son las fotos de lo que yo veo —dijo, repasando feliz mientras caminaba las imágenes que había sacado—. Se nota mucho que mis lentes ópticas y las lentes de la cámara del ordenador no son las mismas. Da que pensar,

¿verdad?

—¿En qué te hace pensar? —jadeó Dex.

—En que cualquier individuo con vista percibe el mundo según como reciban la luz las estructuras de sus ojos. —Onfalina le dirigió una sonrisa—. Ojalá pudiera tomar prestados tus ojos durante un día para ver qué se siente.

—Busca una forma menos espeluznante de expresar eso, por favor.

Dex bajó una mano para desenganchar la botella de agua de la bicicleta y dio un gran trago. Agradecía la bebida, pero el agua se había calentado durante el día, y elle ansiaba cualquier cosa que implicase hielo y una licuadora.

—Ah, ya sabes a lo que me refiero —replicó Onfalina como si nada y agitó la mano en un gesto de indiferencia. Otra cosa llamó su atención y musitó—: Mmm.

—¿Qué? —preguntó Dex mientras devolvía la botella a su sitio.

Onfalina estudió la pantalla del ordenador que llevaba en la mano.

—Tienes razón, se está quedando sin memoria.

—Te lo dije. Tienes que deshacerte de algunas imágenes. O de algunos libros.

—«Se está quedando sin memoria» no es lo mismo que «no hay memoria». Y no puedo deshacerme de los libros. Los leo muy rápido, y a veces cuando acampamos no hay señal. Además… ¡Ah, mira eso!

Dex solo echó un vistazo muy breve al ciruelo picante hacia el que corrió Onfalina.

Siguió pedaleando bajo el sol del mediodía, diciéndose que había

muchas posibilidades de que un postre congelado le estuviera aguardando después de tanto esfuerzo. No hubo más conversación por parte del robot, algo normal cuando intentaba sacar la fotografía perfecta. Dex sabía que, al cabo de unos minutos, el silencio sería reemplazado por el sonido de Onfalina corriendo a su lado, y la conversación se reanudaría como de costumbre.

Sin embargo, eso no fue lo que pasó. El silencio se prolongó un poco demasiado y solo se rompió por una frase tranquila que el robot gritó desde la carretera.

—¿Hermane Dex? Necesito algo de ayuda.

Por el espejo, Dex vio que Onfalina se había sentado con aire lastimero en medio del camino, con las piernas estiradas hacia delante y observándose el torso.

Dex echó el freno, bajó de un salto de la bicicleta y se acercó corriendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras patinaba hasta donde se hallaba el robot.

—Algo se ha roto —contestó. Se había abierto el panel del torso e intentaba examinar las piezas de dentro, pero el cuello no se le doblaba lo suficiente—. Mira.

Onfalina se puso de nuevo en pie. Dio dos pasos normales, se tambaleó al tercero y luego tropezó de un modo caótico para acabar oscilando como en el preludio de una mala resaca.

—Vaya —exclamó Dex, estabilizando al robot con ambas manos—. ¿Qué ha pasado?

—Parece que he perdido el sentido del equilibrio —explicó Onfalina, al tiempo que le monje le ayudaba a sentarse.

—Ya, no jodas.

Se arrodilló junto al robot en la carretera y la calidez del pavimento atravesó la tela que le cubría las rodillas.

Onfalina encendió una de las bombillitas que coronaban las puntas de sus dedos y la apuntó hacia su interior.

—¿Puedes mirar a ver qué va mal?

—No tengo ni idea de qué buscar —replicó Dex con preocupación—. No sé cómo funcionas.

—Yo tampoco lo sé a ciencia cierta. Busca algo que parezca claramente roto.

Dex exhaló en voz alta, hinchando los carrillos.

—Vale, pero no pienso tocar nada.

—No me importa si lo haces.

—Bueno, no quiero empeorar las cosas.

Onfalina le dirigió una mirada de reproche.

—Creo que estás más nerviose por hurgar en mi interior que yo por que lo hagas.

Dex alzó la mirada hacia el rostro del robot y se inclinó hacia delante.

—Es un poco raro mirar dentro de ti. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes.

Raro o no, Dex echó un buen vistazo. El torso de Onfalina albergaba un surtido pulcro de placas de circuito, cables y configuraciones mecánicas cuyo propósito Dex solo podía imaginar. Frunció el ceño al ver los componentes desconocidos y primero intentó desentrañar su disposición al completo para poder responder la pregunta de si había algo fuera de lugar.

—¿Te importa si…?

Agarró la mano de Onfalina por la muñeca para apuntar la luz del dedo en otra dirección.

—Ah, no, en absoluto.

Dex movió más la luz.

—Tienes una telaraña aquí.

El robot se sorprendió.

—No creo que ese sea el problema.

—Seguramente no, pero ¿quieres que la limpie?

—La araña no sigue en su casa, ¿verdad?

—Pues… —Dex acercó más el dedo para examinar los hilos polvorientos y se quedó pendiente por si veía algo correteando por ahí—. No, está vacía. Quien la construyó ya se ha ido.

—Entonces sí, limpiarla sería lo mejor.

Dex sacó un pañuelo de su bolsillo y recogió la vieja telaraña, comprimiendo lo que fuera una intrincada red en un enredo de proteína lacia. Tomó de nuevo la mano del robot y la apuntó hacia el extremo superior del compartimento.

—Oh. Eso… eso no tiene buena pinta.

—¿El qué? —preguntó Onfalina.

—Hay un… —Dex hizo una mueca mientras intentaba usar su vocabulario para describir algo desconocido—. Hay un trozo con forma de gancho. Negro. Del tamaño de mi dedo índice, pero curvado. ¿Creo que está hecho con plástico de petróleo?

—Ah, sí, sé de lo que hablas. O, al menos, lo he visto en otros robots.

—¿Para qué sirve?

—No tengo ni idea, pero sé que mi giroscopio está por ahí arriba. Debe estar unido a eso.

Dex miró a Onfalina con incredulidad.

—¿Cómo es que no conoces tus componentes?

Los ojos del robot se contrajeron.

—¿Sabes decirme qué hace tu bazo?

—Bueno, es… —Dex calló y luego soltó el aire por la nariz—. Mira, la cuestión es que ese pequeño gancho está claramente roto. Cuelga suelto y hay una parte con un tajo limpio. Parece… gastado.

—¿Puedes sacarlo?

Dex apretó los labios.

—Puedo sacar la parte que se ha soltado, pero no pienso romper la que sigue enganchada.

—Eso está bien.

Dex extendió los dedos, encontró el exhausto plástico, lo sacó con cuidado y lo alzó para que Onfalina lo viera.

—Ah —replicó el robot. No estudió la pieza rota durante mucho tiempo ni la cogió de la mano de Dex. La calma se apoderó de su voz y agachó la cabeza un poco—. Conque es eso.

—¿El qué?

—Supongo que estoy envejeciendo —suspiró el robot—. No esperaba que mi vida se estuviera terminando ya, pero siempre pilla por sorpresa, ¿verdad?

Dex parpadeó dos veces. Aquel giro de los acontecimientos era completamente absurdo y no se esforzó en ocultar su incredulidad.

—Onfalina, eso no parece algo difícil de arreglar. ¿Qué hacéis en la naturaleza cuando algo se rompe?

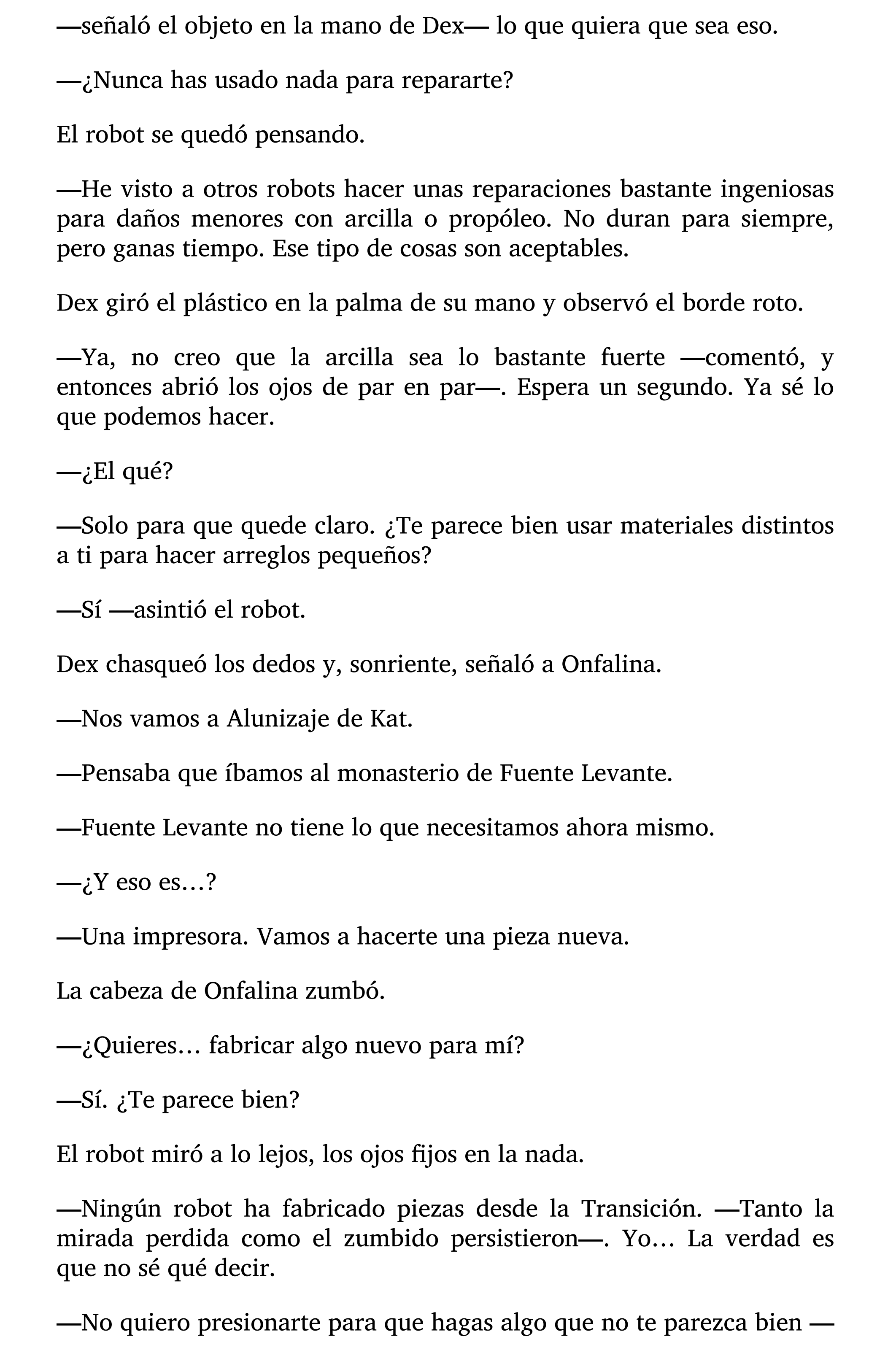
—Pues esa es la cuestión. Depende de lo que se rompa. Si es algo que otro robot o yo podemos doblar o poner otra vez en su sitio, no pasa nada. Pero cuando las cosas empiezan a romperse sin posibilidad de repararlas, tienes que dejar que ocurra. La única forma de conseguir un repuesto es tomarlo de otros robots que ya han muerto, y no hacemos eso. Nos permitimos rompernos y se construyen nuevos robots a partir de nuestros restos. Así son las cosas en este mundo.

—Vale, pero tampoco te caes a pedazos. Solo es un trocito.

—Un trocito que no puedo arreglar por mi cuenta. —El tono de Onfalina era triste, pero de aceptación—. No se puede escapar de la entropía.

—Dioses alrededor —refunfuñó Dex. Alzó la pieza de plástico para enfatizar sus palabras—. Seguro que podemos pegar esto. Si me torciera un tobillo, no me tumbaría en la carretera en plan: «Supongo que moriré aquí».

—Tus tobillos se curan solos. A mí no me pasa lo mismo. No me crecerá un nuevo…



—señaló el objeto en la mano de Dex— lo que quiera que sea eso.

—¿Nunca has usado nada para repararte?

El robot se quedó pensando.

—He visto a otros robots hacer unas reparaciones bastante ingeniosas para daños menores con arcilla o propóleo. No duran para siempre, pero ganas tiempo. Ese tipo de cosas son aceptables.

Dex giró el plástico en la palma de su mano y observó el borde roto.

—Ya, no creo que la arcilla sea lo bastante fuerte —comentó, y entonces abrió los ojos de par en par—. Espera un segundo. Ya sé lo que podemos hacer.

—¿El qué?

—Solo para que quede claro. ¿Te parece bien usar materiales distintos a ti para hacer arreglos pequeños?

—Sí —asintió el robot.

Dex chasqueó los dedos y, sonriente, señaló a Onfalina.

—Nos vamos a Alunizaje de Kat.

—Pensaba que íbamos al monasterio de Fuente Levante.

—Fuente Levante no tiene lo que necesitamos ahora mismo.

—¿Y eso es…?

—Una impresora. Vamos a hacerte una pieza nueva.

La cabeza de Onfalina zumbó.

—¿Quieres… fabricar algo nuevo para mí?

—Sí. ¿Te parece bien?

El robot miró a lo lejos, los ojos fijos en la nada.

—Ningún robot ha fabricado piezas desde la Transición. —Tanto la mirada perdida como el zumbido persistieron—. Yo… La verdad es que no sé qué decir.

—No quiero presionarte para que hagas algo que no te parezca bien —

dijo Dex con sinceridad—. Pero no estamos hablando de reemplazar circuitos ni nada, ¿verdad? Es solo algo mecánico. No es neurocirugía.

Onfalina asintió despacio.

—Entiendo la lógica, pero tendré que pensarlo. Esto no se ha hecho nunca y no… no lo sé.

—No pasa nada. ¿Qué te parece si vamos de todas formas a Alunizaje de Kat y lo piensas por el camino? Si llegamos y no quieres hacerlo, no pasará absolutamente nada.

Es tu decisión. Podemos probar con algo de cola o lo que sea como plan alternativo. —

Examinó la carretera que tenían por delante. Conocía tanto esa sección de las autovías de la Ribereña que no necesitaba consultar el mapa en el ordenador de bolsillo. El recuerdo de las curvas y los giros le bastaba—. Creo que tardaremos unas… mmm…

¿tres horas desde aquí? Y será un buen sitio donde parar, sin importar lo que quieras hacer.

—¿Qué más hay allí?

—Pescadores, artistas, gente que trabaja con energía hidráulica. Es un pueblo viejo bastante original. No ha cambiado mucho desde los primeros días de la Transición. Hay edificios más nuevos, pero abundan sobre todo las construcciones de río.

La expresión de Onfalina se tornó interesada.

—¿Qué es una construcción de río?

Dex se planteó cómo explicarlo, pero sacudió la cabeza.

—Es una de esas cosas que tienes que ver.

—Me has despertado la curiosidad. Pero ¿cómo voy a llegar hasta allí si no puedo andar?

Dex miró el carromato. El interior era demasiado corto para Onfalina, pero no era el único espacio aprovechable. Echó un vistazo rápido a las cajas de almacenamiento que había en el tejado.

—Dame un segundo y moveré algunas cajas.

La boca decorativa de Onfalina se ensanchó con una emoción sosegada.

—Ay, hermane Dex, ¿quieres decir que…?

—Sip —replicó le monje, poniéndose de pie—. Voy a llevarte yo misme.

— oOo —

Resultó que una construcción de río era lo que su creadore quisiera que fuera a partir de los materiales que tuviera a mano. En el pasado, el río Galón había estado repleto de desechos y los vertederos que poblaban la zona circundante no dejaban de dar

problemas. Durante la Transición, redes que no habían visto peces en años se aprovecharon para sacar todo objeto errante que no tuviera cabida en un río sano. Las personas que reclamaron la Ribereña como su hogar se convirtieron en expertas a la hora de reaprovechar, y sus asentamientos enseguida atrajeron a excavadores de vertederos con una ética similar. En la actualidad, las aguas del Galón estaban limpias y prosperaban. Toda basura a la que no se le podía dar una segunda vida se había trasladado hacía tiempo a los refugios subterráneos llenos de desperdicios, lugares donde se encerraban cosas que no se podían usar. Un recordatorio enterrado de los pecados del pasado.

La basura más aprovechable fue recogida por la gente que vivía junto al río y se convirtió en la base de pueblos como Alunizaje de Kat. Había casas hechas de plástico, de neumáticos viejos, de contenedores pintados con cualquier color que el ojo humano pudiera percibir. Las grietas provocadas por los años se habían reparado con toques modernos, con materiales como micelio o cemento bacteriano, y daban la misma impresión que esas tazas rotas reparadas con oro: una belleza hecha para durar y nacida de un breve momento de destrucción.

Algunas de las construcciones de río se situaban en las verdes orillas, pero la misma cantidad se balanceaba en el agua, a flote gracias a viejos depósitos de agua o encaramadas sobre soportes como zancos hechos de tuberías desechadas. Allí, todo se construía para resistir los cambios de humor de las mareas altas y las fuertes lluvias, pero la resiliencia no había sido el único objetivo de les constructores. Por todas partes había fragmentos de fantasía, como molinos de viento y molinetes hechos con ruedas de bicicletas pasadas de moda, mosaicos creados a partir de tapones de botellas y resina, esculturas decoradas

con trozos de materiales prohibidos que lucían colores que no se encontraban en la naturaleza. Era un pueblo construido con basura, pero su encarnación actual trascendía esos orígenes inapropiados. Alunizaje de Kat era un festín para los ojos: deslumbraba de un modo excéntrico. Cada vez que los viajes de Dex le llevaban a la población, encontraba algo nuevo que ver.

Por supuesto, en esa ocasión les habitantes del pueblo fluvial también tenían algo nuevo que contemplar. Se había reunido la multitud habitual mientras el carromato se aproximaba, junto con las miradas, embobamientos y murmullos de siempre. Dex controló a toda prisa la situación.

—Tendremos tiempo de sobra para charlar —dijo a la multitud—, pero necesitamos ayuda. Busco a vuestre impresore.

La muchedumbre se apartó para abrir paso a una persona: un hombre de treinta y pico años con tatuajes florales y una pulcra barba teñida de turquesa. Dex recordaba haberlo visto antes. No sabía con certeza si había sido durante el servicio de té o solo por el pueblo, pero de lo que sí estaba segure era de que poseía una sonrisa que le dejaba las rodillas tan temblorosas como las de Onfalina.

—Yo soy el impresor —dijo aquel hombre tan guapo—. ¿Qué puedo hacer por ti, hermane?

—Por mí nada. —Dex señaló a Onfalina, que seguía encima del carromato—. Mi colega se ha fastidiado una pieza y necesita un recambio.

—Ah, pues no os preocupéis, que fabrica un equipo muy bueno —comentó una anciana entre la multitud—. A mí ya me ha impreso la mitad del motor de mi barca.

—Ya, pero no tengo moldes para piezas de robot —repuso el impresor, aunque no parecía desanimado. Giró la cabeza para mirar por encima del hombro—. Señor Logan,

¿hay algún problema si dejo sus zuecos para mañana?

—Ninguno —respondió el interpelado.

El impresor se volvió de nuevo hacia el carromato.

—Vale, pues vamos a la tienda a ver qué puedo hacer. Soy Leroy, por cierto.

—Un placer conocerte, Leroy —dijo el robot—. Yo soy Onfalina.

Leroy sonrió.

—Ya, lo sé.

Dex ayudó a Onfalina a bajar del carromato. Nada más pisar el suelo, el robot se inclinó para susurrarle: —¿Le has dicho a la gente de aquí que veníamos?

Se balanceó de un modo dramático cuando intentó caminar, y el sonido de la multitud osciló al presenciarlo.

—Nop —respondió le monje. Enroscó un brazo con fuerza alrededor de su torso para que se apoyara en elle mientras trastabillaba.

—Entonces, ¿cómo sabe mi nombre?

Leroy, que podía oír su conversación sin problemas, respondió con alegría.

—Eres noticia. —Les indicó por señas que lo siguieran por las pasarelas flotantes—.

Venga, vamos a ver qué puedo hacer por ti.

La cabeza de Onfalina vibraba mientras seguía al impresor.

—Hermane Dex, ¿somos famoses? —inquirió con un asombro contenido.

—Somos una pareja conocida, eso seguro.

El hecho de que eso se extendiera también a Dex no era algo que le entusiasmase demasiado. No le importaba que Onfalina fuera el centro de atención, pero elle había visto su propia cara aparecer en un par de portales de noticias y, aunque no lo odiaba, tampoco le gustaba.

La imprenta que Dex recordaba haber visto en visitas anteriores era fácil de localizar, si no por el gran conducto de ventilación que asomaba en la parte superior, sí por las letras que se alzaban sobre el alero del techo solar. Cada una estaba hecha con un material y un color distinto para formar la palabra FABRICABAÑA. Una rueda hidráulica giraba feliz junto al pequeño edificio para proporcionar energía a un generador que no estaba a la vista.

—Pasad, pasad —les recibió Leroy mientras cruzaba la puerta.

—¡Ay, cielos! —exclamó Onfalina. Se movió con una emoción animada y, durante un momento, se olvidó de su escaso equilibrio y casi tiró a Dex—. ¡Mira todo esto!

Le monje había estado en incontables fabricabañas, pero tenía que admitir que la de Leroy era muy bonita. Talleres como ese a menudo rebosaban de cosas, pero aquel estaba lo más impecable posible. En una pared había objetos de muestra que colgaban de ganchos para que les visitantes pudieran comprobar cómo eran los materiales antes de hacer su pedido. Había una pala, un casco de bicicleta, un par de gafas de buceo, la carcasa de un ordenador de bolsillo, una vajilla completa, una única bota impermeable, una cadera artificial, un barco de juguete, bisutería llamativa y mucho más. La pared de enfrente tenía baldas llenas de cajas para almacenar los materiales que Leroy necesitaba.

Un mostrador dividía la habitación, situado delante de un pequeño ejército de impresoras que aguardaban preparadas. Sobre el mostrador había un ordenador de mesa, un altar impreso para Chal y un plato que contenía un bocadillo a medio comer y una manzana intacta, ambos abandonados a toda prisa, al parecer.

—Sentimos molestarte en medio de la comida —dijo Dex.

Leroy le miró con reproche.

—No te disculpes, sois les visitantes más guais que he tenido nunca. —Fijó los ojos en Onfalina—. ¿Necesitas sentarte?

—No necesito sentarme —replicó el robot—, pero sí que me gustaría mucho.

—Yo sí que necesito que te sientes —se quejó Dex.

Estaba claro que Onfalina no se había apoyado nunca en nadie y el hombro de le monje empezaba a protestar.

Leroy trajo una silla para Onfalina y un vaso de limonada para Dex, luego se lavó las manos y fue a buscar un taburete de madera para él. Se sentó delante del robot con una caja de herramientas a mano.

—Bueno, ¿cómo lo…? —Onfalina se abrió el torso con una sonrisa—. Guau —dijo Leroy. Sacudió la cabeza y soltó una carcajada antes de inclinarse con una linterna—.

Guau, no esperaba para nada que mi día transcurriera así.

—Lo que estás buscando se halla cerca de la parte superior, hacia atrás —explicó Dex, observando con atención por encima del hombro de Leroy. Todo en ese hombre exudaba talento y fiabilidad, pero Dex tampoco iba a permitir que un extraño hurgase en Onfalina sin supervisión—. Es negro y…

—Ya la veo. ¿Una cosa curvada con el extremo roto?

—Sí. Tengo la otra mitad en el bolsillo.

—¿Pasará algo si la quito? —preguntó Leroy.

—No debería pasar nada —respondió Onfalina—. No parece que sea vital, aparte de mis obvios problemas con la gravedad.

—Parece algo que se puede desconectar con facilidad, pero…

Leroy se calló.

—No siento dolor —lo tranquilizó Onfalina—. No siento nada, físicamente hablando.

—Está bien saberlo.

Leroy se masajeó la barba mientras pensaba. Dex no pudo evitar fijarse en la precisión del corte y se imaginó lo suaves que serían los rizos teñidos. Sacudió un poco la cabeza para concentrarse de nuevo. Hacía una temporada larga que no echaba una cana al aire, pero ese no era el momento.

Leroy se levantó, abrió un cajón de detrás del mostrador y murmuró para sí mientras seleccionaba unas cuantas herramientas, eligiéndolas con gran consideración. Una vez equipado, no tardó ni un segundo en liberar la pieza.

Dex miró a Onfalina a los ojos.

—No te sientes diferente, ¿verdad?

El robot lo pensó durante un momento y luego negó con la cabeza.

—No, ningún cambio.

—Bien —dijo Dex con un suspiro de alivio—. Eso es bueno.

Leroy alzó la pieza rota hacia la luz para girarla a un lado y al otro.

—Esto será facilísimo de imprimir —declaró—. ¿Puedo ver la otra mitad?

Dex buscó en el bolsillo y le entregó el objeto. Leroy juntó las dos mitades como piezas de un puzle y asintió.

—Vamos a ponerlo en el escáner.

—¿Puedo mirar? —preguntó Onfalina.

—Claro.

El escáner era como cualquiera que Dex hubiera visto: un panel plano brillante, unido a un ordenador y con un artilugio móvil suspendido encima que tomaba las medidas de lo que su operadore quisiera usar como molde.

—Eh, no mires la luz directamente —le advirtió a Onfalina cuando el robot se acercó al escáner con interés—. No es bueno para… —Se detuvo—. No es bueno para mis ojos, pero supongo que no sabemos cómo afectará a los tuyos.

Onfalina le miró.

—Nunca me habían avisado de eso antes —comentó, y procedió a seguir observando el escáner—. Sinceramente, no creo que esto me cause ningún daño. No es lo más intenso que he mirado.

—¿Y qué es lo más intenso que has mirado? —preguntó Leroy con interés.

—El sol, claro. ¿Qué luz existe que brille con más intensidad?

Dex alzó una ceja.

—¿Puedes mirar directamente el sol?

La sorpresa de Dex se reflejó en Onfalina.

—¿Vosotres no… podéis? —Su mirada pasó de Dex a Leroy, y ambes negaron con la cabeza—. Ah, qué mala suerte. Lo siento mucho.

Se centró de nuevo en contemplar cómo la cabeza del escáner iba adelante y atrás, adelante y atrás.

Leroy sonrió divertido al ver el interés del robot en la máquina y luego se volvió hacia el monitor del ordenador para asegurarse de que la

plantilla se plasmaba correctamente. Asintió con la cabeza y se giró hacia sus clientes.

—Vale, mientras eso termina, hablemos sobre materiales de impresión. —Señaló los estantes de almacenaje, llenos de carretes de filamento de impresión y contenedores de fundibles—. Tengo caseína, pectina, quitina, plástico de azúcar, plástico de patata, plástico de algas…

—Un momento —lo interrumpió Onfalina, mirando los estantes—. Son todo bioplásticos, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Biodegradables, pero hechos para durar. Puedo imprimir cosas tan robustas o flexibles como necesites. La caseína o el plástico de azúcar son lo que mejor encajaría en cuanto a consistencia, pero…

Onfalina siguió observando los materiales.

—Estás diciendo que podría tener un componente orgánico.

Leroy sonrió.

—Estoy diciendo que puedes tener lo que quieras.

Todo aquello parecía abrumar al robot.

—¿De dónde… de dónde proceden esos materiales? Por ejemplo, ¿cómo consigues la caseína?

—De la leche. O del hueso. De lo que la gente no coma. —Señaló un montón de carretes—. No sé de dónde viene exactamente esta caseína, pero sé que la pectina que tengo procede de una granja citrícola de Encrucijada.

—¿Y las vacas son felices? —preguntó Onfalina—. ¿Están bien cuidadas? ¿Y los árboles igual?

Leroy lanzó una breve mirada inquisitiva a Dex.

—¿Cómo podemos saber si un árbol es feliz? —preguntó al robot.

Dex advirtió que Onfalina había caído en el bucle generado por una nueva revelación y decidió ponerle freno antes de que se desmadrara demasiado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, apoyade en el mostrador para mirar al

robot a la cara.

—Bueno, es que… no había considerado las implicaciones de esto. —Onfalina se frotó las manos—. No había pensado en que otro ser vivo produciría los materiales necesarios para mi reparación. ¡Un ser vivo al que nunca conoceré!

Dex se sintió perdide, y no por primera vez en las últimas semanas.

La mirada de Leroy pasó de robot a monje de nuevo.

—¿Os importa si me acabo el bocadillo?

—Adelante —dijo Dex. Se cruzó de brazos para ponerse cómode—. Te das cuenta de que los materiales que tiene aquí son mucho mejores que el plástico de petróleo,

¿verdad?

—Claro.

—También mencionaste el propóleo como material para algún parche. Eso procede igualmente de otro ser vivo. De muchos seres vivos.

—Si quisiera recoger propóleo, tendría que meter las manos en una colmena de abejas. Y la conocería muy bien. Pero si elijo la caseína para el repuesto, nunca sabré a qué vaca darle las gracias.

Onfalina miró a Dex con expectación, a la espera de una respuesta. Leroy también le miraba mientras masticaba en silencio su bocadillo.

Dex se frotó el ángulo del ojo izquierdo. Pensó que, si quisiera debates constantes, se habría quedado en el seminario.

—La pieza que se te ha roto está hecha de plástico procedente del petróleo —dijo, buscando otro enfoque—. Y eso también está hecho a partir de otros seres vivos,

¿verdad? Es lo único que queda de una infinidad de cosas muy, muy muertas. Tienes restos fósiles conectados por todo tu cuerpo, pero tampoco has conocido a esos seres vivos.

—Son restos que no se parecen en absoluto a lo que fueron —argumentó Onfalina—.

No es lo mismo que la leche. Por no mencionar que el plástico de petróleo ha sido alterado.

—Los bioplásticos también se alteran —intervino Leroy—. No podría imprimir algo hecho directamente de leche.

—Ya, pero, aun así, se parece tanto a la fuente original que se biodegrada. Y eso es lo que separa al final lo orgánico de lo sintético, ¿no? Todos los ingredientes de Panga han tenido que existir en Panga. Todo tiene un origen natural, pero, si lo conviertes en algo que la naturaleza ya no puede reciclar, entonces lo has retirado de ese reino por completo. Ya no tiene un papel que desempeñar. Igual que yo. Observo, pero no participo.

—Guau —dejó escapar Leroy. Se metió el último trozo en la boca y tomó la manzana—. Qué barbaridad.

Dex suspiró.

—Te prometí que no te presionaría. Y no lo haré. Pero no veo la diferencia entre hacer un parche con algo que encuentras en la naturaleza y algo de lo que te ofrece Leroy.

—Y quizá no la haya —replicó el robot—. Pero no sé. No sé cómo me sentiré por tener un componente orgánico. Una parte de mí piensa que sería maravilloso sin más.

¿Qué mejor forma de estudiar la naturaleza que tener una parte de ella en mi interior?

Pero entonces… ¿cambiaría eso algo fundamental en mi naturaleza?

Dex frunció el ceño y señaló la pieza rota en el escáner.

—Eso no parece estar relacionado con tu consciencia.

—Bueno, yo no lo sé, ¿y tú? Ningune de les dos sabemos por qué soy un ser consciente. Ese trozo no forma parte de mi núcleo de procesamiento, cierto, pero… O

sea, piensa en tu cuerpo. Tus genes óseos no deberían tener ninguna conexión con tu capacidad para dormir bien, pero sí que la tienen, por motivos que nadie conoce.

—Me he perdido —dijo Dex.

—Genes óseos. Algunas investigaciones demuestran que existe una correlación entre ellos y la tendencia al insomnio.

Dex parpadeó.

—¿Qué leches has estado leyendo?

—Todo —declaró Onfalina.

Leroy mordió la manzana con mucha sonoridad. Parecía entretenido.

Dex se frotó la cara.

—No creo que esto tenga nada que ver con tu… con ser *tú*. Has dicho que no te sientes diferente.

—Y es así —admitió el robot—. Aunque tampoco sabría decirte. ¿Tengo un aspecto distinto para ti?

—Qué va. En serio, no creo que pase nada. Tampoco es que te vayamos a convertir en un… un cíborg ni nada.

—¿Un qué?

—Un cíborg. Ya sabes, como en las historias.

—No lo sé. ¿Qué es eso?

—Es una cosa… inventada. Mitad persona, mitad robot.

Las lentes de Onfalina se expandieron.

—¿Es un monstruo?

—Más o menos. No lo sé. No me van esas cosas. Solo sé que existe.

—Qué idea más extraña. Pero es una cuestión interesante. Soy un objeto, no un animal. ¿Me convertiría en algo diferente si dejo de ser un objeto sintético por completo?

—No, para nada —dijo Leroy, mirando a Dex—. Sé que es una pregunta personal, hermane, pero ¿tienes alguna prótesis? ¿Un tornillo en la tibia, quizá? ¿O algo pequeño, como un empaste?

—Sí. Tengo un par de empastes.

—¿Qué es eso? —preguntó Onfalina—. ¿Empastes?

—Es un relleno para los agujeros de los dientes. —Dex se señaló la mandíbula—. Y se rellenaron con cerámica, de hecho. Así que supongo que yo tampoco soy cien por cien orgánique, si lo pensamos bien.

—¿Y no te sientes diferente?

—No —rio Dex—. La mayor parte del tiempo ni me acuerdo de ellos. No puedo resaltar lo poco importantes que son esos empastes en mi día a día.

El robot reflexionó en silencio.

—Estás diciendo que tus componentes corporales no afectan a tu esencia.

—Claro que la afectan. ¿Por qué crees que decoramos nuestros cuerpos o los cambiamos siquiera?

El desconcierto de Onfalina era palpable.

—Así pues, ¿cuál de las dos cosas es? ¿Eres tu cuerpo o no eres tu cuerpo?

—Ambas —dijo Leroy.

—Y ninguna —aportó Dex.

La mirada de Onfalina pasó de une al otro.

—Esto es muy confuso —dijo con una leve frustración—. Lo siento, intento comprenderlo. Tu consciencia surge del cuerpo, igual que la mía. La materia carente de consciencia da pie al ser consciente.

—Exacto —confirmó Dex.

—En ese sentido, eres tu cuerpo.

—Sí.

—Pero tu ser también es más que solo la suma de las partes básicas.

—Sí, también.

—Así pues… tu cuerpo es, de forma simultánea, tú y no tú. —La cabeza de Onfalina zumbaba con intensidad, como si fuera a despegar—. ¿Dónde pones el límite, entre el cuerpo y tu ser?

Dex no supo qué responder.

Leroy se encogió de hombros.



—Eso es algo entre les dioses y tú.

Y mordió de nuevo la manzana.

Onfalina observó durante un momento más los carretes coloridos de filamentos.

—Tengo que considerarlo.

—Claro —convino Leroy—. He oído que has dicho que eres un objeto, no una persona… ¿Lo he entendido bien?

—Sí.

Leroy asintió, masticando el trozo de manzana y aquella idea con la misma lentitud.

—Vale. Aun así, creo que no sería conveniente tratar esto como si fuera un arreglo de una máquina normal. Lo que estamos haciendo es una prótesis y, cuando las imprimo para la gente, siempre les digo que se tomen el tiempo que necesiten para pensar lo que quieren. Entiendo que eres diferente, pero es lo mismo, creo yo.

El robot miró a Leroy con gratitud.

—Te lo agradezco mucho, de verdad. —Giró la cabeza hacia Dex—. ¿Te parece bien?

—Claro. Podemos quedarnos en el pueblo hasta que sepas lo que quieres.

Leroy dejó la manzana y se apoyó en el mostrador.

—Bueno, si os vais a quedar aquí —dijo, juntando las manos con seriedad—, debemos daros una bienvenida mucho mejor.

— oOo —

Les habitantes de Alunizaje de Kat sabían montar una buena fiesta.

Al anochecer, el pueblo se había transformado y todo el mundo parecía muy feliz de tener un motivo para una celebración improvisada. Cadenas de luces colgaban en sinuosas y festivas ondas. Faroles luminosos se balanceaban en el agua. Una banda tocaba con suavidad en una plataforma flotante y los olores de pescado hecho al fuego y moluscos chisporroteantes llenaban el ambiente cálido de la noche de verano.

En el extremo de un muelle, Dex descansaba en una silla con forma de taza que colgaba de un poste, con las piernas cruzadas y un plato de comida en equilibrio sobre los tobillos. Se colocó un brazo detrás de la cabeza y suspiró de satisfacción antes de tomar otra brocheta de cangrejos rebozados con la otra mano. El recuerdo del desagradable trayecto hasta el pueblo desaparecía con rapidez de su mente y, en su ausencia, estaba más que feliz de sentarse, comer y no hacer nada.

Onfalina estaba en el agua, en la parte trasera de una lancha que pertenecía a la anciana que había avalado el trabajo del impresor esa mañana. La mujer daba vueltas por el agua a una velocidad más propia de alguien con la mitad de años, pero pilotaba con destreza su navío alrededor de las boyas iluminadas que en principio la mantenían a ella y al robot visitante a salvo. Dex no oía lo que se decían, pero sus vítores y risas se alzaban por encima del zumbido del motor y los chapoteos. No cabía duda de que se lo estaban pasando en grande.

Leroy se acercó a la silla elegida por Dex con dos vasos altos llenos de algo morado.

—¿Te importa si me siento aquí, hermane? —preguntó. Alzó las bebidas con una sonrisa—. No vengo con las manos vacías.

Dex aceptó la ofrenda con gusto.

—Empezaba a tener sed —dijo y sonrió, mirando a Leroy a los ojos al aceptar la copa.

Era una especie de ponche con alcohol, espesado con una mezcla de hierbas y bayas.

Dex y Leroy intercambiaron un saludo con las copas y tomaron un sorbo—. Dioses, es perfecto.

—La vida aquí es buena —replicó Leroy. Se sentó en una silla que colgaba delante de Dex.

—Sí que lo es. —Con el pulgar, le monje frotó el colgante de oso en reconocimiento—.

Gracias de nuevo por dedicarnos tu tiempo antes. Espero que no te fastidiáramos el día.

—Ah, para nada. Ha sido un día genial. —El hombre echó un vistazo al agua justo cuando se oyeron unas carcajadas gemelas procedentes de la lancha y rio—. Me alegra ver que la señora Amelia ha

encontrado una víctima que se deja hacer.

—¿Así se llama la anciana?

—Ajá. Y Onfalina tiene más valor que yo. No me subiría a un barco con ella.

—¿Por qué no?

Leroy señaló hacia el agua con la palma en horizontal para enfatizar el espectáculo que se desarrollaba ante elles. La lancha escoraba en ángulos temerarios y el agua salía volando con violencia por el otro lado.

Dex rio.

—Al menos Onfalina es impermeable.

—Tiene suerte de haber encontrado a alguien tan amable como tú que vele por su bienestar.

Dex se emocionó por el cumplido, pero entornó los ojos al oír bien la frase.

—Mmm, no soy su cuidadore. Nuestro acuerdo es diferente.

—¿Y en qué consiste?

Dex se quedó pensative.

—¿Alguna vez has tenido a une amigue de visita que viniera de algún lugar muy lejano, donde todo lo hacen de un modo distinto? ¿Y has tenido que enseñarle la zona, lo que coméis por aquí, cómo funciona la tecnología en tu casa y lo que entendéis por buenos modales?

—Claro.

—Pues es justo eso. Somos amigues y solo le estoy enseñando la zona. Hizo lo mismo por mí, en la naturaleza. Los territorios humanos son mi barrio y todo lo demás es el suyo. Es un intercambio, simple y llanamente.

Leroy tomó un sorbo de su bebida y miró a Dex con un interés sincero.

—He oído rumores de que estuviste en las Astas. Más allá de la Frontera.

El comentario hizo que Dex se sintiera un poco expueste. Había tomado la decisión de emprender ese camino en soledad y las razones para ello eran privadas. Que esa época y ese lugar se hubiesen incluido en la historia pública de Onfalina le hacía sentir rare. Tardó un momento en responder.

—Sí —dijo al fin—. Estuve allí.

Hubo que reconocerle a Leroy que pareció captar la leve incomodidad de le monje y, cuando habló, su tono fue amable.

—¿Qué tal es aquello?

Dex exhaló y decidió aceptar la vulnerabilidad.

—Hermoso. Terrorífico. Comprendes por qué ya no vivimos allí.

No se había fijado antes, pero Leroy llevaba una sucrabeja de Chal en una pulsera en la muñeca derecha. La frotó un poco, justo como Dex había hecho con su colgante.

—¿Y Onfalina te ayudó a ir por ahí?

—Sí, sí que lo hizo. No sé qué me habría pasado si no nos hubiéramos encontrado.

Habría dado la vuelta o… —Se encogió de hombros—. No sé.

—Entonces les dos tenéis suerte. —Leroy dio otro sorbo contemplativo sin apartar la mirada de Dex—. Nadie puede ir allí a solas.

—Los robots pueden.

—Sí, pero parece que a Onfalina le encanta la compañía.

Leroy centró su atención en el agua y, sacudiendo la cabeza, rio una vez más al ver las travesuras náuticas.

Dex bebió con una naturalidad muy natural.

—Como a todo el mundo, ¿no?

La pregunta aterrizó justo donde le monje esperaba y una chispa apareció en la mirada de Leroy. Una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—¿Sabes, hermane? Me estaba preguntando…

—¿Sí?

La sonrisa del hombre se ensanchó.

—Bueno, si tu colega no te necesita esta noche, ¿querrías… pasarla en mi casa?

Todas las molestias que había sufrido Dex ese día valieron la pena de repente.

—Sí —respondió—. Me encantaría.

Dejó el plato a un lado y se puso en pie.

—Ah… ¿ahora? —preguntó Leroy.

Dex le sonrió.

—¿Tienes que ir a algún otro sitio?

Leroy rio con una sorpresa feliz.

—Bueno… Vale, pues. Perfecto.

Se levantó y ofreció su mano.

Dex la aceptó y sintió que sus pulsos se saludaban, vibrando con la promesa impulsiva de algo bueno para el alma. Recorrieron juntes el muelle y con cada paso se acercaban más el uno a le otre. Las luces de la fiesta parpadeaban en el agua y las estrellas les respondían desde arriba.

— oOo —

Aunque a Dex le encantase su cama, estaba bien despertarse en la de otra persona, para variar. Resultó que la casa de Leroy y la fabricabaña eran el mismo sitio. Tenía una gran habitación detrás del taller y a partir de su organización se podían interpretar muchas cosas. La cama era baja y espaciosa: fácil caer en ella, difícil salir. El rincón de la cocina era básico, pero estaba bien surtido con alimentos sencillos y sanos. Había un gran sillón con un sistema de sonido potente detrás de él, con los altavoces dirigidos hacia el reposacabezas. Adornos y arte llenaban los huecos vacíos, pero sin abarrotarlos; solo había unas cuantas cosas elegidas que dejaban entrever una historia.

La pared frente a la cama estaba compuesta casi por completo de

ventanales hasta el techo y, cuando Dex abrió los ojos esa mañana, el río fue lo primero que le saludó.

Leroy fue lo segundo, aunque aún no se había despertado. Le monje sonrió al oír su respiración dormida y al captar el aroma de sábanas limpias que les envolvían a les dos.

Fuera, un pequeño desfile de patolodos pasaba chapoteando. Una tortuga tomaba el sol en una roca caliente. Una grulla metió su largo cuello en el agua, lo sacó vacío y siguió cazando. Dex se apoyó en una almohada para disfrutar de cada vista y olor y sensación sin añadirles el peso de ningún pensamiento más complicado que la percepción.

Miró el ordenador de bolsillo, que estaba bocarriba en la mesita de noche. Más mensajes habían aparecido en la bandeja de entrada y todos aguardaban pacientes. Dex echó un vistazo rápido. Más peticiones de la Ciudad, todas de gente a la que no conocía.

Le preguntaban si Onfalina querría grabarse para los archivos históricos. ¿Les parecía bien añadir una tercera reunión pública en la Universidad, ya que las dos primeras se habían llenado? El gremio de mecániques les había invitado a una cena formal, pero ahora sus anfitriones se lo estaban repensando. ¿Sería más educado organizar algo para Onfalina que no implicase comida?

Dex apagó el ordenador y regresó a las sábanas y los patolodos.

Se oyó un golpe en la puerta, discreto pero claro. Dex miró a Leroy; su anfitrión seguía dormido. Tras considerarlo un momento, salió de la cama con todo el sigilo que pudo. Llegó otro golpe mientras buscaba la ropa. Se puso sus pantalones y la camisa de Leroy, y acto seguido atravesó descalce el taller hasta la puerta principal, donde los golpes seguían.

Le monje abrió la puerta y se encontró a Onfalina al otro lado, con los nudillos alzados en mitad de una llamada. Con la otra mano agarraba un bastón de madera pulida, en el que se apoyaba con pesadez.

—¡Buenos días, hermane Dex! —saludó el robot—. ¡Enhorabuena por tener relaciones sexuales la noche anterior!

Se oyó una carcajada detrás de Onfalina y Dex ladeó la cabeza para ver a la señora Amelia, la propietaria de la lancha, apoyada en un bastón de un estilo similar y tapándose la boca con la mano mientras reía. A su lado había una carretilla vacía; dedujo que así era como había traído a Onfalina hasta la fabricabaña. La mujer saludó a Dex

con alegría y unas arrugas de felicidad se formaron alrededor de sus ojos.

—Esto… —empezó le monje. Notó las mejillas cálidas y carraspeó—. Gracias, Onfalina.

El robot sonrió con ganas.

—La señora Amelia fue de gran ayuda a la hora de enseñarme las normas sociales sobre ese comportamiento. Aún no sé si las comprendo por completo, pero me dejó muy claro que no debía molestarte, aunque me encantaría conocer los detalles de cómo…

Dex carraspeó de nuevo.

—Ah, sí. —Asintió hacia la anciana—. Muchas gracias, señora Amelia.

La mujer le devolvió el gesto y miró al robot.

—Debería volver a casa. Los gatos se enfurruñan si no han desayunado. Pero sois bienvenides en mi casa siempre que queráis. —Señaló la carretilla—. ¿Quieres que te deje esto?

—No, gracias —respondió Onfalina—. Con suerte, no la necesitaré cuando me marche.

Mientras el robot y la anciana intercambiaban despedidas de cortesía, Dex oyó movimiento dentro del edificio. Dejó la puerta abierta y regresó a la habitación de Leroy, donde el hombre de la casa había puesto una tetera al fuego y unos pantalones a sí mismo.

—Hola —saludó Dex con una sonrisita.

Leroy le devolvió la mirada mientras depositaba dos tazas en la encimera corta que servía como espacio para comer.

—Hola.

Dex señaló hacia la puerta con el pulgar.

—Onfalina está aquí. Parece que ha tomado una decisión. Sobre la pieza de repuesto, quiero decir.

—Ah —dijo Leroy y abrió la nevera—. Bueno, eso es genial.

—¿Quieres que espere en el taller mientras sigues con tu mañana?

—No, no, aquí puede pasar sin problemas —replicó el hombre. Alzó un cuenco con huevos de pato moteados y una mezcla de hojas verdes atadas con un cordel—.

Supongo que no necesita desayunar, ¿verdad?

Dex rio.

—No lo necesita.

La sonrisa de Leroy se ensanchó un poco más hacia una mejilla.

—¿Y tú?

—A mí me encantaría desayunar.

El hombre asintió feliz y se puso manos a la obra.

El sonido de la puerta principal al cerrarse retumbó por el taller, seguido de los pasos metálicos y accidentados de Onfalina a medida que entraba cojeando en la habitación.

—¡Buenos días, Leroy! ¡Felicidades por…!

Dex interrumpió el saludo todo lo rápido que pudo.

—Al parecer, Onfalina ha pasado la noche en casa de la señora Amelia.

—Ah, sí, ha sido maravilloso —replicó el robot y se sentó en uno de los taburetes de la encimera—. He jugado con sus gatos y me enseñó su estudio de arte y tiene una colección preciosa de libros de papel. Son más fáciles de leer cuando no se desmenuzan.

Leroy ladeó la cabeza al oír aquello y cascó un huevo contra un cuenco; Dex se lo explicó mientras se sentaba en otro taburete.

—Había libros de papel en la ermita que visitamos en las Astas. Salvamos algunos para llevarlos a la Universidad, pero la mayoría… bueno, se desmenuzaban.

—Entiendo —replicó el impresor, rompiendo otro huevo. Señaló el cuenco—. Espero haber acertado y que te gusten las tortillas.

Dex sonrió con ganas.

—Me encantan las tortillas —dijo, y era cierto.

Leroy le dedicó un breve guiño y siguió cocinando.

—¿Esto es costumbre? —le susurró Onfalina a Dex mientras Leroy iba a coger unas hierbas de las macetas en el alféizar—. En algunos libros que leí anoche, la gente preparaba desayunos a su pareja después de mantener relaciones, pero no era algo universal.

Dex fulminó al robot con la mirada y bajó la voz todo lo que pudo.

—¿Qué clase de libros colecciona la señora Amelia?

—Ah, completamente pornográficos. Ha sido muy educativo.

Dex se fijó en que Leroy hacía un trabajo estupendo en mostrarse inexpresivo.

—El desayuno no es una costumbre —susurró le monje—. Pero es… muy agradable cuando ocurre.

—Puedo entenderlo —dijo Onfalina con tono de apreciación, pero hizo una pausa—.

Ay, cielos, ¿debería marcharme? ¿Me estoy entrometiendo?

—Creo que no pasa nada —repuso Dex. Leroy le miró entonces y pareció aceptar su papel de sujetavelas con buen humor. Dex tomó nota mental de volver pronto a Alunizaje de Kat—. Bueno —añadió, alzando la voz a un volumen normal—. ¿Has pensado en lo que quieres de aquí?

—Así es —respondió Onfalina—. Aunque no sé si será posible.

—Dispara —dijo Leroy.

Onfalina cruzó las manos sobre la encimera.

—¿Podrías derretir la parte de mí que se rompió y usarla para imprimir el repuesto?

—Ah, sí, eso es fácil. Se tarda un poco más en reciclar plástico de petróleo, porque tengo que procesarlo de un modo seguro, pero si no os importa esperar, puedo hacerlo sin problema.

—Maravilloso —dijo Onfalina con alivio—. Entonces eso es lo que quiero hacer.

Dex colocó un codo sobre la encimera y apoyó el mentón en el puño.

—¿Puedo preguntar por qué?

El robot se quedó inmóvil un momento, pensando.

—No quiero separarme de los otros robots más de lo que ya he hecho. Estoy viviendo una experiencia maravillosa aquí fuera. He visto especies de árboles que no viven en mi parte del mundo. He subido a una lancha. He jugado con gatos domesticados. ¡Tengo un bolso! —Señaló con énfasis la bolsa que colgaba a su costado—. ¡Un bolso para mis pertenencias! Estoy haciendo cosas que ningún otro robot ha hecho jamás y, aunque es maravilloso, no quiero… no quiero distanciarme de esos otros robots. El total de mis diferencias solo se incrementará a medida que prosigamos nuestro viaje, hermane Dex.

Es agradable tener fama, pero no sé cómo me siento aún con respecto a eso y empiezo a preguntarme si es algo que también tendré entre mi gente. Así que, como comprenderás, ya es suficiente que mis experiencias sean diferentes; no quiero, además, ser físicamente diferente. —Hizo una pausa—. ¿Tiene sentido?

—Sí —respondió Dex con una sonrisa cargada de cariño—. Sí que lo tiene.

Leroy les observó, conmovido.

—Iré a calentar la trituradora. —Dejó la preparación del desayuno conforme estaba—.

Podemos empezar a derretirla mientras comemos.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —preguntó Dex.

Leroy le dio un apretón en el hombro al pasar.

—No —contestó. Se detuvo al fijarse en lo que le monje llevaba puesto—. ¿Esa es mi camisa?

Dex se rio con incomodidad.

—Lo siento. Tenía prisa y…

—No, no pasa nada —dijo Leroy y siguió avanzando hacia el taller—. Para ti. Te queda bien.

Onfalina se inclinó hacia delante en cuanto el hombre desapareció.

—¿Es costumbre intercambiar prendas de ropa?

Las mejillas de Dex se calentaron.

—No.

—Ooooh. —Onfalina alzó las dos manos hacia su mentón anguloso—. Creo que la señora Amelia tendría algo que decir sobre esto.

—Por favor —replicó Dex con fervor. Cerró los ojos—. No se lo cuentes a la señora Amelia.

4

LA COSTERA

Encontrar el océano era tan sencillo como dejar que un río te condujera en la dirección que él quisiera. Había muchas opciones hacia las que podía encaminarse una persona en cuanto el ambiente adquiría un toque de sal, pero Dex había elegido Orilla del Naufragio por la sencilla razón de que le gustaba su paisaje y creía que a Onfalina también le encantaría. Era un lugar de contemplación, con sus aguas plateadas salpicadas de rocas talladas por la extraña mano de las olas. Había playas más cerca de la Ciudad, con arena blanda y olas juguetonas, pero Naufragio no era de ese palo. Allí, las corrientes eran tan despiadadas como los depredadores dentudos que navegaban por ellas. La costa estaba cubierta de piedras que requerían de unas cuantas épocas más antes de convertirse en arena, y los acantilados de los que habían surgido se alzaban sobre las fuertes olas con bordes afilados y escabrosos.

Pero, a pesar del talante amenazador de Naufragio, la vida prosperaba en ese lugar.

Pájaros de plumas negras anidaban en unas grietas inalcanzables para quien no tuviera alas, y los abetos se aferraban a los bordes de los acantilados, raquíticos pero desafiantes en medio de la bruma salobre. También abundaban cosas más suaves, si sabías dónde mirar. Las fresas de mar crecían hasta en los huecos más oscuros y unas piedras de un tono naranja mate se escondían entre los guijarros. Y, del mismo modo, también había seres humanos en esa parte del mundo, repartidos por aquí y por allá en asentamientos que no contendrían más de una decena de familias. Vivían en la última frontera del territorio perteneciente a los animales terrestres.

Esos pueblos desperdigados eran fáciles de localizar desde el acantilado en el que Dex había aparcado el carromato. Onfalina observaba el nuevo entorno con un interés entusiasta, mirando por unos prismáticos que había adquirido la semana anterior.

—Sus viviendas parecen bastante sencillas —comentó mientras inspeccionaba el paisaje.

Dex asintió y colocó las dos sillas plegables. No le hacía falta mirar para saber a qué se refería Onfalina: refugios modestos y robustos

hechos a partir de tablones de abeto y madera a la deriva, a una corta distancia de los muelles a donde unos pequeños barcos de vela regresarían al final del día con lo que habían atrapado en sus redes manuales.

—Tengo muchas ganas de ir a la playa, hermane Dex —prosiguió Onfalina—. No he pasado mucho tiempo en ecosistemas litorales, y hace años de eso.

Dex suspiró. Se hallaba en el ineludible umbral de una conversación que había ido retrasando y ya no podía evitar. Había pasado días angustiade por cuál sería la mejor forma de sacar el tema y había pensado en hacerlo antes, pero Onfalina se lo había pasado tan bien en la Ribereña que Dex no quiso aguarle la fiesta. Sabía que era un tema que se metería muy a fondo en la cabeza del robot, y a Dex le había parecido más bondadoso, al final, limitar todo lo posible que le diera tantas vueltas.

Esa decisión no hacía que sacar el tema fuera más fácil.

—Onfalina, hay una… —Dex se metió las manos en los bolsillos y aspiró aire entre los dientes—. No quiero fastidiar tu entusiasmo, pero creo que deberíamos hablar de nuestras expectativas mientras estemos aquí. No sé… No sé cuánta… cuánta playa veremos de cerca.

El robot bajó los prismáticos.

—¿Por qué?

Dex exhaló. Se sentó en una de las sillas y le indicó con un gesto a Onfalina que ocupara la otra.

—Por dos cuestiones —explicó mientras el robot se sentaba—. La primera es que gran parte de la Costera es territorio devuelto a la naturaleza. Tú puedes andar por él, si quieres, pero yo no. En muchos sitios no hay carreteras ni caminos, y los animales que viven allí no están acostumbrados a ver gente y no deberíamos molestarlos.

—O sea, pájaros nidificantes y esas cosas. ¿Crías de foca y demás?

—Seguramente. Desconozco los detalles. Solo sé que no es lugar para mí. Y lo digo de un modo literal. La huella humana en la costa es muy pequeña por decisión propia.

—Eso parece prudente. Pero ¿qué me dices de esa playa?

Giró la cabeza hacia las casitas de madera que se hallaban al pie del acantilado.

—Bueno, esa es la segunda cuestión. —Dex eligió las palabras con cuidado—. Los pueblos que existen aquí quizá no… no quieran darnos la bienvenida. —Suspiró de nuevo—. A ti en particular.

—Ah —dijo el robot. Aquello fue una sorpresa, pero no reaccionó con intensidad.

Solo juntó las manos sobre el regazo y observó a Dex, intentando comprender—. ¿Por qué?

Dex hinchó los carrillos y se recostó en su silla.

—A la gente de aquí, por lo general, no le gusta la tecnología moderna. Cualquier tecnología, la verdad, más allá de lo básico más básico.

Onfalina movió los ojos.

—Dijiste algo así antes, en la ermita. Pero no lo explicaste.

Dex empezó a hacer justo eso.

—Después de la Transición, algunas personas tomaron una dirección un tanto extrema. Piensan que la tecnología es un terreno pantanoso que lleva directamente a la Edad de las Fábricas, así que no usan nada automatizado. Muchas no usan electricidad, quizá solo para calefacción, y no es la norma. Algunas usan animales para que les ayuden a levantar y tirar de cosas, pero la mayoría se ciñen a lo que pueden cargar por sí solas. Y eso está bien… es su elección. Pueden vivir como les plazca. Pero también se las conoce por ser quisquillosas con otra gente que trae tecnología popular a su espacio.

Cuando sirvo el té aquí, casi nunca entro en el pueblo. Suelo aparcar a las afueras y dejo que la gente acuda a mí si quiere. Como estamos haciendo ahora.

—¿Por qué no te quieren cerca?

—Porque tengo una tetera eléctrica. Y una bicicleta eléctrica. Y un ordenador de bolsillo. Y una nevera. Te haces una idea.

Onfalina bajó la mirada hacia su cuerpo de metal.

—Si no les gustan las bicicletas ni las teteras eléctricas, entiendo que

yo pueda suponer un problema.

Dex arrugó la cara a modo de disculpa.

—Ya.

El robot pasó las manos sobre los elementos expuestos de su torso, como si se viera por primera vez. Dex odiaba hacer que Onfalina pensara en eso. Sabía que tenía una

creencia inquebrantable en su valor intrínseco («Sé que soy fascinante», había proclamado en la naturaleza), y ver cómo cuestionaba en silencio su propio cuerpo hizo que Dex quisiera emprender el camino de vuelta por la autovía y olvidarse de ese tramo del viaje.

Onfalina alzó la mirada; la luz de sus ojos era más tenue que antes.

—Nunca me he sentido como un problema. No es un buen sentimiento, ¿verdad?

—¿Quieres que nos vayamos? Lo digo en serio. Lo siento, porque debería habértelo contado antes y eso es culpa mía. No tenemos que…

—Sí, sí que tenemos —declaró Onfalina con resolución—. Estoy aquí para conocer a la humanidad y esta gente a la que has descrito forma parte de ella igual que tú. No estaría haciendo un buen trabajo en mi misión si solo aceptara las partes que son divertidas.

Un destello de admiración creció en Dex. Se estiró para darle un apretón en la muñeca al robot.

—Vale —cedió—. Pero es tu decisión. Si cambias de opinión, nos marchamos enseguida.

Onfalina le dio unas palmaditas en la mano.

—Estoy de acuerdo.

—Y no pienses que eres un problema —añadió Dex, y un deje protector se filtró en su voz—. Si tienen algún problema contigo, es culpa suya. Y no es por ti, no personalmente. Esta gente… no entiende lo que eres. O quizá no pueden hacerte encajar en sus creencias y eso les asusta. Lo desconocido a veces nos vuelve estúpides.

Onfalina reflexionó sobre aquello con seriedad.

—Como los alces.

—¿Perdona?

—Los alces tampoco entienden a los robots. Los confundimos y eso los asusta y entonces pueden volverse… Bueno, desagradables. —Onfalina asintió para sí—. Nunca me lo tomo como algo personal, no con un alce. Tienes que permitir que acudan a ti en

vez de ir tú a ellos. —Sus ojos se iluminaron un poco—. Eso lo entiendo. —Movió la cabeza para encarar a Dex—. ¿Alguna vez te ha atacado un alce, hermane Dex?

—Esto… no.

—Mmm —respondió Onfalina. Posó los ojos en el mar—. No lo recomiendo.

— oOo —

Había una diferencia clave entre la mente robot y la mente humana, y Dex la había conocido a fondo en los últimos meses. A pesar de la facilidad de Onfalina para distraerse cada vez que algo nuevo e interesante entraba en escena, el robot era igual de capaz de entregarse a una sola tarea de forma indefinida sin necesidad de diversión. Por mucho que Dex se considerase tranquile, no había forma de competir con un ser cuya gente habitaba en la naturaleza y se dedicaba a contemplar la formación de estalagmitas y el crecimiento de los árboles. La mente humana, en comparación, siempre estaba inquieta, y así fue como Dex se sintió a medida que el día transcurría sin ningune visitante procedente de los pueblos de abajo. Para pasar el rato, limpió la bicicleta.

Preparó la comida. Respondió algunos mensajes. Atendió las hierbas dentro del carromato, se echó una corta siesta y luego reorganizó una alacena que llevaba semanas molestándole.

Onfalina, por su parte, se quedó en su silla. No leyó ni habló mucho. No pareció moverse. Solo aguardó con una esperanza paciente a unas personas que quizá no aparecieran nunca.

Hasta que al final llegó alguien.

Une desconocide se acercó por uno de los senderos del acantilado. Era una persona de mediana edad, delgada, en forma y que lucía una trenza entrecana. Llevaba un suéter de lana para repeler la bruma, lo

cual creaba una graciosa yuxtaposición con las sandalias abiertas de piel de pescado. Dex le saludó cuando se aproximó más y Onfalina hizo lo mismo; en un parpadeo, cambió su vigilia silenciosa por una emoción animada.

Le desconocide se detuvo durante un brevísimo instante para alzar una ceja mientras absorbía la imagen del robot y luego asintió para dar a entender que les había visto. A primera vista, a Dex le dio la sensación de que era una persona que aceptaba con calma los sucesos más extraordinarios.

—Hola —saludó le monje. Adoptó con facilidad la actitud que adquiría cuando servía té: una versión amistosa, sonriente y practicada de sí misme—. Por favor, acompáñanos.

Le desconocide redujo la distancia y dedicó a Onfalina la misma mirada casual que antes.

—Bueno, eres toda una visión, ¿eh?

—Soy Onfalina —respondió el robot con una inclinación educada de cabeza—. Y este es mi amigue, le hermane Dex.

—Encantade de conoceros. Yo soy Avery.

—Nos alegramos de que estés aquí, señore Avery —dijo Dex.

Así establecía el tono, simpático, pero sin añadir nada más. Había descubierto que, en encuentros como ese, su papel era suavizar cualquier bache que pudiera haber en la conversación consecuente, pero solo si surgía la necesidad. Se había convertido en una especie de intérprete. Une chaperone. Une pastore. Mantendría a Onfalina en la vía correcta y rompería el hielo si este se volvía demasiado grueso, pero, al final, esos momentos pertenecían a Onfalina y a la otra persona, no a Dex. En cierto modo, su profesión le había preparado bien para eso. Al fin y al cabo, crear un lienzo para que otras personas se explorasen a sí mismas era el objetivo del servicio monástico.

Le señore Avery sacó un odre de su bolso y dio un largo trago de lo que hubiera dentro.

—Ese sendero siempre es más fácil cuesta abajo —comentó y luego miró a Onfalina—

. ¿Cómo se apañan esos pies tuyos de metal en un camino empinado?

—Muy bien. Tienen una tracción excelente y mi sentido del equilibrio está mejor que nunca.

—Me alegro de oírlo, porque quiero invitaros. —Le señore Avery cerró el odre y lo devolvió al bolso—. ¿Os gustaría bajar y venir a pescar conmigo? Solo al muelle. No nos hará falta una barca.

Decir que a Dex le sorprendió aquello fue quedarse corte. Miró a Onfalina, liste para ceñirse a lo que el robot decidiera.

Onfalina sonreía, pero le vibraba la cabeza.

—Me encantaría acompañarle, sí. Sin embargo, no practico comportamientos cazadores. ¿Tendría que… participar?

Le señore Avery se encogió de hombros.

—Puedes hacer lo que más cómodo te resulte. Te puedo dar una caña o puedes sentarte a mirar. A mí me viene bien cualquiera de las dos cosas. —Miró a Dex—. Lo mismo para ti, hermane.

—No se me da demasiado bien pescar, pero… —Captó la mirada de Onfalina y con eso quedó confirmado que así sería su día—. Claro. Vamos a pescar.

— oOo —

Las puertas del poblado estaban cerradas cuando el grupo alcanzó los pies del acantilado. Todos los hogares se hallaban sobre soportes y se elevaban bien alto por encima de la arena, pero Dex divisó destellos de movimiento a través de las ventanas.

Una cortina se cerró cuando Onfalina se aproximó. Un par de niñes en otra casa apretaron la nariz contra el cristal, pero la sombra de otra persona más grande les espantó. Dex esperaba que Onfalina no se diera cuenta, pero los ojos del robot no tardaron en volverse tenues y distantes. Al percibirlo, Dex estiró el brazo y le tomó la mano, apretándola con fuerza conforme seguían a le señore Avery hasta el muelle. Los robots no se daban la mano, y eso Dex lo sabía, pero los seres humanos sí. Por cómo le devolvió el apretón Onfalina con sus dedos de metal, estaba claro que comprendía el gesto.

Le señore Avery sacudió un poco la cabeza mientras proseguían su trayecto hacia el agua.

—No les hagáis caso —dijo con tono de desaprobación—. Es mi hogar

tanto como el suyo, y yo quiero que estéis aquí. —Miró a Onfalina a los ojos—. No es que sea muy cordial de nuestra parte, ¿eh?

—Es… un poco desalentador —respondió el robot con sinceridad y calma—. Intento no tomármelo como algo personal, como me ha animado a hacer le hermane Dex, pero tengo que admitir que está siendo un día complicado.

Le señore Avery esbozó una sonrisa comprensiva.

—El día aún no ha terminado.

Les tres llegaron al muelle y pasaron de pisar piedras sueltas a madera castigada por el clima. Un montón de aparejos de pesca les aguardaba al final de la estructura,

acompañados de un trío de cojines para sentarse dispuestos en fila. Parecía que su anfitrione había previsto que aceptarían la invitación.

Le señore Avery extendió una palma hacia las cañas de pescar.

—Bueno, ¿qué me dices, Onfalina? ¿Quieres intentarlo o prefieres mirar?

—Miraré, gracias.

—De acuerdo —dijo le pescadore. Recogió dos cañas y le ofreció una a Dex—.

¿Hermane?

Dex la aceptó y pasó los dedos por la madera pulida a mano. Nunca había usado una caña así, pero su función no era distinta de la de una impresa. Pescar no era tan difícil.

Onfalina se inclinó con interés hacia la caña de le señore Avery.

—¿Cómo funciona?

—Pones el cebo aquí —respondió elle, alzando el anzuelo—. Luego lo sueltas en el agua y… a esperar.

—¿A esperar el qué?

—Pues a que los peces piquen.

—Entiendo —dijo Onfalina—. Muy inteligente. Las herramientas

vuelven la tarea más fácil, ¿verdad? Los osos siempre me dan pena, porque se pasan el día de pie en el agua con la boca abierta. Los jóvenes parecen muy decepcionados. —Se acercó más para estudiar el anzuelo—. ¿Qué usa como cebo?

Le señore Avery se agachó, recogió una cajita con agujeros en la tapa y la abrió para que Onfalina viera el interior.

—¡Ah! —exclamó de sorpresa—. ¡Lombrices moradas!

Le pescadore rio por su reacción al ver la bola de gusanos que se retorcía.

—Conque las conoces, ¿eh?

—Sí, pero… —Onfalina miró el pueblo en la costa rocosa—. ¿Dónde las consigue?

Viven en los bosques, en el mantillo.

—Tengo un cubo lleno en casa. Se comen los restos de mi comida y yo las uso para conseguir más comida.

—Así que cría lombrices —dijo Onfalina despacio, para esclarecerlo—. En un cubo.

—Se podría decir que sí.

—Y luego las pone en un anzuelo. —Alzó la mirada—. ¿Vivas?

Le señore Avery asintió.

—Es la mejor forma de llamar la atención de un pez.

Onfalina reflexionó sobre aquello y la cabeza le zumbó de consternación.

—Qué vida y qué muerte más confusas deben de tener.

Dex estiró el brazo y agarró una lombriz de la caja antes de que aquello pudiera sumirle en una crisis existencial. La enganchó en el anzuelo con una disculpa en voz baja.

Les tres se sentaron en los cojines, Onfalina en medio. Observó con interés mientras le señore Avery y Dex bajaban las cañas hasta los chapoteos del agua.

—¿Cuánto se tarda?

—Todo el tiempo que haga falta —replicó le pescadore. Se puso cómode y dirigió una sonrisa al robot—. Por eso es una buena actividad para conversar. —Sujetó la caña entre las rodillas y luego agarró una vieja cantimplora machacada de entre los aparejos de pesca—. ¿Té, hermane? No será tan bueno como el que preparas, claro, pero…

—Ah, no, me parece genial, gracias.

Le señore Avery sacó dos tazas de madera de un saco lleno de cosas y empezó a servirlo.

—Bueno, ¿dónde habéis estado?

—El último sitio fue Cabezahierro —respondió Onfalina.

—¿Y esta es vuestra primera parada en la costa?

—Exacto.

Le pescadore asintió mientras le entregaba a Dex la taza llena.

—¿Y a dónde vais?

—Seguiremos hacia el sudeste a través de vuestro territorio y luego por los Matorrales hasta la Ciudad.

—¿Vais a tomar la Autopista de la Ciudad o la Veintiséis?

Onfalina miró a Dex en busca de respuesta.

—Seguramente la Veintiséis —respondió le monje. Sujetaba la caña con una mano y la taza con la otra. Sopló la bebida para que se enfriara y enseguida reconoció los aromas de bejuco y lima en conserva—. Es más largo, pero el trayecto es más bonito.

—Sí que lo es. En esta época del año, la Veintiséis es un cinturón verde maravilloso.

Aunque cuidado con los halcones de pantano. Se ponen peleones si os acercáis.

—Ah, seguro que sí —intervino Onfalina—. Personalmente, conozco más al halcón de punta negra, pero son de la misma familia. En muchas ocasiones me he tenido que agachar mientras paseaba por una

zona de anidado. Les gusta ir a por los ojos, ¿verdad?

Le señore Avery rio.

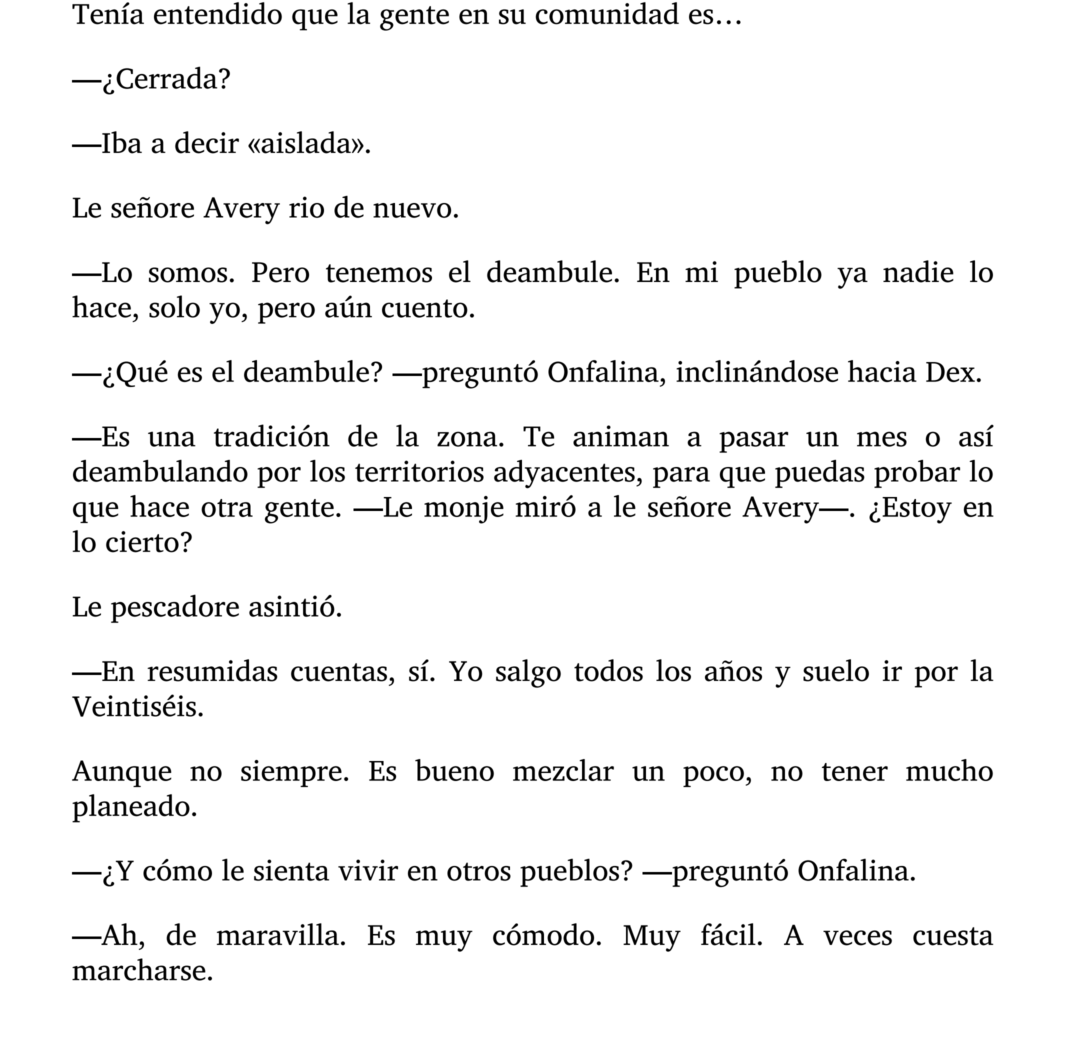
—Mucho.

Onfalina se quedó pensando un momento.

—Siento curiosidad, señore Avery. Si no le importa…

—Para nada —dijo elle, aunque el robot no hubiera mencionado el tema.

—Me sorprende un poco su conocimiento de los cinturones verdes de los Matorrales.



Tenía entendido que la gente en su comunidad es…

—¿Cerrada?

—Iba a decir «aislada».

Le señore Avery rio de nuevo.

—Lo somos. Pero tenemos el deambule. En mi pueblo ya nadie lo hace, solo yo, pero aún cuento.

—¿Qué es el deambule? —preguntó Onfalina, inclinándose hacia Dex.

—Es una tradición de la zona. Te animan a pasar un mes o así deambulando por los territorios adyacentes, para que puedas probar lo que hace otra gente. —Le monje miró a le señore Avery—. ¿Estoy en lo cierto?

Le pescadore asintió.

—En resumidas cuentas, sí. Yo salgo todos los años y suelo ir por la Veintiséis.

Aunque no siempre. Es bueno mezclar un poco, no tener mucho planeado.

—¿Y cómo le sienta vivir en otros pueblos? —preguntó Onfalina.

—Ah, de maravilla. Es muy cómodo. Muy fácil. A veces cuesta marcharse.

—Pero siempre regresa.

—Exacto.

—¿Puedo preguntar por qué? Me he fijado en que a le hermane Dex —señaló con la cabeza a le interpelade— le va muy mal por el mundo sin ayuda tecnológica.

Le señore Avery soltó una carcajada efusiva.

—¿Dirías que eso es cierto, hermane?

—Por supuesto —replicó Dex sin vergüenza—. Sin ánimo de ofender, señore Avery, pero yo necesito una estufa y agua caliente.

—Lo respeto, de verdad. A nadie le gusta un baño frío. —Se centró de nuevo en Onfalina—. Pero justo por eso vuelvo aquí después de marcharme. Mi gente y yo creemos que, cuanto más te distancies de la realidad de lo que significa ser un animal en este mundo, más te arriesgas a cortar la conexión con él. La historia nos dice alto y claro hacia dónde va ese camino. —Dirigió un asentimiento de respeto al robot—. No hace falta que te lo diga.

—Bueno, yo no lo vi. Las fábricas, quiero decir.

Le señore Avery pareció desconcertade, así que le hermane Dex intervino para explicar que los robots de las fábricas se desmantelaron y reconstruyeron en nuevas generaciones, con lo que optaban por replicar el ciclo de Bosh en vez de vivir indefinidamente.

Por primera vez en la conversación, le señore Avery parecía turbade por completo, pero incluso aquello lo expresó con sutileza. Se quedó en silencio con las cejas alzadas.

—Desde luego, eso es algo sobre lo que vale la pena reflexionar —dijo al fin.

Onfalina también se había perdido en sus pensamientos, pero estos seguían un camino distinto.

—Así pues, ¿prefiere estar incómode? —preguntó.

—Claro que no. Pero sí creo que existe demasiada comodidad —replicó con una sonrisa—. Supongo que nuestre amigue, le vendedore de té, no estará de acuerdo.

Dex se humedeció los labios y eligió las palabras con cuidado.

—No me corresponde a mí discutir los distintos tipos de creencias de los lugares que visito. Solo vengo a servir té.

—Qué diplomátique. ¿Ecólogue?

—No, soy esencialista.

—Aah —exclamó le señore Avery, como si eso lo explicara todo—. Les esencialistas me caen bien. No estoy de acuerdo con elles, claro, pero me gusta su estilo.

—¿Qué… qué es eso? —preguntó Onfalina.

Dex arqueó el cuello mientras intentaba resumir los matices de cada culto con el menor número de palabras posible.

—Lo más básico es que, para mí, aunque podemos (y deberíamos) acercarnos a les dioses, es imposible comprenderles a elles o a toda la naturaleza del universo, así que debemos construir una sociedad que se ajuste bien a nuestras necesidades. Y, como discípule de Allalae, eso significa que tenemos permiso para usar lo que queramos con tal de estar todo lo a salvo y cómodes posible, siempre y cuando no dañemos el mundo natural y nos hagamos sufrir les unes a les otres en el proceso.

—Entiendo —dijo Onfalina y miró a le señore Avery—. ¿Y cuál es su comprensión de Allalae, como persona que ha renunciado a muchas comodidades?

—Ah, no, no, yo no lo veo así en absoluto. Todo lo contrario. Nuestra forma de vida te enseña que el mundo es cómodo tal y como es. Reducirlo todo vuelve más disfrutables todos los pequeños placeres. No sabes lo agradecide que debes estar por una pared bien sellada si no has pasado una tormenta de invierno tras una mal hecha.

No sabes lo dulces que son las fresas hasta que has esperado seis meses para tomarlas.

En otros lugares tienen todos estos pequeños lujos, pero no comprenden que solo necesitas comida y refugio y compañía. El mundo proporciona todo lo demás sin nuestra intervención. —Sonrió a Dex—. ¿Qué opinas sobre eso, hermane?

Le monje le devolvió el gesto.

—Diría que no hay nada de malo en ningún tipo de construcción, siempre y cuando esa construcción haya demostrado no hacer ningún daño.

Los ojos de le señore Avery centellearon al mirar a le monje.

—Podríamos mantener una conversación muy buena sobre eso.

—No me cabe duda de… —Las palabras de Dex se vieron interrumpidas de repente cuando la caña de pescar se sacudió en su mano—. Ay, mierda. Onfalina, ¿puedes…?

Entregó la taza al robot y se puso a trabajar con las dos manos para recoger el carrete lo más rápido posible.

—¡Eso es! —exclamó le pescadore. Se colocó la caña entre las rodillas otra vez y rebuscó entre los aparejos. Sacó una red y se inclinó sobre el regazo del robot para acercarse a Dex—. Lo siento, Onfalina.

—¿Debería…? —empezó a decir la máquina, mirando a su alrededor como si pensara en moverse.

—Ahí estás bien —replicó Dex a toda prisa, sin dejar de pelear con el pez oculto.

Unas cuantas vueltas del carrete más tarde, el pez salió con un chapoteo intenso. Se retorció ante la ausencia repentina de presión mientras Dex lo alzaba. Era un poco más largo que el antebrazo de le monje y las escamas plateadas brillaban bajo la luz del sol.

Le señore Avery sostuvo la red en una mano y, con destreza, agarró al pez con la otra.

Lo inmovilizó todo lo que pudo dentro de las fibras entretejidas.

—Hermane, ¿podría…?

Dex dejó la caña en el muelle y quitó el anzuelo de la boca del pez. Con eso, el frenesí de la actividad humana cesó y le señore Avery dejó tras elles la red que se agitaba, sobre los tablones, para poder examinar bien su presa.

—Es un… —Dex frunció los labios—. Bueno, es un pez.

—Es un espejazo —informó le señore Avery—. Son muy sabrosos. —Señaló una banda de color marrón que lo atravesaba en horizontal de la cabeza hasta la cola—. Eso significa que ya ha puesto huevos y no

lo volverá a hacer. Así que no pasa nada por cogerlo.

—Es precioso —dijo Onfalina. El robot mostraba fascinación, pero no su alegría habitual. Su mirada pasó de le pescadore a Dex—. ¿Cómo lo vais a matar?

Una nota de tristeza se había adentrado en su voz, pero también había aceptación, originada por toda una vida observando seres salvajes que devoraban y eran devorados.

Le señore Avery pareció percibir el cambio en Onfalina y su tono también se tornó más sombrío.

—Bueno —empezó despacio. Miró a Dex durante un segundo; este asintió para decirle que no pasaba nada—. Dejamos que el aire lo haga por nosotres.

Onfalina no respondió. Mantuvo sus ojos brillantes en el pez, estudiando las agallas que se sacudían en espasmos por la presencia de un oxígeno que no podían aprovechar.

El robot observó y observó y, cuanto más lo hacía, más le costaba a Dex hacer lo mismo.

Había ido a pescar en múltiples ocasiones, había visto morir a muchos peces cerca de elle, había comido más de los que podía contar. Pero, al intentar mirarlo igual que

Onfalina, se sintió incómode, casi como si estuviera presenciando algo que no le concernía.

Pero sí que le concernía. Elle había sacado al pez de su hogar acuático. Elle había intervenido y había decidido que la vida de otro ser debía acabar porque estaba hambriente y su propia vida lo requería. Onfalina tenía razón al contemplarlo sin vacilar. Dex se avergonzó de no haberlo hecho hasta ese momento.

El robot estiró la mano. Con una dulzura dolorosa, tocó el cuerpo moribundo del animal con los dedos. Enfocó la mirada y acercó más la cabeza.

—No pasa nada —murmuró; su voz metálica estaba cargada de respeto y tristeza—.

Lo sé. No es justo. Pero no pasa nada. Pronto acabará.

Le señore Avery se quedó mirando a Onfalina; sus ojos reflejaban el mismo conflicto interno que sentía Dex. Le pescadore dudó un momento, pero entonces apoyó la mano en el hombro del robot y también observó cómo los movimientos del pez empezaban a aquietarse. Dex hizo lo mismo y envió una plegaria silenciosa a Bosh. Permanecieron inmóviles y, juntes, velaron mientras algo que nunca había existido antes y que nunca existiría de nuevo dejaba de luchar y llegaba a su fin.

5

LOS MATORRALES

—¿Podemos repasarlo una vez más? —pidió Onfalina.

—Claro —replicó Dex mientras pedaleaba por la sombra moteada.

El robot empezó a contar con los dedos mientras caminaba junto a la bicicleta.

—Nora y Theo son tu madre y tu padre.

—Sí.

—Ahora mismo siguen siendo pareja.

—Exacto.

—Tienen una compañera llamada Abby. No estuvo implicada en tu crianza.

—No mucho. No se mudó con nosotres hasta que fui adolescente. Pero nos llevamos bien.

Onfalina asintió.

—Y tu padre tiene una pareja que se llama Jasper.

—No. Mi padre tiene una pareja que se llama Felix y él tiene un hijo que se llama Jasper. Jasper es mi hermanastro.

El robot frunció el ceño por su error.

—Y no creciste con Jasper.

—No. Papá y Felix empezaron a salir cuando yo ya me había mudado, y Jasper decidió trasladarse a la granja unos años después de eso.

La cabeza de Onfalina zumbaba.

—Pero sí que creciste con tus hermanas. —Empezó a contar con los dedos de nuevo—

. Violet, Sadie y tú. En ese orden. Eres le más joven.

—Sí que lo soy.

—Y Violet… No, Sadie es la hermana con quien compartes ambes adres, biológicamente hablando.

—Exacto.

—Violet es la hija de Nora, y su padre es… Ay, no…

—Radley.

—Radley —suspiró Onfalina—. Sí, y tu madre y él estaban juntes, pero luego ya no, y ahora está con tu padre, pero siguen siendo buenes amigues.

—Es como mi segundo padre. Liz y él han vivido en la casa de al lado desde siempre.

Onfalina giró la cabeza con desconcierto.

—¿Quién es Liz?

—La pareja de Radley.

La derrota se reflejó en el rostro del robot.

—Y luego están tus tíes y primes. Y tus dos hermanas también tienen parejas y niñes.

Dex sonrió.

—Mis primes también tienen hijes.

Onfalina gruñó con cansancio.

—Sé que sois una especie social, pero cielos, hermane Dex. Nunca lo voy a decir bien.

—No hace falta. Allí siempre reina el caos y nadie espera que te sepas manejar. Ya verás… Mi padre mezcla los nombres de les niñes pequeñes todo el rato.

—Solo quiero causar buena impresión —dijo Onfalina. Apartó la mirada para ver a un pájaro que pasaba volando—. Conocer a tu familia es muy distinto a conocer gente extraña.

Dex rio.

—No es como si te fueras a mudar allí, Onfalina. Puedes causar la impresión que quieras.

—Sí, pero… ¡Ay, no! —Las lentes del robot se dilataron con preocupación—. ¡No he traído un regalo!

Dex intentó mantener los ojos en la carretera.

—¿Por qué ibas a necesitar un regalo?

—La gente hace eso en los libros. Cuando se van a quedar en casa de otra persona.

¿No es costumbre traer un regalo a tu anfitrione?

—Bueno… sí, pero…

—Necesito un regalo, hermane Dex —insistió Onfalina con firmeza. Luego calló un momento—. Nunca he regalado nada. ¿Qué clase de objeto es apropiado? —Abrió el bolso y empezó a rebuscar—. Tengo unas rocas muy buenas. No quiero deshacerme de los prismáticos. ¿Qué me dices de pinzas para la ropa, eso les gustaría?

—¿Por qué tienes…? —Dex dejó el tema—. Escúchame. Hay un puestecillo de fruta por el camino y suelen tener un vino de cerezas muy bueno. Un par de botellas de eso sería un gran regalo.

—Ah, bien —dijo Onfalina. Dejó de rebuscar y caminó con más confianza—.

Intercambiaré algunos nitos por vino y se lo daré a mis anfitriones. ¡Ja!

—¿Por qué te hace gracia?

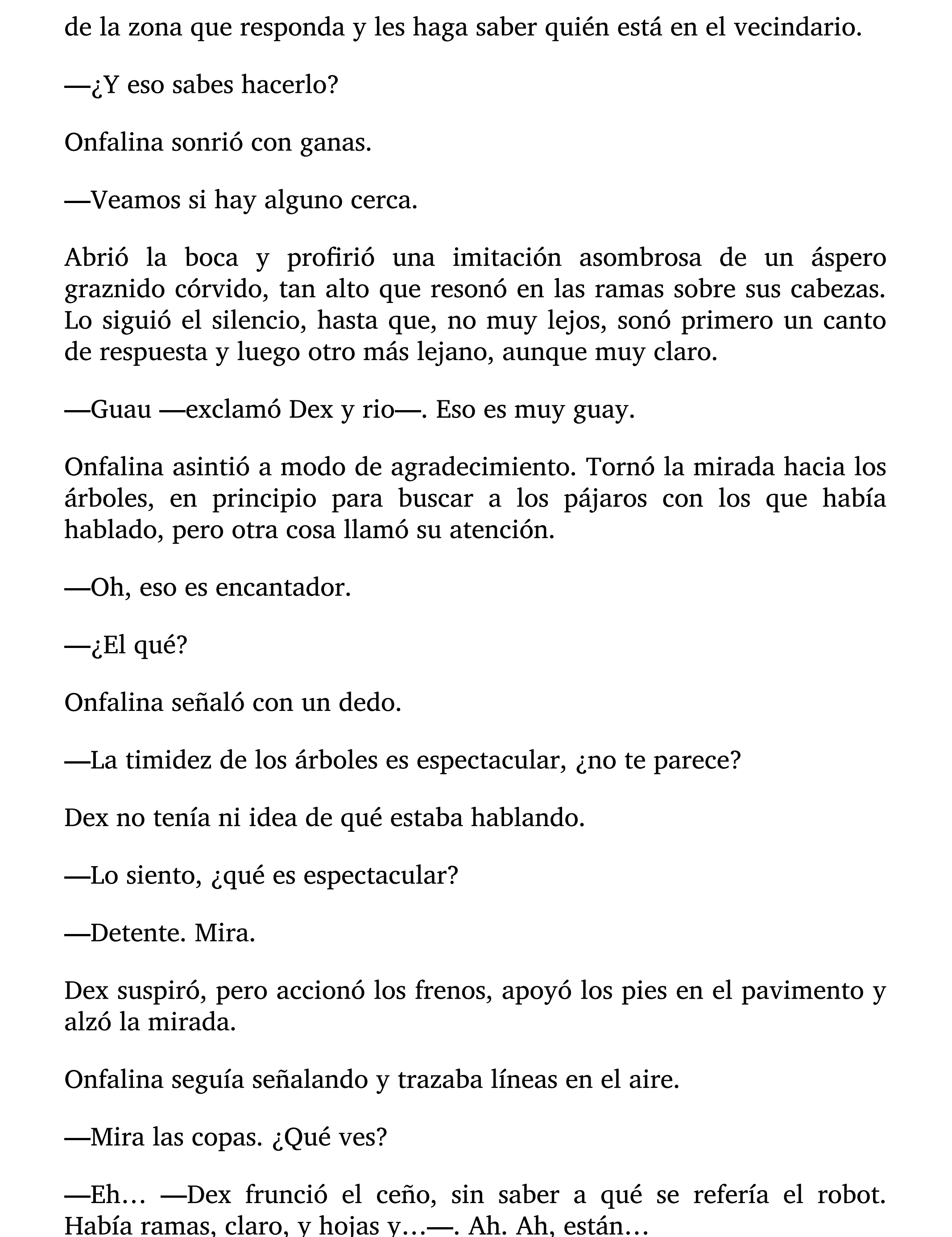
—Porque es algo muy humano y yo no lo soy. Y no me hace gracia, me maravilla. Es lo mismo que saber cómo calmar a un lobo poniéndote bocarriba o hacer que los solajos se identifiquen.

Dex parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Cada solajo tiene una llamada de identificación —explicó Onfalina con paciencia—.

Como un nombre. Emiten un sonido que indica a cualquier otro solajo



de la zona que responda y les haga saber quién está en el vecindario.

—¿Y eso sabes hacerlo?

Onfalina sonrió con ganas.

—Veamos si hay alguno cerca.

Abrió la boca y profirió una imitación asombrosa de un áspero graznido córvido, tan alto que resonó en las ramas sobre sus cabezas. Lo siguió el silencio, hasta que, no muy lejos, sonó primero un canto de respuesta y luego otro más lejano, aunque muy claro.

—Guau —exclamó Dex y rio—. Eso es muy guay.

Onfalina asintió a modo de agradecimiento. Tornó la mirada hacia los árboles, en principio para buscar a los pájaros con los que había hablado, pero otra cosa llamó su atención.

—Oh, eso es encantador.

—¿El qué?

Onfalina señaló con un dedo.

—La timidez de los árboles es espectacular, ¿no te parece?

Dex no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Lo siento, ¿qué es espectacular?

—Detente. Mira.

Dex suspiró, pero accionó los frenos, apoyó los pies en el pavimento y alzó la mirada.

Onfalina seguía señalando y trazaba líneas en el aire.

—Mira las copas. ¿Qué ves?

—Eh… —Dex frunció el ceño, sin saber a qué se refería el robot. Había ramas, claro, y hojas y…—. Ah. Ah, están…

Guardó silencio a medida que la perspectiva del paisaje que les rodeaba cambiaba de un modo que nunca dejaría de ver.

A pesar de ser muchas y estar muy cerca unas de otras, ninguna de las

copas se tocaba. Era como si alguien hubiera cogido una goma de borrar para pasarla limpiamente sobre el follaje y transformar cada árbol en su pequeña isla contenida dentro de una frontera definida de cielo azul. El efecto le recordaba a Dex a las piezas de un puzle dispersas por la mesa, cada una en su lugar, pero sin conectar. Aquello no ocurría porque los árboles carecieran de buena salud o el follaje escasease. Al contrario: todos los árboles eran frondosos y exuberantes, rebosaban de vida verde. Y, sin embargo, en la ausencia de contacto, sabían de algún modo en qué punto exacto dejar de crecer hacia fuera y así dar espacio a sus vecinos para desarrollarse.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar le monje.

—Nadie lo sabe. Al menos por lo que tengo entendido. Hay quien dice que es para minimizar la competición. Otres piensan que es para impedir la propagación de enfermedades. Pero no sé cómo los árboles saben cuándo contenerse. Es un misterio.

Dex le dedicó un íntimo reconocimiento a Samafar mientras seguía observando el extraño fenómeno.

—Nunca me había fijado —admitió, y eso le molestaba. Había crecido en esa zona.

Había pasado por esa carretera decenas de veces. El dibujo de los árboles era espectacularmente obvio, ahora que lo estaba viendo, pero siempre había sido un escenario para Dex. El papel de la pared. Nunca lo había buscado. Y ahora no podía ver otra cosa.

—Me sorprende que no conocieras la timidez de los árboles —comentó Onfalina—.

Visto que sabes tanto sobre plantas.

—Sé sobre hierbas y plantas ornamentales. Sobre árboles, no mucho, solo algunos nombres.

—Bueno, eso es lo bonito de los árboles. —El robot apoyó las manos en la cadera y echó un vistazo a su alrededor—. No se van a ninguna parte. Puedes tomarte todo el tiempo que quieras para conocerlos.

— oOo —

Regresar a casa siempre resultaba extraño. Implicaba que, en algún momento, te habías marchado de esa casa y, al hacerlo, habías cambiado de un modo irreversible. Qué raro, entonces, poder regresar

a un lugar que siempre estaría anclado en tu concepto de pasado. ¿Cómo podía seguir en pie, si la persona que vivió allí ya no existía?

Y, al mismo tiempo, en una contradicción absoluta, ver que ese lugar había cambiado en tu ausencia era algo muy irreal. Dex sintió eso mismo al acercarse a la carretera que conducía a la granja de su familia, igual que le ocurría siempre que hacía ese viaje. La carretera era la misma, pero habían arreglado la valla. El campo era el mismo, pero habían cortado hasta la raíz los arbustos de grisándanos. La granja era un lugar donde Dex sabía que siempre sería bienvenide, pero nunca de la misma forma que antes de marcharse; un lugar que conocía íntimamente, pero desconocido al mismo tiempo.

Salió de la carretera poco después de doblar el último recodo y aparcó el carromato junto a un viejo roble que, de niñe, había trepado en múltiples ocasiones. Echó los frenos, agarró una bolsa de ropa y cerró la puerta del vehículo.

—¿Por qué dejas el carromato aquí? —preguntó Onfalina, mirando a su alrededor—.

Aún no veo ningún edificio.

—Porque llegamos pronto. Y quiero que lleguemos menos pronto.

—¿Por qué?

—Ya verás. Además, es un paseo bonito y así podrás apreciar más la granja.

La carretera se curvaba adelante y atrás como un riachuelo perezoso, y les dos la siguieron con tranquilidad. Pasaron junto a un huerto, donde las yerballinas y la codorniz moteada rascaban la alta hierba en busca de bichos. Pasaron junto a uno de los muchos pastos, con la tierra descansando bajo un cultivo de rábanos, lentejas, avena negra y trébol conejo que el rebaño hambriento devoraría el año próximo. Pasaron junto al estanque que servía como último filtro para el agua residual de la granja y asustaron a unos patos chismosos, que volvieron a la alberca llena de lirios. Dex y Onfalina se detuvieron allí unos minutos para observar la horda de libélulas azules patrullar el aire y luego prosiguieron: dejaron atrás el campo descuidado a propósito, repleto de paneles solares y colmenas, dejaron atrás los cúmulos ordenados que eran los invernaderos abovedados, dejaron atrás el taller y el cobertizo de las herramientas y la bodega, hasta que al fin alcanzaron el centro de todo aquello.

El grupo de casas situado en el corazón de la granja era tan variado como la gente de su interior. Algunas estaban construidas con madera, pero la mayoría con cob. La más vieja era también la más grande: una antigua casa imponente que presidía el conjunto, erigida en el centro y coronada con un tejado verde y una turbina de viento. Una terraza muy bien cuidada se desplegaba por todos los costados para proporcionar muchos rincones acogedores a cualquiera que quisiera levantar los pies y sentarse un rato. Pero no había nadie fuera cuando Dex y Onfalina se acercaron. Todo el mundo estaba dentro, aunque, como era de esperar, a Dex no le costó oírles.

—¿Va todo bien? —preguntó el robot. En cada mano llevaba sendas botellas de vino de cereza adornadas con un lazo—. Se oye como un tumulto.

—No —suspiró Dex—. Lo que se oye es la cena.

Subieron por la rampa hacia la puerta principal y sus pasos resonaron en el cedro bien encerado. Los perros fueron los primeros en darse cuenta; se echaron a ladrar en un coro atronador y salieron a todo correr por la entrada abierta. Había tres, todos pastores peludos con remolinos de marrón y negro, listos como el demonio cuando trabajaban y tontos como fregonas el resto del día.

Dex plantó con firmeza los pies a la espera del ataque de saltos y lametazos y gemidos.

—Onfalina, estos son Burt, Buster y Buddy —presentó conforme daba palmaditas en cabezas y rascaba orejas—. Sí, hola, ya está. —Miró hacia la puerta al captar el movimiento que había seguido a los perros —. Y aquí están…

Y allí estaban todes les demás.

La multitud que había aparecido era, para Dex, tan familiar como el paisaje de la carretera. No solo las caras y las voces, sino también los delantales, la ropa de trabajo, los secamanos echados sobre un hombro o dos, las manos cubiertas de masa que aún hacía falta amasar, las mejillas rojas por una discusión abandonada a toda prisa, la pernera en la que se había derramado algo y el volumen al que todo el mundo gritó su saludo. Pero, igual que Dex no había sabido lo de la valla arreglada o los grisándanos cortados, tampoco había esperado las nuevas gafas de Abby o que Felix se hubiera afeitado la barba o cómo les sobrines habían seguido creciendo desde su última visita.

La mezcla abrumadora de viejo y nuevo engulló a Dex mientras le

abrazaban y besaban por todas partes. Intentó todo lo posible mantenerse a flote en el subsiguiente mar de conversación.

«¡Has llegado pronto! ¿Qué tal el viaje? ¿Necesitas comer algo? ¿Una ducha? Cómo estás, cariño, ¡ha pasado mucho tiempo! ¿Has traído té? Pareces más delgade que la última vez; ¿estás comiendo suficiente? Vimos tu foto en las noticias, ¿a que mola? ¿Has visto el nuevo cobertizo? ¿Las nuevas cabras? ¿La nueva torre eólica? ¿Estás segure de que no quieres comer algo? ¡Buster, abajo! ¿Quieres que te corte el pelo ya que estás aquí? No lo llevas mal, no, pero quizá recortar un poco las puntas…».

Dex se dio cuenta, en medio del ataque de cariño, de que Onfalina estaba recibiendo el mismo tratamiento y, extrañamente, aquello le alivió. No había sabido cómo reaccionaría su familia ante el robot y se preguntaba si quizá se convertirían en la misma multitud muda que se había encontrado en casi todos los pueblos a los que habían ido. Pero parecía que su clan había superado antes de hora cualquier nerviosismo sobre esa visita tan poco habitual y trataban a Onfalina como a cualquier visitante que acabase de llegar por la carretera.

«Dioses alrededor, ¡mírate! ¡Estás en tu casa! Nos alegramos mucho de que hayas venido. ¿Puedo tocarte? ¿Te parece bien? ¿Qué tal el viaje? ¡Ay, cielos, no hacía falta que trajeras nada! Qué encanto. No comes, ¿verdad? ¿Y energía, necesitas energía? Podemos enchufarte en algún lado si… Ah, ah, que te recargas por tu cuenta, qué bien. ¿Mañana querrás ir a ver a las cabras? ¿Y las abejas? Podemos abrir una colmena, si quieres.

¿Necesitas sentarte? No sé qué ofrecerte. ¡Menuda altura! ¿Dex ha estado comiendo bien? Parece delgade».

La cohesión de toda la gente concentrada en les recién llegades no tardó en desintegrarse, como Dex sabía que ocurriría. Un temporizador sonó en la cocina, une niñe le robó el juguete a otre, alguien recordó la discusión abandonada, los perros empezaron a pelearse, etcétera, etcétera. Una a una, todas las personas se dispersaron para atender los preparativos que las habían tenido ocupadas y solo dejaron allí a quienes no les preocupaban las cosas por hacer: les niñes.

Reunides en un pequeño grupo alrededor de Onfalina, miraban al robot con los ojos abiertos de par en par y soltaban risas atolondradas. Onfalina se arrodilló, tal como había aprendido a hacer con niñes, y les dedicó su mejor sonrisa.

—Será un placer responder a cualquier pregunta que tengáis.

Les niñes guardaron silencio al principio, hasta que uno reunió algo de valor.

—¿Puedes volar?

—No.

—¿Puedes luchar contra un oso? —preguntó otra.

—No lo he intentado. ¿Por qué querría hacerlo?

—¿Hay algo que coma robots?

—No.

—¿Nosotres nos podemos comer a un robot? —rio una niña que se creía graciosa.

Los ojos de Onfalina reflejaron cierta preocupación.

—¿… cómo?

Dex observó la escena de lejos, apoyade en la barandilla de la terraza. Una mano se posó con cariño en su hombro y supo quién era antes de mirar.

—Hola, mamá —dijo, inclinando la cabeza hacia la suya.

—Hola, bichito —saludó su madre y giró la cara para besarle en la sien—. Me alegro mucho de verte. —Abrazó a Dex con un brazo. En el otro llevaba a Charlotte, el miembro más joven del grupo, que masticaba con felicidad el tirante del resistente mono de su abuela. Charlotte gorjeó de curiosidad al ver a Dex, y la madre de le monje les sonrió a les dos—. ¿Quieres saludar a tu sobrina?

—Ah, por supuesto —aceptó Dex y agarró a la niña en brazos—. Dioses alrededor, Charlotte, ¡has crecido una barbaridad!

Charlotte sonrió sin dientes al oír su nombre y se manchó la camisa de babas en el proceso.

Les niñes seguían soltando sus preguntas impredecibles a Onfalina, pero la atención del robot se concentró por completo en la personita que había en brazos de Dex. Este se percató de su interés y se dio cuenta de repente de que Onfalina nunca antes se había encontrado

con une bebé. «¿Estoy en lo cierto?», pensó. En los pueblos que habían visitado había bebés, claro. Charlotte no era la única en Panga. Pero, ahora que lo pensaba, Dex no recordaba que Onfalina se hubiera acercado a ningune y, por su mirada, era lo que más quería hacer en el mundo.

Dex se adelantó unos pasos.

—¿Quieres cogerla?

—Ay, sí —dijo Onfalina con una seriedad casi urgente—. Pero no sé cómo.

—Yo te enseño —se ofreció Dex.

Con cuidado, transfirió a la bebé de sus manos a las de Onfalina, mostrándole cómo sujetarla. Charlotte no se había descubierto la cabeza la última vez que Dex fue de visita, pero ahora ya podía sostenerla con facilidad. Y nada más girarse para ver lo que la estaba agarrando, enmudeció.

Onfalina también calló, a excepción de la emoción mecánica que sonaba en el interior de su cabeza.

Niña y robot se observaron con ojos y bocas como platos, alucinando de asombro. Al cabo de un momento, Charlotte estiró la mano y tocó la cara de Onfalina con sus dedos regordetes.

—¡Oh! —exclamó el robot con sorpresa—. ¡Hola!

Por motivos que solo ella conocía, a Charlotte le hizo mucha gracia que la máquina hablase y se rio mientras golpeaba el recubrimiento de metal con más fuerza.

La madre de Dex también rio.

—Creo que le caes bien.

—¿Cómo lo sabe? —Charlotte soltó otra risita—. Ah, ya entiendo —susurró Onfalina con emoción al fijarse en ese nuevo comportamiento—. Sí, tú también me caes bien.

La madre de Dex buscó su mirada.

—¿Os importa si la dejo con vosotres un rato? En la cocina estamos todes manos a la obra.

Dex le dirigió un gesto de agradecimiento. Sabía que ella sabía que Dex solía necesitar un minuto para sentarse y recuperar el aliento antes de dejarse arrastrar por el tumulto de su familia una vez más.

—Sí, aquí estamos bien —dijo con una sonrisa.

Su madre asintió.

—Vale, monstruitos —exclamó, dando una palmada para llamar la atención de les niñes—. Tenemos un millón de patatas que lavar. Venga.

Hubo unas cuantas protestas, pero la manada obedeció y la siguieron de vuelta al interior de la casa, dejándoles en paz.

—Increíble —dijo Onfalina en voz baja. Examinaba a Charlotte de la cabeza a los pies con un estupor desbocado. La niña siguió riéndose, hasta el instante en que ya no se reía y empezó a dar patadas y a enfurruñarse. Onfalina se inquietó muchísimo—. ¿Qué he hecho?

—Nada. Les bebés hacen eso cuando quieren algo.

—¿Y qué quiere?

Dex observó los rechonchos pies de la niña agitarse en el aire.

—Creo que quiere bajar.

El robot le miró.

—¿No lo sabes seguro?

—Bueno, no, porque no me lo puede decir. Hay que adivinar.

—¿Qué pasa si no aciertas?

—Pues que llorará y probaremos otra cosa.

Con una concentración entregada, Onfalina se agachó y empezó a bajar a Charlotte al suelo con los pies por delante.

—Ah, no —intervino Dex, alzando una mano para frenar el gesto—. Es demasiado pequeña para sostenerse de pie. Hay que ponerla bocabajo para que toque el suelo con las manos también.

—Oh.

El robot ajustó el ángulo de su agarre y depositó a la niña como si estuviera hecha de cristal. Luego la soltó muy despacio.

Charlotte dejó de protestar en el acto. Con un gorjeo feliz, comenzó a avanzar a gatas.

Onfalina rio de sorpresa.

—¡Se arrastra!

—Sí —dijo Dex sin más, con las cejas alzadas por la diversión—. Es lo que hacen.

—¿Todes les bebés humanes hacen eso?

—Si tienen un cuerpo típico, sí.

Onfalina señaló a la niña.

—¿Tú lo hiciste?

—Eso me han dicho.

—¿No lo recuerdas?

Dex rio.

—A lo mejor te interesaría leer un libro sobre bebés. No recordamos los primeros años de nuestras vidas.

Onfalina se le quedó mirando.

—¿Por qué no?

—Pues… —Dex hizo una pausa—. No lo sé. Nuestros cerebros no… no almacenan esa información. No sé si es porque no pueden físicamente o… No sé. —Señaló la casa—. Deberías preguntar a alguien de ahí dentro.

Onfalina siguió observando a Charlotte gatear por la terraza, sin dirigirse en ninguna dirección en particular.

—Ya no deambulas de esta forma, ¿verdad?

Una de las cejas de Dex se desplazó aún más arriba.

—¿Alguna vez me has visto gatear, Onfalina?

—No. Pero ¿puedes?

—Eh, sí, puedo gatear.

Onfalina le observó con ojos muy relucientes.

—¿Lo harías?

—¿Cómo, ahora? No.

La decepción del robot fue manifiesta, pero no le presionó. Se sentó en la terraza mientras observaba a la niña, que al parecer tenía lugares a los que ir.

—Si lo que dices es cierto, entonces… No me recordará. No recordará este momento.

—Me temo que no. Pero se lo contaremos cuando sea mayor.

Una nota de desánimo se coló en la voz de Onfalina.

—Qué triste. Esto es bastante importante para mí.

—Venga —dijo Dex; metió la mano en el bolsillo y sacó el ordenador —. Cógela de nuevo. Os sacaré una foto para poder enseñársela algún día.

—Ah, qué gran idea —reconoció el robot. Fue a sujetar a Charlotte, pero se detuvo—.

¿Quiere que la vuelva a coger?

—Ahora lo descubriremos.

Resultó que a Charlotte no le importaba. Tocó de nuevo la cara del robot, intentando en vano agarrarle las lentes brillantes.

—¿Te asegurarás de que reciba una copia? —preguntó Onfalina, sin inmutarse ante los dedos regordetes que se estampaban contra sus ojos —. Así, cuando empiece a tener recuerdos, sabrá que ya somos amigues.

Dex sonrió.

—Sí —dijo. Encendió la cámara del ordenador y apuntó—. Yo me encargo.

— oOo —

El jardín de flores que todas las casas compartían contenía cuatro grandes mesas de madera. Dex se había sentado en ellas en muchas ocasiones, en las tempranas tardes de cosecha como aquella. Estaba acostumbrade a que las mesas rebosasen de comida y gente, como era el caso ahora. A lo que no estaba acostumbrade era a que hubiese un único tema de conversación y a encontrarse en el centro del mismo. No era algo malo, pero sí extraño, y Dex no sabía qué hacer con el protagonismo. Ese no era su papel habitual en la granja. Ya no sabía cuál era su lugar.

Por lo demás, la cena fue tan perfecta como podía ser. El ambiente era tan cálido que no hacía falta chaqueta, aunque aún contenía la frescura propia del final de jornada que facilitaba el respirar. La comida, como siempre, era tremenda. No habían matado nada en los últimos días, así que todo lo que había en la mesa procedía del suelo o de los árboles. El resultado fue un banquete frondoso, suculento y lleno de semillas, tan colorido como la paleta de cualquier pintore. Dex le enseñó a su familia el truco de dar una parte de su comida a Onfalina para luego reclamarla como segundo plato. Eso satisfizo a todo el mundo, sobre todo a les adres de Dex, que no soportaban la idea de que su visitante tuviera el plato vacío.

Una vez pasó el clímax de la cena, Onfalina se puso a trabajar. Fue de mesa en mesa y de silla en silla para plantear su pregunta a todo el mundo. El robot había adquirido la costumbre de registrar las respuestas de la gente en su ordenador de bolsillo, y eso fue lo que hizo: escuchar con atención y teclear con avidez, con la misma pinta que une periodista trabajando.

Por experiencia, Dex sabía que Onfalina no necesitaba su ayuda en cuanto cogía ritmo, así que, nada más terminar de comer, sintió la necesidad de pasar un rato en su lugar más habitual, al margen de la acción. Agarró dos botellas de cerveza de un cubo lleno de hielo y luego deambuló hacia otra persona que compartía su inclinación por la periferia: su padre. Lo encontró en su pose característica, con los antebrazos apoyados en la barandilla y las manos juntas mientras observaba a las libélulas balanceándose a la luz del atardecer.

—¿Quieres una? —dijo, alzando una botella.

—Solo si me acompañas —respondió su padre.

Aceptó la bebida, la entrechocó con la de Dex y luego recuperó su

sitio, pasando un brazo por los hombros de su hije con afectuosa naturalidad. Les dos bebieron sin decir nada, muy cómodes con ese acuerdo.

—Habéis arreglado la valla —comentó Dex al cabo de un rato.

—Sí. Jasper y yo nos encargamos de ella hace unas semanas. Ya no es tan fea, ¿eh?

—Sí, queda bien.

Su padre tomó un sorbo de la cerveza y suspiró de gusto.

—Me alegro de que hayas podido sacar algo de tiempo para nosotres. Sé que lo que estás haciendo es muy importante.

—Claro. Como si fuera a dejar que todo el mundo conociera a Onfalina menos vosotres.

—Conocer al robot me da igual, bobe —dijo su padre, pero luego recapacitó—. O sea, no me da igual, pero lo que me alegra es que estés en casa.

El robot en cuestión se acercó poco después. Guardó el ordenador en el bolso para indicar que ya había concluido con esa parte de la noche.

—¿Interrumpo? —preguntó, deteniéndose a unos metros de distancia.

—Para nada —replicó el padre de Dex—. Aunque a ti no te puedo ofrecer una cerveza, ¿verdad?

—Podrías. Pero no me serviría de nada.

—No creo que sea buena para tu interior.

—Ah, a mi interior le daría igual. —Onfalina se sentó en una silla de mimbre—. Soy impermeable.

—¿En serio? —El hombre alzó las cejas con regocijo—. Eso es muy útil.

Las lentes de Onfalina se contrajeron y se echó a reír.

—¿Qué? —dijo Dex.

El robot les señaló con alegría.

—Tú haces lo mismo. Con las cejas. Sois iguales cuando hacéis eso. ¡Ja! —Juntó las manos sobre el pecho—. La genética es una maravilla.

Dex y su padre intercambiaron una mirada y también rieron.

—Siempre le he dicho que tengo genes maravillosos —bromeó el padre, señalando a Dex con la botella—. Es estupendo que alguien al fin lo aprecie. —Sus ojos pasaron de su hije al robot y les sonrió con calidez, sacudiendo la cabeza—. Es increíble que os hayáis encontrado. —Dio otro sorbo y miró a Dex—. ¿Estabas acampando en la Frontera o qué?

Por norma general, a Dex no le gustaba mentir. Suponía que a nadie le gustaba, aparte de a unas pocas personas inusuales que necesitaban ayuda; pero, a pesar de saber que le dejaría un mal sabor de boca, se deslizó con facilidad en la mentira.

—Sí —respondió, girándose hacia el campo—. Sí, solo necesitaba pasar un par de noches fuera de la carretera, tomarme un descanso.

Las lentes de Onfalina se movieron al oír aquello.

El padre de Dex, un hombre que valoraba la ocasional noche a solas en una tienda, asintió con comprensión.

—He oído a les vecines decir cosas muy locas sobre ti. La gente cree que estabas en las Astas o yo qué sé. —Se rio—. Es raro, hije, oír rumores en el mercado sobre ti.

Dex notaba que Onfalina le estaba mirando con una pregunta muda. Ignoró al robot.

—Ya, bueno, a la gente le gusta hablar.

Se encogió de hombros y bebió de la cerveza con aire indiferente.

Su padre también tomó un sorbo y luego se centró en Onfalina.

—¡Bueno! ¿Vais a la Ciudad mañana?

—Ese es el plan —respondió el robot.

—¿Es cierto que os dedicarán un desfile?

—Eh… —empezó Dex, despacio—. No que yo sepa.

Dioses alrededor, no irían a hacerlo en serio, ¿verdad?

—Mmm. Me contaron que sí, pero… O sea, quién sabe. —Su padre encogió los hombros y miró de nuevo a Onfalina—. Y después de eso, ¿qué?

El robot ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

Dex sabía que la pregunta había pillado a Onfalina con la guardia baja, pero su padre pensó que no lo había oído.

—Después de la Ciudad, ¿qué? —repitió con educación y un gesto de cabeza hacia Dex—. ¿Te llevará de vuelta a casa o seguirás por tu cuenta?

—Ah. —Onfalina hizo una pausa—. No… no lo hemos hablado, la verdad.

—Pensé que improvisaríamos sobre la marcha —intervino Dex mientras con el pulgar jugueteaba con la etiqueta de la botella—. No sé cuánto tiempo pasaremos allí, así que… —No terminó la frase.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en la Ciudad? —le preguntó su padre.

—Pues… —Dex intentó recordarlo—. Hace un año.

—¿Planeas reunirte con algunes amigues?

—No lo sé. Seguro que veo a gente, pero estaremos muy ocupades, ¿sabes?

—¿Servirás té mientras estés allí?

Otra pregunta que Dex no quería responder, pero esa podía esquivarla con soltura.

—No, no he servido té desde que… —señaló a Onfalina— desde que nos conocimos.

Su padre parpadeó con cierta sorpresa.

—Pero ¿nada? Pensé que servirías cada vez que paraseis en un sitio.

—No, esto, eh… Te lo he dicho. Hemos estado ocupades.

Dex dio otro sorbo y siguió concentrade en las libélulas.

Para su sorpresa, Onfalina aprovechó la oportunidad para intervenir.

—Le hermane Dex ha sido une guía maravillose. Dedica mucho tiempo a enseñarme cómo funciona cada cosa en vuestra sociedad. Hay tanto que no entiendo… Y tantas cosas que sigo sin comprender. No sé qué habría hecho sin elle.

Su padre le miró con todo el amor y el afecto del mundo. Estiró un brazo y le revolvió el pelo con ganas, como hacía cuando Dex era pequeñe.

—Ay, para —protestó le monje, esbozandouna sonrisa tímida.

—Lo que estás haciendo es extraordinario —dijo su padre con seriedad—. Estamos muy orgulloses de ti. —Señaló a Onfalina con la botella—. Y eso me recuerda una cosa.

Tengo una pregunta para ti.

—Adelante, señor Theo. Pregúnteme lo que quiera.

El padre de Dex estudió al robot con una mirada contemplativa.

—Me gustaría plantearte tu pregunta.

Las lentes de Onfalina se abrieron y se cerraron una vez.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué necesitan los robots? —preguntó el hombre. El robot que tenía delante guardó silencio, así que amplió la idea—. Nosotres (mi familia, quiero decir) tenemos todo lo que podríamos querer aquí. Es una buena vida. No necesitamos nada, como te he dicho. Pero ser une buene vecine consiste en asegurarse de que la gente con la que compartes la tierra y el aire y el agua tampoco necesita nada. Así pues… ¿qué necesita tu pueblo? ¿Os va bien?

—No somos un pueblo, pero… —Estaba claro que Onfalina no sabía qué decir y miró a lo lejos—. No… no me lo había planteado hasta ahora. En temas materiales, no necesitamos nada, solo la batería llena, y eso podemos conseguirlo sin problema.

Tenemos suficientes piezas para seguir construyendo nuevas generaciones durante una temporada.

—¿Una temporada? —repitió el padre de Dex—. ¿Cuánto tiempo es eso?

—No lo sé.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué pasará cuando os quedéis sin cosas con las que reconstruiros?

—Nos extinguiremos, por llamarlo de alguna forma. Igual que todo lo demás. Igual que los seres humanos, en algún momento. Ningún otro ser vivo sabe cuándo su linaje llegará a su fin, así que no nos hemos molestado en calcularlo. Eso haría más daño que bien, creo.

La respuesta claramente sorprendió al padre de Dex, que lucía la misma mirada de desconcierto que la mayoría de la gente cada vez que Onfalina hacía comentarios de ese estilo.

—Así que… —Se tomó un momento para restablecer la base de la conversación—.

Tenéis todo lo básico. Igual que nosotres.

—En resumen, sí.

—Bueno, me alegra oírlo. Pero tú sigues haciéndonos esa pregunta, aunque sabes que tenemos nuestras necesidades básicas cubiertas. Así pues: ¿qué necesitas, Onfalina? Tú en concreto.

Dex observó que al robot le costaba responder. La cabeza le zumbaba con tanta fuerza como una colmena molesta.

—Esto va a sonar tonto, lo sé, pero no me había parado a considerarlo antes —

contestó Onfalina—. No… no tengo respuesta. Lo siento, pero no lo sé.

El padre de Dex se encogió de hombros, para nada molesto.

—Bueno, si en algún momento lo descubres, me encantaría saber qué necesitas —dijo con cordialidad—. Pero me alegro de que estéis bien ahí fuera.

Bebió de la cerveza y se apoyó una vez más en la barandilla, volviendo a su pose contemplativa.

Dex intentó imitarle. Y fingió conseguirlo, comportándose por fuera de la misma forma que antes. Pero, por dentro, algo empezó a enroscarse. A pesar de lo mucho que

quería al buen hombre que tenía al lado, una parte de elle deseó estar de vuelta en la carretera.

6

EL DESVÍO

Esa debería haber sido la parte fácil. Desde los pueblos de los Matorrales se llegaba directamente a la Ciudad, y la carretera entre ellos era de lo más sencilla. No había grandes colinas ni puntos complicados, ni tampoco ninguna necesidad de acampar por el camino. Solo un trayecto de media jornada de un punto al otro y, al final, todas las delicias que habían atraído a Dex a la Ciudad: restaurantes, museos, galerías de arte, patios en las azoteas y bosques verticales, granjas subterráneas, jardines que casi tocaban las nubes, arte pintado en los edificios, edificios que eran obras de arte por derecho propio, música, teatro, espectáculo, luz, ideas, color y calles transitables que nunca, jamás, eran la misma dos veces, por mucho que las recorrieras. Dex sabía que a Onfalina le encantaría la Ciudad. Quería compartir con el robot decenas de sitios. Y, aunque su calendario empezaba a hacerle sudar, era importante que Onfalina visitase la Universidad, las bibliotecas, los monasterios… todo lugar que sirviera como núcleo de reunión para personas cuyas vidas giraban en torno a la comprensión del pasado o la configuración del futuro. La Ciudad era el centro del sistema nervioso de Panga, el núcleo donde cada hilo que atravesaba el mundo se unía. Onfalina había salido de la naturaleza para hacer preguntas. No había un lugar mejor para ese objetivo que la Ciudad.

Y, aun así, cada pedaleo de la bicicleta eléctrica parecía tan arduo como en la naturaleza, durante su ascenso por la carretera de petróleo. No era una cuestión de agotamiento físico. Dex se hallaba descansade, alimentade, todo lo en forma que podía estar. Pero, a medida que su cuerpo avanzaba hacia delante, todo en su interior tiraba hacia atrás y, cuanto más progresaba la mañana, más frenética se tornaba esa lucha muda.

A su lado, Onfalina guardaba un silencio poco habitual, y a Dex no le apetecía charlar sobre banalidades. El ambiente entre elles pesaba ya lo suficiente, cargado de trabas y cosas por decir. El sentimiento se espesó más conforme avanzaban por la carretera, y le monje ni podía soportar su peso ni sabía cómo romperlo.

Fue el robot, al final, quien derribó el muro. Se detuvo en medio de la carretera, de pie en un espacio soleado entre dos corredores verdes

que se arqueaban sobre el pavimento color crema.

—Hermane Dex, me estaba preguntando si por aquí hay alguna playa de arena —

soltó—. Se me ocurre que, dada la época del año, estamos en plena temporada de puesta de la chorla de mármol, y es algo que nunca he visto y sé que esa especie en concreto es endémica de esta zona de Panga y… y… yo solo me lo preguntaba.

Dex detuvo la bicicleta, apoyó los pies en el suelo y miró hacia atrás. Robot y monje se observaron a cierta distancia, cara a cara, inmóviles.

—¿Estás diciendo… que quieres ir ahora? —preguntó despacio.

—Pues… —Onfalina jugueteó con la correa de su bolso, y sus múltiples pertenencias entrechocaron en el interior—. Las tortugas solo salen durante el planeta lleno, y eso es hoy, así que, pues… Sé que deberíamos llegar a la Ciudad esta tarde, pero me preguntaba si sería una gran molestia llegar un día tarde.

Recolocó la hebilla de la correa, aunque no hacía falta moverla.

Dex pensó y luego pensó un poco más. Era una tontería y, al mismo tiempo, un deseo inquebrantable creció en su interior, el mismo magnetismo sin nombre, sin sentido y lleno de rebeldía que le había hecho salir de la autovía hacia la naturaleza hacía unos meses. Aplastó todas las protestas de su interior y dio la vuelta a la bicicleta manualmente para girar el carromato en la dirección opuesta.

—Hay unos diez kilómetros hasta Playa Nublada —comentó—. La gente va todos los años a ver las tortugas. Celebran un pequeño festival, sin música, claro, pero traen comida y hay muches niñes y…

—Estaba pensando en… en algo más privado —replicó Onfalina. La correa del bolso se había convertido en una hélice en sus manos—. Ya sabes cómo es, que a veces quieres pasar un momento con una tortuga y nadie más. —Tenía los ojos muy abiertos y brillaban con una intensidad penetrante—. Creo que hoy no quiero ver a nadie, hermane Dex. Aparte de a ti, quiero decir.

Onfalina bajó la vista hacia el pavimento y Dex apartó la suya, ya que no quería que la incomodidad del robot aumentase. Siguió pensando.

—Conozco un sitio —dijo al fin—. No he ido desde hace siglos, y el camino es difícil, y no puedo prometerte que no haya nadie, pero… —

Miró de nuevo a la máquina—.

Será un trayecto más largo.

El último comentario era una pregunta. Onfalina asintió, conforme.

—Si a ti no te importa, a mí tampoco.

—De acuerdo. —Subió de nuevo a la bicicleta—. Vale. Pues vámonos.

— oOo —

El lugar que Dex conocía no tenía nombre. La carretera que conducía hasta allí carecía de carteles y se encontraba en mal estado; cuanto más avanzaban, menos carretera quedaba. Era el tipo de lugar al que acudía une adolescente en posesión de una botella de vino que no debería tener y unes cuantes amigues que a la mañana siguiente compartirían su remordimiento sobre diversas decisiones. Las zarzas se extendían sin podar hacia el espacio por el que pasaba Dex, arañándole los brazos y rompiéndose contra el carromato. Una vez atravesaron esa barrera desagradable, alcanzaron, tal como Onfalina había pedido, una playa. No era nada especial en cuestión de playas.

Pequeña, olvidable, llena de algas viejas y conchas abandonadas. No estaba sucia, pero tampoco resultaba muy espectacular. Se trataba de un lugar donde la tierra se encontraba con el agua. Eso era todo lo que se podía decir de ella.

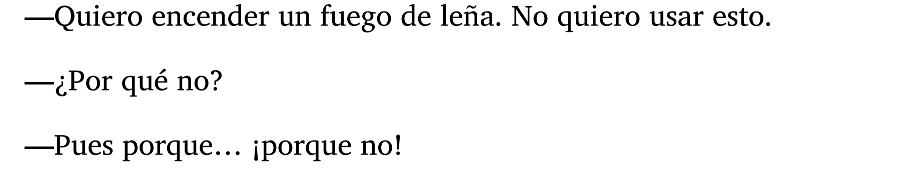
Onfalina examinó la zona mientras Dex detenía el carromato.

—Sí —dijo con alivio, observando el vaivén de las olas—. Sí, es perfecta.

Juntes arrastraron el carromato a la arena, hasta que se detuvieron en un lugar de descanso tan bueno como cualquier otro. Sin decir nada, empezaron a montar el campamento, igual que habían hecho infinidad de veces. Dex bloqueó todas las ruedas, Onfalina desplegó la cocina del exterior del carromato, Dex buscó las sillas, Onfalina encendió el fuego. O, mejor dicho, Onfalina empezó a encender el fuego, pero se detuvo a mitad del proceso. El robot permaneció inmóvil delante del bidón, con la manguera del tanque de biogás colgando desconectada en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó le monje.

Onfalina le miró.



—Quiero encender un fuego de leña. No quiero usar esto.

—¿Por qué no?

—Pues porque… ¡porque no!

El tono de Onfalina sonó frustrado, insolente, más similar al de les niñes de la granja que al suyo propio.

Le monje se metió las manos en los bolsillos.

—No tenemos leña.

El robot abarcó con un amplio gesto la playa que les rodeaba.

—Debe de haber madera a la deriva. O ramas caídas cerca de los acantilados.

Dex se encogió de hombros.

—Vale. Vayamos a buscar leña.

Y, de ese modo, transcurrieron varias horas mientras Dex y Onfalina revisaban la costa en busca de cosas que ardieran, yendo y viniendo sin ninguna prisa. Les dos se detuvieron a observar un cangrejo que se había escondido bajo un trozo de madera a la deriva y se disculparon por las molestias cuando se marchó con una celeridad ofendida.

El robot encontró una brillante concha de caracol harpa en perfectas condiciones, pero prefirió dejarla en vez de guardársela en el bolso, ya que allí dentro nada podría convertirla en su hogar.

Al caer la tarde, ya habían reunido una pila enorme de leña, mucha más de la que necesitarían. La despensa del carromato rebosaba con el botín de la granja familiar, y Dex eligió los manjares de esa noche con cuidado mientras Onfalina disponía feliz los palos en un cono combustible.

—Tenemos mucha más de la que necesitamos —informó el robot según amontonaba leños—. Parece absurdo quemar todo esto a la vez.

Dex asintió mientras cortaba verduras en trozos que irían en una brocheta.

—Bueno, haz una hoguera normal. Podemos usar el resto mañana.

Antes de ese comentario, no habían mencionado lo que traería el día

de mañana. Dex no añadió nada más y Onfalina solo asintió, como si aquel siempre hubiera sido el plan.

Llegaron a un acuerdo sin decir ni una palabra.

Una vez prendió el fuego, Dex acercó las brochetas de verduras y algunas de las salchichas de yerballina que su madre había preparado. Le enseñó a Onfalina a tostarlas sin parrilla y saboreó las dos raciones mientras salían las estrellas.

No apareció ninguna tortuga. Ni a Onfalina ni a Dex les importó en lo más mínimo.

Al día siguiente, Dex fue a nadar. El robot también entró en el agua y se sentó en el fondo arenoso, a unos buenos tres metros de profundidad, para pasar tiempo de calidad con las mantarrayas y los cangrejos. Luego Dex tomó el sol, dormitó y se despertó, sin preferir más una cosa que la otra. No supo a dónde fue Onfalina mientras elle dormía, pero la máquina regresó por la noche para encender otra hoguera, asar más salchichas y remover las brasas hasta que se apagaron.

Al tercer día, Dex recordó que tenía una cometa. Estaba guardada en las profundidades de una de sus muchas alacenas, adquirida por antojo un año y olvidada en cuestión de días. Enseñó a Onfalina a volarla y juntes descubrieron por dónde fluían las corrientes invisibles en el cielo. El viento constante se redujo a una brisa inútil a media tarde, y entonces fueron a investigar las pozas marinas para maravillarse ante las babosas de mar y permitir que las anémonas les abrazaran los dedos.

Al cuarto día, Onfalina no dejó de reírse a carcajadas por el libro que se estaba leyendo, y Dex le preguntó tantas veces qué tenía de gracioso que el robot lo retomó desde el principio y lo leyó entero en voz alta al lado de le monje, mientras este paseaba o se quedaba sentade o tumbade en la arena. La sátira no era, en general, plato de su gusto, pero también se rio y al final disfrutó mucho de la historia.

Cuando la jornada llegó a su fin, Onfalina encendió otra hoguera.

—Esto es lo último que queda de la leña.

Dex se detuvo con el cuchillo sobre una zanahoria a medio trocear.

—Ah —dijo—. Vale.

No hablaron después de eso. Se sentaron en sus sillas junto al fuego y cocinaron la comida, mientras la conversación que ningune quería mantener pendía sobre elles. Dex comió y Onfalina se sentó, y juntes observaron el inicio de la puesta de sol. No había nada más que hacer.

—¿Quieres empezar tú? —preguntó Dex.

Onfalina guardó silencio durante un rato.

—¿Por qué le mentiste a tu padre? —dijo al fin.

Le monje cerró los ojos y soltó todo el aire que había tomado a lo largo del día.

—No creo que debamos hablar sobre eso ahora mismo.

—Es de lo que yo quiero hablar, y tú has preguntado.

—Ya. —Lo cierto era que le sorprendía que Onfalina no hubiera planteado la cuestión antes—. No… no quería que él, ni ningune de elles, se preocupara por mí.

—¿Por qué iban a preocuparse? Verán que ahora estás a salvo, así que ¿por qué preocuparse por algo que ya ha pasado?

—Se preocuparían si les contase por qué estuve allá fuera. —Dex se removió, inquiete—. Hay cosas que son privadas.

—Sí, pero… —La cabeza del robot zumbaba—. A mí me cuentas las cosas que te molestan, y solo te conozco desde hace unos meses. Sois una especie social y estamos hablando de tu grupo familiar. Entiendo que esas dinámicas pueden ser complicadas, pero no parece existir ningún tipo de animadversión entre vosotres. Hablan sobre sus problemas contigo. ¿Por qué tú no haces lo mismo?

—Es solo que… —Dex suspiró—. Ya se preocupan bastante; porque viajo sole, por todas las cosas que ocurren en casa. Ya has visto cómo es. Siempre está pasando algo. Si soy un elemento en sus vidas por el que puedan sentirse bien sin más, sin añadirle ninguna mierda complicada, preferiría que siguiera siendo así.

—Pero ¿qué significan elles para ti? Eso no me parece recíproco. —El robot sacudió la cabeza—. No estoy diciendo que compartas confidencias con tu familia en concreto, pero no he visto que te abras a nadie, aparte de mí.

—Me abro cuando preparo té. Si la gente me habla sobre sus cosas, a lo mejor comparto algo sobre mí. De esa forma, saben que no somos distintes.

—Eso no es lo mismo en absoluto. Lo haces con el pretexto de que les ofreces un servicio.

—Sí, pero yo también saco algo de ahí. Servir té es muy íntimo. No sería lo mismo si solo mezclara hierbas en casa y las enviase. Ver a las personas, hablar con ellas, sentir ese dar y recibir… es importante para mí. De verdad que lo es.

—Y, aun así, no quieres volver a servir té —argumentó Onfalina.

—Yo no he dicho eso.

—Tu forma de comportarte durante nuestros viajes lo dice. No quieres hacerlo, pero crees que deberías. ¿Me equivoco?

Dex se masajeó el puente de la nariz.

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que disfrutaste del servicio de té, hermane Dex?

El sol se había hundido hasta convertirse en una franja sobre el horizonte. Dex la observó con tanta atención como pudo.

—Cuando tú me lo preparaste —contestó en voz baja—. En la ermita. Me hizo sentir… del mismo modo que yo quería hacer sentir a otras personas. El motivo por el que quise hacer esto, en primer lugar. —Juntó las manos entre las rodillas y se concentró en ellas—. ¿Recuerdas lo que dijiste cuando estábamos allí, sobre que nada necesita un propósito? ¿Que todas las cosas vivas tienen permitido solo existir y que no necesitamos hacer más que eso?

—Lo recuerdo, sí —asintió Onfalina.

Dex apretó los labios.

—Ese es el núcleo de mi fe, Onfalina. Eso es lo que le digo a la gente que acude a mi mesa. Lo digo en voz alta, todo el puto tiempo. No necesitas un motivo para sentirte cansade. No hay que ganarse el descanso o el bienestar. Tienes permiso para solo existir. Lo digo allá donde voy. —Señaló con una mano el carromato y sus laterales

adornados con el oso de verano—. ¡Está pintado en mi casa! Pero, para mí, no siento que sea cierto. Siento que es cierto para el resto de gente, pero no para mí. Siento que debo hacer mucho más que eso. Como si tuviera la responsabilidad de hacer más.

—¿Por qué?

—Porque se me da bien hacer una cosa. Se me da bien algo que ayuda a otras personas. He trabajado muy duro para conseguirlo y me he beneficiado de la labor y del amor de otra gente mientras lo hacía. Soy capaz de hacer lo que hago porque todes les demás construyeron un mundo en el que puedo hacerlo. Si dijera sin más: «Gracias por todo esto, pero ahora me voy a vivir al bosque», ¿sería justo? No me parece correcto, para nada. Sería una sanguijuela si lo hiciera.

El desconcierto de Onfalina era palpable.

—¿Qué tiene de malo ser una sanguijuela?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Pues no.

Dex suspiró.

—Una sanguijuela es una persona que toma sin dar a cambio. Es una metáfora.

El robot reflexionó sobre aquello.

—No creo que sea muy amable usar toda una subclase de animal como metáfora para un comportamiento que a ti te parece inapropiado.

Le monje alzó las manos al aire.

—Bueno, es lo que hacemos todo el rato.

—Ni siquiera es una metáfora exacta —prosiguió Onfalina—. Usas solo una característica de las sanguijuelas para describir esa relación humana, no toda la experiencia de ser una sanguijuela. Son tan vitales en el ecosistema como cualquier otra cosa.

—Dioses alrededor. —Dex se frotó la cara con las palmas.

—¿Usarías el término «parásito» en el mismo sentido metafórico?

—¡Sí! —exclamó elle—. ¡Lo haría!

Onfalina le dirigió una mirada de reproche.

—Todos los parásitos tienen valor, hermane Dex. No para sus huéspedes, quizá, pero lo mismo se puede aplicar a un depredador y a su presa. Todos devuelven, no a nivel individual, sino al ecosistema en general. Las avispas son unas polinizadoras tremendamente importantes. Pájaros y peces se comen a los chupasangres.

—Esto me está dando dolor de cabeza. Y, encima, nada de lo que has dicho tiene que ver con el tema. Yo estoy hablando sobre la relación entre otra gente y yo, no sobre la de un pez y un chupasangre.

—Es tu metáfora.

—Bueno, no pienso volver a usarla.

Dex agarró un palo y removió el fuego con irritación.

Onfalina dejó el tema y también cogió un palo.

—No estás sole en esto, ¿sabes? —dijo, apartando un trozo de corteza de entre la madera reluciente—. «Un propósito» es una de las respuestas más habituales que recibo a mi pregunta. —Bajó la mirada y suspiró—. Empiezo a temer que tienes razón, ¿sabes?

—¿Razón sobre qué?

—Sobre mi pregunta. Cuando nos conocimos, dijiste que pensabas que era imposible de responder.

—Sigo pensándolo.

Onfalina le miró con seriedad.

—Entonces, ¿por qué me has acompañado?

—No estoy contigo por la pregunta —resopló Dex.

El robot asimiló aquello mientras jugaba con el fuego.

—Cuando me ofrecí para contactar con los seres humanos, pensamos que era una pregunta muy buena. Queríamos saber si os había ido bien desde que los robots dejaron vuestra sociedad. Sabíamos que habíais mejorado, claro. Estabais al borde de la destrucción cuando nos marchamos y obviamente eso no había ocurrido. Vuestros pueblos

aún brillan por la noche. Podemos verlos, si estamos en la Frontera. Y los

satélites, cómo no. Esos no se quedarían en el cielo sin vuestra ayuda. Sabíamos que seguíais ahí. Pensábamos que las cosas estaban mejor. Yo nunca lo presencié, pero sé que las generaciones anteriores vieron que los ríos se limpiaban. Que los árboles crecían de nuevo. Mi gente presenció cómo el mundo se curaba, pero no sabíamos si *vosotres* os habíais curado. Nadie sabía a ciencia cierta qué encontraría aquí, y yo menos. Así que, como entenderás, era una pregunta introductoria muy sensata. ¿Qué es lo que necesitáis?

—Pensasteis que sería algo básico. En plan… Necesitamos comida. O un espacio para vivir. Tecnología mejor. Algo así.

—Es posible, sí. Pero en ninguno de los sitios a los que he ido contigo faltaba nada de eso. Y cuando la gente interpreta mi pregunta más allá de las cosas necesarias para vivir y mantenerse saludable, la cosa se…

—¿Se complica?

Onfalina asintió con aire cansado.

—Cada respuesta que he recibido encaja en una de dos categorías distintas. Todas y cada una de ellas. —El robot enfatizó sus palabras con los dedos—. La primera categoría es de cosas muy específicas. «Necesito reparar la bicicleta para entregar estos productos en otro pueblo». «Necesitamos prepararnos mejor para la próxima riada».

«Necesito encontrar a mi perro». Cosas así. Ya sean necesidades personales individuales u otras más amplias que atañan a toda la comunidad, pero, en resumen, todas son específicas y aisladas.

—Vale. ¿Y cuál es la segunda categoría?

—La segunda es esotérica. Filosófica. Recibo respuestas como «propósito»,

«aventura» o «compañía». Un requisito más amplio para que la persona se sienta satisfecha con su vida. A algunes les falta algo y lo buscan, pero otres ya lo tienen. Lo interpretan como si les preguntara sin qué aspectos de su vida no podrían continuar, no como una necesidad no cubierta. Y eso no lo había tenido en cuenta al principio. ¿Debe una necesidad no estar cubierta para satisfacer mi pregunta?

Dex exhaló y sacudió la cabeza.

—Tú me dirás, Onfalina. Yo no tengo ni puta idea.

—Yo tampoco, y esa es la cuestión. Creía que eso era lo que más me molestaba, hasta que hablé con tu padre la otra noche y me preguntó qué necesitaba yo. —Onfalina dejó el palo y se giró hacia elle—. Hermane Dex, no lo sé. No lo sé en absoluto. Así pues,

¿qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a plantear mi pregunta a los seres humanos si no puedo responderla para mí?

Dex escuchó esa queja y, mientras la procesaba, una sonrisa lenta, irónica y para nada divertida se extendió por su rostro.

—¿Cómo voy a decirles a otras personas que son lo bastante buenas tal como son si no creo que yo lo sea?

Onfalina respondió con un asentimiento pesado.

—Lo ves. Lo entiendes. Ojalá no lo entendieras, porque sé que eso significa que estás tan liade como yo, pero… Doy gracias por ello.

—¿Por esa razón no querías ir a la Ciudad? ¿Por la incertidumbre que te genera la pregunta?

—No —respondió el robot al cabo de un momento.

—¿Es porque ocurrirán demasiadas cosas? Podemos cancelar eventos sin problema.

A mí me encantaría, la verdad…

—No, tampoco es por eso. No quería… No quiero ir a la Ciudad. No quiero ir a la Ciudad, porque la Ciudad es el fin.

No hizo falta que Onfalina explicara lo que quería decir; Dex lo entendía. El fin de sus viajes. Quizá el fin de su compañía. No habían hablado sobre qué querían hacer después de la Ciudad, pero ahí estaba el problema. Era un interrogante, un espacio vacío. No era lo único que había hecho dar la vuelta a Dex en la carretera, pero sí lo que no había sabido expresar. Hasta ese momento.

—No tenemos por qué separarnos —dijo con suavidad—. No tenemos que ir a ninguna parte a la que no queramos ir, ni hacer nada que no queramos. —Arrugó el ceño—. Eres la cosa más rara e inexplicable que me ha pasado nunca. Me vuelves loque la mayoría de días. Dices muchas mierdas que no entiendo. —Se le quebró la voz y la bajó tanto

que casi se volvió inaudible—. Pero esto que estamos haciendo es lo primero en mucho tiempo de lo que me siento segure. —Tragó saliva —. La mayoría de días, tú eres lo único que tiene sentido.

Onfalina no dijo nada, solo asintió varias veces en un acuerdo ferviente.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó—. ¿Vamos a la Ciudad? ¿Regresamos a la naturaleza? ¿Qué…?

Agitó las manos en un gesto vacío.

—No lo sé. —Los dedos de Dex encontraron el colgante y sostuvieron con fuerza el símbolo de su divinidad—. Ya sabes que yo nunca he respondido tu pregunta.

—Sí que lo has hecho. Te pregunto a todas horas qué es lo que necesitas.

—Ya, pero sobre cosas cotidianas. Nunca la respondí la primera vez que la planteaste.

¿Recuerdas? —Dex nunca lo olvidaría—. Saliste del bosque y dijiste: «¿Qué necesitas y en qué puedo ayudar?».

Onfalina sonrió.

—Lo recuerdo, sí.

—Bueno, entonces no lo sabía y sigo sin saberlo. Pero lo que sí sé es que… ayudas.

Me estás ayudando a averiguar la respuesta, solo con estar aquí. Ayudas.

—Entonces tenemos la misma respuesta. Yo tampoco sé qué contestar. Pero eres quien mejor me ayuda, hermane Dex. —Observó la hoguera, construida con los últimos restos de madera, que moría con más rapidez que sus predecesoras—. ¿Y si con eso basta por ahora? ¿Y si les dos estamos intentando responder algo demasiado grande, antes de haber respondido las pequeñas cosas con las que deberíamos haber empezado?

¿Y si basta con ser solo…?

Nosotres. Dex supo que a eso se refería Onfalina, aunque el robot no terminó la frase.

—Pues ya averiguaremos el resto cuando estemos listes —concluyó—. Tardemos lo que tardemos.

Onfalina hizo amago de añadir algo más, pero otra cosa llamó su atención.

—¡Mira! —gritó, señalando el mar.

Dex miró. Los últimos rayos del día se habían desvanecido y habían convertido el agua en un vacío oscuro. No había línea divisoria entre el océano y el cielo, ningún

horizonte que separase el aquí del allá. Las franjas de Motan aún se veían en su curva reconfortarte y las estrellas aparecían a puñados, pero al principio lo único que Dex vio bajo esas constantes cósmicas fue la nada.

Sus ojos se adaptaron y, con ello, aparecieron el color y las formas. Una suave ola rompió contra la costa y habría sido invisible de no ser por el brillo azul que estalló en la cresta, una salpicadura vibrante que aparecía y desaparecía con la velocidad del aliento.

Dex y Onfalina se inclinaron hacia delante con los ojos fijos en la orilla. Llegó otra ola, justo a tiempo, y, con ella, otro estallido de azul.

—Me han hablado de esto —dijo el robot en un susurro—, pero nunca lo había presenciado.

—Lo mismo digo —replicó Dex, levantándose—. Vamos.

Les dos corrieron hacia el agua. La arena se fue humedeciendo a cada paso bajo los pies descalzos de Dex, y chapoteó alrededor de sus plantas. El borde de una ola le pasó por encima de los dedos y los acarició con un saludo líquido. Dex bajó la mirada y vio un remolino azul en torno a sus pies, como tinta en pleno proceso de derramarse.

—Son bacterias, ¿no? —preguntó—. O plancton o algo así.

—Fitoplancton, sí. Algo minúsculo, casi como plantas. —El robot se dobló por la mitad para acercar la cara al agua—. ¿A que son preciosas?

Estiró la mano y estableció contacto con cosas demasiado pequeñas para ser vistas de forma individual.

Dex se agachó e imitó a Onfalina: rozó la superficie con los dedos y, a

su paso, atrajo la luz. Mientras movía la mano, una ola más enérgica se acercó con sigilo y le mojó los pantalones.

—Uf —se quejó elle, retrocediendo unos pasos a toda prisa.

Onfalina le miró. Sus ojos brillaban en la oscuridad con un tono distinto de azul.

—¿Volvemos?

—Ni hablar.

Dex hizo lo que debería haber hecho desde el principio y se quitó la ropa, prenda a prenda. La dejó en un montón sobre la arena, a una distancia segura del agua, y luego se giró para correr a toda velocidad hacia las olas, gritando como une niñe. Jadeó cuando el agua se estampó contra su cuerpo desnudo, fría y envolvente. La sal se le coló en la boca y el mundo se llenó de luz.

Onfalina corrió detrás de elle, riendo en armonía. No había nada más que pudieran expresar con palabras. Solo gritos, vítores, voces de alegría mientras les dos saltaban y jugaban y se maravillaban ante ese espectáculo que habría existido de todas formas, tanto si había allí alguien para presenciarlo como si no.

AGRADECIMIENTOS

Cómo cambia todo en un año.

Terminé *Salmo por quienes se construyeron en la naturaleza* justo antes del confinamiento; entregué *Plegaria por la timidez de los árboles* tres meses antes de que pudiera solicitar la primera vacuna. Decir que terminar estos libros fue un reto es quedarse muy corta. No podría haberlo hecho sin ayuda.

Gracias a Lee Harris, Irene Gallo, Caroline Perny y a todo el equipo de Tordotcom por ser una fuente inagotable de apoyo. Gracias a mi agente, Seth Fishman, por cubrirme siempre las espaldas y dar sentido a los detalles confusos. Gracias a Feifei Ruan por el arte de la cubierta original, que me sigue cautivando.

Gracias a Susana Polo por estar ahí para cualquier tontería en la que me meta. Gracias a Greg LeClair por existir. Gracias a Rollin Bishop, Kate Cox y Alex Raymond por la historia que nos hizo sobrevivir y por

ayudarme a recordar cómo escribir. Gracias a la gente de Waymoot por ser unos seres humanos tan maravillosos. Gracias a toda mi familia y amigues por quererme aunque sea un desastre. Gracias a mi esposa, Berglaug, por ser tan increíblemente fácil de amar.